

Tamara Kruger

Descendiente de las Tinieblas

Libro 3



Índice

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

Capítulo 1

—¿Alen estás ahí? —susurro para que únicamente él pueda escucharme. Todavía esperando la señal que me diga que esto es un engaño y que la vinculación no se logró por completo.

—Aquí estoy. —se acerca susurrando en mi oído y el alivio me recorre sólo hasta que me vuelve a mirar. Su sonrisa es sarcástica y lo que finalmente me despedaza, es el brillo rojizo que envuelve de forma siniestra sus pupilas.

Él ya no está. Alen se enlazó.

—¡No! —grito con mi voz dañada. La dolorosa vibración de mis cuerdas vocales me alerta a abrir los ojos. Rápidamente me incorporo en completa oscuridad y busco a mi alrededor a Alen. El desconcierto me atrapa al darme cuenta que ya no me encuentro en el salón. Deslizo mis piernas fuera de la cama en la que me encuentro y debo tomar un momento de quietud para no caer.

Sin ser solicitadas, distintas imágenes de lo ocurrido se atropellan en mi mente y los temblores las acompañan. Las punzadas en mis sienes taladran como si hubiera sido golpeada. El recuerdo de lo presenciado, otra vez me consterna haciendo que mis músculos se tornen rígidos. El cántico de los guerreros unido al aullido de los lobos se mantiene constante en mis oídos y no sé si seré capaz de quitar de mi memoria el grito desgarrador de Alen.

Alen...

Los temblores de mis manos se intensifican y la visión del rojo en sus ojos hace que mi corazón; el que pensé que había perdido, palpite otra vez a gran velocidad. Me recuesto nuevamente porque si no lo hago volveré a caer o quizás, a perder la conciencia como lo he llevado haciendo desde que retorné a mi casa. La de Los Ciervos. Un reino que ahora se encuentra en completa oscuridad.

De forma ingenua y por un momento llegué a creer que después de viajar a través de las visiones, nuestro recorrido al fin se despejaba. Lamentablemente conocer el verdadero linaje de Alen no fue la respuesta que esperábamos, menos cuando Calesia, la maldita hechicera que colabora con la causa del Valle Oscuro, se infiltrara en su antiguo hogar.

Su intromisión, usurpando el cuerpo del príncipe de Aquilón, aplastó

nuestras esperanzas y también logró cumplir su objetivo. Apresarme y conseguir madera de su árbol sagrado. Además, consiguió información importante para sus líderes, como la no vinculación de Boreas, con lo cual su vida fue sentenciada.

Me gustaría mantener la ilusión de que aún podremos revertir esta guerra, pero el ejército de Vulpis no cuenta con los hombres suficientes y mi hermano, quien lo lideraba la última vez que lo vi, se encontraba gravemente herido. Gamar logró huir de Aquilón, sin embargo, su hogar también fue invadido.

Los Antiguos Ancianos que podrían haber intercedido por Badru se mantuvieron al margen del conflicto y la única que se comprometió a prestarnos ayuda fue Asila. La tristeza se ensancha al recordar que fue herida y tal vez de manera mortal. Mostrándome que todas las personas que me han rodeado, que he conocido y he amado, han sido presa de violentos actos.

La aflicción me vuelve a golpear al recordar el rostro de Alen y a la dolorosa tortura a la que fue expuesto. Lo forzaron a sucumbir a la oscuridad, obligándolo a observar la muerte de uno de sus seres queridos. Él cedió y sé que no fue su voluntad, sino más bien una acción desesperada para evadir la despiadada realidad que le fue enseñada. Pero sin duda no lo puedo culpar. Los responsables de este acto tan vil son otros, y sus rostros se han marcado en mí de la misma forma que llevo la figura de mi fase. De la misma manera que mi amor se selló para siempre. Del mismo modo que llevo la aflicción y también el odio.

Debería seguir batallando, pero lamentablemente hoy me encuentro a merced de los líderes del Valle Oscuro y entre sus planes también está quebrar mi fortaleza para que me una a su causa. La sugerencia de esta realidad pasó de ser macabra a llevadera, ya que sería una manera de estar con Alen. Al menos en la oscuridad, nos volveríamos a encontrar.

En este momento no necesito contemplar ninguna visión para conocer mi futuro. Asila, cuando deliró por su fiebre, me lo dijo: “serás uno de ellos”. El sueño que tuve aquella noche en el campamento el de mi vientre abultado y un lobo devorándome, comienza a tener sentido. Con Alen encantado, mi azar ya se ha trazado. Me deberé entregar a él en luna llena para fecundar a nuestro hijo. El que se convertirá en el heredero y nuevo líder de Badru bajo un régimen de destrucción.

A cada segundo me convengo más que nuestro destino era algo que no podíamos cambiar. Luchamos en vano contra una fuerza sombría envuelta de

rencor y odio. Sentimientos que nacieron y que se desarrollaron en el alma de los habitantes del Reino de Los Lobos y los cuales ahora vienen con determinación por una revancha que no distinguirá culpables de inocentes. Celsius, Calesia y Priust lo han demostrado, y continuarán transitando sobre quien sea para lograr sus objetivos, sin importarles a quien deban herir, abatir o hasta matar.

Mis cavilaciones se detienen al escuchar un repentino ruido de llaves. De inmediato me repliego hasta que mi espalda se apoya contra la pared. No estoy preparada para enfrentarme nuevamente con mis adversarios, y no sé si algún día lo estaré.

Las sombras cobran forma cuando una silueta se interna en el espacio cargando un candelabro en sus manos. Los movimientos se me hacen familiares, pero no los logro identificar.

—Veo que ya despertaste. —El rostro se vuelve hacia la luz de las velas y el tono de su voz al reconocerlo, me turba.

—Laurel. —susurro sorprendida. Mi voz apenas es audible por lo lastimada de mi garganta y también por el impacto de encontrar a la doncella que cuidó mis pasos desde pequeña, y la única mujer que se encargó de tocar mi cabello durante todos mis años de crianza.

—Qué bueno que me reconozcas. —menciona quitándole importancia a este encuentro. Se dirige a las ventanas y abre sus postigos. La luz del día entra envolviendo la estancia y obligándome a parpadear varias veces para acostumbrarme al resplandor.

—Ellos pensaron que una figura familiar sería necesario para que asimilaras tu nueva condición.

Se coloca de pie frente a mí y con la claridad de los rayos del sol la puedo contemplar. Sigue siendo la misma joven delgada de cabello oscuro, pero su expresión ha cambiado completamente. La primera diferencia que noto desde la última vez que la vi, es su cabello. Ya no se encuentra dividido en dos como fue enlazado por el hombre que la desposó. Ahora, va suelto. Su ropa es café oscuro y se adorna con una piel en el mismo tono. El borde de sus ojos se encuentra pintado con trazos delgados que se pierden en sus sienes, dándoles mayor profundidad.

—Te debo preparar. —menciona indicándome un vestido sobre uno de los sillones.

Al dirigir mi vista hacia el lugar mostrado, mi asombro retorna al percatarme del sitio en el que me encuentro. Rápidamente doy un repaso al

lugar reconociendo la alcoba, mi alcoba. Contemplo hacia uno de los extremos encontrando el balcón que tantas noches me cobijó y en donde mis anhelos de encontrar el verdadero amor fueron escuchados en reiteradas ocasiones.

—¡Arriba! —Laurel solicita enérgicamente. Hasta hace unas semanas me hubiera lanzado a sus brazos para que me consolara. Ahora, al observar su mirada vacía, mi instinto hace que me aleje.

—¿Te vincularon? —pregunto, aunque en realidad debería haber sido una afirmación.

—Lo hicieron. —confirma—. Pero ya existirá tiempo de explicaciones, por ahora me complace que hayas vuelto a nosotros y te conviertas en nuestra Princesa de Luna Nueva y próxima Reina del Valle Oscuro. Asimismo, me emociona que Alen también esté aquí. Está demás decir, que muchas de las doncellas se encuentran muy entusiasmadas con su regreso, más aún que ahora es el verdadero heredero al trono.

—¿Te emociona? —pregunto un tanto aturrida entre lo que me acaba de soltar sin más.

—Por supuesto. ¿Te confieso algo? —Se acerca como si fuera a contarme un secreto—. Nunca había observado a Alen de esa forma, pero ahora que aceptó su origen, se ha vuelto un espécimen sumamente atractivo. Espero que no te moleste compartirlo. Lo menciono porque nos dijeron que también habías sucumbido a sus encantos y ahora que se desposarán, lamento decirte que no será exclusivo tuyo.

—¡Cállate! —Fuerzo a mi voz a salir, momento en que también la empujo para que se aparte de mí.

No sé qué es lo que me violenta más; si volver a encontrar a mi doncella seducida por la oscuridad o que me hable de esa forma insinuando que se meterá sin ningún descaro en la cama de Alen. Por muy en la oscuridad que esté, él no se entregará a otra mujer. Me lo prometió. Su corte de pelo indica que me pertenece.

—Me dijeron que no cooperarías. —Laurel responde de manera severa—. Pensé que como nos conocemos, podría convencerte de colaborar.

—¿De qué hablas? —La miro atónita y por un momento me cuestiono si me encuentro en una pesadilla de la cual no puedo despertar.

—En una hora debes bajar. —Se acerca al balcón y abre sus puertas. Nuevos rayos de sol se filtran, mostrándome la realidad con más claridad—. En el salón se realizará la presentación de Alen de manera oficial.

—¿Qué te hace pensar que participaré de eso? —pregunto sin poder evitar que la rabia y el miedo aparezcan al imaginar a Alen bajo su nueva condición.

—Créeme que cooperarás. Acércate. —Me indica el balcón nuevamente—. Hay algo que debes ver.

Protesto en silencio y no solamente por controlar el malestar de tener que continuar obedeciendo órdenes, sino también por la agitación que me produce lo que encontraré una vez que salga al ventanal.

Levanto mi frente y camino hacia la terraza. Mis manos inevitablemente comienzan a temblar y las envuelvo a mi cuerpo para ocultarlas. Apelo a lo que me queda de dignidad para no dejar que Laurel ni nadie observen que mi valentía flaquea.

Al enfrentarme al balcón el frío viento del acantilado golpea mis pies, el que congela mi entumecido cuerpo. Alzo la mirada y a la izquierda se muestran las embarcaciones que flotan apaciblemente sobre el mar que baña las costas de nuestro territorio. Al frente se encuentra el patio central, el que hasta hace poco se apostaba un gran mercado, en donde los habitantes de mi pueblo comercializaban sus productos. Cierta alivio me recorre al darme cuenta que la circunferencia que se utilizó para llevar a cabo el ritual ya no se encuentra. Ahora el lugar se encuentra plagado de lobos y guerreros. Los cuales cargan y custodian carruajes con diferentes tipos de ganado, víveres, telas, y objetos que fueron saqueados de los otros reinos. Mi atención declina hacia un grupo de hombres que se ubica en el centro. Un vértigo recorre mi estómago al reconocer a la persona que llevan apresada.

—¡Suéltenla! —grito al ver a la Madre Antigua amarrada en una pira de la misma forma que colocan a los hombres que serán azotados. Me giro hacia Laurel—. ¿Qué creen que hacen?

—Es tu elección. —responde sin ninguna emoción en su voz—. La ves morir o cooperas.

Las palabras de mi padre en relación al respeto que podrían tener por una persona adulta son destruidas. La indulgencia es algo que no conocen. Tristemente me doy cuenta que la Madre Antigua se convirtió en otro peón que fue mantenida con vida con el único fin de utilizarla cuando lo requirieran, como en este momento. Mi respuesta no la debo pensar mucho y aunque quiero gritar negándome a cualquier acción a la cual aspiran que realice, me opongo a dejar que otra persona sufra por mi culpa, menos mi abuela, ella no se merece vivir tal situación.

—¿Entonces? —Laurel pregunta detrás de mí, esperando.

—Cooperaré. —respondo resignada, pero no indiferente. Podrán forzarme a acatar sus imposiciones, no obstante, mi convicción es algo que jamás me podrán quitar. En este momento no estoy sucumbiendo, sólo me rindo a esta batalla. A mi pesar, estoy sintiendo lo que me fue dicho con tanto desconsuelo “Es más doloroso observar que morir”. Así también me fue demostrado anoche cuando Alen fue vinculado. Mil veces hubiera preferido morir a presenciar tal escena, la cual dejó una herida profunda que estoy segura que me acompañará cada día que me quede de vida. Una parte de mí murió anoche. La otra agoniza y no sé por cuánto tiempo más la pueda sostener antes de que se extinga.

Capítulo 2

A mi pesar, me he mantenido dócil mientras Laurel me prepara situándome en el tocador después del baño. Me gustaría poder demostrar la irritación que me produce ser obligada a estar como ellos lo llaman presentable, pero di mi palabra que cooperaría. De no hacerlo, la Madre Antigua regresará a la pira para ser torturada. Lo que me vuelve a advertir que no tengo escapatoria. Celsius y sus secuaces poseen todas las herramientas para quebrar cualquier intento de rebeldía. Me forzarán de una u otra manera a que realice lo que ellos desean.

Mantengo mis manos en mi regazo mientras Laurel cepilla mi cabello. La necesidad de increparla por haber claudicado a la oscuridad me acecha, pero al igual que Alen, no es su culpa, solo es parte de una estrategia.

—¿Dorian cortó tu cabello? —Levanto la mirada y a través del reflejo encuentro sus ojos.

—No. Él fue asesinado. —La tristeza se une a mi respuesta al recordar al príncipe y también se adhiere a la rabia que continúa constante y zigzagueando en mi interior.

—Entonces fue Alen. —confirma sonriendo de manera provocadora—. ¿Él también fue el que tomó tu pureza?

—Eso es algo que no comentaré contigo. —Rehúyo a sus ojos para que no lea la verdad en mi expresión.

—Fue él. —Suelta mi cabello dejando algunas hebras caer sobre mi pecho—. ¿Es verdad lo que dicen, que es un excelente amante?

Me levanto como si hubiera sido clavada con una aguja y doy un paso atrás para acrecentar el espacio entre nosotras. Una cosa es que coopere para que no sigan hiriendo a mis seres queridos, pero otra es tener que escuchar la desfachatez que suelta mi antigua y ahora nueva doncella. Sin mencionar, que su nuevo estado, si lo puedo llamar de alguna forma, atenta contra mí completamente. La dulzura y amabilidad que fueron sus cualidades, ya no existen.

Tres golpes sordos en la puerta me paralizan y sin ser solicitados los recuerdos se escabullen. La última noche en mi reino era Alen el que se encontraba detrás de aquella puerta esperando para guiarme a la ceremonia de mi matrimonio. El castillo estaba vestido de fiesta y los monarcas de todos

los reinos brindaban por el nuevo enlace. Las doncellas corrían de un lado a otro, siendo para algunas su única preocupación ser elegidas por la mano derecha del rey.

—Solo un minuto. —Laurel grita para ser escuchada por las personas que aguardan en el corredor. Regresa por mí, tomándome del brazo para guiarme otra vez el taburete—. Estamos atrasadas.

Despliega sobre el tocador varios pinceles y cuencos con cenizas de diferentes colores. Sin consultarlo los comienza a aplicar en mi rostro.

—¿Por qué no estás con tu lobo? —pregunto curiosa, al darme cuenta que solamente hemos estado las dos en la habitación y por lo general siempre he visto a los animales con sus dueños o con las personas a las que los vincularon.

—No poseo un lobo. —responde mientras trabaja afanosamente en el borde de mis ojos—. Las mujeres por lo general no somos enlazadas a ellos. Nos vinculan con su sangre, porque los animales son priorizados para los guerreros quienes los utilizan como armas de guerra.

—¿Tu marido también fue enlazado? —Continúo mi incursión al ver que no le crea conflicto responder algunas preguntas y ciertamente sería una forma de saber bajo qué terreno me encuentro.

—Él murió cuando atacaron el castillo. —menciona, pero sin ningún atisbo de sentimiento en su voz—. En aquel momento creí que moría de la tristeza, la cual no perduró por mucho. Aquella misma noche nos llevaron al salón principal y se realizaron los enlaces. Unirme a la causa del Valle Oscuro fue lo que me salvó.

—¿A qué te refieres? —Cuestiono intrigada. Hasta hace poco he sabido de qué forma se logra el encantamiento y cómo debo terminarlo. Pero desconozco lo que ocurre exactamente con las personas que entregan su alma a la oscuridad. En las palabras de Laurel extrañamente hay agradecimiento, algo que está lejos de mi comprensión. No entiendo cómo puede sentirse a gusto observando la aniquilación de nuestro mundo.

—Desde que mi corazón abrazó el enlace, dejé de sufrir, dejé de sentir. —Reconoce mientras continúa trabajando con los pinceles en mi rostro—. Es como si el peso de mis sentimientos se hubiese desvanecido.

—¿Cómo si fueras libre? —pregunto interesada ante esta nueva revelación, ya que, si lo expone de esa forma, no puede ser tan malo.

—Libre de mis emociones, no las encuentro, como si nunca las hubiese poseído. —Continúa respondiendo, pero de manera instintiva, como si nada

la perturbara—. Lo único que hoy veo y poseo es mi lealtad al pueblo del Valle Oscuro y vengar el repudio con el que han sido golpeados. Por fin tomaremos lo que les fue arrebatado.

Me levanta con fuerza y sin siquiera preguntarme, quita la tela que cubre mi cuerpo. Con movimientos rápidos y eficientes pasa por sobre mi cabeza el vestido. Me dejo mover de un lado a otro mientras sigue con el trabajo de alistarme para el inaplazable encuentro con mis captores. Mis pensamientos se mantienen desconcertados analizando la información que me entregó. Al enlazarse, sus sentimientos son nublados y sólo responden a las órdenes de sus líderes. Obedeciendo y sin cuestionar los mandatos de Celsius y Priust.

Nuevas interrogantes comienzan a cernirse sobre mí en relación al encantamiento. De inmediato la alerta se despierta al pensar en Alen. Si sus sentimientos fueron anulados, el amor que sentía quizás fue olvidado. Lo que hace que me pregunte ¿cómo reaccionará él ante mi presencia? Por lo que me dijo la última vez que lo vi envuelto en tinieblas, mantiene la idea de que nos desposemos, sin embargo, el hombre que conquistó mi virtud, sin sus emociones no será el mismo que ahora me posea bajo lo que le exige la vinculación.

Mis músculos se agitan ante la ansiedad, no estando segura de ser capaz de abandonar esta habitación, menos para enfrentar la tergiversada realidad que tendré que observar.

—Listo. —Laurel me mueve enfrentándome al espejo—. Como puedes apreciar, mis habilidades continúan intactas.

Sonríe satisfecha a mi lado, haciendo que me cuestione si lo hace porque realmente siente satisfacción o es sólo un acto reflejo. Me pregunto si queda algún sentimiento en ella; aferrándome a la idea de que permanezca alguna emoción en Alen. Me obliga a levantar mi rostro para observar el trabajo realizado y por el cual se siente complacida.

—Maldición. —gimo al observarme. La imagen de la mujer que me devuelve el espejo no la reconozco.

Lo primero que contemplo y que no pasa desapercibido es el peso que he perdido estas últimas semanas. Mi clavícula se acentúa dejando a la vista dos huesos que se unen en el centro de mi pecho. Mis caderas también destacan bajo el vestido. Esta vez no llevo corsé, solo dos capas de telas de diferente color. La de abajo es gris y sobre ella una negra. El escote es pronunciado dejando a la vista el surco que se crea entre mis senos, los que con mi delgadez se ven más pequeños de lo que son. Levanto mi rostro y

contemplo mis pómulos que también se realzan más de lo normal. Mi expresión es contraída y no necesito estar vinculada para notar que el brillo y la vida de mis ojos ya no existe.

El trabajo del maquillaje en mi rostro es perfecto. Mis ojos se agrandan y profundizan, pero hoy son sólo dos cuencos vacíos. Las marcas rojizas que dejaron las cadenas en mis muñecas también fueron empolvadas y aunque se ocultaron, el dolor palpitante sigue presente.

Mi mirada flota hacia el collar que es amarrado a mi cuello. Al observar los dientes de lobo, instintivamente hago un gesto para quitármelo. Laurel de inmediato me da una mirada reprobatoria indicándome el balcón. Exhalo ofuscada, no sé cuánto tiempo más podré soportar las amenazas sin poder hacer nada. Empuño mis manos para suprimir la necesidad de despojarme del accesorio que me recuerda la cara de Calesia, junto a todos los actos despreciables que llevó a cabo.

Dejo de manera resignada, pero no menos alterada, que ubique sobre mis hombros un tocado de piel gris. La vestimenta es perfecta y hasta podría decir que bella, pero lo que representa para mí, es sólo amargura.

Nuevos golpes en la puerta hacen que Laurel se mueva más rápido. Lo último en ubicar sobre mi cabeza es una pequeña tiara de hierro. Los bordes han sido tallados de tal forma que emulan colmillos del animal que rige la casa de la que ahora soy prisionera. La del Valle Oscuro.

Los guerreros no esperan más y entran para escoltarme. No logro moverme, no por querer negarme, sino por el terror que se posiciona en mi pecho al tener que volver al salón para enfrentar al hombre que hasta hace poco me pertenecía. Mis escoltas me empujan para que salga de la habitación. Me obligo a mover mis piernas, las cuales no responden a mi mandato. Doy un paso no tan equilibrado y me tropiezo. Antes de caer me afirmo del tocador e inhalo una gran bocanada de aire. Al levantarme, mis ojos se clavan en un elemento sobre la mesa de roble. Rápidamente estiro mi mano hasta debajo de una de las vasijas y con la punta de los dedos agarro con firmeza la cinta de cuero negra. La cinta que me regaló Alen. La empuño en mi palma y luego la llevo hasta mi pecho, afirmándome con toda mi voluntad a lo único que me queda de él.

Capítulo 3

Camino por el pasillo obligándome a avanzar, ya que todo en mí grita que me devuelva y me encierre en mi antigua habitación. Claramente esa no es una opción. Lo único que puedo hacer es aferrarme a la banda de cuero que llevo envuelta en mi mano. De reojo observo a mis escoltas y como siempre no emiten ninguna palabra, solo siguen órdenes, al igual que sus animales, los que acompañan mi desplazamiento.

Laurel nos sigue unos pasos más atrás, transitando todos en completo silencio. Me detengo al escuchar el bullicio que proviene desde el salón, llevándome a los recuerdos de mi último recorrido por este pasillo. En ese entonces, Alen caminaba a mi lado vestido con su armadura de gala. Mi única preocupación era que el príncipe Dorian fuera el amor de mi vida. De eso, tan solo tres semanas, y aunque ha sido poco tiempo, se ha vuelto una eternidad por todo lo que he vivido en este viaje. Sin duda lo que ha marcado esta travesía ha sido la intensidad de sentimientos que se han despertado, junto al descubrimiento de tantos secretos.

Como siempre lo anhelé, encontré mi verdadero amor, también entregué mi virtud a la persona que amaba, para luego perderlo y no sólo físicamente, también he perdido su alma.

Mientras mis pensamientos se extravían, mis escoltas me continúan guiando. Es tanto el cansancio de mi cuerpo, de mi mente, de mi razón, que no tengo la fuerza suficiente para rechazar sus imposiciones. Me enfrentan al balcón, el cual tantas veces recorrí siendo feliz. Ahora el sentimiento es lacerante y recorre cada línea de mis huesos. Me obligo a levantar la cabeza, porque mi padre, mi hermano, y Alen así lo querrían. Ellos nunca se dejarían abatir. En este instante de completa desolación, es algo que les regalaré, porque deseo que a pesar de todo, se sientan orgullosos de mí.

Desde el segundo piso tengo una visión completa del lugar. El salón que le pertenecía a mi familia y a mi gente ya no lo reconozco. Ahora se encuentra abarrotado de personas, pero no es mi pueblo, son los habitantes del Valle Oscuro. Por sus vestimentas los puedo distinguir. Algunos rostros se me hacen familiares, pero estoy segura que al igual que Laurel, se encuentran bajo el encantamiento. No habría otra explicación para verlos tan cómodos circulando entre nuestros adversarios. Lo que capta mi atención es que no veo niños, ni ahora, ni en ningún momento desde que pisé mi hogar. De inmediato un sabor amargo se impregna en mi boca y me obligo a no

pensar que también fueron asesinados.

Los estandartes del animal de mi casa fueron quitados y cambiados por lobos que me miran desde todas direcciones. Sus hocicos abiertos junto a sus colmillos brillando, me ofrecen una espeluznante bienvenida.

El salón se silencia al percibir mi presencia, de la misma forma que sucedió cuando estaba a portas de contraer matrimonio. Lamentablemente la ansiedad que siento en esta oportunidad me aterroriza. Los escoltas a mi lado me instan a descender los escalones. La escena se repite en mi cabeza cuando veo a los guerreros y a las mujeres vestidas con pieles, los que dan un paso atrás formando un corredor para que transite.

Esta vez no existe la mesa dispuesta para llevar a cabo una ceremonia de matrimonio. Ahora camino directamente a las fauces de las bestias.

Me recuerdo mentalmente continuar respirando y mantenerme de pie. Dos acciones que me consumen gran cantidad de energía, más aún al percibir las miradas clavadas de las personas que me rodean. Hubiera pensado que serían amenazantes, pero más bien son curiosas. Sus expresiones son relajadas y la mayoría carga una copa en su mano. Las mujeres al igual que las he visto anteriormente, visten delgados vestidos que se ciñen a sus cuerpos y el conjunto es acompañado por pelajes de distintos colores. Mis ojos se abren un poco más de lo normal al repasar a los hombres. Sus vestimentas siguen siendo oscuras, pero lo que me impacta, es ver sus rostros sin pintura. Las facciones continúan siendo duras y sus ojos no han perdido la intensidad y la fiereza que antes he observado.

Sigo examinando mi entorno; nerviosa y a la vez curiosa. Es mi primer acercamiento a este pueblo y podría decir que se ven igual a cualquier otro, pero no debo olvidar que es sólo una fachada. En cualquier momento sé que veré a gente torturada o sometida.

Los animales rondan entre los asistentes, y al igual que sus dueños, de forma cauta. En los rincones hay grandes cuencos con carne que devoran sin preocupación, mientras otros duermen apaciblemente. Esperaba verlos nuevamente desafiándome y mostrándome sus colmillos, claramente no lo hacen porque no existe amenaza de mi parte. Esta vez se los concedo. Mi cuerpo se encuentra apaleado, mis manos temblorosas y mi voz desgastada. Algo de mi razón permanece, pero estoy segura que eso es algo que también podría desaparecer en cualquier momento.

—Eleonor. —Una gruesa voz capta mi atención—. Princesa de Luna Nueva, te damos la bienvenida.

Celsius me espera al final del corredor que crearon sus súbditos. El sonido de sus palabras hace que la bilis se revuelva en la base de mi estómago, sin mencionar que me indigna que continúe nombrándome como una de las sucesoras de su reino. Mi fase, hoy y siempre será la Luna Llena, pero no se lo aclararé, no estoy preparada para entrar en una discusión que sé que perderé, además la madre antigua, mi padre y yo nos encontramos en una situación vulnerable.

—Por favor, acércate. —Sonríe de manera controlada haciendo que la cicatriz de su rostro resalte. Luego extiende su mano.

Mi primer pensamiento es que está demente si cree que lo tocaré de manera voluntaria y segundo, es que no sé si mis piernas reaccionarán para caminar hasta él. Es evidente que hay una parte de mí que todavía se quiere sublevar.

—No seas tímida. —Celsius camina a mi encuentro. Al llegar a mi lado me toma del brazo y ejerciendo presión me obliga a caminar—. Espero que asimiles rápido tu nueva condición, ya nada ni nadie esta vez te salvará.

Hago un esfuerzo por liberarme de su agarre, pero lo agotado de mi cuerpo no es capaz de repeler su repulsivo contacto. Con mi mirada le demuestro que no me interesa lo que piense y si pudiera leer mis pensamientos, sabría que nunca cederé mi voluntad.

Me acerca sin ninguna amabilidad a uno de los tronos que se ubican sobre una tarima. Realizo un recuento rápido encontrando cuatro sitios. Celsius se sienta en uno de los del centro. Su lobo transita por mi lado dándome una mirada acechante, para luego sentarse al lado de su amo. Por una parte, agradezco no quedar al lado de ellos, pero de inmediato me pregunto quién se ubicará en aquel lugar ahora vacío.

—Bienvenido pueblo del Valle Oscuro. —La voz de Celsius inunda el salón y mi vello se eriza. Los asistentes quitan la atención sobre mí y la dirigen a su rey—. La campaña que hemos estado llevando a cabo por años, hoy en día nos favorece.

Los presentes vitorean al mismo tiempo chocando sus copas a modo de celebración. Los animales se unen a su festejo aullando desde todos los recovecos de la fortificación. Sus bramidos se filtran por mi cuerpo hasta alojarse en la base de mi columna. Mi primera intuición es tapar mis oídos, pero los rugidos retumban y vibran también en mi pecho.

—Hoy es un día de celebración. —Celsius continúa. Y de forma inmediata se hace el silencio para escuchar su discurso—. Después de la

pérdida de mi descendiente Magnus, dimos por fracturada nuestra batalla, pero el azar esta vez se encuentra a nuestro favor y nos muestra con convicción que la causa en la que todos creemos fielmente, será la vencedora.

Me presiono mentalmente a no desvanecerme ante su proclamación. La congoja estrangula mi vientre al escuchar la certeza en sus palabras, unida a la respuesta enardecida de los asistentes. Me cuestiono si no viven en el mismo mundo que yo. ¿Cómo no se dan cuenta que eliminar a miles de personas inocentes es un acto vil y despreciable que no justifica ninguna afrenta recibida?

—Hoy nos acompaña Eleonor, la Heredera de Luna Llena, perteneciente a la Casa de Los Ciervos. —Mi espalda se torna rígida al escuchar la referencia hacia a mí—. Ella es la elegida para fecundar al descendiente que liderará todas las tierras de Badru quien, desde hoy, también abrazará nuestra cruzada, tomando posesión como nuestra Princesa de Luna Nueva y próximamente Reina del Valle Oscuro.

Los gritos envuelven el lugar. Escuchar aseveraciones en relación a mi malogrado destino únicamente hace que mi agonía se extienda.

El silencio retorna cuando Celsius levanta su mano e indica hacia el final de la sala. La figura que aparece caminando apaciblemente hace que de inmediato mis instintos se despierten. El calor reptante por mi estómago y se traslada a mi pecho. La ira se revuelve y clama por salir. No me doy cuenta cuando ya estoy de pie empuñando mis manos.

—¡Siéntate! —Celsius me advierte. Lo ignoro porque mi propia sed de venganza aparece y no hay nada que me pueda detener para no abalanzarme sobre Calesia y agredirla—. ¿No cooperarás por las buenas?

Antes de dar un paso adelante quito mi vista de la hechicera y miro al líder del Valle Oscuro. La amenaza en sus palabras de inmediato me conduce a la imagen de la madre antigua. Me agarro del apoya brazos del trono que me designaron y descargo mi furia presionándolo con fuerza, hasta que lentamente y con todas las alertas instaladas en mi cuerpo me vuelvo a sentar. Celsius me sonrío complacido.

Calesia continúa avanzado hasta posicionarse de pie al lado del sitio al otro costado de mí, no sin antes guiñarme un ojo y sonreír maliciosamente. En algún instante pensé que me desvanecería, pero el odio que siento por aquella mujer hace que mis sentidos se aviven. Una fuerza desconocida y oscura despabila mi mente al igual que mi cuerpo. Mi promesa continúa intacta en relación a la hechicera, no sé cómo ni cuándo, pero la mataré.

Me gustaría continuar ejecutándola con la mirada, pero mi cabeza se gira al percibir cómo la atmósfera del salón cambia. Los asistentes que antes se mostraban erguidos, bajan sus hombros y cabeza e increíblemente los lobos también. La situación hace que una bola de ansiedad transite por mi garganta. La idea de también bajar mi cabeza cruza por mi mente y no lo hago porque necesito ver qué es lo que los conmociona de esa forma.

Una gran figura emerge desde las puertas de madera de la entrada. Lo primero en notar son sus sobresalientes hombros, firmes y cuadrados. A medida que avanza con convicción, su rostro se hace visible. Su cabeza completamente rapada hace que mi vello se levante recordándome que es un hombre sin honor, sin miedo ni cavilaciones. Sólo ha sido entrenado para matar.

El tatuaje de la luna que cruza su cara destaca sus delineadas facciones, pero no opaca la intensidad de su mirada. Sobre sus hombros cae una gran piel cobriza y al bajar mi mirada, noto que es del mismo color del lobo que lo acompaña pegado a su cadera. En su mano carga una monumental hacha, que la sostiene como si fuera una pluma.

La primera vez que vi a Priust en mi castillo, me atemorizó y no sólo por su presencia, sino también por poseer la misma perversidad que su hermano. Esta vez su aparición me hiela la sangre, ya que ahora también sé que él fue el encargado de iniciar nuevamente el encantamiento, por ende, es el macho alfa de su pueblo y su lobo el de los animales. Pero lo que más me consterna es reconocer que él, es el legítimo padre de Alen y que su sangre corre por las venas del hombre que amo, el que además hoy día lo reclama como su heredero, reconociéndolo como parte de su linaje.

Al estar a unos pasos de mí, sus ojos se clavan en mi rostro. No quiero sostener su mirada, pero el terror me paraliza. La comisura de sus labios se eleva y la sonrisa que me entrega la reconozco, posee la misma boca y quijada de Alen, la visión espeluznante me hace tambalear.

—Mi rey. —La potencia de su voz se filtra en mi cuerpo dejándome totalmente helada. Priust realiza una pequeña reverencia y su lobo baja la cabeza en señal de respeto hacia su monarca.

Camina hacia el trono que se encuentra al otro costado de Celsius. Me vuelve a mirar, esta vez sus ojos están vacíos y su expresión es de indagación. Al sentarse, Calesia posiciona la mano sobre su hombro manteniéndose de pie al lado de él.

Exhalo con fuerza, no tan sólo por soportar ver a mis adversarios juntos

y felices; en el caso de que puedan sentir felicidad, sino también por imaginar a quién corresponde el trono vacío a mi lado. Mis músculos se contraen cuando pienso que veré otra vez a Alen y no sé si seré capaz de aceptar su nueva condición sin perder por completo la cabeza.

—Pueblo del Valle Oscuro. —Celsius se incorpora—. Hoy nos reunimos para recibir a uno de los nuestros, quien fue despojado de su casa, negándole la posibilidad de conocer su verdadera estirpe. El hombre que nació en luna nueva. Fase que acoge nuestra casa y que el destino designó para darnos nuestra victoria y conquistar todo Badru. Hoy nos reunimos para recibir al legítimo heredero al trono del Valle Oscuro.

El salón estalla en un vitoreo exaltado, mientras que yo me desmorono al seguir escuchando las palabras de Celsius que retumban en mi cabeza. Mi corazón deja de latir al presenciar la silueta que avanza con confianza por el pasillo. Sus movimientos son algo que jamás podría olvidar. La roca que llevo impregnada en mi pecho ejerce más presión, estrangulando la fugaz calma que me obligo a mantener. Mis manos comienzan a sudar y aprieto con más fuerza la cinta de cuero, pensando que es el único vestigio que queda de él.

Alen se desliza con una exuberante placidez como si fuera habitual para él caminar entre el que actualmente es su pueblo. Sus pasos además denotan la seguridad que siempre lo ha acompañado. El lobo que observé en el ritual lo escolta, su andar se une en armonía al desplazamiento de su ahora amo.

Me gustaría retener una pizca de esperanza en relación a que la vinculación no se logró, pero el hombre que avanza hacia a mí es difícil de reconocer. Mi mirada recorre su torso descubierto, en el cual cada parte de su piel va pintada de rojo y negro. Mis ojos descienden hasta el surco de su cadera que deja a la vista el inicio de su sexualidad. El tatuaje de luna menguante que había llevado desde los siete años y que fue asignado para ocultar su verdadera identidad, ha sido reemplazado por la fase completa de luna nueva.

Se detiene a unos pasos frente a Celsius. Por mi parte no soy capaz de levantar la cabeza para enfrentar su rostro. De reojo advierto que se inclina y no sé qué es lo que me tortura más. El hecho de que Alen haya cedido a la oscuridad o que realice una reverencia hacia Celsius, al hombre que hoy reconoce como su nuevo líder.

Mantengo mi vista pegada en un punto fijo sobre el suelo sin atreverme a mirar. Alen se desplaza y mi pulso se acelera al notar que se acerca. Lo

primero en distinguir es a su lobo que se aproxima. En sus rasgos no observo docilidad, sino más bien agresividad. Sus ojos negros me recorren, como si me examinara. Los orificios de su nariz ascienden y descienden olisqueando mi esencia; lo más probable que sea para determinar si soy una amenaza o no.

El cuerpo de Alen no se ubicó en el trono que al parecer le corresponde, caminó hasta detenerse frente a mí. Un roce en mi mano me hace alejarme instintivamente. El contacto fue cálido, pero al mismo tiempo gélido. Mantengo mi rostro hacia abajo, pero Alen vuelve a tomar mi mano. Esta vez su contacto rodea con firmeza mi muñeca y luego sin aviso me precipita hacia él.

Extiende su brazo libre cogiéndome de la cintura, atrayéndome hacia su pecho. Me golpea el recuerdo de la última vez que me alzó en sus brazos prometiéndome su fidelidad. Mi rostro se aplasta ante su imponente pecho y me sigo negando a mirar. Prefiero mantener el recuerdo de lo que nos profesamos y anhelamos guardado con el hombre que fue.

—¿No piensas saludar a tu futuro esposo? —Su voz recorre la base de mi cabeza, su aliento transita por mi lóbulo, el sonido se escabulle a mi oído y sus palabras desgarran mis sentidos.

Capítulo 4

Congelada e inmóvil continúo entre sus brazos. La turbación de mis pensamientos no me permite empujarlo para retirarlo de mi lado, la sola idea de seguir tocándolo me perturba. Sé que estoy a un paso de quebrar el muro que instalé y en el cual me prometí valentía.

—Mírame. Liska puede morder, pero yo no. —Alen me incita a encontrar sus ojos. Sin querer, mi respiración retorna al escuchar el nombre que fue asignado a su lobo. En las visiones, su madre le había entregado una figura de madera, la que había llamado con aquel nombre. Muerdo mi labio para no darme esperanzas y lo estrujo para no abrir la puerta de algo que no podría ser verdad. Pero alguna parte de mi cabeza me sigue repitiendo que, si el animal posee el mismo apelativo con el que bautizó de pequeño a su juguete, tal vez, sea una señal de que recuerda a su madre y el sacrificio que ella llevó a cabo. Quizás existe una minúscula probabilidad de que se encuentre actuando y el enlace se consiguió sólo en parte.

—¿Qué tienes en la mano? —Alen agarra la tira de cuero y sin pensarlo reacciono encontrando la fuerza para empujarlo y alejarlo de mí.

Finalmente realizo el acto del cual rehuía. Levanto mi cabeza para enfrentar su mirada. Su rostro es el mismo, pero está lejos de ser semejante al hombre que vi crecer y que acompañó mis pasos desde siempre. En su cara lleva impregnado el tinte negro de la oscuridad y el rojo de la matanza que ha assolado los territorios. El azul de sus ojos se incrementó, uniéndose a un pequeño destello púrpura. Su presencia continúa consumiendo mi existencia, sin embargo, esta vez la aturde. Mis sentidos siguen reaccionando a su cuerpo incitándome a tocarlo y mi razón es la que se mantiene alerta ante su presencia.

—Ya habrá tiempo para que se relacionen. —Celsius llama nuestra atención—. Ahora saluden a su pueblo.

Alen al escuchar las palabras de su líder, de inmediato se desplaza hasta su trono, a mi lado. Cuadra sus hombros enfrentando a la audiencia. Su animal también acata la orden y se ubica pegado a su pierna.

—¡Pueblo del Valle Oscuro! —Celsius eleva su voz—. Reciban a sus nuevos herederos.

Los presentes estallan en aplausos, golpes de jarras y aullidos. Por mi parte me aferro a los brazos de mi sitio para no decaer.

—Mañana emprenderemos la marcha hasta nuestra casa. La del Valle Oscuro. —Celsius continúa su discurso—. Con el objetivo de fortalecer nuestra cruzada, en donde Eleonor será invitada a pertenecer a nuestro pueblo y no tan sólo en cuerpo, sino también en alma.

Mis pensamientos se atropellan junto a los gritos del salón. Claramente habla de la vinculación. Mañana intentarán enlazarme. Ya me lo había advertido, pero entre los sucesos que ocurrieron estos últimos días, aquella idea la relegué al último lugar de mis preocupaciones. En este momento se transforma en una realidad y ya no sé si me podré mantener entera al percatarme que este maldito viaje no ha concluido y sin poder hacer nada me encamino directamente a las sombras.

—Nos reuniremos esta noche. —Celsius sigue hablando, pero su voz la recibo en fragmentos. Mis oídos zumban ante sus declaraciones—. El banquete será en honor a nuestros predecesores, y además para celebrar el compromiso de matrimonio.

Las fuerzas me abandonan y caigo en mi trono. Hace algunas semanas este sillón me pertenecía con el augurio de continuar el legado de mi padre. En este momento se transforma en el augurio de mi inminente extinción.

La impotencia martilla mis sienes al darme cuenta que no tengo escapatoria. Sus maléficos planes me alcanzaron y no sé si tendré la fortaleza necesaria para combatir la oscuridad. Si sucumbiera no habría salvación para ninguna de las personas de nuestro mundo. Y si no lo hiciera, de todas formas, me obligarán a llevar a cabo sus retorcidas maquinaciones. Casarme con Alen y fecundar al heredero que terminará por condenar a todos.

—Te acompaño a tu alcoba. —Una voz conocida pero despojada de calidez me desprende de mis agobiados pensamientos. Al levantar mi mirada, las personas se han dispersado y la figura de Alen se encuentra de pie frente a mí.

No lo miro y no le respondo, no puedo, me encuentro inmóvil aferrada al sitial.

—Me satisface observar que cooperas. —Celsius se acerca—. No fue tan difícil. —Se desliza por mi lado alejándose.

—¡Levántate! —Alen demanda—. No quiero obligarte, pero tampoco dejaré que te rebelas a mí frente a nuestros súbditos.

No soy capaz de reaccionar a mi nueva situación. No logro comprender cómo fue que Alen cambió tan rápido. Sé que el enlace corre por sus venas, pero me cuesta creer que no quede nada del hombre que fue.

—Princesa de Luna Nueva. —Una nueva voz retumba en mi cabeza. Su sonido ronco y potente hiela mi piel. Priust se acerca y a su lado Calesia. — Nos volvemos a encontrar. La primera vez que te vi fue en este mismo salón. Me complace notar tu buena disposición a colaborar. Bien sabes que si no lo haces, te forzaremos. La fecundación la realizarás con mi hijo sí o sí. No te escaparás otra vez.

—Eleonor colaborará. —menciona Calesia con su característica petulancia—. Yo me aseguraré de aquello.

La imponente figura del macho alfa me atemoriza, sin embargo, la presencia de la maldita hechicera despierta el odio, al cual me aferro para no bajar mi cabeza.

La sonrisa engreída de Calesia me despierta y en un acto reflejo mis puños se cierran. No me importa que me reprendan, esta vez me niego a permanecer en silencio observando cómo logra su macabro plan.

Doy un paso hacia ella con la intención de borrar su expresión de satisfacción. De inmediato soy sujeta por mis hombros.

—No te recomiendo que hagas eso. —Alen susurra en mi oído—. Mi padre no posee ningún atisbo de indulgencia y prefiero que estés en condiciones para nuestro encuentro en la intimidad.

“Mi padre”, mi cabeza repite y luego cruza “nuestro encuentro en la intimidad”. Trato de zafarme de su agarre, pero es imposible, es como querer mover una muralla, su fuerza me doblega. Dejo de luchar al percibir que no me soltará y también al sentir que la presión de sus manos sobre mis hombros, envía ondas de dolor a mi cuerpo.

Un fuerte gruñido hace que alejen la atención de mí. Liska, el lobo que ahora está vinculado con Alen, brama ferozmente y su vello se levanta engrifado. Priust da un paso al costado dejando pasar al animal que le pertenece. El lobo se desplaza hundiendo sus garras en la piedra. Sus ojos destellan en rojo, al igual que su pelaje. Se planta frente a Liska que lo reta y abre su hocico revelando sus colmillos. Las dos bestias se miden con su expresión y aullidos. Priust suelta una espeluznante carcajada.

—Voltor no dejará su lugar tan fácilmente. —menciona cambiando su expresión—. Sólo puede existir un macho alfa.

—Quizás ya es hora de ser reemplazado. —Alen sin soltarme encara a su padre y cualquier intento de hablar por mi parte queda paralizado al contemplar que no únicamente los lobos se enfrentan, sino también sus amos.

—¿Me estás desafiando? —Priust pregunta, no preocupado, más bien

interesado y hasta podría decir que su expresión refleja algo más. Me niego a aceptar que sea orgullo.

—Después de que contraiga matrimonio. —Alen responde fuerte y claro, sin ninguna señal de titubeo—. Tú y yo lo definiremos.

—Esperaré con ansias ese momento. —Priust responde complacido—. ¡Voltor! todavía no es tu hora. —Llama a su lobo. Luego me da un movimiento de cabeza y se aleja.

Vuelvo a respirar al darme cuenta que no lo hacía y sin querer encuentro la mirada de la hechicera. Su sonrisa burlona desaparece y podría decir que sus ojos expresan preocupación. No entiendo mucho de sus jerarquías, pero si funciona como una manada normal de lobos; Alen al enfrentar a Priust y en el caso de ganar, se transformaría en el nuevo macho alfa, por lo que Calesia perdería el poder que hasta ahora posee. Ahora soy yo la que le regala mi mejor sonrisa de satisfacción.

—¡Cuídate! —amenaza con toda la maldad en sus palabras—. Ya no estás en tu casa.

—¡Calesia! —Alen la reprende—. Déjate de amedrentar, ¿acaso no tienes una labor que realizar?

Incredulidad es el primer pensamiento que cruza mi mente al escuchar cómo Alen pone a Calesia en su lugar. Por lo visto, ser el Heredero del Valle Oscuro, en autoridad, lo posiciona sobre ella. El regocijo de alguna manera me aborda y no únicamente por la llamada de atención hacia ella, sino también porque Alen sumergido en la oscuridad me defendió. En silencio suplico porque aún se encuentre ahí.

La hechicera no responde, alejándose tras los pasos de Priust.

Alen suelta su agarre y me observa impasible, mientras yo con un halo de esperanza le devuelvo la mirada

—¿Caminarás o tendré que cargarte? —Su tono se mantiene seco, sin ninguna señal de gentileza.

—Caminaré. —respondo firmemente, mientras una luz de esperanza se enciende al pensar que cuando nos encontremos solos, Alen me dirá que todo es una mentira, que él continúa conmigo.

Mis piernas reaccionan al igual que mi estúpido corazón. Me encamino con rapidez hacia la escalera escoltada por el nuevo heredero y su animal. Dos guerreros se nos unen para acompañar nuestro desplazamiento.

Me traslado por el corredor apresuradamente. Mis latidos se aceleran, y en esta oportunidad, por el ansia de conocer si Alen aún me corresponde. La

cinta en mi mano la aprieto con la fe de que no todo está perdido.

Al ingresar a mi antigua alcoba encuentro a Laurel en su interior, esperándome. Al ver a Alen detrás de mí, su expresión de aburrida cambia a interés. Paso por su lado con mi palma hormigueando por borrar la sonrisa coqueta que se dibuja en su boca.

—Déjanos solos. —La voz de Alen retumba en la estancia. De inmediato la cara de mi antigua doncella cambia a decepción retirándose en silencio.

La mirada de Alen se encuentra posicionada en mí. La intensidad de sus ojos se extiende, examinándome de pies a cabeza. Liska, su lobo se mantiene junto a él. La puerta se cierra y por primera vez, en días, estamos solos. Quiero tomar la iniciativa y preguntarle la duda que me carcome desde que presencié el horripilante ritual de enlace, pero no soy capaz de hablar.

No sé cuánto tiempo transcurre desde que llegamos a mi habitación, pero ninguno de los dos ha emitido palabra. Por mi parte, me encuentro inmóvil ante la dureza de su expresión y únicamente escucho mi respiración que ingresa lentamente, junto a las pulsaciones que se atropellan por mantener su ritmo. Alen por su lado, estoy segura que ha recorrido de extremo a extremo mi cuerpo y en este momento se concentra en mi boca.

—Estás delgada. —Rompe el incómodo silencio. Sus palabras continúan siendo gélidas al igual que sus ojos—. Tendrás que alimentarte.

—¿De qué hablas? —Pregunto desconcertada. Esperaba cualquier otro comentario, menos que se preocupara por mi aspecto personal habiendo miles de otras situaciones de carácter más urgente, como escapar.

—Desde hoy comerás como es debido y descansarás las horas pertinentes para presentarte ante nuestro pueblo en condiciones dignas de mi prometida.

—¿Disculpa? —Mi primera reacción es soltar una carcajada por su imposición como si fuera mi dueño. Mi segunda reacción es ¿habla en serio?

—Además, frente a cualquier persona me deberás obediencia. —Da un paso atrás apoyándose de mi tocador. Cruza los brazos por sobre su torso y sus músculos se tensan bajo la pintura negra y roja. El animal sigue sus movimientos sentándose en una postura más relajada.

—¿De qué hablas?, me refiero a que estamos solos, no tienes que seguir fingiendo. —Lo miro esperando que al fin caiga su fachada y me diga que él no se enlazó.

—Me parece que he sido lo suficientemente claro. —responde como si

el problema de comprensión fuera mío—. Al llegar la luna llena, nos desposaremos para convertirnos en los sucesores del Valle Oscuro, mientras eso no ocurra, te mostrarás agradada y merecedora del lugar que te corresponde en mi reino.

—¿Tu reino? —Me cuesta discernir sus palabras o más bien me niego a reconocerlas. La aceptación de que Alen haya renunciado a su alma, sacude la leve esperanza que ilusamente quise albergar. En sus ojos, su expresión y su discurso demuestra que ya es un hecho que el hombre que conocí se ha esfumado—. Te enlazaste. —Esta vez no pregunto, afirmo y mis palabras no van cargadas de pena, más bien de rabia.

—¿Te cabe alguna duda? —Pregunta de forma arrogante—. Esto era algo inevitable. Mi destino se trazó el día que fui concebido. Ahora regresé a mi hogar del cual nunca debí salir.

—Tu hogar. —repito conteniendo nuevamente la carcajada que quiere asomar. No porque me parezca divertido, más bien porque me parece macabro—. Me resulta extraño que llames hogar a un lugar que nunca conociste.

—No lo hice porque me privaron de ello. —Me explica con quietud, como si fuera algo habitual—. Tu padre me despojó de mi derecho.

—¿Qué te hicieron Alen? —Ahora pregunto con la angustia aflorando. Escuchar a Laurel hablar sin emoción, ni siquiera se acerca a lo que estoy sintiendo en este momento. Oír al hombre del cual me enamoré, despojado de toda sensibilidad y de las convicciones que hasta hace unos días atrás mostraba y por las cuales luchaba fervientemente.

—Al fin me mostraron la verdad. —Mueve su brazo posicionándolo sobre el tatuaje que ahora muestra su real origen—. Me revelaron mi auténtico propósito y también el lugar que me corresponde. Lo que no entiendo es por qué tu asombro, pensé que esto es lo que querías. Me refiero a que estaremos juntos, gobernaremos Badru y nuestro descendiente será el nuevo rey que unificará a los reinos.

—Era lo que quería, pero no bajo la oscuridad. —Respiro para buscar calma, al percibir que cada palabra que brota de sus labios golpea el amor que había nacido.

—Oscuridad o Luz, eso ya no tiene importancia. —Camina por la estancia examinando mi antigua alcoba—. Nuestro destino ya está sellado y tú, lo quieras o no, me acompañarás.

—¿Y qué pasó con tu promesa? —Mi voz se alza ante la impotencia de

no poder hacer nada más que observar su nueva condición—. ¿Eso también ya no tiene importancia? Me juraste que siempre estarías conmigo, que doblarías el espacio y el tiempo para encontrarme, que me defenderías con tu espada, lealtad y hasta con tu vida.

—Eso no lo recuerdo. —Levanta una de sus cejas con soberbia—. Pero sin duda, todo lo que acabas de decir, no es lejano a lo que ahora te entregaré una vez que nos desposemos. Al ser mi esposa y futura madre del heredero, te convertirás en mi familia y será mi obligación defenderte.

—¿Y qué sucederá con tu otra familia?, la que te cuidó y protegió durante tantos años. No puedo creer que no te interese que mi padre esté en un calabozo y la Madre Antigua amenazada de ser torturada si no acato vuestras órdenes. —Lo miro buscando alguna reacción ante mis palabras.

—Mi familia es Priust y mi rey ahora es Celsius, a ellos les debo mi completa lealtad. —menciona con convicción.

—Qué rápido cambiaste de lealtades, creí que tu fidelidad se encontraba hacia nosotros. —A cada reproche que realizo mi voz se vuelve severa. El dolor en mi garganta se agudiza, pero no tanto como el dolor en mi corazón—. ¿Qué sucedió con Boreas?, ¿También olvidaste que es tu hermano?, al que defenderías y rescatarías de la tiranía que ha tenido que soportar todos estos años.

—Boreas es un cobarde. Engañó a nuestro padre y a nuestro pueblo, se merece lo que vaya a ocurrir con él.

—¡El cobarde eres tú! —Me acerco empuñando mis manos. La indignación me envuelve al escuchar la referencia hacia el pequeño príncipe, quien ha mostrado gran valentía y entereza ante todo lo que ha tenido que vivir—. Preferiste entregarte que asumir la realidad. Escogiste las sombras a seguir luchando. Elegiste abandonarme que mantener tu promesa. Ese joven es el doble de hombre que tú.

Alen se mueve de manera ágil hasta que se detiene frente a mí. Su mirada es rígida y al mismo tiempo determinada. Su presencia me intimida al desconocer hasta qué punto la maldad se encuentra en él, no obstante, no doy un paso atrás.

—Cuidado Eleanor. —Baja su cabeza para que nuestras miradas se encuentren, mientras sus ojos recorren mi boca—. No creo que quieras saber de lo que ahora soy capaz.

—¿Qué harás? —Me obligo a responder, porque no me dejaré amedrantar, no frente a él, a este hombre no lo puedo reconocer y por cada

una de las palabras que expresó, hizo que perdiera mi respeto—. ¿Me golpearás?, ¿Me torturarás?, ¿Matarás a la que fue tu familia? La admiración que sentía por ti la acabas de aplastar y prefiero morir a ver en lo que te has convertido. —Debería mantenerme en una situación sumisa ante todo lo que me rodea, sobretodo porque estoy a merced de él y de las personas que ahora reconoce como su familia. Pero después de presenciar de lo que son capaces no me doblegaré, aunque muera o me lastimen por ello.

—Puedes pelear. —Alen se acerca hasta que respiramos el mismo aire—. Puedes gritar, puedes negarte, pero finalmente cederás a mí.

—Estás demente si piensas que me volveré a entregar a ti. —Doy un paso atrás para alejarme de él. Su cuerpo sigue siendo el mismo que mis instintos reconocen, pero su juicio se encuentra por completo nublado.

—Lo harás. —afirma acercándose nuevamente—. Mañana te enlazarás, y créeme que te entregarás de forma voluntaria, es más, me rogarás.

—Sigues manteniendo tu autoestima en alto, es lo único que al parecer queda de ti. —Me gustaría dar un nuevo paso atrás para alejarme, pero la cama obstruye mi escape.

—Serás mía. —Su mirada se endurece junto a su quijada—. Y espero que sea por las buenas.

—¿Esa es tu nueva arma de seducción? ¿La amenaza? —Continúo encarándolo a pesar de que mis rodillas tiemblan y mi pulso se acelera ante su inquietante presencia.

—No es una amenaza, es un hecho. —Inesperadamente desliza su brazo por mi espalda y me acerca a su cuerpo. Percibo cómo su corazón late con fuerza y sus ojos me consumen, la oscuridad los envuelve, pero hay algo más, podría decir que deseo—. Debo reconocer que me hubieras defraudado si te entregaras fácilmente, la fuerza que corre por tus venas es lo que me gusta de ti y te hace digna de ser mi mujer.

—¿Tu mujer? —Pregunto de forma sarcástica, mientras lucho por deshacerme de su agarre—. Ese derecho lo perdiste desde que te entregaste a ellos.

—Ese es un derecho que me pertenece al haber conquistado tu pureza. —Sonríe de forma arrogante para luego acercar su boca a mi oído y susurrar—. Será interesante domarte otra vez.

Su mano la desliza por mi espalda traspasando el límite de mis caderas. Mi cuerpo rechaza su contacto impuesto y reacciona. No me percaté del movimiento instintivo que realizo, cuando con toda la fuerza que puedo

ejercer, lo abofeteo.

Capítulo 5

La cara de Alen se gira al recibir el golpe. No es necesario que me retire para alejarme. Liska, su lobo, se abalanza sobre mí derribándome sobre la cama. Sus colmillos amenazan cerca de mi mejilla sacudiéndome con su cálido aliento envuelto en bravura. Sus pezuñas se entierran en mi pecho quitándome la respiración.

—¡Liska! ¡Atrás! —Alen ordena a su animal. El lobo se baja lentamente de mí, pero no quita su mirada desafiante.

Me quedo tendida sobre la cama recomponiéndome del sobresalto de haber sido atacada y también por no querer encarar otra vez al hombre que hasta hace poco era mi hogar.

—Pensé que eras más inteligente. —La voz de Alen me llega, pero no soy capaz de encontrar nuevamente sus ojos desiertos de luz—. Mientras más rápido aceptes tu nuevo estado, más fácil será tu adecuación. Asumo que no quieres ser mordida por un lobo o por mí.

—¿Quieres herirme? Hazlo, te aseguro que no hay nada que me pueda causar más pesar que tu abandono. —Esta vez apelo al atisbo de fortaleza que aparece y me levanto. El hombre pintado de rojo y negro que tengo delante de mí, no es Alen.

—¿Terminaste tu rabieta? —Se cruza de brazos con una expresión aburrida.

—¡Fuera! ¡Sal de mi habitación! —Grito enfurecida ante su agobiante indiferencia. Mis manos se empuñan y el instinto de volver a golpearlo despierta para que se trague todas sus palabras. Lamentablemente debo contener mi ira, no quiero someterme a la tortura de ser mordida por su lobo o por él.

—¿Qué te hace pensar que me puedas dar órdenes? —Sonríe de forma burlona.

—¿Y a ti qué te hace pensar que te tengo que escuchar? —Mi ira se descontrola y mis impulsos agresivos se comienzan a desatar—. Si quieres que sea complaciente y que no te ridiculice delante del que ahora es tu pueblo, márchate.

—Cuidado Eleonor, no juegues con fuego. —Se acerca y su mirada se ensombrece—. La hoguera a la que te enfrentas te puede quemar.

—Mi alma ya se calcinó. —Me acerco a la puerta y la abro—. ¡Lárgate!

—Me voy, pero no porque tú me lo pidas. —Camina hacia la salida

seguido por su lobo—. Lo hago porque tengo un ejército que liderar. Nos vemos esta noche.

Al pasar por mi lado me cierra un ojo. El gesto lo reconozco, pero se encuentra lejos de palpar por un instante la esencia del hombre que conocí.

Cierro la puerta de golpe y ahora en soledad, realizo la rabieta de la cual fui advertida. Me acerco al tocador enfurecida lanzando lejos todos los objetos que están depositados en él. Golpeo con mis puños la madera y grito lastimando mi garganta una vez más. La impotencia me arrasa al tener que ser una mera espectadora de todo esto. Maldigo a los Antiguos Ancestros por haberme marcado para un destino tan fúnebre, que ha traído únicamente muerte y destrucción. Las lágrimas amenazan por salir, pero las trago devorando la desolación que martilla en mis venas y retuerce mi juicio. Esta situación me hace cuestionar si seré capaz de mantener mi raciocinio ante todo lo que me falta por afrontar. La respiración me abandona al igual que las fuerzas que quise mantener al enfrentarme al verdadero heredero del Valle Oscuro.

Obligo a mis piernas a dirigirse al balcón buscando el aire que necesito al sentir mi cuerpo pesado. Percibo la carga de los dientes de lobos en mi cuello que es un indicio de la dominación a la que estoy expuesta. De golpe arranco la pieza de mi piel y la lanzo hacia el acantilado con el fin de liberarme del maldito recordatorio de mi nefasta realidad.

“Eleonor, ¿Estás ahí?” me sobresalto al escuchar una suave voz que parpadea en mi cabeza. De inmediato me giro para buscar su procedencia. “¿Me escuchas?”, esta vez se arrastra con más fuerza y mi pecho se contrae al reconocerla.

—¿Asíla? —Pronuncio casi como una súplica.

“¿Eleonor me escuchas?”

—Sí. —digo en voz alta al tiempo que recorro la habitación. La voz ya la había escuchado, pero pensé que había sido una invención de mi mente por el estado en el que me encontraba después de presenciar el enlace de Alen, ahora me doy cuenta que es real.

—¿Dónde estás? —Levanto mi voz con la intención de mantenerla conmigo.

“Estoy cerca” las palabras se comienzan a desvanecer “Por favor, no decaigas, pronto te veré”

—¿Dónde has estado? ¿Por qué no me ayudaste? ¿Por qué no me hablaste antes? —Recorro la alcoba intranquila, mi desesperación crece ante

la necesidad de encontrarla para increparla y también para que me oriente en lo que debo hacer.

“Te he hablado, pero algo se interponía entre nosotras”. La voz se escurre.

Medito sus palabras y la comprensión me alcanza.

—Llevaba un collar de dientes de lobo. Lo arrojé al acantilado. — respondo, ahora consciente de que aquel elemento me bloqueaba de Asila. Calesia ya había utilizado esto para mantenerme de cierta forma invisible cuando me secuestró del Bosque Blanco.

“No lo vuelvas a usar, pronto estaré contigo”

—¿Cuándo? —Pregunto incrementando mi ansiedad al darme cuenta que la voz se debilita—. Por favor, te necesito. —Ruego, pero no hay respuesta. La hechicera nuevamente ha desaparecido.

Desde mi balcón observo cómo la luz del sol se escabulle dando paso a la figura de la luna que muestra su tenue luz cargada de maldad. La circunferencia perfecta desaparece, para transformarse en una delgada silueta que da la bienvenida a la fase creciente. Mañana cesará mi sangrado, como también sin apelación se contarán los días que me llevarán a alcanzar mi destino. La luna llena. Mi fertilidad se hará presente junto a la imposición de concebir al Heredero y todo en este momento me lleva a pensar que será bajo la oscuridad, sin embargo, lo que me ha mantenido durante todo el día en alerta es el día de mañana. Como fue mencionado en el salón, me forzarán a realizar el enlace y dudo seriamente después de todo lo que he vivido, que mi corazón esté calmo para superarlo. Al igual que Alen, mi alma se ha ensuciado por sentimientos negativos; el odio y la venganza han tocado a mi puerta y los he dejado entrar con la convicción de que son las únicas emociones que me han mantenido entera en este momento.

Asila nuevamente me mintió, no ha aparecido como me lo dijo. Es más, nadie ha entrado en mi alcoba. Por lo que sólo he contado el avance del tiempo hasta que tenga que presentarme en el salón. No estoy segura si seré capaz de comportarme complaciente frente a Alen o a cualquier otra persona que quiera continuar doblegándose.

Me inquieto al escuchar el ruido de la puerta. Me alejo del balcón e ingreso a mi habitación con la esperanza de que sea la hechicera. Mi decepción es inmediata al ver a Laurel con un nuevo vestido en la mano, y varios guerreros que transportan una tina con agua.

—Ya es hora de que te prepares. —menciona la doncella sin mirarme.

Exhalo con irritación al tener claro que no está en discusión negarme, menos después de las amenazas de Alen en relación a mi obediencia. Mientras no encuentre alguna salida de mi actual condición, prefiero hacer lo que me dicen por el bienestar de mi familia y el mío.

Una vez que los guerreros salen, Laurel cierra la puerta con llave. Enciende varias velas y acomoda el vestido sobre la cama. Se acerca al balcón y lo examina. Luego vuelve a mi lado tomándome de mis manos.

El gesto me descoloca y trato de retirar su contacto, no obstante, me mantiene sujeta. Sus ojos me encuentran y me paralizo contemplando sus pupilas. El rojizo se disuelve para dar paso a una blanca neblina como la bruma del amanecer.

“Eleonor, soy yo” las palabras se deslizan en mi mente y me quedo petrificada contemplando a Laurel.

—Eleonor. —Laurel habla con sus ojos aún envueltos en una leve blancura—. Soy yo, Asila.

—¿De qué hablas? —Doy un paso atrás sin poder creer que la hechicera se pudo haber adueñado del cuerpo de mi antigua doncella—. No comprendo lo que dices.

Menciono aún no convencida de lo que está ocurriendo, sobre todo después de haber sido engañada por Calesia al tomar la forma de mi cuerpo y el de Gamar.

—Eleonor, escúchame. —Se acerca para seguir susurrando—. No tenemos mucho tiempo, vine para sacarte de aquí.

Niego con la cabeza, no puedo aceptar lo que me dice, no quiero caer en una trampa otra vez.

—¿No me crees? —Laurel se vuelve a acercar e introduce la mano a través de su escote. Del interior saca un collar que en su borde lleva afirmado un trozo de madera—. Es de mi báculo. —dice y luego baja la manga de su vestido dejando al descubierto su hombro. Mi vista se clava en la herida al rojo vivo y sin cicatrizar que envuelve gran parte de la piel, recordándome que esta lesión fue realizada cuando trató de rescatarme del Reino de Aquilón.

—¿Asila? —Pregunto tropezando con mis propias palabras, confundida y al mismo tiempo esperanzada.

—Eleonor. —Sin aviso se abalanza sobre mí, abrazándome. Ante su contacto mi cuerpo reacciona aferrándose a ella. La endeble pared que quise

construir para mostrarme entera se quiebra, cayendo al igual que la voluntad que he tratado de mantener. Las lágrimas se empujan una a otra por salir y esta vez las dejo fluir.

Sin soltarme, Asila en el cuerpo de Laurel me dirige hacia la cama, percatándose de que en cualquier momento caeré al no querer seguir mostrándome fuerte y necesitando que me diga que todo estará bien.

—Escúchame. —Se desprende de mi contacto y apoya sus manos sobre mis hombros para que la mire—. No tenemos tiempo. Sé que estás dolida y abatida, pero ya habrá tiempo para lamer tus heridas. Lo importante ahora es sacarte de este lugar.

Limpio mis lágrimas y la miro tratando de comprender lo que me dice. Su aparición me ha aturrido y no logro entender cómo me sacará de este lugar, el que se encuentra flanqueado por guerreros.

—¿Me escuchaste? —Me zarandea al darse cuenta que me encuentro inmóvil tratando de asimilar el hecho de que ella esté en mi alcoba.

—¿Cómo harás eso? —Me obligo a responder sin estar segura de lo que me está solicitando.

—Lael y Liana están conmigo. —Encuentra mi mirada para cerciorarse de que le estoy prestando atención—. Se apoderaron del cuerpo de dos guerreros del Valle Oscuro. No se encuentran cómodos deambulando entre tanta oscuridad, pero lo más importante es liberarte.

—¿Ellos vinieron contigo? —Pregunto aturdida. Después de no haberlos visto la noche que capturaron a Alen, pensé que seguirían manteniendo su palabra de no involucrarse en los conflictos—. Creí que nos les interesábamos.

—Claro que les interesas, todos estábamos muy preocupados por ti. — Se incorpora levantándose con ella—. Debemos irnos.

—Un momento ¿Qué pasará con mi familia? Debemos llevarlos también. —menciono pensando que cuando Celsius o Priust se den cuenta de mi huida no cabe ninguna duda que tomarán represalias contra ellos.

—Lo siento, no los podemos llevar con nosotros, notarían nuestra presencia. —Me mira y sus ojos decaen—. En este momento lo importante es rescatarte solamente a ti. No podemos dejar que concibas al heredero.

—No me iré sin ellos. —Esta vez reacciono a lo que me está pidiendo—. No los volveré a dejar atrás, menos a su suerte. Ya los han amenazado con torturarlos si no coopero. ¿Qué crees que les sucederá si huyo? Estoy segura que esta vez los asesinarán, y ya no puedo cargar con más muertes

sobre mis hombros.

—Eleonor, no discutiré contigo. —Apela cambiando el tono de su voz a uno más firme—. No te lo estoy solicitando, te lo estoy demandando. Esta guerra no se trata solamente de ti, sino también de todas las personas que necesitan ser salvadas.

—¿Me quieres decir que estás dispuesta a sacrificar a mis padres? —La contemplo desconcertada ante la frialdad de sus palabras.

—Con el dolor de mi corazón, sí. —Me afirma cuando trato de alejarme de ella—. Sé que ellos estarían de acuerdo, si con aquello pueden salvarte a ti y a Badru.

—Si ustedes hubiesen intercedido antes, esta guerra jamás sería lo que es ahora. —Me suelto de su agarre afectada por sus palabras y también por todo lo que ha sucedido. Ella y sus hermanos, los Antiguos Ancianos pudieron haber detenido esta matanza antes—. Les pedimos ayuda, les imploramos que nos apoyaran y se negaron. Es vuestra culpa que a Alen lo hayan capturado siendo obligado a someterse a las tinieblas.

—Eleonor, de verdad lo siento. —Asila responde y en su expresión se refleja el pesar que le producen mis palabras—. Traté de detenerlo, pero una vez que Emery nos contó lo sucedido, nadie pudo persuadir a Alen de que esperara, de que nos diera el tiempo para organizarnos.

—¿Emery sigue con vida? —Pregunto de inmediato al escuchar el nombre de mi hermano.

—Sí, Fennes se quedó con él en el bosque, ya se encuentra recuperado.

Un suspiro de alivio sale de mi boca al saber que mi hermano se encuentra bien y lejos de este lugar.

—¿Gamar también está con ustedes? —La miro esperanzada a que me diga que al menos algunas de las personas que esa noche participaron del malogrado intento de fuga pudieron lograrlo.

—Sí, se encuentra bien, pero ya te explicaré todo. —Se acerca con clara impaciencia—. Ahora, necesitamos sacarte de aquí.

Se mueve por el lugar y toma el vestido con el que debo prepararme para la cena.

—Escúchame. Cuando vengan por ti; Liana y Lael se mantendrán en el corredor. Yo tomaré tu forma y seré la que baje al salón mientras ellos te conducen por la parte posterior del castillo. Emery nos explicó que hay pasadizos ocultos que los dirigirán hasta el acantilado. En ese lugar encontrarán una embarcación que los llevará por mar hasta el Bosque Blanco.

Hay varios hombres del Reino de Vulpis que están preparados para enfrentar a los guerreros del Valle Oscuro que se encuentren en vuestro camino mientras se aproximen a mi reino...

—Un momento. —La interrumpo antes de que continúe—. ¿Te quedarás aquí haciéndote pasar por mí?

—Sí, sólo hasta al anochecer, no te preocupes por eso, recuerda que puedo implantar visiones y una vez que piensen que estás durmiendo me escabulliré.

—¿Y qué pasará con Alen?

—Él ya se entregó a la oscuridad y no sabemos si lo podemos rescatar. Lo siento.

—¿Lo dejarás aquí a su suerte al igual que a mi familia?

—Eleonor, por favor, escúchame. Tú eres la única que puede liberar a tu pueblo. Si te quedas, estarías condenándolos a todos.

—Y si me voy ¿Qué pasará después?, por lo que entendí cuando vimos las visiones, la única forma de romper el encantamiento es que Alen sea capaz de sortear las tinieblas.

—No sabemos cómo hacer eso, por ahora debemos alejarte. Bajo ninguna circunstancia te debes entregar a él mientras se encuentre enlazado.

Doy un paso atrás analizando lo que me está pidiendo. Por un lado, la idea de escapar de este lugar y colocarme a salvo hace que cierto alivio aparezca. Pero, por otro, la angustia me invade al pensar en dejar a mi familia atrás. Situación que no estoy dispuesta a realizar. No puedo permitir que se sacrifiquen por mí otra vez. Y Alen, al pensar en él cierro los ojos ¿Cómo podría apartarme en este momento? ¿Cómo podría dejarlo en las tinieblas sin intentar recuperarlo? Él, en el peor momento no me abandonó. Se lo prometí, le dije que estaríamos juntos por siempre o hasta que mi existencia acabara. Y este es el momento en dónde demostraré la veracidad de mis palabras. Mi instinto me indica que soy la única que puede mostrarle el camino a la luz.

—Lo siento Asila. —La miro con la decisión tomada—. No me iré con ustedes.

Capítulo 6

Sé que tomar la determinación de permanecer en el lugar que sólo puede traerme pesar es arriesgado y hasta puede parecer irracional. Bueno, prácticamente desde que Alen cruzó la puerta hacia su verdadero linaje, gran parte de mi razón se desquebrajó, pero así y todo no me puedo marchar, no puedo seguir huyendo de mi azar. Como dijo Asila, es mi deber auxiliar a mi pueblo y la única manera de hacerlo, es rompiendo el maldito encantamiento que ha nublado el discernimiento de todas las personas que han sido enfrentadas a la vinculación. Los antiguos relatos lo predijeron y lo han vociferado en cada una de las líneas escritas. No hay ningún otro hechizo o magia que pueda vencerlos. Únicamente el hecho de que conciba a un hijo con un hombre nacido en luna nueva y que haya sido capaz de sortear la maldad. Sé en el fondo de mi corazón que Alen es el indicado. Sé que en lo profundo de su alma su esencia es pura y mi deber es traerlo de regreso.

—Eleonor, sé que te encuentras consternada por todo lo que ha sucedido. —Asila habla en un tono conciliador—. Pero la única forma de salvar a Badru es que ahora vengas con nosotros.

—¿Qué pasará después? —Cuestiono—. ¿Mantenernos ocultos, mientras Celsius sigue avanzando con su ejército, arrasando con lo poco que queda de Badru, enlazando a más personas, cegándolas para que sigan una causa de venganza? Tú, muy bien sabes que los hombres de mi hermano son un ejército reducido, que no podrán contenerlos a todos. ¿Cuánto tiempo crees que aguantaremos?

—No lo sé, eso lo veremos una vez que te coloquemos a salvo. —En su respuesta noto que su voz también vacila.

—Nunca más volveré a estar a salvo, y tampoco lo estaré en el Bosque Blanco, ya viste que Calesia no tuvo ningún impedimento en infiltrarse y sacarme de ahí. ¿Crees que no lo volverá a hacer?

—Esta vez tendremos más cuidado.

—No lo creo. —Afirmo ante la frustrada realidad—. Ni tú, ni tus hermanos están en condiciones de combatirla. Ya viste que sus aliados conocen como destruirlos. Poseen armas realizadas con la madera de tu árbol sagrado. Ni todos los trucos que ustedes puedan realizar, los podrán librar ahora.

—Eleonor, no podemos entregarnos. —responde con desolación en sus

palabras—. Y no podemos dejar que te abandones a la oscuridad. Sé que amas a Alen, pero no puedes dejarte seducir por las tinieblas para estar con él.

—No me dejaré seducir por las tinieblas, lucharé contra ellas. —digo convencida de que batallaré para que eso no suceda.

—¿Cómo harás eso exactamente? Percibo que tu corazón se encuentra ensombrecido y además siento cómo el odio y la sed de venganza también se han filtrado en ti. No estás en condiciones de enfrentarte al ritual de enlace.

—Tampoco estoy en condiciones de alejarme otra vez. No entiendes que es mi deber combatirlos. Escapar ya no es una opción, lo he hecho desde que inició esta guerra y nada los ha detenido. Después de escuchar sus planes y el apetito de revancha que los mueve, no se detendrán.

—Te entiendo, pero no puedes enfrentarte sola a lo que te forzarán a realizar.

—¿Acaso no has sido tú la que siempre ha dicho que por mis venas corre el liderazgo, y que mi alma posee una fuerza inherente? —La miro recordando las palabras que tantas veces pronunció. No entiendo cómo estoy a punto de tomar esta determinación, pero mi instinto se despierta realizando una resistencia desconocida que me prohíbe dar un paso atrás, al contrario, me fuerza a encarar para lo que fui criada y la que es mi obligación, ser la próxima Reina de Badru. Como dijo mi padre, no fui instruida para dejar que un forastero se apodere de lo que por derecho me pertenece. Menos dejaré que Celsius ni Priust transformen a mi pueblo en un lugar despojado de emociones. Y por los Antiguos Ancestros, bajo ninguna circunstancia dejaré a Alen.

Asila toma mis manos con fuerza y encuentra mi mirada. Su expresión lentamente cambia.

—Te escucho. —Finalmente dice—. Oí cada uno de tus pensamientos y la convicción en tus palabras. Yo no te puedo detener, tienes razón. Ya no podemos escondernos más, la única forma de vencerlos es enfrentarlos. Confío en ti, siempre lo he hecho y esta no será la oportunidad para que dude de tus capacidades. Sé que no será fácil hacer frente a todo lo que te espera, pero tengo la certeza de que lo podrás hacer. Me quedaré a tu lado como siempre he estado. Tienes mi completa colaboración y sé que mis hermanos también se unirán a esta alianza. Saben que harás lo imposible para revertir esta situación y si no fuera así, sabemos que estás dispuesta a dar tu vida por tu pueblo, al igual que yo.

Respondo asintiendo con mi cabeza. Convenciéndome de que seremos

capaces de restablecer el curso de los acontecimientos. La siguiente pregunta que me hago es ¿cómo lo lograremos?

—Al haber cambios de planes, lo primero que tengo que hacer es avisar a Lael y a Liana de que te quedarás. Deben avisar a nuestros aliados para que se mantengan alertas ante cualquier nueva eventualidad. Cuentas con menos de una semana para la luna llena, tienes sólo unos días para sacar a Alen de la oscuridad y créeme que no tengo idea de cómo realizarlo. Hablaré con mis hermanos para que ellos busquen algún escrito que pueda hablar de aquello.

—Por lo que hablé con Laurel. —Me detengo y miro a Asila—. ¿Qué hiciste con ella?

—La dejamos dormida en los pasadizos ocultos del castillo, no te preocupes por eso, Liana se encargará de ella. —Asila me indica la tina—. Te debes preparar para bajar al salón.

Esta vez no me rehúso, al contrario, una nueva energía emana de mí, pero también considerando que debo ser capaz en primer lugar de mantener la calma y en segundo, sostener mi entereza en alto para enfrentarme a todo lo que vendrá. La presión de tener la responsabilidad en mis hombros es agobiante, sin embargo, es en este momento cuando deberé absorber toda la fuerza que me entrega mi fase. El camino terminó y es ahora cuando tengo que enfrentar las fuerzas oscuras y recuperar al hombre que amo. Debo dejar a un lado todos los acontecimientos que me han consternado estos últimos días y alejar los sentimientos de revancha que me sobrepasan cada vez que veo a mis adversarios.

—Tranquila. —Asila me guía hacia la tina que me espera y me ayuda a quitarme el vestido que llevo—. Como siempre lo he dicho, da un paso a la vez. Por mi parte, lo único que te pido es que en el momento de que dudes o sientas que ya no puedes sostener más la situación, dímelo y te sacaré de aquí.

—El darme por vencida no es una alternativa ya que soy la única que puede llevar a cabo esta tarea, así que no bajaré los brazos, esa es una promesa. —Declaro mientras me introduzco en el agua. Afirmo mi cabeza en el borde de la tina y cierro los ojos. La promesa que acabo de realizar no es solo para la hechicera, también es para mí porque juro que no sé cómo, pero haré todo lo humanamente posible para que esto acabe.

Asila termina de acomodar los últimos cabellos que se liberan del tomado que realizó y al enfrentarme al espejo esta vez la imagen que veo es

diferente a la presenciada en la mañana. Aunque la baja de peso sigue siendo notoria, la expresión de mi rostro refleja determinación. Una que sin poder evitarlo va unida al temor de lo que nuevamente observaré en el salón. No me preocupa tanto volver a encontrarme con Celsius, Calesia, o Priust, como el hecho de volver a enfrentar a Alen. En nuestro encuentro anterior, su determinación unida a su nueva visión completamente nublada es algo que será difícil de revertir, pero no puedo perder la esperanza. Debo creer que puedo quitar las sombras que lo cubren para que encuentre sus sentimientos reales, los que tenía hacia mí y hacia su verdadera familia. Ahora, ¿cómo haré para que vuelva a encontrar al hombre que fue?, aún no lo he pensado, pero no dejaré que eso haga decaer mi objetivo.

Tres golpes en la puerta me indican que ya es hora de que baje. Me armo de valor para un nuevo enfrentamiento, pero esta vez con Asila a mi lado. Me doy un último vistazo en el espejo contemplando el vestido. Los tonos oscuros realzan mi blanca piel. El cuero negro que cubre mi torso asciende por mi cuello, dejando al descubierto mi clavícula. Mi tatuaje queda expuesto al igual que mi naturaleza, la que jamás negaré. El peinado es un tomado alto que alarga mi cuello regalándome elegancia. Mis ojos se acentúan con el polvo oscuro, profundizando mi mirada. Esta vez yo misma apliqué tinte rojo en mis labios, porque es necesario llamar la atención de Alen. Necesito que recuerde y regrese a mí. Físicamente estoy preparada, en la parte emocional aún trabajo, pero ya no es momento de dar pie atrás ni acobardarme, fui yo la que decidió quedarse.

—¿Lista? —Asila me contempla y su expresión no refleja nerviosismo, más bien, con su mirada me insta a dar el siguiente paso.

—Lo estoy. —Respondo. Avanzo y antes de salir de la habitación, deslizo mis dedos por la tira de cuero que vuelvo a sostener amarrada a mi muñeca. La que me recuerda mi promesa de amor y a la que solicito que me entregue la resistencia para no retroceder y no intimidarme.

La puerta se abre y como siempre se encuentran los guerreros para escoltarme. Al salir al pasillo diviso a seis hombres con sus lobos. Recorro los rostros rápidamente preguntándome cuál de ellos corresponde a los Antiguos Ancianos que también se escabulleron en este lugar para ayudarme. Al verlos a todos con sus ojos vacíos quito la mirada para no ser evidente. Anteriormente no les había demostrado interés, por lo que ahora no quiero que vean ninguna acción de mi parte que pueda delatar a los hechiceros que se encuentran entre ellos.

Asila en el cuerpo de Laurel camina detrás de mí. Sentir su presencia hace que esta vez mis pasos sean más decididos que en la mañana cuando realicé este mismo trayecto. Como siempre, lo primero en escuchar, es el bullicio del salón que se filtra por el corredor. Me obligo a respirar y a mantener mi cabeza erguida. En esta oportunidad sé con lo que me encontraré y también sé qué esperan de mí, que coopere con su retorcida causa y por parte de Alen, que sea complaciente. Todas estas acciones van en contra de mis principios, pero dejaré que piensen que sigo su juego, necesito que bajen su guardia para poder acercarme a Alen, si es que puedo hacer eso.

Me detengo en el balcón, y como siempre ha ocurrido, toda la audiencia se silencia para observarme. La ansiedad me quiere abrazar al ver a los habitantes del Valle Oscuro y los que fueron habitantes de mi reino. No me detengo en ningún rostro en particular para no perder el valor.

Cuando estoy por bajar la escalera, mi mirada viaja a la persona que me espera en el último peldaño. Mi respiración queda retenida en mi garganta y mi corazón, el que había apaciguado, despierta sin ser solicitado.

Alen me regala su conocida sonrisa que, a pesar de estar envuelta en oscuridad, se encuentra lejos de aminorar sus atractivos rasgos, al contrario, siento que se han realzado y sobre todo ahora que su rostro ya no está cubierto del tinte negro que llevaba anteriormente.

Mi valor trastabilla solo un momento y me obligo a hacer que mis piernas reaccionen para descender. Me concentro en el primer escalón queriendo esquivar su indagación y aunque no quiero volver a contemplar sus ojos despojados de luz, su nueva mirada me hipnotiza. El azul se ha incrementado con algunos tintes rojizos, tornando su expresión más penetrante y profunda. Su postura además de ser imponente y envuelta en solidez, ahora también es acechante tal cual lo haría un lobo que estudia a su presa. Me debería asustar la forma de cómo examina cada uno de mis movimientos, pero contradictoriamente la reacción es opuesta, haciendo que el calor se aloje en mi vientre. El conjunto negro de cuero que envuelve su cuerpo destaca sus tonificados músculos que ahora demuestran una apariencia más salvaje y primitiva. Su presencia me encandila y sigo avanzando como una polilla cegada por la luz. Y aunque sé que en cualquier momento podría quemarme, es inevitable no flotar hacia él. Su boca se curva en una arrogante sonrisa, la cual termina por encandilarme. Debo reconocer que antes me parecía atractivo, pero ahora que en su sangre lleva la vinculación a un animal, pareciera que ha asimilado rasgos que lo ubican en

el primer lugar de la cadena de especímenes que con sólo un vistazo hacen que ruegues de rodillas por su compañía. ¿Qué estoy diciendo? Exhalo para encontrar mi sentido común, el mismo que por un instante desapareció. La idea es que él regrese a mí, no que yo me embobe dejándome atraer por sus encantos. Al parecer, esto será más difícil de lo que pensé.

Al estar a un escalón de su encuentro estira el brazo para que lo alcance, haciendo que su sonrisa se realce. Seguramente piensa que ha ganado al ver que avanzo hacia él. De cierta manera lo hizo, lo que no sabe, es que no me daré tan fácilmente por vencida. Lo único que necesito es sostener la máscara que me he impuesto a llevar.

Levanto mi mano y al apoyarla en el brazo que me ofrece el contacto me hace vacilar con ideas contradictorias. Por una parte, querer lanzarme a sus brazos para hundirme en su cándida mirada, pero por otra, mantenerme alerta al recordar que fue despojado de parte de su humanidad.

—Estás hermosa. —Se acerca traspasando mi espacio personal. Su tibio aliento golpea mi cuello y en mi oído susurra—. Luces como una digna Princesa de Luna Nueva.

—Si tú lo dices. —respondo sin poder evitar el sarcasmo en mis palabras, quizás es una forma de escapar de las emociones que me envuelvan al tenerlo tan cerca y a la vez tan lejos.

—Mañana ya no será una obligación acompañarme. —comenta mientras nos deslizamos entre los asistentes que siguen nuestros pasos con atención—. Mañana lo desearás en cada espacio de tu cuerpo.

—¿Qué desearé exactamente? —Lo contemplo, pero al enfrentar su mirada bajo la vista al darme cuenta que, aunque se encuentra sumida en las tinieblas, mi eje continúa doblegándose ante su presencia.

—Desearás ser mi esposa, desearás estar en mi lecho, desearás que nuestros cuerpos se vuelvan a encontrar. —Baja su cabeza hacia mí para no ser escuchado—. Es lo estoy deseando yo.

Ante sus palabras, mis mejillas se entibian y el calor reptaba por mi columna. Trato de mantener el rostro sin expresión, sin embargo, fallo por completo. Su insinuación además de hacer que mi juicio vacile, también me recuerda que, si no soy capaz de hacerlo volver a mí, deberé entregarme a él en la oscuridad. Situación que me debería crear ansiedad, pero extrañamente la sensación es opuesta. En este momento es que me doy cuenta que, sólo una de sus palabras hace que comience a desvariar. Miro sobre mi hombro para encontrar a Asila que se mantiene detrás de mí. Ella eleva sutilmente su

cabeza para regalarme un asentimiento que es una confirmación para que continúe.

Vuelvo mi vista al frente justo en el momento en que nos detenemos y observo la mesa dispuesta con los líderes del Valle Oscuro. El primero que encuentra mi mirada es Celsius.

—Me complace que nos acompañes. —Se coloca de pie y me regala una dramática reverencia. Me gustaría responder que no tengo alternativa, pero me obligo a tragar mis palabras.

Mi vista viaja por la mesa hasta encontrarme con el macho alfa del Valle Oscuro. Ante mi aparición asiente en mi dirección con una copa en la mano. Luego sigue con su atención en Calesia que se encuentra sentada a su lado. Agradezco que su interés no esté en mí, no obstante, esta acción me preocupa recordando que en las dos ocasiones que nos hemos encontrado mi presencia no ha sido relevante para él. Claramente no me ve como una amenaza, bueno, en mi actual condición no lo soy, pero su indiferencia me hace analizar que tal vez si me niego a cooperar posea otro plan. Esta idea no es tan descabellada, hasta el momento siempre han estado un paso adelante de nosotros.

El tatuaje de luna creciente que cruza su rostro se acentúa en cada uno de sus expresiones y me pregunto por qué eligió aquel lugar para llevar su fase. Los nacidos bajo esta etapa llevan consigo la competencia, la dominación, la justicia y la persuasión. Lo de la justicia es algo que no he visto en el macho alfa, porque lo que está realizando está lejos de ser justo para todas las personas que están a su merced.

Me distraigo ante la carcajada que Calesia suelta por algo que Priust le murmura al oído. El control que trato de mantener tropieza ante aquella mujer. Mi naturaleza implora para que borre su sonrisa.

—Princesa. —Alen me distrae del instinto asesino que me arrasa cada vez que la veo. Me indica un puesto en el borde de la mesa, lo sigo y a continuación, él se sienta a mi lado.

De inmediato varios súbditos aparecen en todas direcciones con bandejas y platos con un gran festín. Una doncella se acerca para rellenar mi copa, al levantar la mirada me encuentro con Laurel, sus ojos me inquietan al notar que volvió su tono rojizo.

“Tranquila soy yo” las palabras bailan en mi cabeza y luego agrega: “es vino, quizás te ayude con tu ansiedad, pero toma solo una copa”.

No lo pienso dos veces y acerco el elixir a mis labios.

—Tú no puedes beber eso. —Alen detiene la copa antes de que llegue a mi boca.

—¿Por qué no? —Pregunto de manera ingenua, pero al mismo tiempo atenta a la señal que me acaba de entregar. Quizás recuerda lo que sucedió la vez anterior, cuando bebí en el castillo de Aquilón. Fue la primera vez que nos besamos.

—Primero come. —Responde. Pero alcanzo a percibir una pequeña vacilación en sus ojos, la que desaparece tan rápido como apareció. De inmediato mi ilusión se desploma. Me animo mentalmente a no decaer repitiéndome que soy capaz de hacerlo.

Celsius se levanta de su asiento dirigiéndose a su pueblo y da un pequeño discurso repitiendo las mismas palabras que ya he escuchado con anterioridad: venganza, nuestra causa, próximos herederos. Al terminar, todos los asistentes levantan sus vasijas y su rey los invita a brindar.

Aprovecho la instancia y alzo mi copa también. Alen me fulmina con la mirada y lo ignoro.

—Es nuestro rey. —menciono sonriendo de manera forzada—. No puedo faltarle el respeto.

Sigo el consejo de Asila y bebo al igual que todos. Ellos por su causa, yo para tener el coraje de mantenerme en esta silla y no comenzar a tirar de mi cabello. El líquido quema mi garganta dañada y al mismo tiempo la calienta. Dejo que llegue a mi estómago sorbiendo por completo el contenido de la copa.

Siento una mirada penetrante a mi lado, pero no giro la cabeza. Mis instintos me imploran que lo haga porque es Alen, pero no puedo, debo ser fuerte. Dejo la copa para colocar mi atención en los cubiertos y en la comida, después de todo, me dijo que comiera y es la única forma en la que ahora puedo permanecer lejos de su escrutinio, y lejos de estar mirándolo hipnotizada por su nuevo y arrollador encanto.

Capítulo 7

Nuevamente se acercan varias doncellas a rellenar las copas. No he seguido bebiendo porque el vino las veces que lo he ingerido ha hecho que mi sentido común desaparezca y en este momento, necesito de total concentración para no perder mi horizonte. Alen no me ha vuelto a dirigir su atención, se ha mantenido entretenido conversando con el Rey del Valle Oscuro. He tenido que ocupar gran parte de mi fuerza de voluntad para no tomarlo del brazo y sacarlo de su lado. No escucho lo que hablan, pero estoy segura que Celsius lo sigue turbando con su sed de revancha. Levanto mi vista hacia el salón recorriendo a los asistentes, ellos sí que han bebido más de la cuenta. Se muestran relajados y sonrientes disfrutando del banquete. El desconcierto me llega al darme cuenta de que, sin todos los sentimientos de rencor y odio, son un pueblo al igual que cualquier otro. Lo que me llama la atención y de lo cual no me había percatado, es que esta noche los lobos no merodean el lugar. Miro a Alen y a su costado no se encuentra Liska.

—¿Por qué los lobos no se encuentran en el salón? —Dirijo mi pregunta hacia él.

—Ellos también necesitan descansar. —Contesta sin mirarme. Su atención está puesta ahora en la doncella que frente a él le sirve vino.

Al observar a la mujer, sus ojos están depositados o más bien dicho clavados en Alen, y no lo está mirando de una forma normal, si lo pudiera definir de alguna manera, lo está devorando. Luego con atrevimiento se inclina dejando que su escote se abra. Lo primero que cruza por mi mente es que la envidia por poseer un busto tan abultado y lo segundo, es que es una descarada.

—Es raro que los dejen descansar, siempre los he visto merodeando cerca de ustedes. —Continúo hablando para atraer su atención y que deje de mirar a la doncella.

—Ellos también poseen necesidades. —Alen sonrío de manera insinuante pero no a mí, sino a ella—. Necesitan cazar y también aparearse.

La última palabra es remarcada. ¿Qué está sucediendo aquí? hace un minuto me coqueteaba a mí y ahora se coloca en bandeja para otra.

Fijo mis ojos en la doncella para hacerle notar mi molestia, pero sin aviso su expresión se ensombrece y sus rasgos se tornan rígidos. Sigo su mirada y mi rostro se transforma de la misma manera que el de ella.

Una nueva mujer camina por delante de Alen sentándose en sus piernas. Sonríe y a continuación le comienza a dar pequeños bocados de comida en la boca. Él dirige un brazo por sobre su cadera y con el otro afirma su muslo. Mi sangre rápidamente se calienta al igual que mi cuerpo. Mi calma desaparece y el impulso de arrancar una cabeza me atraviesa. La idea de parecer complaciente se disuelve como todo lo que me rodea en el salón. Sin darme cuenta ya estoy de pie y empuñando mis manos. Las palabras de Laurel se deslizan en mi cabeza recordándome que la mayoría de las mujeres están interesadas en él porque ahora es el heredero al trono. Eso lo puedo entender, lo que no puedo comprender es que él, en frente de mí se muestre con esa soltura. Estoy dispuesta a realizar muchas cosas y soportar otras: tortura, sometimiento, pero de lo que estoy segura, es que bajo ninguna circunstancia estoy dispuesta a presenciar cómo Alen se entrega a otra mujer.

—Podrías retirar las manos de mi prometido. —Trato de mantener mi voz en calma para no hacer una escena en medio del salón, ni menos enfrente de mis captores, ya que no estoy segura de las consecuencias que me puede traer no permanecer en una postura sumisa. Mis palabras se pierden entre el bullicio del lugar y nadie se percata de mi solicitud.

La irracionalidad me carcome al ver cómo la mano de Alen se desliza por el muslo de la mujer, subiéndola. Mis piernas se colocan en movimiento y me ubico a su lado. Los dos me ignoran porque, al parecer, lo que la doncella le murmura al oído es más interesante que mi presencia.

—¡Te dije que retiraras las manos de mi prometido! —Esta vez no necesito realizar un esfuerzo por alzar mi voz. Mi paciencia ha desaparecido. Al no moverse, la jalo con fuerza del brazo quitándola de la comodidad del regazo de Alen.

—No sabía que era exclusivo tuyo. —La doncella me contesta con desfachatez, como si la que estuviera mal fuera yo. Al levantar su rostro la reconozco. No recuerdo su nombre, pero era una de las doncellas que trabajaban en mi corte. Me concentro en sus ojos y el tinte rojizo de sus pupilas me confirma que se encuentra bajo el encantamiento.

—No te di permiso para que te levantas. —Alen me reprende, sin mirarme y sin soltar la cintura de la mujer.

—Me voy a retirar a descansar. —Digo ocupando todo mi control para no perder la poca serenidad que me queda, menos en este lugar, me lo prometí—. Si no quieres que haga un berrinche delante de tu corte, me acompañarás.

—Inténtalo. —Alen se incorpora levantándose de golpe. Me desafía y no es cualquier desafío, sé por lo rígida de su quijada que habla en serio. Su rostro se encuentra contraído, al parecer, realmente molesto por la intromisión en su cortejo y su expresión enfurecida me advierte que dé un paso atrás. No lo hago. No quiero que me vea vulnerable, y menos ante esta situación. El no estará con otra mujer.

—Ya he estado en su lecho, así que no tienes de qué preocuparte. Mientras te encuentres con tu sangrado, yo cuidaré de él. —La doncella menciona y sus palabras hacen que mis entrañas se retuerzan.

De inmediato mis instintos se despiertan, sin saber si es porque mencionó mi condición en relación a mi sangrado, el que al parecer es de dominio público, o por el hecho de que ella piense que posee algún derecho sobre Alen. Sin dudarlo doy un paso hacia ella y la abofeteo. El salón de inmediato se silencia y todas las miradas recaen sobre mí.

—¡No le pondrás una mano encima! —amenazo levantando mi voz al fin sacando toda la molestia y frustración que he guardado durante esta irritante velada.

—¡Eleonor! —Una voz conocida hace que mi vello se engrife aún más. La ubico al final de la mesa y contemplo a Calesia sonriendo maliciosamente—. Me sigue sorprendiendo tu violencia.

—No tienes ni idea de lo violenta que puedo llegar a ser. —Me giro para dirigirme ahora hacia ella, pero una enorme figura se interpone en mi camino. Levanto la mirada para encontrar a Priust. Sus ojos no están en mí.

—Alen, controla a tu hembra. —gruñe hacia su hijo.

La figura de la luna en su cara me inmoviliza un instante, pero la tolerancia que quise demostrar ya no la encuentro. Cuando voy a hablar para encararlo en relación al comentario de hembra unos brazos me sujetan. Antes de que pueda parpadear, Alen me levanta como quien carga una pluma y me sube sobre su hombro. Pataleo por soltarme de sus brazos, pero es como querer mover una montaña. Lo único que resulta de mi lamentoso intento de escabullirme, son las risas de la concurrencia. Ágilmente conmigo en el hombro sube de dos en dos los escalones hacia el segundo piso. Lo primero que llama mi atención es lo fácil con lo que se desplaza, estoy segura que la primera vez que me cargó en su hombro no le fue tan sencillo. El recuerdo de aquella vez, sin solicitarlo, se desliza en mi mente. En esa oportunidad yo había ingerido gran cantidad de vino, que en ese caso, permitió desinhibirme. Alen me sacó del salón porque pensaba que me acostaría con algún hombre

del Reino de Las Águilas. Ahora, los papeles se invirtieron, yo debería cargarlo a él para alejarlo de las garras de las descaradas doncellas. La furia me sigue embargando dejando en segundo plano el hecho de que esta noche debía mantener la compostura y tratar de buscar alguna forma para atraerlo. Lamentablemente mis impulsos me jugaron en contra y ahora que voy colgando en los fuertes brazos del heredero del Valle Oscuro me doy cuenta de mi error. ¿Por qué Asila no me ayudó a mantener la calma? Por cierto ¿Dónde está la hechicera? Después que sirvió mi copa no la volví a ver ni escuchar. La llamo en mis pensamientos, pero no hay respuesta. Escucho el ruido de una puerta al abrirse y luego cerrarse. Antes de que pueda volver a protestar. Alen me suelta sobre la cama.

—Ahora puedes realizar tu berrinche. —menciona de camino hacia la puerta con la intención de marcharse. Me digo a mi misma que eso no va a ocurrir.

—¡Piensas irte para meter a esa mujer en tu cama! —grito aprovechando la instancia de encontrarnos solos en mi habitación. Después de todo, dijo que me debería mostrar complaciente sólo delante del que ahora proclama como su reino.

—Eso no es de tu incumbencia, aún no nos desposamos. —Me da una leve mirada como si yo no fuera de importancia en su vida. Eso sí que me duele. Me digo mentalmente que lo deje ir, pero mi cuerpo no se deja intimidar y lucha por mantenerlo a toda costa. Llego con rapidez a la puerta y me afirmo de ella para que no la abra.

—¿Qué haces? ¿Este es tu berrinche? —Me mira con expresión aburrída —. Tengo un límite de paciencia ¡Quítate!

—Pues te digo que mi paciencia se acabó. —No me muevo. El descontrol me envuelve y no sólo por el hecho de que esté pensando en cortejar a otra mujer, también por la frialdad de su mirada y de sus palabras. Me cuesta convencerme de que no quede nada de él. Contemplo su rostro y es el mismo de siempre. Levanto mi mano y la ubico en su pecho percibiendo el palpitar de su corazón que golpea con fuerza, al igual que el mío. En algún momento los dos latían en la misma sintonía y me niego a creer que la armonía que fue creada haya desaparecido para siempre. Subo mi otra mano y la deslizo por su mejilla.

Alen se mueve ágil como siempre y me encierra contra la puerta, afirma sus brazos uno a cada lado de mi cabeza y baja su rostro hasta que nos encontramos respirando el mismo aire.

—No me provoques si no estás dispuesta a llegar hasta el final. —Me recorre con su mirada y la fija en mi boca—. No te he instigado de otras formas, porque aún por tu cuerpo fluye sangre. Para mañana eso acabará y me podrás acompañar en mi lecho como lo estás solicitando.

—Yo no he solicitado eso. —digo de inmediato dándome cuenta que su insinuación va dirigida a la intimidad. Como lo presentí, sus instintos más salvajes y primitivos han despertado. Trato de empujarlo para que se aleje, porque eso no va a suceder. No estoy dispuesta a satisfacer sus necesidades como una más. No es lo que quiero de él.

—Quizás no lo has verbalizado. —Se acerca. Su boca recorre el borde de mi mejilla sintiendo su aliento tibio que golpea mi piel. Se desliza hasta mi cuello y exhala justo en el borde de mi oído. Inevitablemente todo mi cuerpo se estremece—. Tu corazón late con fuerza cuando me acerco. Tus mejillas se sonrojan y tus manos transpiran. Tus poros se dilatan y estoy seguro que si inspeccionara tu cuerpo encontraría más vestigios de la llamada que se enciende en tu vientre.

Quiero contestar para rebatir cada una de sus afirmaciones, pero el aire ha desaparecido de mis pulmones. Sólo escucho su respiración y percibo lo caliente de su cuerpo. Sus manos se ubican en mis caderas y sin previo aviso me levanta. Me sostiene contra la pared y mis piernas obligatoriamente se abren dejando el espacio para que su cuerpo se acune entre el mío. Su contacto hace que mi corazón se dispare al reconocer las líneas de su cuerpo y los músculos que me sostienen. Sin poder negarme me afirmo de sus brazos y trago la saliva que retengo en mi boca al notar su prominente erección que rosa sin permiso mi bajo vientre.

Me quedo inmóvil aceptando en silencio que me está ocurriendo todo lo que describió y lo odio por eso. Lo odio por tener tal control sobre mí.

—¿Ya no quieres seguir rebelándote? —Sonríe con arrogancia y acerca su boca a la mía—. ¿Si estás dispuesta, puedo tomarte ahora?

Quiero dar un paso al costado y aferrarme a mi juicio, el que me indica que este no es el camino. Quiero decirle que se vaya porque mi razón ruega para que me aleje, sin embargo, mi cuerpo implora por hundirme en él. La parte ingenua en mí despierta pensando que si nos exploramos en cuerpo, tal vez nuestras almas se vuelvan a encontrar. Sin meditarlo pongo mi fe en algo que desconozco, aferrándome a la idea de que quizás este pueda ser el camino para reclamarlo de la oscuridad.

Con decisión me acerco encontrando sus labios. Su boca me recibe y de

inmediato reconozco su dulce sabor. Su cuerpo se acopla al mío y me deshago de la tirantez que me mantenía congelada. Me aferro a él devolviéndole cada una de las embestidas de su lengua que me acaricia con posesión, la misma que demando yo. No me detengo, porque no quiero y porque no puedo, a pesar de las contradictorias emociones que me recorren, de la misma forma que Alen recorre mi cuerpo. La desesperación de perderlo se une a la lujuria, haciendo que me rinda y me entregue a este instante, en el cual, él me corresponde. Mantengo los ojos cerrados para únicamente palpar su sabor y sus caricias, alejando los instintos que me indican que lo aparte.

Su beso se vuelve a profundizar en el momento que escabulle sus manos a través del vestido para alzarme aferrado a mis muslos. Camina conmigo en sus brazos hasta que me deposita en la cama y se incorpora quitándose la camisa por sobre su cabeza. Recorro su pecho, el que desprende un calor abrazador y al cernirse sobre mí, su presencia termina por nublar toda mi existencia.

Miles de imágenes cruzan por mi mente con todos los recuerdos que tengo de él. Mantengo los ojos cerrados para aferrarme a eso, a sus palabras y a su promesa.

Sin poder rehuir de este momento, me dejo seducir por su lengua que acaricia con firmeza mis labios para luego ser arrastrada hasta mi pecho. Baja el escote y encuentra uno de mis senos, el que de inmediato y ante su impasible mordisqueo se torna rígido, elevándose para suplicar por una nueva succión. Al notar mi descarada insinuación levanta mi vestido quitándolo, para luego regresar y darle el mismo tratamiento a mi otro pezón, el que es envuelto por su ardiente lengua. La exaltación junto a la excitación de mis sentidos es inevitable, advirtiéndome de que esta batalla ya la perdí.

Sus manos se continúan trasladando por cada espacio de mi piel que le es posible alcanzar y el roce de nuestros cuerpos se adhiere encajando a la perfección. De mis labios escapa un gemido de placer cuando nuestras caderas se golpean. La rígida virilidad que se empuja sobre mi sexo es una demostración del frenesí que lo arrasa y que me arrastra a naufragar sin miramientos en él. Mis piernas se abren aún más para recibir una nueva embestida de su cuerpo, el que se calcina ante la fricción del mío. En respuesta, la humedad escapa de mi entrada, la que palpita rogando para ser colmada. Lo atrapo entre mis muslos balanceándome con necesidad, no solo de que su intimidad roce la mía, sino también de quebrar cualquier barrera que lo mantenga lejos de mí.

Él suelta un ronco quejido, mientras se vuelve a presionar sin gentileza ni consideración, tal como lo había hecho la primera vez que estuvimos juntos. En esta oportunidad se encuentra cegado sólo por el deseo.

Abro mis ojos con el objetivo de contemplar su mirada. Necesito ver algo en ella que me diga que aún se encuentra ahí. En la tenue luz que dejan ver las pocas velas encendidas encuentro sus ojos centelleantes. El rojizo está totalmente presente en ellos, confirmándome que en este acto no hay nada que lo conecte conmigo, sólo sigue la naturaleza animal que le fue entregada.

Debería detenerme y lo más probable alejarlo, pero mi sentido común se funde al igual que la necesidad de tenerlo conmigo. La lucha interna se desata entre el deber y la condena. Porque sí, en sus brazos me sentencio a perder mi razón, la cual se deshace entre el toque de sus manos que atrapan mis caderas frotándose con atrevimiento sobre la fina tela que separa mi hendidura. Los músculos de mi abdomen se tensan ante la anticipación de lo que vendrá.

Mi respiración se entrecorta y con cada nuevo gemido, cada nuevo suspiro se corroe mi corazón, al que no le importa la penumbra de sus pensamientos. Lo único que vislumbra es la exigencia de poseerlo y de reclamar lo que por voluntad le pertenece.

Alen no se detiene. Con rapidez me desprende de la vestimenta que cubre mi sexualidad. Me debiese preocupar mi sangrado, sin embargo, me enfoco en mi propósito de llegar a él y la desesperación de encontrar otra vez mi hogar.

Se incorpora para quitar lo que queda de su ropa y escucho el ruido que emiten las espadas al caer al suelo junto a sus pantalones. Exhalo una última vez consciente de que ya no hay vuelta atrás, seré suya en la oscuridad. Regresa ubicándose sobre mí y lo beso sellando el pacto de nuestro amor, el que siempre se mantendrá.

Sus inhalaciones entrecortadas las percibo en mis labios y maldición, lo amo tanto. Al separarme para dejar que me posea, digo las únicas palabras que quedaron tatuadas en mí de por vida.

—Te pertenezco.

Alen de manera inesperada se detiene. Sus ojos me recorren y el rojizo de ellos se disipa. Me contempla y su expresión se contrae.

—¿Qué dijiste? —Pregunta recuperando el aliento e incorporándose lentamente.

—Te pertenezco —repito.

Suelta mi agarre y se levanta. Su quijada se torna rígida. Un pequeño

aleteo de esperanza se forma en mi pecho y me levanto para acercarme. Está ahí, lo sé. Acercó mi mano para tocar su rostro y da un paso atrás.

—¡No me toques! —advierde de manera severa.

—Alen. —Me vuelvo a acercar porque es mi oportunidad. Algo me dice que una brecha se abrió.

—Dije que no me toques. —Su semblante se endurece y su tono se vuelve desconcertado y molesto—. Esta noche se terminó.

—Por favor, no lo hagas. —Le ruego—. No te alejes de mí.

—Si no te callas, te mandaré a azotar. —Recoge sus pantalones y se viste rápidamente.

—Tendrás que golpearme tú si quieres que me calle. —Lo enfrento. Sé que está huyendo. No lo puedo perder.

Me ignora y antes de que lo alcance abre la puerta y grita:

—¡Guardias! ¡Llévenla al calabozo!

Capítulo 8

He perdido la cuenta de todas las veces que los guerreros del Valle Oscuro me han arrastrado de un calabozo a otro. En este momento camino en silencio sin tener nada que objetar.

El pequeño destello de ilusión que pude haber albergado se ha enmudecido por completo. Alen se encuentra más lejos de lo que podía imaginar; y aunque hubo un instante de titubeo por su parte, la vinculación fue más fuerte. No quiero rendirme tan fácilmente, pero después de lo sucedido en la alcoba, es imposible no perder la esperanza. El tiempo se agota y la brecha que quizás se abrió no sé si será suficiente para lograr alcanzarlo.

Sigo caminando con mis hombros abatidos y recriminándome duramente por haber sido tan débil. De no encontrar mi fortaleza, lo más probable es que termine cediendo a lo que él desea. Lamentablemente es un hecho; puedo luchar contra Calesia, puedo plantarle cara a Priust, puedo rebatir a Celsius, sin embargo, mi determinación flaquea por completo ante él. Alen es mi debilidad.

—Por Aquí. —Uno de los guerreros me jala del brazo antes de poder girar al corredor que corresponde a los calabozos.

Mis ojos se abren más de lo normal al percatarme que cruzamos el salón dirigiéndonos hacia el patio central. Lo primero que hago es bajar mi cabeza para no tener que enfrentar a los habitantes que continúan deambulando por el lugar. No quiero que contemplen el temor de mi rostro, al pensar que Alen cumplirá su promesa y me azotará por haberlo hecho dudar de la que ahora acepta como su única causa. Lo que también me hace pensar es que, si quedara algo del hombre que fue, jamás hubiera sugerido una sentencia tan despreciable hacía mí. Trato de calmar las pulsaciones que se arremolinan en mi pecho al estar a unos pasos de ser castigada físicamente, y aunque este hecho debiera hacer que lo odie, no puedo hacerlo. Sé que es el encantamiento el que habla por él.

Mi respiración regresa cuando nos alejamos de la pira de tortura y tomamos rumbo hacia las caballerizas, sin embargo, la ansiedad persiste al no conocer sus intenciones.

Una vez que pasamos los establos, a una corta distancia, observo nuevas celdas que antes no se encontraban en aquel lugar. De cierta forma la calma

retorna, no obstante, la preocupación se mantiene al darme cuenta que me dejarán a la intemperie.

Esta vez no me empujan al interior, ingreso sin protestar, después de todo, no hay nada que pueda hacer. Al cerrar el candado los guerreros se marchan al igual que la luz de sus antorchas. La oscuridad es únicamente alumbrada por la tenue luz de la luna creciente que exhibe sin deferencia mi nueva condición.

—¿Eleonor? —Un susurro me sobresalta en el silencio de la noche. De inmediato me muevo buscando la procedencia del familiar tono de voz. Dejo que mi vista se acostumbre a la penumbra hasta que las sombras se disuelven para exponer la figura delgada de un joven que se encuentra a dos celdas de la mía.

—¡Boreas! —Mi voz sale atropellada. Primero, por la sorpresa de encontrar al joven príncipe y segundo, por el alivio de saber que su sentencia de muerte aún no se ha llevado a cabo.

—¿Estás viva? —Boreas me mira confundido. Trata de incorporarse, pero las cadenas que lo envuelven lo mantienen sujeto al final de la celda—. Yo te vi morir.

—Yo también me vi morir pero, como ves no era yo. Fue uno más de los trucos de Calesia. —Me acerco a los barrotes para tener una mejor visión de él.

—Entonces todavía hay esperanza. —Sus palabras son pronunciadas a modo de reflexión para sí mismo.

—También quiero creer eso, sin embargo, a cada segundo lo veo más difícil. Tu familia es la que tiene por ahora la situación en sus manos.

—¿Por qué no rompiste el encantamiento? ¿Qué estuviste haciendo? —La voz del joven príncipe cambia de confundida a irritada.

—Además de mantenerme con vida, estuve averiguando cómo acabar con el maldito vínculo. —respondo también molesta por su llamado de atención como si estar en esta situación fuera de manera voluntaria.

—Por lo que puedo observar no tuviste éxito, de lo contrario, no estarías apresada y yo no seguiría encarcelado a merced de mi familia.

—No es necesario que me lo recuerdes, sé exactamente cuál es mi condición. —digo en tono exhausto y contradictoriamente complacida al contemplar la fortaleza del joven príncipe. No puedo evitar sonreír ligeramente ante su temperamento gruñón que había olvidado.

—Bueno, ahora que estás aquí las cosas deberían cambiar. No es que te

quiera presionar, pero dadas las circunstancias, debes averiguar cómo sacarnos de este lugar. Mi tiempo se agota. —Mueve su cabeza mostrando a su alrededor.

—¿Tienes fecha para tu sentencia? —Pregunto inquieta ante el recordatorio de su inminente muerte.

—Se llevará a cabo una vez que retornemos al Valle Oscuro. Por lo que escuché será Alen, tu antiguo mano derecha el encargado de matarme quien, al parecer, también es mi hermano.

—Eso no puede ser verdad. —rebato no siendo capaz de creer que los líderes del Reino de Los Lobos aspiren a tal crueldad. Y menos que Alen pueda ser capaz de llevar a cabo un acto como aquel.

—No deberías sorprenderte. Aún no sabes de lo que están dispuestos a hacer por la causa que persiguen.

—No pongo en duda tus palabras, sin embargo, en el momento que Alen supo de tu existencia su primer instinto fue tratar de liberarte.

—Eso ya no ocurrirá. El encantamiento corre por sus venas. Las personas que son vinculadas olvidan por completo todo en lo que creían. Lo único que son capaces de visualizar es el ideal de Priust. Con él ya no existe ninguna esperanza. Alen hará lo que le digan y no lo cuestionará.

—Pero debe haber una forma de hacerlo volver. —Menciono esta vez no tan convencida después de analizar nuestro reciente encuentro. Si prácticamente no sirvió el hecho de entregarme a él, ¿Qué podría funcionar?

—Existe una posibilidad. —Boreas responde—. Y es que si encontramos la forma de liberarte y que puedas al fin cumplir la misión para la cual te rescaté la primera vez, tendrías que engendrar un hijo con Gamar.

—¿Gamar? —. Ahora soy yo quien lo mira confundida.

—¿No era él con el que te debías acostar? —Pregunta impaciente.

—¿No te lo han dicho? Tu hermano, Alen, es el único que puede romper la maldición.

—¿De qué estás hablando? —Exhala con incredulidad— ¿Por qué tendría que ser él?

Rápidamente le relato los hechos desde que llegué al Bosque Blanco. Boreas asiente en silencio, al parecer tan descolocado como todavía me encuentro yo ante todo lo que ha sucedido y lo que ha sido revelado.

—Mi padre debe sentirse completamente pletórico al encontrar un descendiente que valide su retorcida misión. —Boreas expone una vez que finalizo.

—No sé si la palabra es pletórico, pero sí lo ve como la oportunidad de ganar la guerra.

—No te puedes entregar a él. —Advierte de forma seria.

—Lo sé. —Baluceo bajando mi mirada. No le mencioné al joven príncipe el hecho de que casi lo hago. En mi defensa puedo decir que no me encuentro fértil. Así que no los estaba condenando a todos, solamente a mí.

—Debe haber una forma de contactar a la hechicera que te está ayudando.

Vuelvo a cerrar mis ojos para llamar a Asila, pero como ha ocurrido toda la noche, no hay respuesta por parte de ella.

—Existe una mujer en mi reino que conoce mi condición y que tampoco se encuentra enlazada. —Boreas comenta ocultando su mirada.

—¿Tu madre? —Pregunto al darme cuenta que no sé nada de la mujer que lo concibió, quizás al igual que la madre de Alen, no sucumbió al encantamiento.

—Por supuesto que no es ella. —Suelta una risa sarcástica—. Esa mujer está atada en cuerpo y alma a Priust. Los últimos años he tratado de mantenerme lo más lejos de su presencia para no ser descubierto.

—Lo siento. —Menciono realmente acongojada por él. En sus palabras, además de rabia percibo que también hay tristeza—. ¿Quién es la mujer entonces?

—Una amiga. Ella al igual que yo, no se enlazó. Ha sido la única persona que me ha mantenido cuerdo durante todos estos años. —Esta vez sus palabras van unidas a agradecimiento. Sus ojos también develan otra cosa, al parecer amor—. Ella podría ayudarnos a escapar, pero para eso, tenemos que llegar al Valle Oscuro.

—¿Crees que pueda hacerlo? —Cuestiono pensando que, si para mañana no logro hacer que Alen regrese, no puedo quedarme para que realicen el ritual de enlace conmigo, menos que maten a Boreas.

—Es la única opción que poseo, pero no es muy prometedora. Ella es sólo una doncella de nuestra corte, no sé si cuente con las herramientas para rescatarnos. Pero si no lo logra hacer, al menos tendrá que auxiliar a Nube.

—¿Dónde se encuentra él? —Pregunto recordando al lobo que me salvó de las garras de Magnus.

—No sé dónde lo tienen exactamente, pero lo puedo percibir. Está asustado y no por él, está asustado por mí. —Boreas baja su cabeza afectado—. Él es mi familia, no podría soportar que le hicieran daño o peor aún, que

lo vinculen a otra persona para unirse a esta maldita batalla.

—¿Lo pueden vincular a otra persona? —Lo observo interesada en esta nueva información.

—Lo pueden hacer. Una vez que yo esté muerto, obviamente el vínculo desaparece.

—Boreas, por favor, no pierdas la esperanza. Haré lo humanamente posible por sacarte de aquí. —Formulo afligida al escuchar al joven príncipe. Renegando a que ese sea su destino. Él no se merece morir y menos en manos de su hermano. Sin mencionar que, si Alen llevara a cabo tal acto, destruiría cualquier intento de salvación para él.

Contemplo el rostro de Boreas y aunque sé que sus palabras están cargadas de fortaleza, sus ojos denotan preocupación y temor. Ahora más que nunca necesito que Asila aparezca para prestarnos su ayuda. Ella debe sacar a Boreas de este lugar. Su sentencia no se puede llevar a cabo. Él es un inocente entre toda la barbaridad que nos rodea, es prácticamente un niño. Aún no han doblegado su entereza, y no dejaré que lo hagan. De inmediato continúo invocando con todas mis fuerzas a Asila. ¿Dónde estará? El temor me invade pensando que quizás fue descubierta y que por eso no responde a mi llamado. Alejo esa idea, Liana y Lael se encontraban con ella. Tal vez sólo han tenido que sortear alguna adversidad que los pusiera en riesgo.

—Así que estás enamorada de mi hermano. —Boreas nuevamente habla y esta vez sus palabras van cargadas de burla.

—En este instante no tanto. —respondo al recordar que gracias a él me estoy congelando en una celda.

—Como consejo, y después de haber visto a los hombres unidos a los lobos, tienes que saber que hay muchos rasgos que adquieren de ellos. —Me mira con una sonrisa traviesa en su rostro—. La temperatura corporal asciende, el olfato se intensifica, la fuerza también se incrementa junto a la agilidad. Les gusta la caza y no sólo devorar a su botín. En el caso de los hombres, se enceguecen ante un desafío, sobre todo cuando se trata de una mujer. Ellos son capaces de acosar hasta que capturan a su presa. Así que mientras más te niegas a aceptar a Alen, más querrá aparearse contigo, y disculpa, no lo digo de forma despectiva, más bien de manera literal.

—En este momento creo que él quiere aparearse con cualquier mujer que esté dispuesta a hacerlo, y no lo digo con desprecio, más bien porque lo he visto con mis propios ojos. —respondo sin poder evitar los celos en mis palabras, al pensar en las mujeres con las que descaradamente coqueteaba.

—Lamento que hayas visto eso. En su defensa puedo decir que no está actuando de forma racional. Sus sentimientos han sido anulados y su razón manipulada. Lo he visto muchas veces en las personas que son enfrentadas a la vinculación. Olvidan aspectos de sus vidas y sobre todo los que tienen que ver con sus sentimientos. Es como si todos los actos de gentileza o amor que alguna vez experimentaron fueran borrados. Te creo cuando me dices que él realmente no me quiere matar, pero lamentablemente es lo que en este momento debe hacer. La culpa no es de él, es de Priust y de la maldita hechicera.

—¿Qué sabes de ella? ¿Hay algo que me pueda ayudar a contrarrestar lo que está haciendo?

—Nunca tuve mucho contacto con ella. No quería, ya sabes, que pudiera leer en mí que no era parte del encantamiento, aunque de todas formas lo descubrió. Ella mantiene una relación estrecha con Priust. En algún momento escuché que poseía un libro en donde se escondían oscuros hechizos, quizás en él se pueda encontrar algo, pero acceder a él, creo que será más difícil que salir de este calabozo.

Analizo esta nueva información en relación a Calesia, pero como dice Boreas, llegar a aquel libro bajo las circunstancias que me encuentro es más difícil que romper el encantamiento. Hay alguien que podría quizás localizarlo, Asila, pero ¿dónde está?

—Por cierto, debes haber hecho algo que realmente molestara a Alen para que te encerrara aquí, después de todo, serás la mujer que procreará a su hijo, en nuestro reino eso es sagrado.

—Le dije algo que al parecer lo hizo recordar nuestra antigua vida juntos. —Evito su mirada para que no pueda leer a través de mi expresión.

—No quiero ser indiscreto, pero debo preguntar ¿Te has acostado con él después de la vinculación? —Me contempla esperando mi reacción.

—No lo he hecho. —Maldigo en silencio. Como dijo Liana, todo en mí refleja mis emociones y Boreas sin decirlo sospecha algo.

—Bueno, es por eso. Los hombres jóvenes que aún no encuentran pareja no se detienen cuando se trata de una mujer. Una vez que eligen a la que procreará a sus hijos y se unen en la intimidad, sólo poseen ojos para ella. Bueno, hasta que sus hijos crecen. Luego vuelven a sus andanzas. Así que, si sigues con tu plan de hacerlo recordar, deberías entregarte a él.

—¿Hablas en serio? —Lo miro avergonzada. Definitivamente esta conversación se ha vuelto bastante incómoda.

—Por supuesto. Si él se enlaza en la intimidad contigo, créeme que dejará de mirar a otras mujeres y también su instinto de protección y posesión crecerá ante ti. Ya te lo dije, en mi pueblo la mujer que es nuestra compañera es venerada. A excepción obviamente de mi madre, la cual fue ocupada como un mero recipiente de procreación por Priust, ya que la noche las pasa en la cama de Calesia.

—¿Qué sucede entre ellos dos?, me refiero a que cuando estuve en el Bosque Blanco, sus hermanos me dijeron que su alma era una de las más puras que se podían encontrar, cosa que encuentro difícil. ¿Sabes lo que ocurrió para que ella cambiara tan drásticamente?

—No lo sé y no me interesa. Ella es una de las personas que, si tengo oportunidad, la mataré.

—En eso no estoy de acuerdo contigo. —Me da una mirada contrariado—. Porque a ella, la mataré yo.

Me observa complacido y luego descansa su cabeza apoyándola en los barrotes. El cansancio también está presente en mí, pero dormir está lejos de ser una de mis prioridades. Necesito contactar a Asila para que nos preste su ayuda. Continúo llamándola y sigo encontrando silencio.

Las últimas palabras del joven príncipe revolotean en mi cabeza, en relación a Alen. Entregarme a él sería una forma de que quizás regrese. Prácticamente estuve a punto de hacerlo, y sí, hubo un instante que él recordó, estoy segura de ello. Lo que dice Boreas no es tan descabellado. Deberé intentarlo otra vez. En esta oportunidad no dejaré que se aleje, aunque para hacer eso tendré que ocupar gran parte de mi ingenio o más bien dicho, ser capaz de seducirlo. De ninguna de las dos estoy segura. Mi experiencia en la intimidad no es la suficiente como la de las descaradas doncellas que pretenden meterlo en su lecho. Al recordarlas mi estómago se contrae, siendo esa la confirmación de que necesito hacer lo que sea necesario para no permitir que ninguna mujer tome lo que por derecho y amor me pertenece.

Contemplo a Boreas a mi lado y su respiración profunda y rítmica me comprueba que se encuentra dormido. Algo que también me gustaría hacer, pero el gélido viento que proviene del acantilado congela mi piel. Al salir de la alcoba lo único que alcancé a colocarme fue el delgado vestido con el que me presenté en el salón. Abrazo mi cuerpo con mis manos y me arrinconó al final de los helados barrotes. Debería sentirme abatida otra vez, pero sorprendentemente el deseo de seguir luchando me entrega calor. Esto no ha terminado. Boreas continuará luchando y yo también lo haré.

“Eleonor”, la voz en mi cabeza me sobresalta, pero no de temor, más bien de alivio. Respondo de inmediato “Asila, ¿Dónde estás?” Espero su respuesta, la cual no llega.

Capítulo 9

La luz del amanecer paulatinamente envuelve mi entorno, mientras abro mis ojos. Durante la noche dormité las veces que el cansancio me sobrepasó, pero en ningún momento dejé de contactar a Asila. Su nula respuesta me mantuvo preocupada pensando que quizás se encuentre en peligro o haya sido descubierta.

Me incorporo con lentitud de la incómoda postura en la que me encuentro. Comienzo estirando mis músculos, los que se encuentran rígidos por la mala ubicación adoptada y por el frío. Desde lejos observo cómo los guerreros ya entrenan junto a los lobos que comienzan a merodear el lugar. Boreas continúa durmiendo y, de cierta forma envidio la pasividad que lo cubre.

Mi atención se dirige hacia los guardias que se acercan en mi dirección. Al acercarse mi boca se abre al reconocer detrás de ellos la cabellera blanca que ondea con la brisa de la mañana. Una de las últimas personas que deseaba ver se aproxima. Calesia al llegar hasta mi celda como siempre me regala su inconfundible y despreciable sonrisa.

—Buenos días Princesa. —Dice y puedo notar que su tono va cargado de regocijo—. No sé qué le pudiste haber hecho al heredero del Valle Oscuro para que tratara a su amor de esta manera.

Ignoro sus palabras cargadas de malicia porque no le daré el gusto a que me martirice. Boreas se mueve en la celda contigua al escuchar a nuestra maldita captora.

—Calesia ¿me trajiste el desayuno? —El príncipe pregunta de forma despectiva.

—Ríete. En unos días sonreiré yo cuando vea tu cabeza rodar bajo mis pies. —Calesia responde y ante su comentario ahora es mi pecho el que se hiela.

—Espero que mi sangre te manche y a todos los malditos que estén presentes. —Boreas replica sin ningún atisbo de temor en sus palabras.

—Te lo concederé, quédate tranquilo —Calesia contesta.

—¿Viniste por algo en especial o sólo querías darme los buenos días? — Pregunto a la hechicera desviando la conversación y agradeciendo la valentía del joven príncipe, la que me entrega el arrojito para también acompañar mis

palabras con sarcasmo.

—Te vine a buscar para que te prepares para nuestro viaje. —responde de manera seca—. En unas horas partiremos hacia tu nuevo reino.

Los guerreros abren mi celda y me sacan al exterior. Antes de que me retiren de las caballerizas le doy una última mirada a Boreas, él me responde con un guiño y una sonrisa. El gesto lo reconozco, es muy similar al de su hermano, así como también puedo reconocer que los dos poseen el mismo coraje. Ruego porque esta no sea la última vez que lo vea.

Al pasar por el patio central observo la preparación de los habitantes para emprender el viaje hacia el reino que ha traído sólo devastación. Cierta temor me recorre al darme cuenta que me dirijo finalmente a la boca de los lobos. En donde la maldición se inició y en donde también se debe terminar. Sé que tengo a todo un pueblo en mi contra, pero también sé que es mi deber no rendirme y luchar por todas las personas que me señalan como su próxima reina.

Nos adentramos al castillo y al admirar la comida dispuesta sobre las mesas mi estómago gruñe. Mis escoltas no se detienen, por lo que asumo que esta mañana no habrá desayuno para mí. Seguimos desplazándonos dirigiéndonos al segundo piso. Calesia preside nuestros pasos por el corredor que me lleva hasta mi alcoba. Cierta alivio me recorre al darme cuenta que al fin podré cambiar mi vestimenta por una más adecuada y así poder alejar el frío que llevo impregnado desde anoche. Me desconcierto al percatarme que no nos detenemos en mi puerta y que continuamos avanzando.

—¿Hacia dónde nos dirigimos? —Pregunto al fijarme que giramos a la derecha al final del corredor. Una alarma se despierta al advertir la mirada de la hechicera.

—Alen requiere de tu presencia. —Me sonrío y esta vez es clara la diversión de su expresión.

Sin decirlo sé que trama algo y viniendo de ella espero cualquier cosa. Respiro hondamente para que no se dé cuenta de la aprensión que me embarga de tener que encontrarme otra vez con el heredero al trono del Valle Oscuro. En esta oportunidad ya no sé qué esperar de él y en el caso de que continúe molesto, deberé calmarme para no perder la poca paciencia que me queda, menos ahora que sé que debo seducirlo para que se vincule conmigo en la intimidad. Tampoco debo permitir que la ansiedad me turbe, teniendo en cuenta que eso es algo que debe ocurrir esta noche. Sin mencionar que mis emociones las tendré que alejar al estar consciente de que su accionar no será

por el amor que alguna vez me profesó, sino más bien por el instinto primitivo que hoy lo consume. Levanto mi cara y cuadro mis hombros con la intención de buscar la confianza que necesito para llevar a cabo esta tarea, a pesar que es innegable el nerviosismo que me rodea ante toda la presión.

Nos detenemos en la habitación que correspondía a mi padre y Calesia golpea. Antes de recibir la confirmación para ingresar, abre la puerta.

Doy un paso hacia al interior y mi cuerpo se paraliza al instante. La escena es tan perturbadora como los miles de insultos que cruzan por el borde de mi boca.

Alen al sentir nuestra presencia se incorpora de la cama, pero sin quitar de encima a la mujer que se encuentra desnuda sobre él. Cualquier idea que pude haber gestado se quiebra y convulsiona ante lo que observo. De inmediato mis entrañas se retuercen al ver cómo sus manos tocan la piel de otra persona y también al darme cuenta de lo ilusa que fui al pensar que se habría ido anoche a su cama solo. Claramente eso no ocurrió porque al parecer, el semental en el que se ha transformado necesitaba saciar su lujuria. Mi boca se abre en el momento que aparece una nueva mujer debajo de las sábanas.

—No te enseñaron a golpear. —Alen reprende a Calesia, pero su tono está lejos de ser molesto, más bien es aburrido. Como si hubiera estado amarrando sus botas y no desnudo con dos mujeres en la cama.

—Ya conoces a Eleonor, no sabe respetar algunas normas. —Calesia responde y se ubica a mi lado al parecer para apreciar mi reacción.

Empuño mis manos controlando la ira que envuelve cada parte de mi ser y que juro que quiere estallar. Respiro para calmar el impulso de correr y sacar del cabello a las mujeres que lo tocan, para luego lanzarlas por el balcón y también para menguar la tentación de ir por Alen y abofetearlo hasta que entre en razón. Lamentablemente ninguna de esas acciones las puedo realizar porque eso es lo que desea Calesia. Con esa intención me trajo hasta aquí, para que pierda el control y sea nuevamente castigada o es lo que su severo escrutinio me transmite. Bueno, esta vez no le daré en el gusto y aunque mi furia calcine mis venas, no caeré en su provocación. Maldita.

—Me disculpo. —Me obligo a responder ocupando toda la fuerza de voluntad que logro encontrar para no abalanzarme contra todos y destrozar la habitación—. Pensé que estarías listo para emprender el viaje.

Sostengo la mirada de Alen, obligando a mi cara a que no demuestre toda la furia que ruge por explotar. Calesia a mi lado sonrío, pero ya no tan

divertida como antes. Juro que en cuanto tenga la oportunidad haré que nunca más lo vuelva a hacer.

—¿Ya está dispuesto el ejército? —Alen pregunta al mismo tiempo que golpea la nalga de una de las mujeres para que se levante. Mis uñas se entierran en la palma de mi mano, al sentir una de las más grandes humillaciones de mi vida.

—Estamos esperando a que lideres la comitiva junto a la que será tu mujer. —Me da una mirada despectiva de los pies a la cabeza.

—En eso tienes razón, seré su mujer. —contesto devolviéndole la mirada mientras mis entrañas arden por venganza—. Y ya que te convertirás en mi súbdita, sería bueno que empezaras a acatar mis órdenes. Así que déjanos solos, pero antes, solicita que suban el desayuno a mi prometido porque después de la noche que tuvo necesitará reponer fuerzas. Encárgate de eso.

—¡No me hables así! —Calesia responde rompiendo su inescrutable control—. Ahora sí te deberían azotar por insolente.

—¡Suficiente! —Alen camina hacia nosotras completamente desnudo—. Eleonor tiene razón. Que me suban el desayuno y que el ejército se prepare para partir. Antes del mediodía iniciaremos nuestro viaje. Eso es todo.

Calesia realiza una pequeña reverencia ante la imponente voz de mando de Alen y como lo había sospechado, él se encuentra sobre ella en jerarquía. De cierta forma me complace haberla puesto en su lugar, sin embargo, eso no hace que mi furia desaparezca.

—Pueden marcharse. —Alen ordena a las doncellas que de inmediato recogen sus ropas y se retiran con sus expresiones visiblemente descontentas.

Me muevo a un costado para dejarlas pasar y miro hacia otro lugar cuando caminan por mi lado, aún luchando por no llevar mi puño a sus caras. Al cerrar la puerta me mantengo en mi lugar porque cualquier plan de seducir a Alen ha pasado al último lugar de mis prioridades, ahora lo único que quiero hacer es estrangularlo.

—Así que tienes voz. —Alen se afirma del tocador cruzando sus brazos por sobre su pecho.

La imagen sería de ensueño si no fuera porque en este momento me da asco cualquier cosa que tenga que ver con él. Menos con las imágenes que se quieren filtrar en mi cabeza en relación a lo que hizo con esas mujeres.

—Claro que tengo voz. —respondo enfurecida, al fin dejando que mis emociones aparezcan—. ¿O pensaste que me quedaría callada al ver cómo mi

prometido se encama con otras?

—¿Acaso te importa? —Pregunta examinándome.

—Ninguna mujer podría pasar por alto algo como esto. —Trato de apaciguar la rabia porque no quiero demostrarle lo mucho que me hirió. Además, no bajaré mi cabeza para que me siga humillando por muy en la oscuridad que esté. No dejaré que me trate de esta forma—. Así que, si quieres que siga siendo complaciente, no permitiré esta situación de nuevo. Si quieres que coopere con el enlace, con nuestro matrimonio y con la concepción de nuestro hijo, te exigiré respeto.

—Sabes que no estás en condiciones de exigirme nada. —Camina a mi encuentro y mi vista no deja de examinar su cuerpo que aún no ha sido cubierto—. Lo aceptes o no, todo aquello ocurrirá, por voluntad o por la fuerza.

—Lo sé, pero si no quieres que te ridiculice frente a tu rey, haz lo que te digo.

—¿Me estás amenazando? —Da un nuevo paso hacia mí, quedando nuestros rostros enfrentados.

—No es una amenaza, es un hecho. —Mantengo la mirada, aunque estoy a punto de gritar, llorar o apuñalar algo—. Y si estás pensando en mandarme a azotar, hazlo. No te tengo miedo.

—Deberías. En este momento estás en mis manos. —Baja su cabeza acercando su boca a la mía con la intención de besarme.

Levanto mi mano y lo abofeteo.

—Ni se te ocurra tocarme después de haber pasado la noche con esas mujeres. Me das repulsión. —Mis ojos se encuentran con los de él y sus pupilas se muestran enrojecidas.

—Última vez que me alzas la mano. —Agarra con fuerza mi muñeca—. La próxima vez te lanzaré a los lobos y no me importará que desgarran tu piel. Siempre Calesia te puede componer para que cumplas con tu obligación.

—¡Maldito! —Me zafo de su agarre y doy un paso atrás.

Alen me observa fijamente y por su expresión presiento que lo que viene a continuación no me gustará. Se distrae cuando la puerta es golpeada y agradezco en silencio la intromisión, al tener claro que cualquier enfrentamiento que pudiera tener con el que ahora es el Heredero al Valle Oscuro, la perdería. Alen da un paso atrás dando la orden para que entren.

Varios guerreros y doncellas ingresan. Cargan eficientemente una tina y alimentos que disponen con rapidez. El último en ingresar es Liska. El lobo

se dirige a mí, gruñendo. Su boca se abre y sus colmillos me amenazan. No necesito preguntar qué le ocurre. Al estar enlazado con Alen, perciben las mismas emociones, y estoy segura que en este momento su amo quiere arrancar mi cabeza. En mi caso, el sentimiento es recíproco.

—¿La princesa se alistará aquí o en su cuarto? —Pregunta una de las mujeres.

—Se preparará aquí. —Alen responde, pero su voz sonó casi como un rugido—. Traigan a su doncella.

Lo fulmino con mi mirada. Lo menos que quiero en este momento es permanecer a su lado. Todos los planes de seducirlo se vienen abajo. Primero, porque estoy demasiado furiosa, dolida y ofendida como para siquiera considerar estar en su lecho. Y segundo, todas sus barreras fueron levantadas otra vez.

Una vez que los súbditos salen, Liska continúa a mi lado acechándome. Espero que Alen no cumpla su palabra de hacer que el lobo me muerda. Aunque para ser sincera, cualquier malestar que pudiera causarme, estará lejos del dolor que golpea mi corazón, el que no sé si después de esta guerra sea capaz de volver a latir a un ritmo regular. Ha sido tantas veces lastimado y ahora es Alen el que lo despedaza con cada nuevo acto que realiza enceguecido por el enlace que lo somete.

—Liska, tranquilo. —Llama a su animal. Luego voltea y me ignora para con serenidad introducirse en la tina. —¿Me quieres acompañar? Así me podrías limpiar el olor de las otras mujeres, si es algo que te molesta tanto.

—¡Primero muerta! —Me giro con la poca dignidad que me queda y me dirijo al ventanal. Abro sus puertas y salgo al balcón por el aire que necesito inhalar con desesperación.

Maldito sea el encantamiento y maldito sea Alen por hacerme pasar por esto. Del dolor paso a la rabia. Los únicos sentimientos que me han acompañado estos últimos días. Respiro profundamente y dejo que el aire que roza mi cara apague la llamarada de revancha que se enciende en mi pecho. La joven ingenua, que noches atrás en este mismo balcón, soñaba con el verdadero amor, ya no existe. La realidad me ha enseñado que el amor es el sentimiento más fuerte y puro que puede existir, pero también es algo que te puede destruir y hasta matar en vida. Jamás en otras circunstancias hubiese permitido ser avergonzada de esta manera, pero el sentimiento que se arraigó en mi alma es tan poderoso que estoy dispuesta a doblar mi moral las veces que haga falta para recuperar lo que es mío.

A pesar de que mi sentido común me indica que ceda, la lástima es algo que no me puedo permitir. La compasión quedó atrás y en lo único que ahora me puedo enfocar es en la lucha por recuperar todo lo que me fue arrebatado.

—Eleonor. —Una voz conocida me inquieta y no sólo por saber de quién se trata, sino también porque no está en mi cabeza. Me giro y encuentro a Laurel de pie detrás de mí.

Mi intuición me lleva a dar un a paso atrás. No entiendo por qué Asila no me habló antes de llegar a mi lado, no quiero pensar que ella ya no se encuentra en el cuerpo de mi antigua doncella.

—Eleonor vine para prepararte. —dice en tono frío. Da un paso en mi dirección y sus pupilas se tornan blancas. Se acerca lo suficiente como para susurrar—. Soy yo, no me puedo comunicar contigo.

Exhalo de alivio al confirmar que sigue siendo la hechicera y me pregunto por qué ya no me puede hablar.

Después de ingresar nuevamente a la alcoba examino de reojo a Alen, quien todavía se mantiene sumergido en la tina. Podría continuar embobada mirando su cuerpo, pero mis instintos siguen siendo bastante asesinos. Ingiero un nuevo bocadillo, el que Asila me entrega, para luego terminar de acomodar mi vestimenta sobre la cama. En esta oportunidad hay un conjunto de pantalones que son acordes para el viaje que vamos a realizar.

Mientras mastico insisto en llamarla mentalmente con la urgencia de contarle mi conversación con Boreas. Necesito que me oriente en los pasos que debemos seguir antes de partir al Valle Oscuro. Ella no me ha observado más de lo necesario, manteniendo su papel de doncella sumisa y distante.

Repentinamente Alen sale del agua y camina desnudo y despreocupado por la habitación. Se ubica a mi lado y coge comida. No entiendo por qué no se viste.

—Tu turno. —pronuncia con un ronco sonido.

Me inmovilizo al no tener claro a dónde va dirigida su insinuación y me cuestiono si se referirá a que es mi turno para meterme en la cama con él o para ingresar a la bañera. Inevitablemente mis pulsaciones se aceleran ante la posible sugerencia, y lo odio tanto como me odio a mí misma por reaccionar de esta forma.

—Me refiero a que te bañes. —Se acerca aún más hasta susurrar en mi oído—. Aunque si lo prefieres, podemos terminar lo que empezamos anoche, ya me encuentro totalmente limpio. —Sumerge su nariz en mi cabello e

inhala profundamente—. Tu sangrado cesó, por lo que ya no es necesario que te trate con delicadeza.

Mi primera reacción es volver a golpearlo por ser tan descarado y porque aún me siento ofendida por su desliz de la noche anterior. Sin embargo, mi cuerpo me señala otra cosa, al percibir cómo mi vello se eriza y un escalofrío recorre desde mi nuca hasta la parte baja de mi columna. Respiro profundamente para alejar el calor que se sitúa en mis mejillas y se traslada hasta mi abdomen. Me concentro en mi objetivo, que es hacerlo regresar y calmo mis impulsos, los cuales me gritan que lo ahorque y al mismo tiempo lo posea. ¿Qué estoy diciendo? Maldigo, no puedo ser tan susceptible a sus encantos, menos después de su humillación. “Respira, respira”, me aconsejo mentalmente para no perder los estribos otra vez, recordándome además que ese no es el camino.

—¿Y qué dices? —Se ubica en mi espalda. Luego se acerca para tomar un nuevo bocado de la mesa y este movimiento hace que su cuerpo se pegue al mío. Mis músculos se contraen cuando percibo en la parte baja de mi espalda la rigidez de su cuerpo que me señala que está preparado para un nuevo encuentro íntimo.

Me asombro, no sólo al percatarme de que su deseo continúe intacto, sino también por el hecho de que mis piernas se tornan débiles. “Reacciona”, me grita mi cabeza al ser consciente de lo que su presencia me genera. Y aunque esto es lo que debiera hacer, vincularnos, es imposible que lo haga en este momento. La poca dignidad que me queda me obliga a no entregarme tan fácilmente y a pensar con claridad. Sé que necesitamos unirnos, pero también sé que necesito que mantenga su interés. De ceder ahora, él habrá devorado a su presa y posiblemente su atracción desaparezca o al menos es lo que dijo Boreas que sucedería. Por lo que me armo de valor y me decido a realizar lo que se requiere.

—Me bañaré. —declaro con mi voz sumergida entre el deseo, la rabia y la decisión.

Me alejo de su lado y camino lentamente en dirección a la bañera. Lo miro por sobre mi hombro y cuando confirmo que me observa, doy la orden.

—Laurel, quítame la ropa. —Me quedo de pie esperando. Cierro los ojos porque me avergüenzo de que Asila deba presenciar la escena. Alen desnudo, yo ahora a punto de estarlo.

La hechicera sin cuestionar nada, tal como lo haría una doncella, desamarrar los lazos de mi vestido que van sujetos a la espalda y en los

costados. La tela cae dejándome únicamente con las prendas que cubren mi sexualidad. Inhalo profundamente y me giro.

Levanto mi cabeza para encontrar los ojos de Alen que me acechan. Por su expresión puedo deducir que esto no lo esperaba. Sin perder el contacto, me despojo de la ropa que queda. Mi corazón palpita aceleradamente, pero no lo escucho, aunque estoy segura que en cualquier momento saldrá por mi boca. No por estar desnuda, sino más bien por la mirada lasciva que me entrega. Sus pupilas se encuentran enrojecidas, su quijada contraída y podría jurar que percibo cómo palpita la vena que asciende por su cuello. Dejo que me observe y yo también lo repaso deteniéndome en su erección, que estoy segura que se acrecentó.

—¿Quieres jugar? —El sonido profundo de su voz me golpea. Pienso en la última vez que jugué con él, en donde el fuego casi calcinó mi interior y al instante el recuerdo hace que mis pezones se tensen.

El calor entre mis muslos se enciende ante la expresión de sus ojos y estoy segura que no habría mujer en ningún reino que le dijera que no. Y eso es lo que voy hacer, negarme.

—No. Me bañaré. —respondo, obligándome a sonar resuelta—. Después de la noche en el calabozo, necesito asearme. ¡Laurel!

Me giro esquivando su indagación, no siendo capaz de sostener su mirada un segundo más sin que se disuelva la sangre en mis venas. Me introduzco en la tina con toda la gracia y sensualidad que mis inexpertos años han aportado. La hechicera llega a mi lado y al estar de espaldas a Alen, me cierra un ojo sonriendo.

—¡Déjanos solos! —Alen ordena.

—¡No! —De inmediato rebato—. Ella se quedará porque tú no me tocarás. O ¿me tomarás a la fuerza?

Liska que se encontraba tumbado a un costado de la cama levanta su cabeza y sus orejas se tornan rígidas. Me afirmo con fuerza del borde de la tina con el temor de que mi provocación haya sido errada. No sé hasta qué punto Alen se ha convertido en un ser despiadado y si lo quisiera, él me podría obligar. Miro a Asila y en su semblante también se encuentra la preocupación.

Golpes en la puerta me hacen saltar.

—¡Alen! —La voz de Celsius llega desde el pasillo—. El ejército espera por ti.

—Bajo enseguida. —Responde bruscamente. Camina hacia mi dirección

y una vez que se detiene frente a mí, habla—. Esta noche lo resolveremos. En mi reino serán mis reglas.

Exhalo en el momento que me doy cuenta que mantenía el aire contenido. Suelto el agarre de la tina al notar que mis nudillos se tornaron blancos ante la presión ejercida y descanso mi cabeza en el borde para dejar que Asila comience con la tarea de limpieza.

Una vez que me encuentro vestida le doy una mirada de agradecimiento a la hechicera por no perder la cabeza ante tanta tensión y también por ayudarme a no perder la mía.

Alen no me ha dejado sola, por lo que no he podido conversar con ella. Ahora se encuentra de pie junto a la puerta y alza su brazo para guiarme a nuestro nuevo viaje. La hechicera rápidamente pasa una piel blanca por mis hombros y con disimulo introduce un objeto en mi mano, el que de inmediato reconozco, la tira de cuero de Alen. Me gustaría sonreír, pero el heredero del Valle Oscuro no ha quitado la mirada de mí, por lo que lo único que puedo hacer es caminar a su encuentro.

Al salir al corredor nos esperan cuatro guardias para custodiarnos. Liska pasa por mi costado para ubicarse al lado de su amo.

—La última vez que hicimos este recorrido juntos yo estaba comprometida con Dorian. —comento con la intención de observar su reacción—. Y las doncellas estaban preocupadas por saber con quién compartirías tu cama. Al parecer, una de esas dos cosas no ha cambiado.

—¿Todavía molesta por mi pequeño banquete? —Responde sin mirarme.

—No estoy molesta, ya me has dejado claro que tú eres el poderoso heredero que puede hacer lo que le plazca.

—Me complace que tengas claro nuestros roles, porque tú no puedes hacer lo que quieras y Dorian jamás te hubiera hecho arder como lo haré yo.

—Gracias a tus nuevos familiares no lo pude comprobar. —respondo pensando que otra vez tiene la razón.

No alcanzo a dar el siguiente paso cuando Alen se gira, me toma de mis muñecas y me arrastra hasta la pared.

—Mientras estés conmigo no quiero escuchar ninguna referencia a tu vida anterior. —Su aliento golpea mis labios y el color de sus ojos se profundiza, el azul los envuelve con furia—. Menos oír insinuaciones en relación a otro hombre. Tú eres mía.

Los guardias se detienen. Liska se acerca no acechante, más bien interesado. Yo retomo mi regular respiración ante su sobresalto y no me muevo. Primero, porque no lo consigo y segundo, porque no puedo dejar de mirar sus ojos. Es primera vez desde que se enlazó que no están envueltos en rojo.

—Alen. —susurro aferrándome ciegamente a que está ahí.

Suelta lentamente el agarre de mis brazos y da un paso atrás. Quiero volver a hablar, pero de inmediato se retira a grandes zancadas. Cuando trato de seguirlo los guardias me cierran el paso. Una vez que desaparece por el corredor los guerreros me instan a continuar.

Capítulo 10

Desde mi caballo observo la gran comitiva que se dirige al último reino que se encuentra al sur de Badru. El Valle Oscuro. Lugar que nunca visité porque hasta hace poco tiempo, las únicas referencias que poseía, indicaban a habitantes rebeldes que no pretendían seguir las normas de nuestro mundo. Tan alejados no eran esos pensamientos, ya que si se rebelaron fue por culpa del desprecio que les entregó el resto de los territorios. Con esto, no quiero decir que estoy de acuerdo con su accionar. Mi padre al ser el máximo regente, debió entablar una relación diplomática para solucionar los conflictos. Ahora, al conocer la verdad me siento decepcionada. Siempre creí que mi padre era un rey justo, lamentablemente sus malas decisiones colaboraron para que esta batalla se desatara. Un error que no estoy dispuesta a cometer si logro terminar con esta guerra.

Al pensar en esto, miro hacia al final de la caravana buscando a mi padre y a la madre antigua. Cuestionándome si los llevarán también al Reino de Los Lobos con el fin de utilizarlos para que acate sus retorcidas exigencias.

Entre los seis guardias que me escoltan puedo vislumbrar celdas y de lo que sí estoy segura, es que en alguna de ellas se debe encontrar Boreas. En este momento preferiría ir encerrada con él que transitar sobre un caballo. La comodidad que podría tener se anula ante lo que significa este viaje y la tensión también se encuentra al haber perdido de vista otra vez a Asila. No sé qué sucede con ella ni por qué nuestra comunicación al parecer se encuentra bloqueada. Conscientemente no me he puesto ningún objeto con dientes de lobo.

Vuelvo mi vista, frustrada al darme cuenta que a esta distancia es imposible identificar quién se encuentra en el interior de las celdas. Lo único que me entrega algo de pasividad es que los líderes del Valle Oscuro van varios metros más adelante.

Liderando nuestro viaje, el Heredero al Valle Oscuro, al que no he vuelto a ver desde su arrebato en el corredor. Manteniéndome aún turbada el hecho de que sus ojos por un breve instante no sucumbieron al color del encantamiento. No quiero crearme esperanzas en la relación a la convicción con que afirmó que yo le pertenecía. Podría ser parte de su condición animal y primitiva que le exige posesión. Quizás quiero creer esto, para no albergar una ilusión que muchas veces se ha roto con una sola palabra, pero es inevitable pensar que una parte de él todavía sigue ahí y que de a poco quizás

su corazón lucha por regresar. Y es a ese destello que me aferro para continuar adelante, considerando que el tiempo se agota y antes de que se lleve a cabo mi ritual de enlazamiento, lo tengo que recuperar.

El atardecer llega sin darme cuenta. La cabalgata ha sido extenuante sin habernos detenido en ningún momento. Me pregunto si entre las destrezas que adquieren las personas que se vinculan, también se encuentra el no percibir hambre o cansancio.

Mi mirada se levanta al rodear la siguiente colina. A lo lejos finalmente se visualiza el Valle Oscuro. Un imponente castillo entre espesos follajes se muestra en toda su gloria. Los lobos a medida que nos acercamos se multiplican en número y ahora nos escoltan quedándose en el límite del bosque que nos cobija desde nuestra derecha.

El rojizo del sol que nos abandona alumbra las elevaciones de la fortificación mostrando una imagen siniestra y escalofriante. No tan sólo por el poder oscuro que le da el color que lo envuelve, sino también porque estoy a unos pasos de internarme en la casa que me reclama como la elegida para proseguir su linaje.

Mi atención se desvía a un caballo que se desprende del inicio de la comitiva y se acerca. Sin poder evitarlo mi corazón despierta al pensar que Alen viene a cerciorarse de que me encuentro en buenas condiciones después del largo trayecto. Mi decepción es inmediata al reconocer a Celsius que se ubica a mi lado.

—Bienvenida a nuestra casa princesa. —exclama con orgullo—. Han pasado muchos años para que un monarca de tanta importancia ingrese en nuestro territorio. Las profecías al fin nos dan el favor y esta noche celebraremos por el retorno a nuestro reino y también porque al anochecer te entregarás a nosotros.

—¿Qué sucederá si el encantamiento no posee mi alma? —Pregunto pensando en la posibilidad de que tenga que enfrentar el ritual, cosa que espero que no suceda y que Alen regrese antes.

—Créeme que el vínculo te dominará. Calesia tiene algo especial para que eso suceda. —declara de manera confiada.

Un halo de temor me acoge al escucharlo. De la maldita hechicera espero cualquier cosa, pero sigo confiando en no tener que llegar a comprobar cuál es su nuevo macabro plan, a pesar de que mi tiempo se agota y el riesgo aumenta. Una vez que ingrese a su territorio, tendré sólo una

oportunidad de encontrarme con Alen y bajo ninguna circunstancia dejaré que la duda me gobierne. Fue mi decisión luchar por él y mientras no llegue el final, esto no termina.

Mis ojos se centran en la gran puerta de acero que indica el comienzo del reino. Una manada de lobos ha sido forjada con esmero. Si fueran reales, daría la impresión de que corren hacia nosotros, no para darnos un cálido recibimiento, sino más bien para intimidarnos con sus hocicos abiertos y sus colmillos brillando a través de la tenue luz del atardecer.

La entrada se abre y el ruido chirriante del hierro al desplazarse sobre la piedra hace que me estremezca.

Lo primero que observo es la multitud de personas que esperan nuestro ingreso. Entre ellos abundan mujeres y niños. Recorro el lugar buscando a un gran ejército y sólo encuentro una cantidad reducida de guardias que vigilan desde las torres y otros entre los asistentes. Lo que me hace pensar que las tropas han sido desplegadas en los reinos que fueron saqueados y tomados a la fuerza. Tal vez por eso necesitan seguir enlazando a personas, para incrementar la cantidad de combatientes. Este primer descubrimiento hace que cierto optimismo despierte, en el caso de que tuviéramos que enfrentarnos, tendríamos alguna oportunidad de vencerlos.

Los lobos merodean en todas direcciones, sobre todo desde las laderas de los bosques que envuelven el reino. Los animales que nos acompañan se dispersan en esa dirección. Quizás necesiten descansar y cazar o al menos es lo que necesito yo. No necesariamente cazar, pero sí bajarme del caballo que mantiene mi cuerpo adormecido y mi espalda adolorida.

Un guerrero se aproxima a mi lado indicándome que descienda. Lo hago con cautela al percibir mis músculos rígidos. Los habitantes conservan una postura sumisa ante sus líderes, manteniendo su cabeza gacha, pero algunos de reojo me miran interesados.

Me instan a caminar hacia las escaleras de piedra que conducen al interior de la fortaleza y en ella observo a una mujer que nos aguarda. Su pelo rojo ondea con la brisa de la tarde y su mirada gélida no está posada en mí, sino en los líderes que descienden también de sus caballos. La delicada vestimenta que lleva me da a entender que podría ser una reina.

—Acércate. —Celsius que ha continuado a mi lado me invita a avanzar.

—¿Es tu esposa? —Pregunto curiosa al no tener conocimiento de la identidad de la madre de Magnus, el hijo fallecido del Rey del Valle Oscuro.

—¿Mi esposa? —Celsius se ríe de forma dramática—. Mi mujer no se

enlazó, por lo que después de darme un heredero, padeció la sentencia de muerte al no unirse a nuestra causa.

—¿Estás hablando en serio? —Lo miro consternada ante su revelación. No siendo capaz de creer que realmente haya asesinado a su mujer y que además lo mencione como si hubiera salido de caza a matar un conejo.

—Si no te vinculas, ese será tu destino. —Menciona de manera despreocupada—. Me refiero a que primero nos entregarás a tu hijo y luego nos desharemos de ti. Así que por tu bien, te aconsejo que no luches contra el ritual, déjalo que te libere.

—¿Qué me libere? ¿Así lo llamas? —Pregunto al momento que la brisa que golpea mi rostro me envía una onda de frío que se escabulle en mis huesos, al seguir constatando que el raciocinio de estas personas se encuentra totalmente torcido. Además, nuevamente con sus palabras me confirma que no se detendrán ante nada.

—Princesa, los sentimientos lo único que hacen es encadenarnos a una vida de sometimiento. Nos obligan a permanecer amarrados a personas y a normas que no son siempre lo que nuestro ser desea. La liberación llega cuando ya no sientes el peso de tus actos, cuando el remordimiento se esfuma y eres capaz de entregarte a tus más codiciosos anhelos, sin culpa.

Considero sus palabras. El peso de mis actos es lo que en el pasado me frenó a seguir lo que mi instinto tantas veces proclamó; que Alen era el hombre que deseaba. Si hubiese estado despojada de sentimientos, sin dudar lo habría tomado lo que quería y mi pueblo hubiera sido castigado por mi actuar. Por lo que agradezco que mis emociones permanezcan y sean las que me mantienen de pie para continuar luchando.

Me detengo al percibir la mirada de la mujer que me recorre como si fuera un animal que no es digno de su presencia.

—Candra, deja que te presente a nuestra invitada. —Priust se adelanta para unirse a nosotros—. Eleonor, Heredera de Luna Llena y en pocas horas nuestra Princesa de Luna Nueva.

—La hija de Leonidas. —La mujer afirma manteniendo su mirada de desprecio.

—¿Y tú eres? —Pregunto no dejándome amedrentar. Recordándome que me prometí que no volvería a bajar la cabeza ante ellos.

—Es mi esposa. —aclaro Priust en un tono que refleja advertencia.

Me sorprende esta revelación al darme cuenta que la mujer parada frente a mí es la madre de Boreas. Ahora soy yo quien la mira con desprecio. Jamás

me podría someter a una persona que no fue capaz de proteger a su hijo.

Sin poder evitarlo, recorro a los asistentes buscando a la maldita hechicera, preguntándome ¿cuál será la relación entre ellas al compartir al mismo hombre? Para mi extrañeza no la encuentro. Al que sí localizo es a Alen que se acerca, pero sin prestarme atención.

—Mi nombre es Alen, hijo de Priust y heredero al trono del Valle Oscuro. —Se presenta ante la mujer y podría jurar que con respeto. Mis entrañas de inmediato se revuelven al corroborar que continúa extraviado en la oscuridad.

La mujer responde con una leve reverencia de cortesía, siendo mi primer instinto agarrar a Alen y subirlo a un caballo para alejarnos de esta pesadilla, porque seguir presenciando la manipulación de su juicio hace que quiera gritar y desesperadamente despertar.

—Tenemos preparados sus aposentos para que descansen. —Candra hace un gesto a varias mujeres detrás de ella para que se coloquen en movimiento.

—Primero llevaré a mi hijo a que conozca su reino. —Priust responde, y Alen de inmediato asiente con su cabeza en confirmación.

—Antes de eso necesito hablar con Alen a solas. —Doy un paso hacia adelante con decisión y con un claro objetivo. La molestia en relación a su noche de lujuria sigue punzando en mi interior, no obstante, mis emociones al respecto las deberé olvidar. En este momento es más importante recuperarlo que atender a mi herido orgullo. Él debe despertar y luego debemos huir. De eso depende la salvación de todos.

—No estás en condiciones de solicitar nada. —Celsius mira sobre su hombro haciendo un gesto a dos guerreros para que se acerquen—. Después de que esta noche te vincules, tendrás nuevamente la opción de opinar.

—Alen necesito hablar contigo. —Ignoro las palabras de Celsius y trato de acercarme, lamentablemente no llego muy lejos, dos guardias me cierran el paso.

—Esta noche hablaremos, después que te enlaces. —El heredero al Valle Oscuro me responde distante y frío.

—Alen, sólo será un momento. —menciono en un tono muy parecido a una súplica, mientras que trato de abrirme paso entre dos imponentes espaldas que me doblan en altura.

—Ya tendrás bastante tiempo para compartir con nuestro predecesor, no te preocupes por ello. —Celsius sonrío, luego le hace una señal a los

guerreros que se encuentran de pie frente a mí—. Candra, ¿Le enseñarías a nuestra invitada su alcoba?

—Espera. —En un rápido movimiento escapo del agarre de mis custodios pasando por debajo del brazo de uno de ellos. Llego hasta Alen y lo tomo de los hombros—. Requiero hablar contigo. Ahora. Necesitamos terminar lo que quedó pendiente. —Cambio el tono de apremio por uno más sugerente, dejando entre ver que lo requiero de una manera íntima, pensando que esto es lo que quería de mí y es lo que necesito que haga.

—Te dije que me rogarías. —Alen me recorre con la mirada, al parecer deleitándose con mi solicitud. Sus ojos han vuelto a acentuar su color rojizo y su postura privada de amabilidad se eleva, cruzando los brazos por sobre su torso. Mi agarre se acrecienta hasta enterrar mis uñas en los músculos de sus brazos que se ciñen con fuerza.

—No te estoy rogando, sólo pido lo que tú también deseas. —Mantengo mi postura firme e insinuante, no dejando que la vergüenza me venza al estar consciente de que todos escuchan la descarada petición. En este momento lo único que me importa es derribar la barrera que nos separa y para eso haré lo que sea necesario.

—No estaré nuevamente a solas contigo. No mientras sigas siendo tú. —Se suelta de mi agarre, incómodo, y logro percibir una pequeña vacilación.

—Después de todo lo que has hecho, me debes esto. Me debes al menos concederme un segundo. —Presiono y demando porque sé que algo queda de él y también sé que de alguna forma estar cerca de mí lo hace dudar. Él también lo sabe y no puedo dejar que vuelva a huir.

—¿Te lo debo? —Levanta una ceja de manera arrogante y da un paso hacia atrás para alejarse de mí. Quizás luchando para que no llegue a su interior—. Tú eres quien nos debe. Nos debes tu sumisión, nos debes tu respeto y por sobre todo, nos debes a tu heredero. Esta noche nos darás todo lo que nos han negado. Ahora compórtate como una verdadera princesa y déjate de dar lástima suplicando como el ciervo desvalido que corresponde a tu casa. La debilidad no es algo que realmente me seduzca.

Empuño mis manos ante sus palabras, no dejando que la ira me gobierne, pero es tan difícil mantenerme ajena ante su desaire y aunque sé que no es él quien habla, su desprecio se percibe en mi pecho como si fuera abierto de un solo rasguño.

—Nunca pensé que Leonidas te criaría para despojarte tan fácil de tu dignidad, menos suplicar para encamarte con el enemigo. —La voz de

Candra me llega desde la espalda y no necesito mirarla para ver que disfruta de mi desmoralizado intento de rescatar a Alen.

—Ingenuamente cree que cederé ante su patética insinuación. —Alen se cruza de brazos mientras me observa con menosprecio.

Mi pecho se abre y arde en carne viva. Cualquier intento de llegar a él se desvanece, mientras escucho las risas burlescas a mi alrededor. La tranquilidad y decisión que traté de mantener se fugan y la ira se enrosca como una serpiente en mis entrañas. El odio por estas personas que me han despojado de todo, se levanta haciendo que mi alrededor se vuelva rojo.

—Te dije que ya eres nuestra. —Celsius ahora es el que se regocija a mi lado.

—No soy de ustedes, ni de nadie. Soy la Heredera de Luna Llena y jamás me someteré ante ustedes. Menos después de presenciar sus actos despreciables. Hablan de integridad, pues esa palabra no la conocen. Tu hijo Magnus fue el primero en morir ante lo que su retorcido juicio le manifestó. Y tú, —me dirijo a la esposa de Priust—. Dignidad es lo que no conoces al permitir que una hechicera se encame con tu marido. Quizás no eres tan buena amante como una verdadera hija de los lobos. —Tomo aire para continuar porque estoy a punto de explotar—. Todos ustedes me dan asco y repulsión. Por voluntad propia nunca me entregaré. —Termino escupiendo al suelo y a los pies de Alen. Me urge demostrarle que aborrezco al hombre que se encuentra frente a mí.

El silencio se hace en todo el Reino del Valle Oscuro y juraría que lo único que puedo escuchar es el ruido de los árboles que se mecen a lo lejos, advirtiéndome que debí mantener mi boca cerrada. Nadie se mueve y yo respiro agitadamente esperando la represalia, la cual no tarda en llegar. Una gran figura se acerca a mí, no obstante, me mantengo en mi posición. Antes de que pueda volver a parpadear, el golpe duro y seco llega a mi rostro. Mi mejilla estalla en un dolor que recorre hasta mi columna. La intensidad del impacto me desestabiliza lanzándome contra el suelo. El sabor de la sangre impregna mi boca y debo tomar una bocanada de aire para recuperar la estabilidad. Mi visión se ha cubierto de lágrimas que instintivamente aparecen ante la punzada de malestar que rápidamente se cierne en mi cabeza.

—¡He sido indulgente contigo! —Priust se arrodilla hasta que encuentra mi mirada—. Pero ahora estás en mi casa. Las faltas de respeto se cobran con sangre o con la muerte. La misericordia contigo termina esta noche, si no te

unes a nosotros, ya no estarás bajo el amparo de mi hermano o de mi hijo. Espero que por tu bien, mantengas la boca cerrada hasta que se lleve a cabo el ritual.

—¿Qué harás si no lo hago? —Pregunto levantando mi cabeza. Limpio con el dorso de mi mano la sangre que empapa mi labio y la quito al ver que mis dedos tiemblan al igual que mi interior. Podría recibir un nuevo castigo físico por parte del macho alfa de los lobos, pero ya no me importa. No cederé y no me humillaré más ante ellos, menos después de ver que Alen se mantiene unos pasos atrás observando la escena, sin intervenir, sin protegerme, sin regresar.

—No necesito responderte eso. —Priust se coloca de pie—. Tendrás la oportunidad de comprobarlo por ti misma.

El macho alfa se aleja y de reojo observo que Alen lo acompaña. Ahora es mi labio el que también tiembla y las lágrimas quieren asomar. Me obligo a tragarlas, no dejaré que vean la aflicción que me lacera el alma. Y no por Priust, sino por su hijo, el cual hace unos días atrás por un acto como aquel, hubiera matado sin pensarlo dos veces a cualquiera que me hiciera daño. Hoy lo presencia con una indiferencia que hace que quiera vomitar lo que queda de mi aniquilado corazón.

—Pueblo del Valle Oscuro. —Celsius se aleja de mí para dirigirse a las personas que se mantienen congregadas en la entrada de la fortificación, a las cuales había olvidado por completo—. Esta noche los esperamos en el salón para llevar a cabo la ceremonia que nuevamente unirá nuestras almas y destinos.

Hago un esfuerzo por ponerme de pie. Lo que menos quiero es que estas personas observen cómo me abaten. Busco la fuerza en mi interior para incorporarme al notar que mis piernas no reaccionan, las sacudidas de temor también las han envuelto. Dos manos me sujetan sin delicadeza para levantarme, ante su contacto, me incorporo y me suelto de su agarre. Alzo mi cabeza con el dolor palpitante en mi rostro. El calor de la sangre corre por mi labio, pero no dejaré que vean una vez más mi dolor.

Capítulo 11

Me desplazo en silencio por los corredores del castillo escoltada por varios guardias. Lo que ha mantenido mi atención es el reconocimiento del lugar. En las visiones que me fueron mostradas en el Bosque Blanco, transité como un espectro por algunos sectores de la fortificación y puedo decir que a pesar de los años que han pasado, la estructura se mantiene casi igual. La suciedad se encuentra impregnada en los recovecos, junto a sus murallas resquebrajadas, dándole un aspecto aún más lúgubre. En nuestro recorrido además he divisado a los animales que deambulan de manera libre por sus rincones y no tan sólo animales adultos, también lobeznos. Me podría parecer tierno ver como corren y caen de manera descuidada, pero la aversión es lo que impera al saber que en un futuro se transformarán en bestias reclutadas como armas de guerra. Lo que sí me sorprende es ver a los niños que corren detrás de ellos. Por su contextura podría decir que tienen alrededor de cinco años. El cabello lo llevan cortado al ras de su casco, destacando una trenza que cae por uno de los costados. Al levantar sus miradas curiosas en mi dirección me doy cuenta que a estos pequeños aún no los han enlazado, ya que mantienen el color natural de sus ojos. Recordatorio que el ritual para ellos se lleva a cabo a los siete años y en el caso de las mujeres, cuando se produce el primer sangrado. A las jóvenes no las he visto en mi transitar, ellas debieran tener alrededor de doce o trece años.

Candra se detiene ante una puerta en el primer piso indicándome que ingrese. En un principio me cuesta adaptarme al espacio sumergido en oscuridad. A medida que las antorchas se introducen y son sujetadas a las paredes, mi entorno se vuelve visible reconociendo una pequeña habitación sin ventanas. La cama en un costado está cubierta por una manta oscura deshilachada en la cual se vislumbran sectores más oscuros, no pudiendo distinguir si se trata de suciedad o sangre seca. En el otro costado se observa una vieja mesa ladeada que está a punto de desplomarse junto a un pequeño taburete astillado.

—Espero que el lugar sea digno para una princesa de tu estirpe. — Candra pronuncia las palabras en tono irónico. Me gustaría decirle que no esperaba menos de ellos, pero prefiero mantener mi silencio—. Para tu información la dignidad no es algo que realmente me importe, es más, para mí fue un regalo que Priust deshiciera nuestro lazo, así puedo pasar mis noches descubriendo la fiereza de nuestros jóvenes guerreros.

Al mirarla de reojo observo como desliza la mano por el brazo descubierto de uno de mis escoltas. Quito la vista, no porque realmente me interese con quién comparte su cama, sino porque lo único que quiero es que me deje sola. Le doy la espalda para que comprenda la indirecta y fijo mi atención en la malograda cama. Al escuchar el sonido de la puerta y luego la llave que se gira, suelto una exagerada exhalación por todas las emociones que contenía desde mi funesta confrontación en la entrada del castillo.

Me siento en la cama, pero al poner mi cuerpo sobre la base de ésta, de inmediato me incorporo al ver a dos guerreros con sus respectivos lobos que se quedaron en el interior de la alcoba. Maldigo en silencio. Los guardias se mantienen inmóviles con su atención fija en algún punto de la pared que se encuentra frente a ellos. Los animales se acomodan a sus costados, todos en completo silencio. Y si no fuera por sus respiraciones, daría la impresión que se transformaron en verdaderas figuras de piedra.

Vuelvo a exhalar, pero ahora de frustración. Necesito ordenar mis pensamientos, y con ellos a solo unos pasos me es difícil siquiera respirar. Acción que a cada segundo se vuelve más difícil de realizar al sentir la angustia en mi pecho por no haber logrado mi objetivo. La única posibilidad que tenía de acercarme a Alen fue destruida y no sé si pueda volver a realizarlo, menos después de presenciar cómo él no fue capaz de reaccionar ante el despreciable trato al que fui expuesta. Mi mano toca con cuidado la mejilla que fue golpeada por Priust y su palpitante dolor es una confirmación de que su hijo se encuentra en un lugar desierto aferrado a una maldición que lo enceguece y que a cada instante lo consume más.

Debería sentirme abatida y tal vez desolada, sin embargo, aún no he dejado de luchar. Y aunque en este momento me encuentro sola enfrentando a un gran poder y adversarios sin piedad, no me puedo permitir perder la fe. No puedo rendirme, se lo debo a mi pueblo, y por sobre todo, me lo debo a mí. No bajaré la cabeza pese a que en este instante no sé qué camino seguir o siquiera lo que debo hacer, no obstante, de lo único que estoy segura es que no les daré la satisfacción a mis enemigos de doblegarme.

Rápidamente mis prioridades cambian. Ahora me enfoco en lo que deberé confrontar en unas horas más. El ritual de enlace se acerca. Siempre creí que esta instancia no llegaría y en este momento es una realidad de la que, al parecer, ya no puedo escapar. Ciertamente me preocupa recordar las palabras de Asila “Tú serás uno de ellos” Y aunque me niego a aceptar que cederé al encantamiento, lamentablemente debo admitir que mi corazón no se

encuentra calmo para encararlo. El odio y la venganza se han cobijado en mi alma dejándola expuesta y susceptible. Condición que es favorable para lo que ellos quieren lograr. Vincularme. El amor, que podría ser la fuerza que lucharía contra las tinieblas, en este instante también me torna vulnerable ya que estaría dispuesta a hacer lo que fuese por aquel sentimiento tan profundo que siento, hasta sumergirme en la oscuridad si esa fuera la forma de poder llegar nuevamente a él.

Un movimiento a mi espalda me coloca en alerta. Uno de los guardias da un paso al frente ubicándose frente a su compañero. Una pequeña neblina blanca emerge desde sus manos envolviendo con lentitud al guerrero y a su animal. Me desplazo hasta que mi espalda choca contra la fría piedra sin estar segura de lo que estoy observando.

La brisa desaparece en el momento que el guerrero se gira en mi dirección con sus pupilas contraídas y bañadas de blanco.

—¿Asila? —Pregunto con un halo de esperanza o más bien con toda la esperanza de que sea ella.

—No. —Un destello de luz me enceguece y cierro los ojos para escapar de su brillo. Al retornar mi visibilidad, mi boca se abre cuando encuentro de pie frente a mí a uno de los Antiguos Ancianos en su forma original. El cabello largo y su vestido blanco me envían de inmediato una brisa de alivio. Me toma sólo un momento reaccionar para luego correr a los brazos de Liana.

La ansiedad que estrangulaba mi pecho de a poco se disuelve mientras me sumerjo en su contacto. Ella encuentra mi cara y con delicadeza acaricia mi labio partido. Me retiro ante la punzada de dolor, sin embargo, me sigo manteniendo agarrada de sus brazos.

—No puedo curarte, ellos lo notarían. —menciona con dulzura.

—¿Qué hiciste con ellos? —Levanto mi mirada indicándole al guerrero y su lobo que se mantienen petrificados junto a la puerta.

—Es un pequeño truco. Se encuentran congelados en el tiempo. Cuando regresen no recordarán nada de lo que sucedió. —Liana continúa hablándome con calma y confianza.

—¿Dónde está Asila? —Es lo siguiente que pregunto al ratificar que nos encontramos en privado.

—Realmente no lo sé, las doncellas fueron destinadas al final de la caravana y no me puedo comunicar con ella, ni con nadie. Calesia debe haber realizado algún hechizo de protección.

—Pero ella habló conmigo antes.

—Es porque vuestro vínculo se había afianzado, pero ahora ella se encuentra débil.

—¿Qué quieres decir con que está débil? —La miro con inquietud al percibir el recelo en sus ojos.

—Asila se encuentra herida. —Liana me guía para que nos sentemos en la cama.

—Lo sé. Me mostró su lesión, pero ustedes se pueden sanar. Lo he visto antes. Una vez que llegue al Bosque Blanco Fennes la curará.

—Eleonor. —Liana me toma con fuerza de mis brazos para que la escuche—. Las órdenes de Priust son mantenerte aquí hasta que vengan a prepararte, luego te llevarán al salón para realizar el ritual. Así que tenemos poco tiempo para que sepas nuestros planes.

Asiento porque también necesito estos minutos para poder hablar de todo lo que ronda en mi cabeza.

—Con mis habilidades te puedo ocultar a ti y a mí. Podemos caminar entre ellos sin que nos vean, es riesgoso, pero es la única forma de sacarte de aquí. Y lo debemos realizar en este momento, antes de que vengan por ti.

—¿Irnos? —Pregunto desconcertada. Debería alegrarme de tener la oportunidad de alejarme de este lugar, no obstante, aún no logro que el heredero al trono del Valle Oscuro vuelva en razón. —¿Qué pasará con Alen?

—Él se encuentra lejos, sumergido en las tinieblas y ni tú ni nadie puede hacerlo regresar.

—No estoy de acuerdo, ha tenido instantes de duda, momentos en los que me he acercado. —proclamo aferrándome a la veracidad de lo que he visto.

—No es suficiente, requerimos más que un pequeño destello para confiar en que él regresará. Y créeme que sería nuestra salvación recuperarlo, ya que hasta el momento es la única manera que conocemos para romper el encantamiento. Pero no todo está perdido. Anoche recorriendo las afueras del reino buscando lugares vulnerables de este territorio; para quizás en algún futuro emboscarlos, hallamos agazapados en las colinas al ejército de Dorian. No es un gran número de soldados, pero unidos a los hombres que viajan desde el Reino de Los Osos, podremos preparar nuestra propia tropa para enfrentarnos a Celsius.

Me toma un instante registrar toda la información entregada. Una gran esperanza se cierne en mi interior al conocer las noticias. Ahora también

comprendo por qué Asila desapareció anoche.

—Lucharemos. —confirmando. Se podría sentir acertada esta resolución, pero sigo percibiendo que no es lo indicado. Una guerra conlleva más muerte junto con destrucción y no únicamente de nuestros adversarios, también de nuestros aliados. Por otro lado, dejaríamos a Alen, Boreas y a mi familia a merced de Celsius.

—Vamos. —Liana se incorpora arrastrándome con ella.

—No puedo irme, no aún. —Me mira un tanto confundida, al igual que lo estoy yo, pero no puedo alejarme sin más—. Liana. En unos días se llevará a cabo la sentencia de Boreas, lo matarán, y el encargado de realizarlo es Alen. No puedo permitir eso. No puedo dejar que Boreas sea sacrificado. Él es inocente, y por supuesto no puedo dejar que Alen lleve a cabo aquel dictamen. Un acto como aquel, jamás permitiría que regrese de la oscuridad. Si debes llevarte a alguien, ese debe ser Boreas, por favor rescátalo a él.

—Por supuesto que no te dejaré aquí, menos para que te enfrentes al ritual.

—Créeme que no me quiero enfrentar a esa macabra ceremonia, pero hay algo en mí que me dice que no sucumbiré, que no me entregaré.

—Eleonor. —Liana me observa como analizando la situación—. Entiendo que tengas cariño por aquel joven, pero lamentablemente tú eres más importante que él.

—¿Me quieres decir que lo sacrificarás? —De inmediato la molestia aflora—. Estás hablando igual que Asila cuando insinuó que sacrificaría a mi familia por rescatarme. Y tal como se lo dije a ella, te lo repito a ti. No me iré de este lugar sabiendo que dejo atrás a las personas que me interesan. Yo no soy como los del Valle Oscuro. Yo sí poseo sentimientos, jamás podría vivir en paz sabiendo que renuncié a todas las personas que confiaban en mí. Y déjame decirte algo más. Si yo fuese la que estuviera vinculada, Alen jamás se habría dado por vencido hasta rescatarme. Y eso es lo que haré, pelearé por él. Así que necesito que ahora vayas y salves a Boreas, porque no dejaré que el hombre que amo sentencie su alma con un acto como aquel.

—Eso no es posible, no puedo rescatarlos a los dos. Solo tendremos una oportunidad. —Liana me observa y podría jurar que el tono de su piel se encuentra más pálido de lo normal.

—Si no puedes rescatarnos a los dos, sálvalo a él. Y por supuesto no te olvides de Nube, ese animal es su familia.

—Eleonor, si te quedas deberás enfrentarte al ritual, ¿Comprendes lo

que me estás diciendo? —Habla de forma pausada para cerciorarse de que la entienda.

—Lo sé. No he llegado tan lejos, ni me he sometido a tanta crueldad para ahora simplemente huir. —Pronuncio con convicción dispuesta a enfrentarme a lo que sea.

—¿Qué pasará si no logras luchar contra las tinieblas?, ¿Si el encantamiento te abraza? Entiendes que posiblemente tendríamos que atacar contra tu vida en el caso de que también asumas el objetivo de engendrar un heredero en la oscuridad.

—Lo comprendo y estoy dispuesta a aceptar el riesgo. De huir ahora, en un futuro cercano enfrentaríamos al Valle Oscuro, incluido Alen. Si me voy sin tratar de rescatarlo, él se transformaría en mi enemigo y de ser necesario quizás también tendríamos que matarlo. —La sola idea de que esto pudiera suceder me agobia—. Así que entiendo lo que me dices, porque efectivamente prefiero morir que manchar mis manos con la sangre del hombre que amo. Y si la solución para que los hombres del Valle Oscuro no puedan llevar a cabo su plan es matarme, estoy dispuesta a sacrificarme.

—Esas palabras son pronunciadas desde tu corazón y lo que necesito que ahora utilices es tu razón. Debes comprender que esa no es la solución, al contrario, con tu muerte estarías llevando a todos a la aniquilación. Tú eres la imagen de la esperanza. Existe todo un pueblo que se mantiene estoico esperando por la liberación. Sin tu presencia no creo que posean las fuerzas para luchar. Lamento que hayas perdido a tu amor, todos alguna vez hemos pasado por aquello, pero créeme que te levantarás y podrás seguir viviendo, aunque sientas que ya no puedas volver a respirar, lo lograrás.

—Entiendo que mi pueblo confía en mí, por eso no me puedo ir. Muchas veces me dijeron que debía seguir a mi corazón, que era la fuerza más inherente en mí, que el amor era el arma más poderosa que combatiría a las tinieblas. Pues hoy estoy aquí con la firmeza de mis sentimientos y escuchando lo que ellos me vociferan. No discutiré más contigo. Como dijiste, soy la próxima reina, es mi decisión quedarme para seguir luchando.

—Tendré que buscar a mis hermanos para que te hagan entrar en razón —Liana se mueve de forma rápida y en un parpadeo se encuentra nuevamente en su apariencia de guerrero. El lobo que le pertenece a ella se ciñe a su lado adoptando una postura acechante.

—¿Qué vas a hacer? —La sigo con la mirada, a lo que responde únicamente con una señal para que me mantenga en silencio. Toca el brazo

de su compañero y la respiración del guerrero y de su animal retorna. Liana regresa a la posición de vigía cuadrando sus hombros.

Un sonido se filtra desde el corredor y al escuchar la llave girar comprendo su cambio de actitud tan radical. Los hombres que custodian en el interior de la habitación dan un paso al costado cuando la puerta se abre. De inmediato ingresan dos mujeres de mediana edad con vestimentas en tonos grises acompañadas por pieles en el mismo color. Una de ellas carga una túnica blanca y la otra una bandeja en la cual hay varias vasijas que en su interior logro apreciar polvos blanquecinos. Depositán los objetos sobre la estropeada mesa siendo la confirmación de que vienen con la intención de prepararme.

Lo primero en notar es que a estas jóvenes no las había visto con anterioridad. Lo segundo y lo que realmente me alarma es saber dónde está Laurel, ella es mi doncella. No es que me preocupe realmente aquella mujer, sino más bien, es por saber qué sucede con Asila. De reojo miro al guerrero en el que se encuentra Liana, quien también denota preocupación en sus ojos al observar a las desconocidas.

—Pueden esperar afuera. —Una de las mujeres habla con el típico tono despectivo dirigiéndose a los guardias. Doy un último vistazo a Liana que se retira sin objeción y manteniendo su papel mientras yo me quedo pensando en sus últimas palabras; en relación a buscar a sus hermanos para que me hagan entrar en razón. Lo único que espero es que no intenten llevarme de este lugar en contra de mi voluntad, como dije antes, esto aún no termina, al menos no para mí.

Mi atención se fija en una de las jóvenes que se acerca. Su apariencia denota que no debe ser mayor que yo. Sus ojos como ya he visto en tantas oportunidades se encuentran vacíos, no obstante, el maquillaje alrededor de ellos los profundiza y agranda. Su cabello negro cae lacio hasta su cadera brillando con la luz de las antorchas. Sus rasgos son sutiles y delicados, si la pudiera definir en una palabra sería hermosa.

—Espero que te comportes. —me advierte—. No me gustaría tener que informar a Priust que no deseas cooperar. Como ya debes saber, él no admite ningún tipo de sublevación, aunque si me lo preguntas, para mí sería interesante ver cómo eres azotada en público.

Su compañera suelta una carcajada malintencionada a la cual respondo soltando un gran siseo de exasperación. He sido tantas veces amenazada que ya no me sorprende. Además, tengo otras preocupaciones más importantes

que reclamar por una nueva vestimenta como, por ejemplo: ¿Dónde está Asila? Liana mencionó que se encontraba débil y no estoy segura de lo que eso pueda significar para un Antiguo Anciano pero, de todas formas, insisto en contactarla a través de mis pensamientos. En este momento sé que ella sería la única que podría entregarme palabras de aliento, siempre lo ha hecho y en la mayoría de las oportunidades ha poseído más confianza de la que yo misma poseo. Sin su presencia esta vez tendré que convencerme sola de que seré capaz de sortear de forma airosa la vinculación.

Para darme coraje me recuerdo que sí existen personas que lo han logrado: Boreas, la madre de Alen y también Lucios, primer hombre nacido en Luna Nueva. Es en este instante que deberé comprobar que mi fase no sólo es un augurio de soberanía, sino también que las cualidades que me fueron otorgadas al fin se manifiesten; la fortaleza, perseverancia, valentía y liderazgo son las características que deberé poner en práctica, si no quiero abrazar una causa de perdición.

—Olvidé los pinceles en la bodega. —La mujer de pelo oscuro le comenta a su compañera—. Ve por ellos.

—Como a ti se te olvidaron, tú ve por ellos. —responde molesta la otra joven.

—Candra no estará feliz cuando se entere de que no estás realizando la tarea que se te encomendó. —La joven de pelo oscuro menciona con un tono de advertencia.

Finalmente, su compañera sale de la alcoba realizando una mueca de disgusto.

Una vez que nos encontramos solas inesperadamente la joven se dirige de forma rápida a mi lado cambiando su expresión rígida a una de preocupación.

—Eleonor, mi nombre es Sondra, soy amiga de Boreas y no me encuentro enlazada, necesito tu ayuda. —Toma de mis manos con desesperación—. Necesito liberarlo, no puedo dejar que se lleve a cabo su sentencia.

Capítulo 12

Me tomo un instante de calma para comprender lo que intenta decir. Aquella joven al parecer es la que nombró Boreas cuando nos encontramos en los calabozos. Me cuesta reaccionar a su presencia porque entre todo lo ocurrido había olvidado su existencia.

—Sé quién eres, Boreas me habló de ti. —digo finalmente.

—¿Lo viste? ¿Se encuentra bien? —Aprieta mis manos con fuerza, visiblemente angustiada.

—Estuve con él, en mi casa, la de Los Ciervos. Lo mantienen encadenado en una celda. Y continúa siendo el mismo gruñón de siempre. — Mi comentario la hace realizar una tímida sonrisa, momento en que un halo de alivio recorre su mirada.

—Todavía no he podido buscarlo. Los guerreros se encuentran en el patio descargando la caravana y sería extraño que yo merodeara las afueras. Mi lugar es en el interior del castillo, pertenezco al cuidado de Candra. — Mueve la cabeza en negación—. Eso no es importante, no tenemos mucho tiempo, mi compañera estará de regreso pronto. Sé que no estás sola, Calesia nos advirtió que posiblemente los Antiguos Ancianos rondarían nuestro reino, nos mantienen a todos controlados y vigilados.

Analizo sus últimas palabras y ahora la ansiedad regresa. No puede ser que a la maldita hechicera no se le escape nada. Mi nerviosismo se acrecienta al pensar que Asila, Liana y Lael se puedan encontrar en peligro de ser descubiertos.

—Dime si se encuentran contigo, me gustaría comunicarme con ellos para que me ayuden a rescatar a Boreas. —Sigue observándome con impaciencia.

—No los he visto. No estoy segura de que ellos se encuentren aquí. — Me desentiendo de su afirmación, no por el hecho de no querer ayudarla, más bien por el temor de que este sea un nuevo engaño. Si la hechicera maneja esta información, estoy segura que haría lo que fuera por apresarlos. No me sorprendería que tomara el cuerpo de una joven para embaucarme otra vez.

—Sé que no me conoces y que no confías en mí, pero te lo ruego, haré lo que sea necesario. —Esta vez se aferra de manera frenética a mis brazos y sus ojos imploran por ayuda.

—¿Estás dispuesta a ayudarme? —Pregunto tratando de mantener mi postura segura e incrédula. Aunque en sus ojos puedo reconocer el temor de

perder a la persona que ama, ya que es el mismo temor que siento yo. Maldigo en silencio, porque de ser Calesia, es una excelente actriz. — Necesito que hagas dos cosas: la primera, es que encuentres a mi doncella, ella se llama Laurel, la perdí de vista cuando salí de mi reino. Ella es la única en la que confío para que se encargue de mi cuidado y aunque ahora se encuentra vinculada es la mejor sirvienta que jamás he poseído.

—No estoy segura de que la dejen ingresar, las órdenes son que nosotras te preparemos, pero al menos lo puedo intentar. —responde aceptando la tarea solicitada. Al observar su mirada esperanzada me carcome el deseo de confesarle la verdad, sin embargo, hasta que no me asegure de que es quien dice ser, no puedo colocar en evidencia a ninguno de los hechiceros.

—La segunda, tiene relación con algo que comentó Boreas. —Menciono de manera pausada y sé que podría tentar a mi suerte con lo que voy a revelar pero, en las circunstancias que me encuentro, es necesario que corra el riesgo —. Me habló de que quizás Calesia posea un libro de hechizos, lo necesito.

—¿Quieres que vaya por él? —Sondra cambia su expresión por una que refleja un palpable temor.

—Sí, sería de suma importancia adquirirlo para buscar información que quizás sea de ayuda. —Espero su respuesta, mientras me obligo a mantenerme firme ante la alarma que develan sus ojos. De ser quien dice ser, le estoy solicitando una tarea imposible y hasta peligrosa, pero no tengo alternativa, su vida, la mía y las de miles de personas están en juego.

—Calesia habita en el torreón norte del castillo, el único que tiene acceso a aquel lugar es Priust. Las personas que han osado a ingresar sin autorización han sido asesinadas. —Me contempla con nerviosismo, al parecer, considerando mi petición—. Nunca he escuchado de aquel libro, pero lo haré. No sé qué tan lejos pueda llegar, pero si con eso puedo rescatar a Boreas, estoy dispuesta a correr el riesgo.

Contemplo la vulnerabilidad de sus ojos y mi instinto me indica que dice la verdad en relación a su identidad. Sé que me arriesgo a un nuevo embuste, pero si me equivoco estaría poniendo en peligro la vida de una inocente, sin mencionar que el pequeño príncipe sería capaz de matarme si su amiga es lastimada por mi culpa.

—Sondra, escúchame. —Ahora yo la afirmo de los brazos dispuesta a tomar el riesgo de ser engañada otra vez —. No te acerques a ese lugar, sólo dime cómo encontrarlo, yo iré.

—¿Cómo harás eso? —Su mirada de nerviosismo se transforma en

confusión—. No podrás poner un pie afuera de esta habitación sin que te vean. Además, en pocas horas te enfrentarán al ritual. No puedo esperar más, después que te vincules ya no me ayudarás, es más, posiblemente me mates al saber que no me encuentro enlazada.

—No sucumbiré a la oscuridad, no te preocupes por eso, te aseguro que Boreas será rescatado. —Sigo manteniendo cautas mis respuestas, aunque la sinceridad de sus emociones es algo que es imposible falsear.

—¿Cómo puedes estar tan segura?, sólo unas pocas personas no han cedido ante el encantamiento y si existiera alguien que no se encuentre vinculado, el miedo de comentarlo los mantiene ocultos. No sé por qué Bóreas o yo no fuimos absorbidos por la maldad, pero créeme, de haber tenido la opción hubiese preferido que la oscuridad me cubriera antes de ver a mis amigos y familiares despojados de sentimientos. Todos estos años me he mantenido escondida, simulando ser alguien quien no soy y que desprecio. Ninguna de mis exhalaciones ha sido libre, ni ningún latido de mi corazón ha estado exento de terror. Únicamente Boreas me ha sostenido, logrando que no me hunda en un abismo de locura. Créeme que, si no te entregas, no será lo mejor que te haya sucedido. Lo único que estarás haciendo es condenarte a una vida de miseria, en donde nunca volverás a dar un paso sin mirar sobre tu hombro, en donde de todas formas se extinguirá tu alma al presenciar actos infames de los cuales no puedes renegar. Hoy día tu vida ya no te pertenece, si estás en la luz o en las tinieblas no importa, ya estás sentenciada. Si quieres escuchar mi consejo, huye si puedes hacerlo, pero por favor lleva contigo a Boreas.

—Sondra, sé que estás atemorizada y lo comprendo. Haré lo que esté en mis manos por rescatar a Boreas, jamás permitiría que muera, menos a manos de su hermano. Si ahora me quieres ayudar, busca a Laurel, pero antes cuéntame qué sucedió cuando te vincularon.

—No lo recuerdo muy bien, sólo sé que corrí a hacia la luz.

¿Correr hacia la luz? Repito en mi cabeza confusa. La joven se aleja repentinamente de mi lado cambiando su expresión cuando un sonido se filtra desde el corredor.

No tarda en abrirse la puerta ingresando su compañera. Sondra toma la túnica blanca y me la lanza sin ninguna cordialidad.

—¿Por qué tardaste tanto? —Reprende a la otra doncella volviendo rápidamente a su tono apático.

—Candra me detuvo, ya preparan el salón. —responde de forma brusca,

luego su atención la dirige hacia a mí—. ¡Cámbiate!

Me volteo y comienzo a desvestirme. No dirijo la mirada nuevamente a Sondra, quien despliega su interés en las vasijas que deposita en la mesa.

Mientras me cambio analizo las palabras afligidas de la amiga de Boreas, las que también me asolan. Percibir el dolor que ha vivido durante tanto tiempo es sólo una nueva confirmación de que esta guerra se debe detener. Asimismo, la aprehensión me embarga al considerar que, si no me enlazo, tendré que fingir y no únicamente ante mis captores, también delante de todo un reino. Mi representación deberá ser perfecta si no quiero ser descubierta. Situación que me hace dudar de lograrlo, cuestionándome si seré capaz de transformarme en un ser despiadado, insensible, en el que cada suspiro exhala brutalidad. Me animo mentalmente a no decaer, si Sondra lo logró, también lo puedo hacer. Me debo concentrar en lo fría de sus miradas, en lo gélido de su andar y por supuesto en la arrogancia de su expresión.

—¡Acércate! —demanda Sondra una vez que termino de vestirme con la túnica blanca, que es una delgada tela que se adhiere a mi piel dejando la mayor parte de mi cuerpo descubierto.

Me ubica al lado de una antorcha y comienza a trabajar en mi rostro. Al no contar con espejos en este lugar, no puedo contemplar lo que hace. Solo percibo que aplica una especie de ceniza blanquecina por mi rostro, mientras su acompañante realiza el trabajo en mis brazos, cuello y clavícula. Bañando cada espacio de piel expuesta.

Una vez que finalizan con su labor, me observan y recogen sus utensilios. La última en salir de la habitación es Sondra, quien antes de desaparecer me mira y sus labios gesticulan en silencio: ayúdalo.

Me quedo sola de pie en el centro de la alcoba consciente de la solicitud de ayuda. Una ayuda que es para Boreas y también para todas las personas que me rodean. El peso sobre mis hombros vuelve a ser demasiado, sin embargo, la ansiedad toma otra dirección al darme cuenta que lo único que puedo hacer en este momento es esperar. Ya sea que regrese Liana, que al fin aparezca Asila o que vengan por mí para llevarme al salón.

Me arrodillo frente a la cama y junto mis manos con la intención de orar. Cierro mis ojos y me encomiendo. Sé que en este último tiempo he insultado y renegado de los Antiguos Ancestros, pero también sé que ellos en este momento me debieran acompañar y ayudar para encontrar la quietud que necesito con desesperación. Requiero que atiendan mi llamado para que me guíen a través de la oscuridad y como dijo Sondra, que me muestren la luz.

Ruego para no dejarme seducir por las tinieblas, repitiendo una y otra vez: Soy liderazgo y fortaleza. Soy resistencia y valentía. Tratando de vaciar mi mente y alma de los sentimientos negativos que han despertado. Me obligo a no pensar en nada ni en nadie para buscar el sosiego que me entregue paz y sólo me enfoco en visualizar una tarde de primavera en donde el verde del prado y el azul del cielo me mecen con tranquilidad.

No sé cuánto tiempo llevo en esta posición orando e invocando a una fuerza superior. El dolor en mis rodillas es lo que me advierte de que ha sido por un largo período. Desde los corredores me han llegado sonidos de personas y lobos. Los he dejado afuera de mi concentración para amansar mi atribulado corazón. Soy la única en la que puedo confiar para llevar a cabo esta tarea. Y por supuesto, debo creer con toda convicción que lograré evadir el encantamiento.

El ruido de la puerta me anuncia de una presencia. Doy una última y larga exhalación para enfrentar mi destino.

Me giro lentamente recordándome que cualquier cosa que vea o escuche no deberá alterar el destello de paz que cobijé y que lamentablemente tiembla al observar la cabellera blanca de la persona que se presenta frente a mí.

—Tus ruegos esta vez no te servirán de nada. —Calesia menciona de forma burlesca. Al costado de sus caderas se asoman dos lobos negros, uno de ellos lleva sobre su cabeza un tinte rojizo.

Vuelvo a respirar y me repito mentalmente que no me deje alterar por ella. Haga o diga lo que sea, necesito mantenerme en quietud.

—¿Ya no quieres hablar? —Pregunta en su conocido tono fastidioso.

No contesto a su provocación porque no quiero perder el reposo que me llevó largo tiempo conseguir.

—Sé lo que intentas. —La hechicera se acerca examinándome y en respuesta bajo la mirada para no observarla—. Me refiero a que por un lado piensas que no sucumbirás a la oscuridad, y por otro, crees tontamente que Alen regresará a tu lado. También confías en que mis hermanos vendrán por ti. Lamento decirte que ninguna de esas cosas ocurrirá.

Camina hasta ubicarse justo frente a mí, tan próxima que las puntas de nuestros pies se tocan. Con su mano agarra mi mejilla con fuerza levantando mi cara e inevitablemente nuestros ojos se encuentran.

—Siempre he estado un paso adelante. Créeme que bajo ninguna circunstancia permitiré que una niña mimada y estúpida como tú interfiera

con nuestros planes, con mis planes. Si en algún momento percibo que nos engañas o quieres huir, yo misma me encargaré de acabar con tu vida. Y no concibas una falsa ilusión de que Alen te salvará, él está de acuerdo con tu muerte de ser necesario.

Sus palabras las dejo fuera de la pared que construí, no acepto que sus insinuaciones me afecten. Sostengo su mirada y mi atención recae en sus ojos al percatarme de su color. Con anterioridad los he observado negros y tornarse blancos, pero ahora sus pupilas están completamente enrojecidas al igual que las personas que habitan en el Valle Oscuro.

—¿Estás enlazada? —La pregunta escapa de mis labios, sin siquiera pensarlo. En el momento que también tantos cuestionamientos aparecen.

—Insisto, brillante no eres. —Eleva la comisura de sus labios en una sonrisa que acrecienta el rojizo de sus pupilas—. Sabía que eras ingenua, pero pensé que no eras estúpida. La vinculación está en mi sangre desde el inicio.

Se aleja unos pasos y me observa conservando su sonrisa, al parecer saboreando la confusión que debe reflejar mi expresión.

—Sé que no te debo una explicación, pero también sé que sigues pensando que tu ideal y lo que desde pequeña te inculcaron es lo correcto. En nuestro mundo nada es lo que parece y todas las personas que ingenuamente pensamos que serían nuestro apoyo, nos han fallado y nos han mentado. Hoy mi obligación es lograr la reivindicación. Después de que te cuente mi historia, mi verdad, probablemente no encuentres tan despreciable mi actuar.

—No me interesa escuchar lo que tengas que decir. —De inmediato doy un paso atrás alejándome de ella—. Nada de lo que puedas decir hará que cambie la opinión que tengo de ti.

—¡Siéntate! —Su voz se eleva al mismo tiempo que los lobos que la custodian adquieren una posición de advertencia—. Oirás cada una de las palabras que diré.

Ante su tono imperativo la obedezco, no por temer a su regaño, sino más bien para continuar manteniendo mis emociones en pasividad.

Una vez que me ubico en la cama. Los lobos se sientan sobre sus patas traseras reposando su peso. Sus ojos siguen depositados en mí.

—Como bien sabes, mi cuidado y la casa que me fue asignada desde el inicio de los tiempos fue la de Los Lobos. —Calesia baja su mano hasta acariciar el lomo de uno de los dos animales que se mantienen junto a ella. Su voz extrañamente se vuelve serena. Al observarla, su mirada está perdida,

como absorta quizás en sus recuerdos—. Estuve presente en el primer encantamiento, pero no se me dejó participar. En aquel momento mi intención fue acabar con la inminente guerra. La terquedad de Barón y de mis hermanos no permitió que me inmiscuyera, en consecuencia, muchos pueblos perecieron al igual que algunos de mis hermanos. Eso ya lo sabes, lo que desconoces es que después que Lucios venció a la oscuridad, mi deber fue mantenerme junto al pueblo del Valle Oscuro para ayudarlos a levantarse otra vez.

Como te comentó Celsius; nunca fueron aceptados, siendo relegados por los otros territorios quizás a modo de castigo por lo ocurrido. Yo fui la que los acompañó en la miseria que debieron enfrentar al permanecer solos. Yo viví con ellos el hambre y la muerte de sus seres queridos. Muchas veces traté de hablar con Barón para que intercedieran, para que me dejaran ayudarlos, para rescatarlos guiándolos a la luz y no sólo a ellos, también a los otros reinos como el de tu padre, quién siempre se negó a escuchar las peticiones del Valle Oscuro. La desesperación y la angustia también se volvieron mis compañeras al contemplar la injusticia. En respuesta a todo lo ocurrido, apareció el recelo hacia todos los que nos cerraron las puertas. Nunca pude justificar el sufrimiento de personas que no eran culpables. En ese entonces sólo me podía presentar como curandera del reino, tratando de salvar con herramientas mortales a tantos como pudiera. Todavía recuerdo el día en que visité la casa de una familia de granjeros; sin ganado, sin dinero y sin alimentos, yacían acostados sobre la cama junto a su hijo, tomados de las manos esperando la muerte. Priust estaba con ellos, los acompañó hasta su última exhalación al igual que yo. Priust era un joven apuesto, muy parecido a Alen, quien luchaba por sacar a su pueblo adelante. Como no se le permitía comercializar o entablar relaciones de diplomacia con los otros reinos, los comenzó a saquear en beneficio de alimentar a su gente. Él al igual que yo, sentía la impotencia y el dolor de ver a su pueblo perecer, sólo por la ignorancia y rencor de algunos. Su convicción y fuerza fue la que nos hizo conocernos más íntimamente, hasta que le confesé mi verdadera identidad. En sus ojos más que asombro percibí esperanza, una que no podía quitarle, no después de tanto pesar. No sé en qué momento mis sentimientos cambiaron enamorándome de él y de su objetivo; rescatar a su pueblo a cualquier costo. Buscamos formas para retomar el equilibrio y la única solución posible que encontramos fue rehacer el encantamiento. Su poder nos daría el arma que necesitábamos con tanta urgencia. Luchar y dejar de sentir miedo. En el

Bosque Blanco y a través de los antiguos escritos busqué toda la información para hacerlo. Además descubrí en dónde se había guardado la última piedra de Turmalina que era necesaria para darle el poder al hechizo. Priust por su parte también se había enamorado de mí y me rogó que hiciéramos juntos el ritual. Me dijo que no quería atravesar la oscuridad sin mí. Ingenuamente pensé que no me absorbería, que quizás por un tiempo lograríamos nuevamente respeto y que luego, lo dejaríamos. Pero no fue así, la oscuridad fue más grande y seductora. Entregándome un poder que nunca antes había experimentado.

La compasión, la amabilidad, el amor, el temor y cualquier sentimiento que nos volviera personas débiles y vulnerables, fue eliminado de nuestra alma. Sólo nos quedaron las emociones que eran de importancia para nuestro objetivo. La venganza, el odio, el rencor. Hoy día nada me importa, ni mi casa, ni mis hermanos, ni los habitantes del reino, menos tú. Para mí eres únicamente una herramienta para alcanzar nuestra finalidad, que es destruir a todo ser que tuvo el coraje de ignorarnos y humillarnos, incluyendo a mis hermanos.

Así que como puedes apreciar, yo en algún momento fui como tú. También creí que el amor me salvaría. Que estupidez. El amor lo único que hace es volverte un ser indefenso, como lo eres tú ahora. Porque estoy segura que has tenido la oportunidad de marcharte, de huir, de ponerte a salvo, pero sigues aquí aferrada con uñas y dientes a algo completamente ridículo. Si tus sentimientos no hubieran interferido, ahora lo más probable es que estarías lejos de este lugar protegida por mis presuntuosos hermanos, que aún creen que las circunstancias deben seguir su curso natural.

La contemplo sorprendida ante su revelación. Muchas veces me había cuestionado de cuáles eran sus motivaciones. Claramente que estuviera bajo el encantamiento era una opción que nunca pensé y creo que sus hermanos tampoco. Conocer esto hace que muchas dudas se resuelvan, sobre todo en relación a su frialdad y forma despiadada de ser. Una de las imágenes que aún se mantiene es la de Priust. La manera cómo lo describió, me hace recordar a su hijo. Estoy segura de que si Alen hubiese estado en su posición, hubiera hecho lo mismo. No sé si al punto de buscar la oscuridad, pero sí de hacer lo que se necesitara por su pueblo, al menos, es lo que hizo hasta antes del enlace.

Inevitablemente pienso que Calesia tiene razón. Ella al igual que yo, por amor nos sacrificamos y en mi caso lo haré hasta las últimas consecuencias.

No obstante, lo que me mantiene en alerta es la aseveración que hizo en relación a que pude haber huido. Ella ya lo sabe, debe percibir a sus hermanos, Sondra también me lo confirmó. No sé cómo, pero debo buscar la forma de advertirles, ellos deben alejarse de este lugar.

Busco su mirada, la que ya no se encuentra extraviada, más bien, es más intensa que antes, y como siempre, sonriendo con suficiencia. Ahora le doy la razón, soy una tonta. Ella no vino a contarme su historia buscando empatía sino, con la intención de confundirme y contradecir mis emociones. Es lo que necesita para que esté susceptible y me entregue a ellos. Pues no le daré en el gusto.

—No importa que no digas nada, no es necesario. —Calesia se acerca a mí. Agarra mi muñeca con firmeza poniendo su atención en la cinta de cuero que llevo apretada en mi mano—. ¿Esto es a lo que te aferras?

Trato de zafarme de su agarre, porque no quiero que me despoje del único elemento que me mantiene afianzada a una fugaz esperanza.

—No te lo quitaré, me gustará ver cuando te despojes de toda ilusión. — Sin soltar mi brazo, percibo cuando otro objeto es situado con fuerza a mi muñeca. Mis ojos se dirigen a la pulsera de dientes de lobo que rodea mi piel—. Ahora estás perfecta, no quiero que nadie interfiera con nuestra conexión.

Me digo mentalmente que inhale y exhale, llamando a la calma y pasividad que conseguí. Cierro mis ojos tratando de poner mi mente en blanco. Mi meditación es interrumpida abruptamente cuando la puerta de la alcoba es abierta con fuerza. En un acto reflejo mis ojos se abren dirigiéndose a la entrada. Dos guerreros ya se encuentran en el interior, pero se detienen al observar a Calesia. Mi respiración se interrumpe al reconocer a uno de ellos. Liana hace un rato atrás había aparecido con la imagen de aquel hombre y esta vez sus ojos delatan preocupación.

—¿Qué hacen aquí? —Calesia los reprende—. Deben esperar afuera.

Lentamente bajando su cabeza salen al pasillo. Mi interés se desplaza al guerrero que no había visto con anterioridad. Su pelo largo va sujeto con una cinta y me da una mirada de soslayo antes de retirarse. Su expresión sigue denotando nerviosismo, algo que nunca he visto en los hombres de este reino. De inmediato las ideas se comienzan a gestar. Él debe ser Lael, es la única explicación a su accionar y me lo confirma al estar con Liana. Ahora la duda y la ansiedad que se esparce en mí me hace pensar: ¿Qué los hizo entrar de aquella forma y visiblemente afectados?

—¿Lista para abrazarnos como tu nueva familia? —Calesia pregunta,

pero ya no la escucho.

Capítulo 13

Abre la puerta para que la siga y lo primero que hago al salir es ubicar a los guerreros o más bien dicho, a los Antiguos Ancianos. Recorro con la vista el pasillo de manera cauta para no ser evidente. Necesito encontrar la forma de advertirles que la hechicera sabe que se encuentran en el Valle Oscuro, y también quiero que me expliquen qué sucede. En un repaso rápido no los localizo entre los escoltas que nos esperan afuera.

Al iniciar el desplazamiento por el corredor, trato de dejar la ansiedad atrás, necesito sortear un problema a la vez y este no es el momento de perturbarme. Cruzo mis manos que se han vuelto gélidas y bajo la vista. Me repito mentalmente inhalar y exhalar.

Mientras caminamos, el único ruido que escucho es el de las pisadas de mis escoltas, esto unido al jadeo de los animales. La hechicera se mantiene a mi lado, pero trato de hacer que su presencia no me turbe, no esta vez.

Al detenernos levanto mi cabeza. Estamos en la entrada del salón. Hay varias antorchas y velas distribuidas de manera estratégica dejando la cantidad de luz exacta para que visualice mi entorno.

Lo primero en observar a mi costado izquierdo son los tronos. Priust, Celsius, Alen y Candra se encuentran sentados en ellos. Mi atención se queda un segundo en el heredero del Valle Oscuro y por mucha meditación que haga una vida entera, jamás podría ignorar cómo mi corazón se agita ante él. Sus ojos me encuentran recorriéndome de pies a cabeza. Al retornar a mi rostro me sonrío, pero como ha sido en estos últimos días, su gesto se encuentra privado de cordialidad, hasta podría jurar que cada día que pasa su expresión se mimetiza más con los que ahora son su gente. Quito mi vista al sentir el dolor que me produce saber que no intercederá por mí, sino más bien, esperará en primera fila mi desenlace.

Vuelvo mi atención al centro, en donde hay varias velas puestas en una circunferencia. Estoy segura que representan la luna nueva, ya lo presencié hace algunas noches atrás cuando se llevó a cabo el ritual de Alen.

Los habitantes del reino se encuentran a mi derecha, en silencio. Sus vestimentas son mayormente negras al igual que sus caras. Claramente me distingo entre ellos. Mi vestido y la pintura en mi cuerpo es blanca. Calesia a mi lado se deshace de la capa que la cubre dejando ver un ceñido vestido negro, y en sus brazos van pintadas todas las fases de la luna. La primera vez

que conocí a Asila también las llevaba, me gustaría haber preguntado qué significaban.

Camino hacia el círculo de velas, porque ha llegado el momento del cual quise escapar. Me aferro a mi alma y a mi amor, convencida de que serán más fuertes que cualquier maleficio.

—No tan rápido. —Calesia me toma del brazo, dirigiéndome hacia un costado de los tronos—. Todavía no es tu turno.

Me deja de pie junto a dos guerreros que de inmediato me custodian, mientras que me pregunto: si no es mi turno ¿de quién es?

La hechicera con soltura se desplaza hasta el inicio de la circunferencia y da un asentimiento de cabeza hacia el final de la sala. Los asistentes dan un paso atrás creando un corredor que conecta con la gran puerta de madera que se abre. Ingresan varias siluetas que al acercarse muestran a dos guerreros escoltando a un prisionero. Desde mi ubicación logro escuchar el sonido del metal que emiten los grilletes y que de a poco envuelven el lugar. Al aproximarse, repaso a la persona encadenada que camina con dificultad. Lleva un vestido desgarrado en varios sectores. Las partes visibles de su cuerpo muestran la suciedad impregnada desde hace días. Su cabello largo y lacio cae sobre su rostro. Al detenerse al frente de la circunferencia levanta su cabeza. A pesar de la gran cantidad de tierra que cubre sus mejillas logro reconocerla. Es Brisa. Después de salir del Reino de Aquilón, no la volví a ver, ni a pensar en ella, pero sí recuerdo sus últimas palabras en relación a que mataría a Calesia.

Su mirada perdida recorre todo a su alrededor, al parecer, tratando de reconocer su entorno. Al detenerse en mí, sus cejas se levantan con sorpresa, las cuales caen rápidamente transformando sus ojos en una expresión contraída, denotando arrepentimiento.

—¿Qué crees que haces? —Mi boca suelta las palabras sin poder evitarlas.

Calesia me mira por sobre su hombro, sus ojos denotan triunfo.

—Pensé que me enlazarías a mí. —Doy un paso adelante no llegando muy lejos al ser afirmada por mis escoltas. —Déjala en paz, ya me tienes. ¿No era eso lo que querías?

—Si no te callas te mandaré a amordazar. —Responde la hechicera fijando su atención otra vez en la puerta de entrada.

Quiero seguir increpándola para que libere a Brisa. Sé que cometió un error, pero bajo ninguna circunstancia le desearía ni a ella, ni a nadie esta

condena. Mi nueva protesta queda atrapada en el borde de mi boca, cuando reconozco a las siguientes personas que escoltan.

—¿Padre? ¿Madre antigua? —Mi voz es casi imperceptible. Mi garganta se aprieta y el castillo que quise construir para mantenerme en quietud se comienza a resquebrajar.

La figura de mi padre es detenida a un costado de Brisa. Su apariencia no es mejor a la de ella. La baja de peso es considerable, su barba sin ningún cuidado y su cabello cae desordenado hasta sus ojos. Sus hombros están caídos y su espalda encorvada. A pesar de lo desaseado de su apariencia, hay algo más que está manchado. Su alma. Y no por el enlace, más bien podría decir que por la vergüenza. Al levantar su cabeza recorre el lugar encontrándome.

—Eleonor. —susurra débilmente. Su expresión me indica que quiere decir algo más, pero antes de eso fija su atención hacia adelante, hacia Celsius y Priust. Aprieta los labios con fuerza junto a sus manos. No tiene que decir nada, a él también lo deben tener amenazado. Vuelve sus ojos hacia mí denotando pesar y frustración, para sólo decir—. Tú nos salvarás.

Mis ojos viajan a la mujer que me crió. Su aspecto no está deteriorado, ni sucia como mi padre. Al parecer han cuidado de ella. Su cabeza se mantiene en alto como siempre lo ha hecho. Nuestras miradas se encuentran y en sus ojos no percibo temor, más bien determinación.

La turbación, sumado a la rabia se abren camino hasta hacer retumbar las murallas de mis sentidos que luchan por permanecer infranqueables y mi razón oscila sin poder aceptar lo que está sucediendo.

—Pensamos que te agradecería que tus seres amados te acompañaran a tu nueva vida. —La voz de Celsius me llega desde su trono—. No somos tan malos como crees, a no ser que prefieras que mueran. Es tu decisión.

Sus palabras se desplazan en mi pecho como un rayo que quema y consume todo a su paso al comprender lo que me está insinuando. Ellos saben que jamás estaría de acuerdo en sentenciar a mi familia, pero ¿cómo salvarlos?, si no los matan, los vincularán, de una u otra forma los perderé.

—¿No harás nada? —Esta vez saco la voz que permanecía encarcelada en mi interior acaparando el interés de los presentes, pero mi atención sólo recae en uno—. Alen, él es tu rey, el hombre que te formó ¿Cómo puedes estar de acuerdo con algo así?

Juré que no perdería la calma, sin embargo, es imposible que no diga nada. Menos presenciando cómo me despojan de lo poco que queda de mi

vida.

—La Madre Antigua te crió y cobijó durante tu niñez. Mi padre te enseñó a usar la espada, te puso a cargo de su ejército, fuiste su mano derecha. —Continúo increpándolo sin poder detener las palabras que saltan una encima de la otra—. Ellos nunca hubieran permitido que te dañaran, sin dudar lo hubieran dado su vida por ti. ¿Qué sucede contigo?

Mi débil intento de hacerlo reaccionar se desploma en el momento que me sonrío. Mi sangre se hiela al notar en su expresión que, además de arrogancia, muestra victoria. Ingenuamente creí que nuestro amor podría ser más fuerte que el encantamiento, pero a cada nueva acción me convengo de que el poder del hechizo es más poderoso de lo que pude imaginar.

—Todavía no pierdas la cabeza, te falta algo por ver. —La voz de Calesia hace que quite la mirada de Alen. Estoy a punto de desgarrar mi ropa y comenzar a gritar, pero no les daré en el gusto, no dejaré que me dobleguen.

Sigo las miradas de todos los asistentes. Esta vez se escucha el chirriar de ruedas. La celda que se desplaza por el pasillo no admite a una persona de pie. Pienso que pueden traer a un animal en su interior por el espacio reducido. Pero lo que contemplo en su interior termina por hacer estallar en mil fragmentos las paredes que construí para resguardarme.

—Asíla. —Las palabras se quiebran al salir de mis labios.

Primero, parpadeo un par de veces para convencerme de que lo que estoy viendo es real. Segundo, me escabullo rápidamente entre mis escoltas, los que se han distraído, para alcanzar a Calesia.

Únicamente alcanzo a tomar un mechón de su cabello cuando un lobo salta en mi dirección estrellándose contra el suelo. El golpe es crudo y duro en el costado de mi cuerpo, pero no tanto como el dolor y la furia que me aplasta. Siento la amenaza en su gruñido, junto a los dientes que merodean mi garganta. Ni siquiera pienso en el daño que me pueda causar la bestia cernida sobre mí. Mi instinto se despierta y con puños y piernas lucho por quitármelo de encima. Sus pezuñas se entierran en mi pecho y abdomen luchando por abatirme. Mi respiración huye ante la presión, pero no me detengo, sigo batallando y descargando la rabia contra la bestia.

—¡Suficiente! —Una gruesa voz llama la atención del lobo, el cual se repliega lentamente.

No me detengo a observar quién detuvo al animal, sólo quito el cabello de mi cara recuperando mi respiración. Me incorporo aún inestable por el

ataque recibido y me dirijo a la celda. Caigo de rodillas aferrándome al frío hierro. Asila se encuentra sentada y en su verdadera forma. Su cabeza se apoya contra los barrotes, ahí noto que su expresión es más pálida de lo normal, mostrando grandes surcos oscuros bajo sus ojos. Levanta con dificultad su mano hasta que encuentra la mía. Su contacto es gélido.

—Lo puedes lograr. —Susurra, pero a pesar de lo débil de su voz, esta va cargada de fuerza.

—¿Qué le has hecho? —Me giro hacia Calesia, momento en el que un torbellino de ira transita sin miramientos mi cuerpo.

—Sólo la capturé. —La hechicera contesta sin ningún remordimiento—. Al encontrarse débil, percibí su esencia, ya no se pudo ocultar de mí.

—¿Débil? —pregunto no queriendo aceptar lo que esto significa.

—¿Todavía no lo comprendes? —Calesia pregunta de manera sarcástica—. Tú presenciaste cuando fue herida por una flecha fabricada con madera de nuestro árbol sagrado. No existe ningún tratamiento ni mortal ni mágico para contrarrestar aquella lesión. Ella se encuentra sentenciada a muerte desde aquel momento. Su deceso llegará cuando la herida se extienda por toda su piel hasta alcanzar su corazón.

Me giro hacia Asila buscando alguna señal que niegue lo que me advierten. Recorro la piel expuesta hasta que encuentro los surcos rosáceos que se extienden por su cuello como raíces aferrándose a la tierra. La comprensión me alcanza como un latigazo directo a mis entrañas. Tomo con más fuerza su mano para de alguna forma mantenerla conmigo.

—Lo siento. —Esgrime con pesar.

—No. Yo lo siento. —Respondo con un nudo que se afianza en mi garganta y se desliza por mi columna—. Debí ser más fuerte, debí haber luchado, debí escucharte.

—Tú eres la única que los puede vencer. —Levanta con dificultad la cabeza y en su movimiento percibo el dolor que la aborda. —Siempre he creído en ti y por siempre lo haré.

—Por favor no te des por vencida, encontraré la forma de sanarte. — Introduzco una de mis manos entre los barrotes hasta alcanzar su mejilla—. Prométeme que te quedarás conmigo hasta que pueda salvarte. ¡Prométemelo!

—Lo prometo. —responde.

—No te defraudaré. —Es lo último que alcanzo a decir antes de escuchar las pisadas que se dirigen en mi dirección. Doy una última sonrisa a

Así y antes de que los guerreros lleguen hasta mí, me coloco de pie y me volteo para encontrar a la maldita hechicera—. ¿Qué harás con ella? ¿También la vas a enlazar?

—Eleonor, por favor, ella ya es un cadáver, no necesitamos desechos en nuestras filas.

—¡Maldita seas! Y ¡Malditos todos ustedes! —grito fijando mi atención en cada uno de mis adversarios. —Puede que hoy día ganen esta batalla, pero les juro que en esta guerra no serán los vencedores. Tal vez no sea yo y tal vez no sea mi pueblo el que los enfrente, pero les aseguro que siempre existirá un alma; en algún lugar de nuestro mundo que luchará por la luz, por el amor, por el equilibrio y desde donde esté guiaré la pelea contra la oscuridad.

—Bonitas palabras, creo que me conmovieron. —Calesia realiza el gesto de limpiar invisibles lágrimas, junto a las carcajadas de los asistentes.

No dejo que su crueldad me atrape. Mantengo mi postura erguida y me concentro en retomar el ritmo de mi respiración. No lucho más contra ellos, me preparo para luchar contra mí; contra las emociones negativas que se adhieren a mis poros y contra el miedo que se escabulle situándose en mi pecho. Como dije antes, esta batalla la ganaron, pero no han ganado la guerra. Sé que las acciones de esta noche fueron orquestadas para romperme, para que me volviera vulnerable. Calesia tenía razón, siempre ha estado un paso adelante. En lo que se equivocó fue en que no me está quebrando. Sólo está logrando que la fortificación de mi interior, la que se había visto traspasada, se levante con más brío, con más dureza, con más fuerza, por mí y por todas las personas que han sufrido en sus manos.

El salón se silencia y yo me desprendo de mi entorno. Desde las esquinas comienza el ruido de tambores en un ululante ascender. El sonido rítmico y ensombrecido traspasa mi piel y retumba en mi pecho. Varios lobos se acercan formando un círculo cerrado al interior de las velas. Me empujan para que dé un paso adelante, al igual que lo hacen con Brisa y mi padre. Antes de alejarme de ellos, doy un paso hacia la Madre Antigua. Ella al igual que yo extiende su mano. Nuestros dedos se rozan un instante. No necesita decir nada, únicamente con el tibio roce de su tacto me traspasa sus pensamientos. Siempre me dijo que me convertiría en reina, siempre me alertó de que sería una tarea difícil y a veces casi imposible. También me dijo que no importaba lo que creyeran los demás. Sólo debía oír a mi corazón, esa era la única voz que me guiaría y en la cual debía confiar. Ya no puedo hacer

nada por ninguno de ellos. Su azar será determinado por sus esencias, ellas definirán si caminarán hacia la luz o hacia las tinieblas. Y ni si quiera sé si aquello importa, como mencionó Sondra, nuestros caminos ya están condenados.

Nos obligan a arrodillarnos. Primero la hechicera se dirige hacia mis acompañantes. Me obligo a no mirar en su dirección, ya presencié esta ceremonia. Y contemplar cómo abaten a cada uno de ellos, no me ayudará a recuperar la calma que ha desaparecido y la cual necesito encontrar con urgencia.

De reojo percibo los cortes que realizan en sus brazos, pero no hay lobos a sus costados, lo que me recuerda, que no a todos los vinculan con animales. Sí puedo ver la daga, la que es sumergida en una vasija, para luego salir impregnada de sangre, la misma que es ocupada para el encantamiento. La concurrencia se une al cántico gutural de la hechicera. Después de algunos segundos distingo cuando los cuerpos se desvanecen cayendo al suelo, sumergidos en una especie de trance. Ya no oro por ellos, ya no sé por qué rogar. Si se enlazan, sus mentes se extraviarán de la misma forma que Alen lo hizo. Y si no lo hacen, posiblemente de todas formas los maten por no haber sucumbido al ritual.

Me mantengo arrodillada hasta el instante que presiento que es mi turno, es ahí que recién levanto la cabeza. Me gustaría evitar que el miedo me embargue, pero ante la situación en la que me encuentro, es imposible. Me siento aterrada de estar a un paso de convertirme en una de ellos, o de saber si finalmente mi fase primará ante el encantamiento.

Dos guerreros se sitúan junto a mí, uno a cada lado agarrando mis brazos. No lucho contra ellos, ya no lo puedo hacer. De cierta forma estoy sucumbiendo, pero no me estoy entregando.

Lo primero en observar es cómo cuatro guardias tiran con fuerza la cadena de un lobo que se niega a avanzar. Su hocico está atado con una cuerda, por lo que lo único que puedo escuchar es su gruñido contenido. Sus ojos delatan miedo, pero también enojo.

—Ella te ha estado esperando. —Calesia menciona, pero no la observo. Mi vista está fija en el animal que lucha por deshacer su agarre. Su pelaje reluce en la tenue luz dejando ver un jaspeado en gris, blanco y negro. En uno de sus ojos el color negro se incrementa como si hubiera sido salpicado descuidadamente. —Taviana, nació en cautiverio. Nunca ha estado en contacto con nadie. Fue criada en soledad para afianzar su instinto animal y

por supuesto, su irritación. Su intuición no posee empatía hacia ningún humano y tampoco hacia los de su raza. Lo único que desea ciegamente es matar a cualquiera que esté en su camino.

En el momento en que los cánticos comienzan, mi ansiedad se acrecienta al constatar que en mi caso utilizarán a un animal para vincularme, no debería sorprenderme, sin embargo, saber que mi sangre se enlazará a un lobo era algo que no había pensado, e inevitablemente, me entregue o no a ellos, mi vida se unirá a ella. Trato de que esto no me afecte, recordando a Boreas y la relación que tiene con Nube. En ellos, la conexión se apreciaba de forma natural. Contemplo a la loba que lucha fieramente ante sus captores y no puedo evitar sentir empatía hacia ella, en su caso, también la están utilizando como un nuevo peón para su plan. Y después de la declaración de Calesia, en relación a cómo la mantuvieron en cautiverio, sin dudarle mi instinto me indica que también debo velar por ella ahora.

Mi atención cambia del animal a la figura que se aproxima con seguridad.

—Te dije que tenía algo especial preparado para ti. —La hechicera se pega a mi oído para susurrar—. Al ser la Heredera de Luna Llena, la fuerza que es inherente en ti, no es fácil de doblegar.

Antes de que termine de hablar, una figura se hace visible. La luna menguante tatuada en la cara se refleja con la luz de las velas, imponente y siniestra igual que su mirada. Priust se detiene frente a mí y al costado de su cadera aparece Voltor, su lobo.

—Te enlazarás con la sangre del macho alfa. —Calesia camina hasta ubicarse al lado de Priust. Los guerreros que afirman mis brazos ejercen presión hasta recostarme sobre mi espalda—. Su sangre es la más poderosa de todo el encantamiento. Su sangre es el origen, es la fuente de nuestro poder.

Desde mi posición contemplo cómo el macho alfa junto a su animal se congrega a mi lado. No puedo moverme, mis brazos están sujetos con fuerza al suelo perdiendo toda visión del salón, no obstante, los asistentes se hacen presentes a través del cántico profundo y ronco que envuelve la estancia resonando en mi pecho cada vez con más fuerza.

—¿Recuerdas esto? —Calesia capta mi atención con el objeto que carga en su mano. De inmediato reconozco las astas de ciervo que se entrecruzan en el mango. Es mi daga, la que Alen utilizó para llevar a cabo nuestro ritual. Y aunque lucho por no perder la calma, la maldita hechicera está utilizando

todos los artilugios que se encuentran a su alcance para hundirme, para guiarme hacia la devastación. En este caso, manchando el momento que selló mi amor y cambiándolo por el rito que sellará mi destino. Mantengo mi vista fija en la cuchilla, la cual al acercarse a mi rostro se percibe diferente. Su hoja ya no es de acero, más bien es parecido a una piedra brillante—. Sí, es Turmalina, la última piedra que mantiene con vida el encantamiento. Encontré una forma de adaptarla.

Sin más explicación, lleva la daga al brazo de Priust y con la punta realiza un perfecto corte. La sangre emana y gotea sobre una vasija negra que sostiene la hechicera. Una vez que recolectan, al parecer, la cantidad necesaria se dirigen a Voltor. De su pata también extraen sangre depositándola en la misma vasija. Una vez que terminan, Calesia se dirige a mi cabeza y comienza a escarbar mi cabello.

—¿Me concederías el honor? —Esta vez sí que no puedo evitar mi sorpresa al escuchar la voz de Alen junto a mí—. Yo fui el primero que cortó su cabello, por lo que me corresponde volver a hacerlo.

Mi respiración queda retenida en la base de mi garganta contemplando cómo el Heredero al Valle Oscuro desliza su mano en mi cabeza hasta que levanta una delgada trenza. Extiende la mano para que Calesia le entregue la daga. Sus ojos encuentran los míos y sin poder detenerla, la desolación llega. Lo que queda de mi agonizante corazón se quiebra al observar cómo el hombre que amo, no sólo presencia este retorcido ritual, sino también participa de él.

Mi fortaleza se mantiene, pero el dolor me destroza. Mis ojos se nublan en lágrimas, no porque me hayan abatido, más bien porque la tristeza explota en mi interior cuando Alen corta mi cabello terminando de desgarrar en carne viva mi ser.

—Último, pero no menos importante ingrediente, la ceniza de mi árbol. —Calesia lanza el residuo grisáceo de la madera consumida sobre la vasija depositando también mi cabello.

En este punto ya no la escucho. Sé lo que vendrá y lo único que puedo hacer es mirar a Alen. Escucho los gruñidos sobresaltados de la loba, que se hacen audibles sobre el retumbar de los tambores. Sé que ella también está luchando contra esto, contra la maldad, contra el yugo, pero al igual que en mi caso, no tenemos escapatoria. Percibo cuando la daga traspasa mi piel y palpo como la sangre brota de la herida en mi brazo. Al igual que emana la tortura y la lenta aniquilación de mi amor.

Siento el pelaje del lobo que unen a mi antebrazo. Es amarrado firmemente con la trenza que cortaron de mi cabellera. Desde pequeña siempre me hicieron creer que el cabello era un símbolo innegable de entrega, donde otra persona forma parte de tu alma. De forma ingenua pensé que mi camino se había bifurcado en la senda de Alen. Lamentablemente el azar tenía otros planes. Hoy día mi vida se dividirá con el encuentro de un animal. Lo que innegablemente me hace pensar que quizás el amor no se encuentra destinado para mí.

Las lágrimas se deslizan por mis mejillas, pero ya no trato de detenerlas. Es más, dejo que corran libres, es lo único que hoy me pertenece. Mis sentimientos, es lo único que aún me corresponden, ya sea para bien o para mal. Inhalo y suelto una última y profunda exhalación.

El calor comienza a reptar por mi brazo, sube por mi pecho y se deposita en mi garganta. El canto estalla en el salón escabulléndose junto al calor sigiloso, pero constante a través de mi cuerpo, el cual lentamente se vuelve liviano. El agarre al cual me mantenían sometida es liberado, pero ya no tengo conciencia de mis movimientos. El único que permanece a mi lado es Alen. Busco su mirada pensando que en el último minuto él me podrá sostener antes de marcharme a un incierto final. Sus ojos se mantienen enrojecidos y vacíos. Dándome cuenta que la luz que necesito no la encontraré en él. De todas formas, me aferro a él, a su recuerdo y a su promesa de amor. Y aunque la morada que me espera es diferente y hoy me entrega su nuevo hogar. Yo lucharé para que nuestros caminos vuelvan a converger. Doblegaré el espacio si es necesario para volvernos a reunir, y no en las tinieblas como él aguarda. Batallaré y si es necesario, lo arrastraré para que retorne a mí.

Mi visión se comienza a nublar y mi entorno comienza a desaparecer. Alen se acerca hasta ubicarse cerca de mi oído, mientras yo aún percibo la lucha del animal a mi lado, pero me centro en sus últimas palabras.

—Estaré esperando por ti.

Capítulo 14

Mi cabeza palpita y el dolor en mis sienes presiona. Me cuesta respirar y los latidos de mi corazón se aceleran. Me obligo a moverme y a abrir los ojos. Lo primero en presenciar es el bosque. Busco a mi alrededor alguna señal que me indique en dónde me encuentro. Mi primer pensamiento es que después que me desmayé me llevaron a las afueras del castillo, quizás en aquel lugar se debe concretar el encantamiento. Un inesperado viento azota mi entorno y el calor que en algún momento sentí es cambiado por lo gélido de la brisa que se filtra en mi cuerpo. El aullar de un lobo se escucha en todas direcciones. Extrañamente no me siento amenazada, al contrario, mi instinto se despierta a buscar su procedencia. No me doy cuenta cuando ya estoy en movimiento internándome más profundamente en el bosque. Corro buscando su origen, no comprendiendo lo que me lleva a encontrarlo. El viento se intensifica moviendo con brusquedad los espesos follajes. Las ramas crujen de manera escalofriante como si entre ellas se escondiera algo más. La tenaz brisa permanece sacudiendo y levantando las hojas a mi alrededor. La tierra bajo mis pies se torna inestable, crujiendo. El llamado de mi nombre aparece como un susurro, pero la frialdad de su tono me hace estremecer. Giro en todas direcciones para volver a localizar el aullido, pero el susurro vuelve a aparecer y esta vez viene acompañado de más voces que pronuncian mi nombre, convocándome. Los troncos rechinan haciéndose parte del llamado, el cual se transforma en gemidos. Gemidos que solicitan ayuda. El viento continúa azotando y en cada nuevo embiste se unen más voces las cuales no puedo reconocer. Quiero huir al sentir el frío que se deposita en mis huesos junto a los lamentos que ahora son gritos, de mujeres, hombres, niños. Cubro mis oídos con la intención de apagar los gritos desgarradores, pero ya no están a mi alrededor, sino en el interior de mi cabeza. Uno es más fuerte que el otro, punzando con tanta fuerza que me hace perder el equilibrio al no poder contenerlos a todos. Caigo de rodillas afirmando mi cabeza, pensando que en cualquier momento esta estallará. Mi cuerpo se vuelve rígido al sentir un agudo dolor en mi estómago. Aprieto los dientes para contener los temblores que se arrastran en mi interior. Las voces siguen arañando con dureza las paredes de mi mente, doblegándome ante sus sollozos de desolación. El hielo me aborda escurriéndose por cada órgano, cada músculo, hasta el punto de quemar mis entrañas. Los gritos se vuelven audibles reconociendo la causa de sus quejidos. Cierro mis ojos y las imágenes

comienzan a aparecer; en donde en cada lamento, se hace visible un rostro. Estas personas no las conozco, pero sé de quiénes se trata. Son los habitantes del Valle Oscuro. Los que vivieron después de la primera guerra. Al reconocerlos, una nueva ráfaga de dolor hace que me retuerza en el suelo. Ahora además de sus rostros y gemidos puedo también sentir sus emociones, que están cargadas de tristeza, desesperación y terror. La oscuridad se comienza a acercar como un manto que me cubre lleno de pavor. Y entre el miedo que se desata en mi interior la comprensión me alcanza. El vínculo se escurre por mi sistema llevándome a palpar en carne propia el dolor que sus habitantes sintieron.

Quiero luchar contra la oscuridad, pero me es imposible desprenderme de todas las voces e imágenes. Una tras otra son implantadas en mi mente, grabando sin contemplación cada uno de sus lamentos en una parte de mi ser. Me quiero apartar, quiero huir, pero el enlace se aferra con fuerza a mis entrañas, sometiéndome a su control.

Abro los ojos en busca de la luz que me dijeron que debía seguir, pero a mi alrededor sólo contemplo las sombras que bailan y sonríen de manera siniestra abatiéndome una vez más. Trato de buscar una contención, algo a qué aferrarme, sin embargo, el frío me obsequia un nuevo latigazo que se cuele hasta mis huesos. Me vuelvo a retorcer mientras los gritos retumban uno más fuerte que el otro, haciendo que mi propia cordura trastabille ante tanta devastación. La oscuridad sigue avanzando recorriendo cada espacio de mi ser. Hurgando y saqueando mis emociones, las cuales ante tanto martirio, se repliegan para de alguna forma resguardarse. Su intento es en vano, las garras de la oscuridad las desgarran fragmentándolas. Me uno a los lamentos que claman por piedad y me uno a los gritos que braman por sosiego, el cual no llega. Me encuentro sola y desprotegida contra una fuerza brutal y maligna que no titubea en su objetivo de poseerme.

Busco la fuerza que es inherente en mí y que tantas veces fue vociferada, pero no es suficiente para encarar al encantamiento que vuelve a pujar y golpear. A cada nueva resistencia de mi parte, me vuelve a azotar con más fuerza, con más crueldad, con más dolor. No me dejo amedrentar y me sigo oponiendo a su poder, el cual nuevamente me somete a la tortura fracturando los muros que pensé inquebrantables.

Pierdo el dominio de mi cuerpo y de mis pensamientos, los cuales están siendo torturados sin compasión. Las tinieblas me atacan hasta retorcer mi corazón, el que se debilita al igual que mi razón. Mi fortaleza es obligada a

ceder ante el inminente augurio de muerte que se cierne. Haciéndome comprender que mi vida dependerá de si mantengo mi lucha o me entrego al designio de su perversidad. Busco mi respiración que es embestida al congelar mis pulmones. Mis pulsaciones lentamente perecen al igual que el fallecimiento de todo el pueblo de Los Lobos. La oscuridad empuja una vez más de forma violenta traspasando todas las barreras que construí. Sin piedad arrasa con todo a su paso, destrozando la última morada en donde se resguardaba mi alma. Un nuevo espasmo me hace gritar entregándome a mi destino. Cierro los ojos y lo veo, veo el movimiento de las tinieblas que entierra sus fauces en mi agrietada esencia y espero por su última y final embestida. La cual no tarda en llegar, cegándome y al mismo tiempo levantándome. El aullido del animal se vuelve a hacer audible, me sigue reclamando y mi inminente partida me advierte que no seré capaz de alcanzarlo. El aullido del lobo se acerca. Abro mis ojos para buscarlo, encontrándolo a mi costado. Nuestros ojos se encuentran y suplico en silencio para que me salve de la agonía.

El animal asiente como comprendiendo mi petición. Su pelaje grisáceo es revelado ante la luminosidad de la luna que se hace presente. La muerte me sigue rondando y ocupo la última gota de voluntad para alcanzarlo. De inmediato su pelaje me transmite calor, un calor que necesito con desesperación. Su mirada consume la mía, perdiéndome en el rojo de sus ojos. Inesperadamente la tortura comienza a ceder. Me arrastro un poco más hacia él, hasta abrazarlo. Ciñéndome con angustia a su cuerpo, el cual me da cobijo. Las imágenes se siguen desvaneciendo al igual que los gritos. El palpitar del lobo se acrecienta buscando el mío, tomándolo y guiándolo hasta que los dos laten en la misma sintonía. El dolor y desconsuelo se fugan y la paz me rodea, llegando el consuelo.

Ya no contemplo mi entorno, sólo percibo al animal que me cobija meciéndome en su amparo. No puedo distinguir en dónde inicia él o dónde termino yo. Únicamente soy capaz de sentir la sangre de mi cuerpo que fluye recorriendo mis venas. Mi respiración retorna uniéndose en una perfecta armonía a la del animal. El calor me encuentra y cierro mis ojos para que me aborde, para que me penetre. Me sumerjo en un balanceo tan confortable que me gustaría permanecer aquí por siempre. Mientras mi cuerpo junto al del lobo se ciñen en una unión de pasividad. Las emociones de temor comienzan a menguar dando paso a otro sentimiento que nace con fuerza en la base de mi abdomen. Las imágenes cambian mostrándome mi casa, mi padre, los

habitantes de los otros reinos. Extrañamente los siento lejanos, ya no encuentro confort en ellos, más bien siento furia, una furia que llega sin poder detenerla. La venganza se cierne como una llamarada que entibia mi cuerpo y la sed de revancha se hace parte de cada exhalación que esgrimo. La necesidad de hacerlos pagar por todo el sufrimiento que experimentaron los habitantes del Valle Oscuro y que percibí en carne propia, es la que se instala por completo en mi cabeza y en cada parte de mi ser. El encantamiento suelta su agarre, el cual ya no necesita. Me absorbió por completo vinculándome a su hambre de castigo, una en la cual creo fervientemente. Abro mis ojos para adaptarme a esta nueva sensación. Encuentro la mirada enrojecida del lobo que me irradia calor, que me entrega protección, que me regala hospitalidad. Me dejo seducir por ella. La necesito para levantarme y luchar por mi vida y por la supervivencia del Valle Oscuro. Mi alma se comienza a vaciar al igual que mis pensamientos, los cuales ya no los requiero, mi nuevo objetivo ha sido trazado. A cada nueva exhalación me hundo entregándome a los instintos primitivos del animal, haciéndolos parte de mi naturaleza. Derramando la inseguridad, el temor, la compasión. Mi corazón afianza su ritmo, el que palpita con una nueva sinfonía. Una más robusta y poderosa, que me hace sentir completa y fuerte. Casi indestructible. Mi ansia se incrementa con un nuevo y solo objetivo, redimir al pueblo de Los Lobos. El rojo es el único color que veo y que me atrae de manera inminente y del cual no me quiero alejar. Exigiéndome que me entregue a mi propio instinto animal. Despertando los deseos más básicos y primitivos que yacían aletargados en el fondo de mí.

Un repentino llamado me saca de mi confort, el cual batalla por captar mi atención. Mi nombre es pronunciado con desesperación, no obstante, el lobo no suelta su férreo agarre a mi razón. Sin poder evitarlo me dejo emancipar a su voluntad. La unión entre nosotros se consolida y se asegura. El llamado continúa, al igual que una grieta se abre en mi mente dejando que se fuguen imágenes sin sentido. Veo al hombre que se crió conmigo y que estuvo a cargo del ejército de mi padre. Lo veo luego luchando a mi lado, cortando mi cabello y fundiendo su cuerpo al mío. Su nombre punza las paredes de mi mente por ingresar. Un aullido se escurre con potencia erizando mi piel y la comprensión me alcanza. Alen, el hombre heredero al trono del Valle Oscuro y con el cual debo concebir a nuestro sucesor, el que terminará por llevar la victoria de la causa que hoy me reclama y que se cierne con innegable solidez a mi alma.

Un repentino frío me vuelve a atravesar despojándome de mi cómodo lugar. Batallo por no apartarme. Mi cabeza palpita con dolor y mis huesos rechinan por sostener el agarre. El lobo gruñe con desesperación tirándome con él. Mis ojos se abren en el momento que un haz de luz se escabulle entre los árboles. La tierra bajo mis pies vuelve a rugir reclamándome a sus designios. El destello se extiende iluminando el páramo y el ruido de pisadas acercándose me avisa de una nueva presencia. La sangre del lobo brama a través de la mía advirtiéndome de la amenaza. La luz sigue avanzando murmurando mi nombre, el cual no quiero escuchar, no quiero despojarme de mi cálido lugar. En medio de los troncos siluetas afianzan su imagen acercándose, sigilosas. Entre la resplandeciente claridad me contemplan brillantes y diminutos ojos que a medida que avanzan se transforman en formas. Lentamente las comienzo a reconocer: astas de ciervo, grandes alas, pelajes relucientes. Todos los animales de las casas de los reinos están presentes como espectros que danzan a través de la luz y se acercan. El lobo gruñe ante la presencia, refugiándome entre sus garras. Su instinto me vuelve a transmitir el recelo que le genera la inesperada aparición. Sin hablar, sin mirarnos, sabemos lo que debemos hacer, escapar. Antes de darme cuenta, ya estoy en pie corriendo al lado del lobo. Mis piernas han recobrado su fuerza y ligereza, desplazándome a gran velocidad, tratando de igualar la velocidad del animal, porque no quiero perderlo, no quiero que me deje, en él percibo mi salvación.

Nos deslizamos a través de la noche y de los árboles huyendo de la luz que nos sigue. Trepamos con ligereza la colina que se muestra en nuestro camino sin prestar atención a la tierra que continúa temblando. Llegamos a la cumbre y es el precipicio el que nos espera. No necesito preguntar, el lobo me mira guiándome hacia el acantilado que es nuestra única vía de escape, el cual no sólo nos liberará de lo que nos persigue, sino también terminará por afianzar nuestra unión. No hay duda en lo que debo hacer. Nos lanzamos juntos hacia el abismo, el que de inmediato nos abraza. Mientras caemos nos aferramos uno al otro. El lobo aúlla en la fría noche invitándome a que lo acompañe. Dejo correr libre al animal que se retiene en las paredes de mi razón, uniéndome a su rugir. El lobo lo hace por enlazarme bajo su manto y yo gruño por aprisionarme a la bestia que despierta en mí. Mi juicio se empodera de este nuevo y poderoso sentimiento que embarga cada uno de mis poros soltando las cuerdas que me ataban a mis vulnerables emociones. La luz de la luna nueva en lo alto, me ciega atrayéndome y me entrego a ella.

Mi sangre canta un nuevo sonido. Ya no siento temor ni debilidad. Continuamos cayendo en un abismo que abre una nueva puerta en mis sentidos. Me sigo ciñendo al lobo, el cual no es la presa, sino más bien el cazador. Me envuelvo en sus brazos porque mis amarras han sido desatadas. El miedo nocturno desaparece alzando a la bestia que nace en mí. Grabando a fuego mi nuevo cometido. El de derramar toda mi furia ante mis adversarios, me llama a buscarlos y a cazarlos para desgarrar cada pedazo de su corazón. Mi pecho vibra ante el aullido inminente que nace desbordándose en mi garganta, lo arrullo y atrapo convencida de que en él encontraré mi salvación.

El golpe no tarde en llegar. Mi cabeza estalla en un incesante martilleo de la misma forma que mis latidos golpean en cada espacio de mi piel. El calor me aborda encendiendo mi cuerpo. Mis sentidos se agudizan y puedo escuchar el goteo del agua que golpetea en las paredes. Huelo la humedad y el agrio olor a putrefacción que se introduce en mis fosas nasales. Mi boca se percibe seca hasta el punto de anhelar por una sed que no sé si seré capaz de saciar. Nuevamente tengo conciencia de mi cuerpo, el cual ya no se siente pesado ni abatido. Lentamente abro mis ojos en la penumbra de una celda. Recorro su interior siendo capaz de percibir en un suspiro todo mi entorno. Desde una de las esquinas un movimiento capta mi atención, de reojo observo a la figura que me acecha en las tinieblas, pero no necesito verla para reconocerla, es Taviana. Ella al igual que yo se siente desconcertada, pero no asustada, extrañamente el temor fue drenado de mi interior. Me muevo en su dirección hasta que nuestros ojos se encuentran. En los de ella el rojo se cierne en sus pupilas y pienso que en los míos debe ocurrir lo mismo.

Me incorporo de manera lenta porque siento en lo profundo de mis sentidos que Taviana no quiere que me acerque, no quiere que la toque, necesita su espacio. Sus instintos resuenan en los míos y ella al igual que yo se encuentra hambrienta. Hambrienta de revancha. No le digo nada, a través de mis pensamientos le trasmito que buscaremos la forma de lograrla. Ella gruñe mostrando sus colmillos en una respuesta afirmativa. Al no poder gruñir como ella, le devuelvo una sonrisa.

La energía que fluye de mí, me desconcierta. Son tantas las emociones y tan poderosas que me cuesta canalizar cada una de ellas. Me limito a dejarlas avanzar, a dejarlas dominar, porque el poder que me entregan de inmediato se transforman en una necesidad. La confusión se mantiene, pero extrañamente no me crea ansiedad. La respuesta puja por salir tomando forma el

entendimiento. El encantamiento fue realizado, pero sólo tomó un parte de mí, la parte que se mantenía desvalida. La revelación llega mostrándome mi nueva condición, la que vibra y transita por debajo de mi piel. La cual exhala en cada respiración, la cual late en cada pulsación.

Mi instinto despertó uniéndose a Taviana y mi juicio se conserva intacto. A pesar de todo lo que experimenté, no quiero vengar al pueblo del Valle Oscuro, quiero vengar a mi reino, quiero liberar a Badru. Mi lucha sigue siendo la misma. Lo que cambió es mi determinación. El temor y la culpabilidad ya nos los encuentro en mi interior. El vínculo no me hizo más débil, al contrario, la fuerza que ya se encontraba en mí se ha potenciado, logrando que mi voluntad se fortalezca, teniendo la certeza de que nunca nadie nuevamente me doblegará. El amor hacia mi pueblo sigue intacto y también el amor por Alen. Me centro en el sentimiento, el cual me entrega una nueva perspectiva. No volveré a estar indefensa, al contrario, me siento más poderosa que nunca.

El enlace lo percibo corriendo por mis venas, sin embargo, no rehúyo de él, lo acuno aceptando el regalo, el que me dará la ventaja sobre mis enemigos. Hoy comienza mi venganza. Hoy empieza mi actuación. Desde hoy deberé fingir que estoy de su lado y mi representación deberá ser perfecta. Ya no siento temor de llevar a cabo tal falsedad, más bien lo veo como un desafío, el cual me ayudará a engañarlos. Esta vez yo estaré un paso adelante de ellos. No me verán venir, y una vez que me acerque lo suficiente, desgarraré sus corazones por cada una de las personas que sufrieron ante su tiranía. Taviana gruñe en acuerdo y sé que ella comparte mi sentir.

La observo sin poder dejar de embobarme con su belleza. Cuando la conocí se veía indefensa y abatida. Hoy luce majestuosa. Su mirada es intensa y profunda, totalmente determinada. Su pelaje reluce en la penumbra, y su cuerpo ha tomado una postura segura, tal cual me siento yo. Nunca creí que podría sentirme tan a gusto con un animal, siempre los vi como adversarios, pero hoy mi percepción se transforma al punto de darme cuenta que sería capaz de dar mi vida por protegerla. Sus ojos me transmiten que el sentimiento es recíproco.

Un lejano ruido nos hace colocarnos en alerta. Me levanto esperando la llegada de las pisadas que se acercan. Mi olfato se agudiza reconociendo un hombre y un lobo que se aproximan, no los puedo ver, pero su esencia la huelo a esta distancia. Sin siquiera decir su nombre, mi cuerpo reacciona. Sin poder evitarlo; mi bello se eriza, mi pecho se contrae, mis latidos se aceleran

y el calor reptaba por mi cuerpo, situándose en mi vientre. Mis piernas se quieren mover a su encuentro, pero ocupó gran parte de mi voluntad para detenerlas. Instintivamente observo mi vestimenta que sigue siendo la misma que utilicé en el ritual, el delgado vestido de tela blanca, junto a la pintura en mi cuerpo. Quito el cabello que cubre mi rostro y lo acomodo hacia atrás.

Taviana camina ubicándose frente a mí, pero manteniendo la distancia entre nosotras. El cosquilleo de sensaciones se vierte en mi piel al notar su instinto de protección, el mismo que me envuelve de orgullo.

Debería sentirme ansiosa al reencontrarme con Alen y a los siguientes pasos que debo dar. Sin embargo, la ansiedad es algo que mi sistema no admite. Lo único que puedo encontrar es una anticipación y preparación, analizando la situación, manteniéndome alerta y sin duda, deseosa de su presencia de una forma carnal.

Me quedo de pie en el centro de la celda y mientras él se aproxima, podría jurar que percibo el palpitar constante de su corazón. Finalmente, las antorchas que alumbran el pasillo revelan su aparición.

Su figura junto a su lobo se detiene frente al calabozo y ni siquiera me detengo en su animal, ya no es una amenaza para mí.

Levanto poco a poco mi mirada recorriendo la silueta de Alen, deleitándome sin descaro ni vergüenza con cada línea de su cuerpo. Recorro los muslos que se tonifican bajo su pantalón, luego asciendo hacia el peto de cuero que deja a la vista su sólido pecho. Sus brazos desnudos marcan cada uno de sus consistentes músculos que en silencio me ruegan para que los vuelva a transitar. Taviana suelta un gruñido y se mueve inquieta. Mis sensaciones la perturban y sé que ella no tiene la intención de aparearse, como al parecer la tengo yo. Sonríe ante su incomodidad, pero no detengo mi incursión. Asciendo al rostro del hombre que se ha tatuado en mi ser, deteniéndome en la fina línea que traza sus labios entreabiertos. Irrefrenablemente mi lengua se retuerce ansiando poder acariciarlos. Nuestros ojos se encuentran despertando mi instinto animal de poseerlo. Su mirada me consume, pero ya no me refreno. Mis cadenas se han abierto y clamo por la liberación que he estado aguardando.

—Esperaba por ti. —Alen mantiene su mirada en la mía con expectación, pero me doy cuenta que no lo hace únicamente con el afán de comprobar si la vinculación corre por mis venas, sino también, con la misma ansia de que nos reunamos en la intimidad.

—¿Qué tengo que hacer para que me saques de esta celda y poder

cambiarme por un atuendo digno de la próxima Reina del Valle Oscuro? — Mis palabras se escabullen de mi boca, sin titubeos y con la sorpresa de la confianza, vertidas en ellas. Una extraña sensación se afirma de mi inconsciente, tomando sin cuestionamientos mi voz.

—No tan rápido. —Alen mantiene su postura confiada, recorriendo sin pudor cada espacio expuesto de mi cuerpo—. Primero debo corroborar tu lealtad y que no nos estés engañado en relación a tu conversión.

—¿Qué se supone que debo hacer para que creas en mí? —Doy un paso en su dirección porque mi voluntad se dobla con la necesidad de tocarlo.

—Tenemos una prueba preparada para ti antes de tu liberación.

—Lo que tengas que hacer, puedes realizarlo ya. Hay muchos territorios aún por controlar, sin mencionar, que estos harapos no son dignos de tu prometida y por supuesto, no son dignos de mí. —Las palabras siguen brotando de mi boca como si una vertiente se hubiese roto, ni siquiera debo pensarlas, es como si hubiesen sido implantadas.

Los recuerdos del ritual aparecen y muchas de estas reflexiones fueron gritadas en mi cabeza, depositándolas en algún lugar de mi razón, el cual no logro vislumbrar.

Alen me sonrío de manera insinuante y da un paso atrás. Nuevos pasos se filtran a través de los corredores y mis sentidos se agudizan reconociendo tres pares de pisadas, una de aquellas es más pesada que las otras, como si fuera arrastrada.

Cuando se hacen visibles, observo a dos guerreros que efectivamente arrastran a un hombre, no tardo en reconocerlo, es mi padre. Las imágenes me llevan al ritual, en el cual Brisa y la Madre Antigua también participaron.

—Aléjate de la puerta. —Alen me da la orden y sin cuestionarlo me separo hasta llegar a la pared. Mis movimientos son involuntarios, como si una voz en mi interior me dirigiera. Tavana me imita manteniéndose delante de mí, centrándose en los guardias que abren la reja e ingresan. Gruño hacia ellos advirtiéndoles para que no se acerquen ni ella ni a mí. A través de nuestra conexión le pido que baje la guardia; a regañadientes y sin perder la visión de los guerreros se ubica a uno de mis costados, sentándose y manteniendo su expresión acechante. Me gustaría darle una palmada de gratificación, pero sé que no me dejaría, su advertencia sigue siendo que me mantenga alejada.

Dejan a mi padre arrodillado y sin voluntad en el interior del calabozo. Luego los escoltas salen cerrando la puerta. No me gusta lo que está

sucedido, pero no me debería impresionar, claramente cualquier cosa puede ocurrir.

—Tu padre no se vinculó. — Alen confirma y de su cinturón saca una daga, mostrándomela. —Si estás enlazada sabes cómo se paga aquel acto.

—Su condena es la muerte. —respondo en un acto reflejo, llegando a la comprensión. El encantamiento habla por mí. La oscuridad se eleva silenciosa y firme. La siento deslizarse por mi organismo, empujando su retorcido discurso.

—Para mostrar tu lealtad hacia nosotros debes llevar a cabo su sentencia. —Menciona sin ningún tipo de vacilación, lanzando el cuchillo en el interior de la celda.

No dejo que su orden mueva ningún músculo de mi cuerpo, obligándome a sonreír. Sin dudarlo me acerco a la daga y la recojo. El temor no me paraliza porque ya no existe, más bien lo que vuelve a despertar es la ira, y no tan sólo por el acto infame que me están solicitando llevar a cabo, sino también porque el enlace se mantiene resistente en la sangre del hombre que amo.

Me acerco a mi padre que prosigue con su cabeza gacha. Sé que no le deseo a nadie hundirse en las tinieblas, sin embargo, esta vez mi padre estaría a salvo si hubiera sucumbido al enlace. Sopeso rápidamente la situación. De no matarlo me pondré en evidencia y cualquier intento de salvación para mi pueblo llegaría a su fin, sin mencionar que Calesia, Priust y Celsius podrían continuar con su legado de sangre, algo que bajo ninguna circunstancia estoy dispuesta a permitir.

Tampoco tengo la posibilidad de salir de este calabozo, cualquier movimiento que haga y que ya he pensado está bloqueado por la cerradura que me retiene aprisionada.

Me acerco al hombre que me crió, considerando si su sacrificio es lo suficientemente aceptable para salvar a todo un pueblo. Taviana gruñe a mi espalda, al mismo tiempo que lo hace mi alma. Ingenuamente pensé que despojarme de algunos de mis sentimientos era un regalo, pero me doy cuenta que, estar siquiera considerando matar a mi padre por el bien de un reino, está lejos de cualquier acto de benevolencia. Y no encuentro el arrepentimiento. Estoy dispuesta a hacerlo.

La ira otra vez se eleva al percatarme que ellos tomaron una parte de mí. Mi lucha ahora será contra mi discernimiento, el que deberá ser capaz de identificar un acto despreciable, como el que me están solicitando. Voy a

bajar el cuchillo, pensando que no lo puedo hacer, no porque realmente crea que está mal, sino más bien, porque mi esencia me clama por piedad, la cual creo que la perdí.

En el momento que mi mano comienza a descender, mis instintos se despabilan ante el gruñido de Taviana. Me centro en su respiración dejando que se funda con la mía. Sus ojos se depositan en mi padre, en el que percibo un calmo palpar, sin miedo. Inhalo hasta percibir que su esencia está lejos de la luz, comprobando que él está fingiendo. Ante esta evidencia, tomo su cabello y levanto su cabeza con firmeza hasta que sus ojos se abren lo suficiente como para notar el tinte rojizo en ellos. No existe duda de la vinculación y al mismo tiempo, me revela el embuste de esta representación.

—¿Quieres que corte su cuello? ¿O prefieres que perfore su corazón? — Pregunto relizando el amague de incrustar la punta de la cuchilla en su pecho. Cuando estoy al borde de introducirla, su palpar me indica la distancia exacta que necesito trazar para perforar su costado para así, únicamente herirlo.

Centro mi atención en Alen que se ha mantenido atento a mis movimientos. De confirmar el veredicto, deberé incrustar la daga en el cuerpo de mi padre o simplemente dejarme en evidencia. Cualquiera de las dos acciones no me crea conflicto, de hecho, mis latidos se mantienen calmos, al igual que la frialdad de mi actuar. Lo único que sigue empujando en mí es el instinto de supervivencia junto a la oscuridad que me sigue acechando.

—Lleva a cabo su sentencia como lo desees. —Alen me examina confirmando el dictamen.

La vinculación me guía a no ceder y trato de controlar el sin fin de emociones que se arremolinan en mi interior, exigiendo la muerte. Presiono de forma controlada la cuchilla en el cuello de mi padre cortando la piel expuesta. La sangre comienza a emanar, pero dirijo mis movimientos certeros manteniéndolos lejos de la vena por la cual fluye su esencia vital.

Taviana se mueve inquieta a mi espalda caminando de un lado a otro al sentir la disyuntiva de mi inconsciente, el que batalla por tomar posesión. El incesante torbellino me desconcierta y tira por revelarse. La línea en un inicio fue clara, pero ahora se desvanece dejando avanzar los sentimientos más ensombrecidos que permanecían dormidos. Sigo deslizando la cuchilla por la carne sorprendiéndome de mi indiferencia y desapego de la realidad.

—Con eso fue suficiente. —Alen me detiene antes de llegar al final, mostrándose complacido. La sangre escurre por el ropaje de mi padre, quien

finalmente levanta la mirada y con su mano cubre la herida de su cuello.

—No necesitas matarme, ahora los dos pertenecemos a la misma causa, la de gobernar Badru. —Mi padre se dirige a mí con la misma frialdad que presiento en mis huesos. Él al igual que Alen, se encuentran extraviados, al punto que estaba dispuesto a sacrificarse por su nueva visión.

—Ya no es tu turno. —Respondo de manera calculadora, dejando que las sombras florezcan, las necesito para no perder mi representación. No porque sienta temor o culpa, sino más bien por el asombro de mi comportamiento y el de mis acompañantes—. Tu reinado fue una vergüenza, ahora seré yo la que gobierne Badru. Y todos deberán someterse a mi reinado.

Me abstengo de mencionar que mi reinado no será en la oscuridad. Mi reinado buscará la luz, una luz que siento que a cada instante se aparta más.

Suelto a mi padre sin cordialidad y giro el mango de la daga extendiéndosela al heredero del Valle Oscuro. Los guerreros abren la reja y al ingresar, mi primer instinto es saltar sobre ellos para degollarlos y luego derribar a Alen con la intención de dejarlo inconsciente. Taviana al leer mis pensamientos gruñe en mi dirección colocándose en una posición de alerta. Liska que se había mantenido en quietud, levanta sus orejas y dirige su atención a ella. Analizo mi presente situación y evidentemente no es el momento de atacar. Me siento fuerte, pero aún no soy consciente de mis nuevas habilidades, tampoco quiero poner en riesgo a Taviana sin antes comprobar de lo que puedo ser capaz. Respiro para calmar mi temperamento y para indicarle a mi loba que se repliegue.

Alen ingresa al calabozo recuperando la daga y su mirada sobre mí es intensa. Al parecer, ahora que estoy de su lado, sus instintos también se han avivado, haciendo que mis impulsos se vuelvan a inclinar hacia él. Es un hecho que lo que sigue primando es la naturaleza primitiva que me incita a demandarlo.

Me obligo a buscar el equilibrio que he perdido. Estos últimos momentos me han llevado a actuar sin cavilar las consecuencias, no obstante, es cada vez más difícil afianzar la débil línea que me separa de mi correcto juicio.

Capítulo 15

Dejamos los calabozos atrás y nos adentramos en la fortaleza. Mi padre antes de despedirse se mostró satisfecho ante mi conversión. No me he detenido a analizar cómo me siento al respecto de que él haya sucumbido a la vinculación, lo cual es un nuevo indicio de que varias de mis emociones fueron saqueadas. Los escoltas que siguen acompañando mi transitar se mantienen alertas con las manos sujetas en los mangos de sus hachas, una clara señal de que aún no confían del todo en mi transformación.

Seguimos avanzando hasta ascender una estrecha escalera que nos dirige a la segunda planta. Mi atención además de estar concentrada en memorizar cada rincón del castillo, también está instalada en el heredero del Valle Oscuro que lidera nuestro camino. Es imposible que no recorra las líneas y movimientos de su cuerpo que a cada paso despierta mi sentido de posesión y la intención de que nos encontremos en la intimidad. Al parecer, percibo las mismas sensaciones que los lobos y en este momento, me señalan que Alen es el compañero que elegí.

Mi interés se desplaza al escuchar y sentir la incomodidad de Taviana. Al observarla protesta en dirección de Liska que insistentemente la ronda.

—Alen, deberías alejar a tu animal de mi loba, ella no quiere ser cortejada y personalmente no respondo si lo ataca. —Menciono al leer el instinto asesino de Taviana y, sorprendiéndome otra vez de lo áspero de mi tono.

—Al parecer, no es el único que ya escogió a su pareja. —Alen me regala una de sus inconfundibles miradas de insinuación, la que encendería la caldera de cualquier mujer de nuestro territorio. Las imágenes me azotan recordándome que él ya estuvo en la cama con otras mujeres en mi reino. El calor se transforma en enojo y con la necesidad de marcar lo que es mío. De inmediato aplaco el malestar al tener claro que no es momento de perder el control, no obstante, se mantiene la decisión de nunca volver a dejar que otra mujer toque un centímetro de su cuerpo.

—Esta será tu habitación por esta noche. —Alen alza la voz buscando mi atención, la que se encuentra enfocada en seguir buscando el control que a cada segundo se vuelve más inestable.

—¿Qué ocurrirá esta noche? —Pregunto mientras observo la puerta cerrada y me obligo a seguir su conversación.

—Se llevará a cabo la ceremonia de reclamación, en donde los hombres

luchan por la mujer que se convertirá en su pareja. —Se acerca hasta que su cálido aliento golpea el borde de mis labios y percibo cómo su palpitar asciende hasta alinear su ritmo al mío—. No tienes de que preocuparte, nadie osará exigir tu compañía. Y si algún hombre se atreviera a hacerlo, debes saber que estoy dispuesto a pasar por sobre quién sea necesario para obtenerte, porque tú, estás destinada para mí.

El llamado primitivo se estimula exigiéndome su contacto. Me muevo más rápido de lo que estaba acostumbrada, estrellándome contra su cuerpo. El vigor de mis brazos es algo que también me sorprende, sin embargo, de manera eficaz. En un instante tengo a Alen retenido contra la pared y restregándome sin ningún pudor contra él. Mi lengua embiste sus labios que en respuesta le conceden el ingreso. Su sabor estalla en mi boca guiándome a un incesante éxtasis. La bruma se desplaza llevándome a la evocación de imágenes y sensaciones que también toman parte de mi asalto a su cuerpo, transportándome a nuestra primera noche juntos. Las piezas, como un rompecabezas se van uniendo y lentamente encajan una al lado de la otra, al igual que nuestros cuerpos se corresponden como si hubiéramos nacidos para complementarnos. Retorno al presente cuando sus manos se entierran en mis caderas tomando posesión de mi inesperada arremetida. Escucho los gemidos ofuscados de Taviana, pero no dejo que me distraigan. En lo único que me puedo enfocar es en cómo mis uñas restriegan su piel y sus dientes muerden la carne de mis labios que se sienten hambrientos por devorar cada exhalación que nace de su boca. Él tampoco se reprime, y su deseo se une al mío sin importarle que estemos en un pasillo y siendo observados por guardias. La necesidad de reclamarnos es la que impera. La espera ha sido larga y sin importar si nos encontramos en la luz o en la oscuridad, nuestros caminos se inclinan a encontrarse. Empujo no sólo mi cuerpo sino también mis sentidos que ante su contacto se sienten los acertados. El calor se desata como una hoguera que me consume y dejo que se extienda. La necesidad por poseerlo es apremiante y dejo que ahora él tome la iniciativa empujándome contra la pared. El beso se intensifica y ronroneo ante su salvaje dominio. Mis dedos cavan en su carne provocándole esgrimir un bajo gruñido que me incita a chupar su lengua más duro, más profundo.

Inesperadamente mi deseo se repliega cuando escucho las pisadas que se acercan y un nuevo sentimiento aparece al distinguir de quien se trata.

—¿Eleonor o debo decir Princesa de Luna Nueva? —La voz de Calesia me cala hasta los huesos, siendo mi primera reacción asesinarla.

Lentamente me deshago del agarre del Alen, sin dejar que sea visible la perturbación que esta maldita mujer me produce. Me giro tomando el tiempo para recuperar mi compostura y me obligo a sonreír para no tomar un cuchillo, que ya localicé en el cinturón de mis acompañantes y rasgar su garganta.

—Calesia. —La miro, y esta vez dejo que la vinculación empuje para volverme completamente de piedra ante la inherente invitación de arremeter contra ella—. Me puedes llamar princesa unido a una reverencia.

La hechicera también cambia su gesto a uno frío y desconfiado, pero al igual que yo mantiene su expresión indescifrable para finalmente y no muy a gusto inclinarse ante mí.

—¿Asumo que todos los enlaces fueron exitosos? —Pregunto persistiendo en mi rol inflexible y controlado, al notar la duda y examinación de sus ojos—. Ya comprobé la vinculación de mi padre y me gustaría conocer que sucedió con Brisa y la Madre Antigua ¿También funcionó con ellas o debo prepararme para llevar a cabo sus sentencias?

—No deberías dudar de mis habilidades, las dos abrazaron la causa y lo podrás corroborar con tus propios ojos esta noche en el salón. —Responde, pero sigue manteniendo el recelo en su mirada.

—Princesa. —menciono a modo de aclaración.

—¿Disculpa? —Pregunta mostrando su desconcierto, que sé que en el fondo es uno de sus muchos embustes por lo fantástica actriz que es.

—Me refiero a que cuando te dirijas a mí, lo puedes hacer como princesa o mi señora, no creo que deba recordarte que prontamente seré tu reina. —Mi voz se mantiene firme y severa de una forma casi desconocida para mí.

—Eleonor tiene razón, pronto también estarás bajo su mando y sabes que mi padre exige que respetemos a nuestros líderes, tampoco debo recordarte que no tienes ninguna injerencia en la cadena de mando, solo debes ceñirte a tu labor, que es seguir enlazando a más personas para acrecentar nuestro ejército.

Mis sentidos nuevamente se afinan transmitiéndome la aversión que también posee Alen hacia la hechicera. Al parecer, la desconfianza es uno de los sentimientos que quedan después de la vinculación.

—Necesito prepararme para esta noche y de una vez quitarme estos harapos. Envíame doncellas para que me alisten.—Prosigo hablando para no dar la oportunidad de un interrogatorio por parte de Calesia, al tiempo que me

muevo con soltura y con todo el garbo de una gobernante petulante como he presenciado a mis adversarios.

—Lo que necesites, Princesa. —Remarca la última palabra haciendo notar su descontento. Luego dirige su atención a Alen—. Priust requiere de tu presencia.

Una vez que me regala una dramática reverencia se retira a un costado para esperar por el heredero al trono.

—Los guardias se quedarán. Mi padre no confía en nadie y aunque has demostrado que estás de nuestro lado, ya se les ha engañado antes. —Alen me informa mirando de reojo a la hechicera.

—No estoy en desacuerdo, es más, me complace que tomes el reguardo que sea necesario para que la causa no sea fracturada por nadie. —Mi respuesta llega desde mi inconsciente. Comprobando que el discurso que he escuchado de forma repetida, es depositado como una marca en todas las personas que asumen el enlace y también en mí. Rápidamente cambio mi gesto de concentración al de uno más despreocupado cuando Alen se acerca y susurra en mi oído:

—Estoy deseando que llegue la noche para nuevamente hacerte mía. Ahora estás en mi casa y como lo mencioné, ahora serán mis reglas.

Se aleja sin mirar atrás, caminando con toda la arrogancia digna de un macho que posee la certeza de que tiene a su presa.

Lo observo marcharse aún con el estremecimiento de las palabras escuchadas. Taviana se acerca gruñendo una última vez en advertencia al lobo de Alen que continúa hostigándola, hasta que este se encamina detrás de su amo. Me giro para entrar en mi alcoba sin prestar atención en mis escoltas. Si realmente estuviera vinculada, no me debería importar su presencia y además, cuando confíen en mí deberán obedecer mis órdenes.

Una vez que cierro la puerta examino la habitación. La decoración es austera, pero al menos cuento con una cómoda cama y un gran tocador. Los muebles son antiguos, no obstante, merecedores de un monarca. Taviana se recuesta en el rincón más alejado que localiza, al parecer, digiriendo los últimos acontecimientos, algo que también debería hacer yo, sin embargo, mi instinto me lleva a moverme buscando una vía de escape.

Me acerco a los ventanales y al abrirlos lo primero en contemplar es la oscuridad de la noche. Haciéndome analizar que posiblemente me mantuve durante todo el día en el trance de absorber el enlace. Me concentro en recorrer el patio central y las torres de vigilancia realizando una cuenta rápida

de los guerreros que montan guardia. La cantidad de ellos me advierte que salir por la puerta principal no es una opción. El patio central se encuentra atestado de soldados que estoy segura que no había visto con anterioridad y que me sugiere que necesitaré buscar otra alternativa para huir, porque en el enjambre de ideas y pensamientos que me apabullan, la única certeza que existe es que me debo alejar antes de la luna llena. Bajo ningún concepto debo fecundar a un niño en este reino, pero no me iré sin antes hacer pagar a Priust, Celsius y por supuesto a Calesia. Recordatorio de que el encantamiento también se debe romper y para eso necesito recuperar a Alen. Labor que en la actualidad se vislumbra cada vez más difícil de realizar al percibir en mi propia piel la fuerza del vínculo, el que sigue en mi sistema aguardando cualquier grieta que se abra para atraparme por completo en sus fauces.

Los golpes en la entrada no tardan en llegar y una vez que doy mi consentimiento la puerta se abre. La primera persona que veo ingresar es Candra y detrás de la esposa de Priust, un séquito de mujeres que cargan una tina, vestidos, pieles y artículos de tocador.

—Princesa de Luna Nueva. —Candra se dirige a mí. Esta vez ha cambiado el tono engreído por uno más respetuoso, confirmándome que ahora me ve como a una de ellos—. Mis doncellas te prepararán, luego podrás decidir con cuales te quieres quedar para que estén a tu disposición.

Asiento con un leve gesto de cabeza devolviéndole la cortesía. Me satisface saber que mi conversión para algunos es un hecho, recordando que raramente el enlace no se completa.

—No hemos tenido el tiempo suficiente de confeccionar tus atuendos. —Candra me indica los vestidos depositados en la cama—. Deberás indicarnos si te quieres vestir con el mismo color de tu animal. Como las mujeres no poseemos uno, por lo general utilizamos cualquier color. En el caso de los hombres, utilizan el mismo tono para así diferenciarse.

—Me gustaría llevar el color de Taviana. —confirmo pensando que al ser princesa mi jerarquía explícitamente es mayor y necesito que todo el reino esté en conocimiento que mi loba merece el mismo respeto y trato que se me dará a mí.

—Muy bien, les pediré a las sirvientas que se encarguen de aquello. — Me repasa de pies a cabeza y luego agrega—. ¿Necesitas algo más?

—Me gustaría comida para mí y mi animal. —Sigo manteniendo mi tono confiado sin demostrar ninguna señal de titubeo. Y en este punto

agradezco que la vinculación circule por mis venas, sin quererlo, consolida el rol que debo representar.

—Pediré que la suban enseguida. —Aplaude para llamar la atención de las mujeres que esperaban sus órdenes—. Alguien vendrá a buscarte una vez que el banquete en el salón comience.

—Gracias. —Me dirijo a la cama tratando de aparentar interés en mi vestimenta a pesar de que no me importa en lo más mínimo, pero es parte de mi nuevo papel y necesito mantenerlo para de a poco ganarme la confianza de mis adversarios. Uno a uno los convenceré de mi falsa fidelidad, para luego atacarlos.

Candra sale de la habitación con la mayoría de las jóvenes, solo dos se quedan para atender mis requerimientos. No presto atención en ellas. En esta oportunidad no requiero disfrazar mis necesidades, las cuales las encabezan un baño y comida. El hambre y la sed han pasado a ser una prioridad y no estoy segura de si los alimentos mengüen el apetito que me recorre con un ansia que nunca antes había experimentado.

Me desprendo de la tela sucia que cubre mi cuerpo y me introduzco en el agua, sin perder mucho tiempo, no pretendo que las doncellas que se quedaron en mi habitación perciban algún extraño comportamiento por mi parte, el que puedan informar a sus líderes.

Cierro los ojos apoyando la cabeza en el borde de la tina con la intención de desprenderme de la tensión que se mantiene alojada en mi cuerpo, junto a la contradicción de emociones que con urgencia requiero que hallen su equilibrio. A pesar que la calidez del agua le regala placidez a mis músculos, la rigidez de mi ser es algo imposible de eliminar, sobre todo cuando se mantiene latente mi objetivo. El de redimir a todas las personas que aún siguen presas bajo el dominio de mis enemigos. Comenzando con Asila, las imágenes del enlace y de su funesta condición se incrementan dolorosamente en mi pecho. El dolor es uno de los sentimientos que permanece y se une a la furia al recordar a la Antigua Anciana. Ella menos que nadie se merece un desenlace tan sombrío y me niego a aceptarlo. Asila desde un principio debió informarme que su vida corría peligro, de haberlo sabido, la habría obligado a que huyera, a que encontrara su salvación y eso es algo que no dejaré de buscar porque no creeré en las palabras de Calesia. Debe existir alguna forma de rescatarla de las garras de la muerte, sus hermanos la deberán ayudar. Sus hermanos. Su evocación me advierte que necesito encontrarlos. Liana y Lael deberán colaborar en mi plan de rescatar a

Asila y por supuesto también a Boreas. Y aunque no tengo claridad de cómo lo haré, existe la certeza de que no dejaré que nada me detenga.

Capítulo 16

Me alejo de mi concentración y de las maquinaciones que se forman en mi cabeza, al escuchar la puerta. No necesito voltearme para reconocer el olor de la comida, la que rápidamente se filtra por mi nariz haciendo a mi estómago rugir. Taviana se incorpora hacia el alimento. Una vez que las doncellas se alejan del cuenco con carne, ella se acerca a comer.

Salgo del agua porque también mi hambre es voraz. Camino desnuda por la habitación sin ningún atisbo de vergüenza, además, necesito apagar el calor que emana de mi cuerpo.

Rápidamente devoro la mayoría de los alimentos no encontrando la saciedad. Las doncellas se han mantenido a distancia. Una vez que mi atención recae en ellas, el latir desenfrenado de un corazón me hace reaccionar buscando su procedencia. La primera mujer de cabello rojo mantiene su mirada fría en mí esperando por órdenes. Paso de ella a la otra joven. Su pelo oscuro cae por su rostro, ocultando sus ojos, los cuales se encuentran fijos al suelo. De inmediato la reconozco, es Sondra. Ella es la que posee esos latidos desbocados. La miro fijamente tratando de encontrar la razón del miedo que exhala y que percibo al agudizar mis sentidos.

—Necesito agua. —Miro a la joven de pelo rojo—. ¡Ahora!

Mi voz es firme y determinada, sin dejar espacio a una negación. La doncella sin dudarle sale de la habitación a cumplir mi mandato. Una vez que nos quedamos a solas. El estremecimiento de Sondra me llega junto a los temblores de sus manos.

—¿Sondra? ¿Qué sucede? —Me acerco de manera cauta a ella, porque estoy segura que está a punto de derrumbarse.

—Por favor, no me mates. —La joven se arrodilla presa del pánico—. Ten piedad.

—Sondra ¿De qué hablas? —Trato de suavizar mi tono, el que continúa siendo gélido, haciendo que todavía no reconozca ni mi propia voz.

—No le cuentes a nadie, te lo suplico, haré lo que quieras, me someteré a tu cuidado y acataré cualquier orden tuya. —Me solicita de forma desesperada ante, al parecer, un inminente peligro.

Me desconcierto al darme cuenta que ella tiene miedo de mí. Por una parte, me quiero aplaudir porque parece que los pocos actos que he realizado han sido creíbles, pero por otro, me preocupa que ella crea que soy capaz de matarla.

—Sondra mírame. —Me acerco inclinándome hacia ella y levanto su cara, al no querer responder a mi petición—. Soy yo, no he sucumbido.

Sus ojos encuentran los míos, pero en los de ella sigue habiendo temor.

—El enlace no se concretó por completo. —Trato de explicar algo que ni yo misma comprendo, pero necesito que crea en mí. Ella es una de las personas que necesito como aliada—. Sé que me escucho diferente, pero estoy fingiendo para que ellos no lo descubran. Aún te quiero ayudar y por supuesto rescatar a Boreas.

Al mencionar el nombre del joven príncipe su mirada se suaviza, sin embargo, mantiene su recelo.

—Sé que cambié y no sé hasta qué punto, pero te puedo asegurar que no siento lo que ellos. —Me ubico a su lado y cojo su mano con toda la delicadeza que puedo esgrimir, al aún no asimilar la brusquedad de mis movimientos que son más fuertes de lo normal. Ella por su parte se levanta, fija la mirada en el animal y luego retorna a mí—. Tavana se unió conmigo, al igual que Nube lo hizo con Boreas, pero te garantizo que la oscuridad no prima en ella ni en mí. —En este último punto miento, porque las tinieblas las palpo en mi interior escarbando para tomar el control. No se lo digo, no la quiero asustar más de lo que está.

—¿Sigues siendo tú? —Pregunta sin bajar la guardia por completo—. ¿No me matarás por no estar enlazada?

—Por supuesto que no, jamás haría eso. —Afirmo con toda la convicción que puedo verter en mis palabras.

—Es que tus ojos están completamente rojos, como los de Priust. —Me explica aún temerosa—. Los ojos de Boreas y los míos tiene atisbos del rojizo del encantamiento, pero los tuyos son tan intensos que hielan la piel.

Ante su explicación mi curiosidad despierta. Busco a mi alrededor y una vez que localizo el espejo sobre el tocador me dirijo hacia él. Lo primero en notar es que aún sigo desnuda, lo segundo, es que mis huesos siguen destacando debajo de mi piel, pero esta vez los siento más firmes y robustos que antes. Ascendo la mirada hasta mi rostro encontrando mis ojos, los que en un principio me son difíciles de reconocer. Me acerco para examinarlos con más detenimiento. Mis pupilas continúan negras, pero el iris está totalmente enrojecido resaltando sobre el blanco radiante en el que se posicionan. Mis pestañas oscuras los enmarcan dándoles una expresión acechante. Doy un paso atrás para observar mi aspecto destacando lo tersa que se ve mi piel. Mi cabellera, aunque se mantiene húmeda deja en

evidencia el nuevo brillo que ha adquirido.

—Tienes razón. —Logro decir reconociendo mi nueva y salvaje apariencia.

—¿No te habías observado? —Sondra se acerca con cautela, al percibir el interés que demanda en Taviana quien la observa desde su rincón.

—No lo había hecho, realmente ni siquiera lo había pensado. —Admito al darme cuenta que me había mantenido reconociendo mi cambio interno, sin pensar que el exterior también se había transformado.

—Tu nueva apariencia al igual que tus gestos son algo que pueden convencer a cualquiera. —Sondra se acerca un poco más, al parecer convenciéndose de que sigo siendo yo—. He visto el enlace por muchos años, pero nunca había presenciado algo tan drástico. Al principio la mayoría se desorienta y de a poco toman posesión del accionar de sus líderes, en tu caso, pareciera que siempre lo hubieras llevado en ti. Tal vez Priust tenga algo que ver en eso.

—¿Priust? —Pregunto sin poder dejar de observar mi nuevo aspecto. No porque me asuste. Bueno, si no estuviera enlazada me asustaría, pero ya que no encuentro aquel sentimiento, más bien doy paso a uno nuevo, que podría ser admiración. Nunca me había sentido tan extraña, pero de una manera hermosa. Mi interior se endureció al igual que mi exterior. La mirada de vulnerabilidad también fue drenada, únicamente quedando intensidad, que como dijo Sondra, enfriaría con un solo vistazo a cualquiera.

—No estuve presente en tu ritual, pero se rumorea que se utilizó la sangre del macho alfa. —Continúa con su explicación que trato de seguir ante esta nueva revelación—. Por lo que de inmediato pensé que había surtido efecto. Priust nunca había dado su sangre, nunca fue necesario, la sangre de cualquier persona vinculada es de por sí lo suficientemente fuerte para llevar a cabo el ritual.

—Dijeron que la fuerza que es inherente en mí era difícil de doblegar. —respondo al recordar lo mencionado por Calesia.

—Pero hay algo más, en los pasillos se comenta que ni Priust ni Calesia habían dado su consentimiento para ocuparla. Ellos, al parecer piensan que es peligroso. Al haber iniciado él el encantamiento su fuerza es mayor, lo que indiscutiblemente lo asciende como el alfa de nuestro reino y como sabes puede existir solo uno. Al traspasar su sangre, corrían el riesgo de que alguna persona se alzara para reclamar su puesto.

—Claramente no es mi objetivo tomar el lugar en su retorcida causa.

—Eres mujer, por eso lo hicieron, no necesitas usurpar su puesto, sin embargo, al querer a tu heredero quizás te la dieron para que te transformaras en la hembra alfa. —Sondra reflexiona como sopesando lo que está diciendo. Sus ojos se abren como llegando a la respuesta —Por supuesto, si te doblegaban y te arrastraban a sus más oscuros deseos, sin dudarlo acatarías sus órdenes, es más, si te hubieras enlazado serías la primera en querer concretar su macabro plan.

—Créeme que jamás engendraré un hijo para ellos. —Respondo convencida de mis palabras al tiempo que analizo sus siniestras intenciones, recordando que Calesia dijo que tenía algo especial preparado para mí. Con lo que no contaban y que al parecer está lejos de sus ambiciones, es que no me someterían.

El sonido de la puerta me saca de mis cavilaciones. Sondra da un paso atrás al contemplar a la doncella que regresa con el jarro con agua.

—Déjalo encima de la mesa y te puedes retirar. —demando volviendo a mi tono engreído y apático, el cual me sigue sorprendiendo que sea tan fácil de manejar.

—Pero Candra me ordenó que me quedara. —La doncella responde un tanto desconcertada.

—Ella también dijo que podía elegir a mis súbditas y tú no estás en esa elección, así que te puedes marchar. —Esta vez me asombro del desprecio que aparece en mi voz. Me molesta sonar igual a ellos, pero es la única forma que lograré que se vaya, aún no termino mi conversación con Sondra.

La doncella duda en mi petición, pero al encontrar mi mirada, se convence de que no la quiero aquí. Una vez que sale de la alcoba, vuelvo mi interés a la amiga de Boreas.

—Sondra no quiero ponerte en riesgo, pero necesitaré de tu ayuda.

—Ya te dije una vez que, si eres capaz de salvar a Boreas haré lo que sea necesario. —Sus palabras son decididas, pero ahora al contar con mis sentidos magnificados puedo captar el temor que la recorre y que me transmite que no quiere morir. Confirmación de que también la debo sacar de este lugar.

—Después de que me alistes, necesito que encuentres a la hechicera que mantienen encarcelada. Necesito conocer su ubicación, además que me puedas informar de cualquier cosa que escuches de tus líderes en relación a sus planes y a sus próximos ataques. A pesar de que mi actual condición es creíble, aún no confían por completo en mí, por lo que creo que no develarán

ninguna información de importancia en mi presencia.

—Está bien. —Sondra asiente— ¿Aún quieres que localice aquel libro que me solicitaste?

—No. Desde ahora en adelante mantente lo más lejos que puedas de la hechicera, ella es demasiado peligrosa, al igual que inteligente, no quiero que te arriesgues.

Percibo cómo aún sigue considerando mi nueva naturaleza, sin embargo, ella al igual que yo se encuentra en una encrucijada, en la cual lo queramos o no dependemos de que confiemos una en la otra, no tenemos otra salida.

—Muy bien. —digo sacándola de sus pensamientos. El tiempo avanza y requiero alistarme para mi próximo paso—. Necesito que me prepares para bajar al salón y por favor, esta vez no escatimes en tus habilidades, quiero ser una de ellos y por supuesto captar la atención de mi prometido.

Sondra asiente dándome una tímida sonrisa para luego acercarse a los vestidos tendidos sobre la cama. Aunque mi desnudes sigue sin causarme ningún inconveniente, necesito cubrirme, no quiero incomodar más a Sondra que ha mantenido su mirada lejos de mi cuerpo. Selecciono el atuendo más revelador que puedo localizar, pensando en que esta noche deberé atraer a mi prometido para que de una vez nos marchemos de este lugar.

Una vez que me observo en el espejo me siento complacida de mi elección. El peto de acero se ciñe a mi estrecha cintura, dándole protagonismo a mi busto, el cual es cubierto por dos circunferencias en el mismo material, el que los aprisiona acrecentando su tamaño. La falda es una delgada y corta tela que se adhiere a mis caderas mostrando sus curvas, dejando mis muslos a la vista. En la parte posterior cae una nueva tela que cubre la parte baja de mi espalda dando la ilusión de una cola que cae hasta el suelo. Mis pies van envueltos en finas botas altas que ascienden hasta arriba de mis rodillas entregándome sensualidad. El conjunto se completa con un fino pelaje oscuro sobre mis hombros y cuero amarrado alrededor de mis muñecas.

El brazalete de dientes de lobos que aún llevaba conmigo, lo vuelvo a situar a mi brazo y aunque odio esta prenda, es necesaria para mi representación. Lo que lamento es haber perdido la tira de cuero que Alen me regaló y la que simbolizaba nuestro pacto. No reparo en su ausencia, hoy día lo poseeré para que regrese a mí. Al pensar en esto, el calor que se ha ceñido a mí se aviva sorprendiéndome, de que a pesar de que me encuentro en un inminente peligro, lo que impera es la necesidad de saciar el incesante apetito

de intimidad que tiene sólo un nombre.

Taviana se mueve inquieta desde su refugio al percibir mis instintos y Sondra que ahora trabaja en mi rostro me mira interesada ante el perceptible calor que adquiere mi piel.

—¿Te quieres aparear? —Pregunta sin ningún tapujo, encontrando en su mirada comprensión.

—Al parecer eso es algo que adquiriré después del ritual. —Menciono quitándole importancia, pero extrañamente no sintiéndome avergonzada de admitirlo—. Asumo que es parte del encantamiento.

—En las mujeres que asumen el vínculo aparece sólo una vez en cada ciclo lunar. Los hombres son los que mantienen su recepción de manera continua esperando a la hembra que lo requiera. No se limitan a una sola mujer hasta que encuentran a su compañera y la reclaman como de ellos. Hoy lo podrás presenciar. Esta noche también me reclamarán a mí.

—¿A ti? ¿Qué edad tienes?

—Dieciséis, la edad en que ya me encuentro en condición de procrear según nuestras creencias. —Sus palabras son pronunciadas con despreocupación, pero sus ojos develan tristeza.

—¿Estás de acuerdo con aquello?

—No creo que tenga alternativa. —Responde sin dejar de trabajar en mi rostro—. Pensé que Boreas sería el encargado de solicitar mi compañía, al menos era lo que habíamos conversado. Claramente él ya no es una opción.

—¿Quién te reclamará?

—Aún no lo sé, una vez que me presente en el salón lo descubriré.

Antes de poder responder, el ruido de la puerta al abrirse nos advierte de que ha llegado el momento de bajar. No necesito observar a la persona que viene a acompañarme, sé de quién se trata.

Me doy un último vistazo al espejo. La imagen que es proyectada además de ser completamente sensual, también está cargada de seguridad e indiferencia. Tiro de las sombras que me acechan dejándoles un limitado espacio para que avancen, el suficiente para consolidar mi postura.

Me incorporo de manera contralada y me volteo teniendo plena conciencia de cada uno de mis movimientos.

—Princesa. —exclama Celsius al observarme—. Dichosos los ojos que pueden contemplar tan bella visión.

—No es obligación que me adules, ya no es necesario. —Respondo dejando que el vínculo tome posesión. Esta vez no dudo en dejarlo avanzar

porque a medida que me adapto a la solidez que me entrega, es más fácil fingir la lealtad que esperan de mí.

—No es una obligación. —Me recorre sin decoro de pies a cabeza—. Alen me comentó que tu conversión había sido magnífica y quise comprobarlo con mis propios ojos, pero debo admitir que tu prometido no hizo la justicia que merecías al convertirme en una extraordinaria hija de Los Lobos. Reconozco que antes eras hermosa, sin embargo, el enlace en tus venas te ha vuelto excepcional, hasta me atrevería a decir...—Celsius guarda silencio como analizando lo que iba a revelar.

—Bueno... —respondo no presionándolo—. Me complace saber que soy todo lo que esperabas y más. —Realizo una dramática reverencia dejando que crea que lo acepto como mi rey.

—Juntos venceremos a nuestros enemigos. —Se acerca y puedo apreciar la satisfacción en su mirada—. Y una vez que nazca tu hijo, mi corona será para ti y para Alen, los sucesores del Valle Oscuro.

Asiento con una sonrisa. Esta vez no debo fingir mi simpatía hacia sus palabras, las tinieblas sonrían por mí.

Capítulo 17

Celsius me extiende su brazo para guiarme y de inmediato lo tomo acercándome con confianza. Él ante mi desenvoltura se muestra satisfecho, sin dejar de mirarme, al parecer con admiración. Estoy consciente de mi cambio, puedo verlo en las constantes miradas del Rey del Valle Oscuro y ahora en los hombres que se mantenían apostados afuera de mi habitación. Sus ojos bailan hipnotizados por mi rostro y por mi cuerpo. Sus miradas al principio son de sorpresa y luego se convierten en una manifestación de aprobación. Una aprobación que además de reconocermelo como una igual, también muestra atracción.

Taviana sigue mis pasos gruñendo. A diferencia de mí, ella demuestra su completo malestar al encontrarse alrededor de tantas personas que se van sumando en nuestro transitar.

Una vez que llegamos a la puerta del salón un séquito de hombres y mujeres del reino han acompañado nuestro camino. La inspección ha sido minuciosa ante mi presencia. Entre los hombres ha continuado primando el interés con la codicia encendida en sus ojos. No necesito tener un sexto sentido para entender el objetivo de sus miradas, son completamente de deseo. Las mujeres por su parte se ven desconcertadas y puedo palpar el halo de envidia que las envuelve al tener toda la atención sobre mí. Celsius por su lado ha mostrado un incontenible orgullo guiándome a través de la gente como si en sus manos llevara el máspreciado trofeo.

Las imágenes me azotan recordándome las voces que se marcaron en mí durante la conversión. Las voces de dolor, de la angustia y de la desesperanza. No puedo sentir indiferencia por lo que vivieron y por lo que el vínculo me hizo sentir en carne propia, de cierta manera, el triunfo que observo en los ojos de Celsius es la culminación de la venganza que han buscado y orquestado de manera minuciosa. La compensación que también merece su pueblo por tanta injusticia que vivieron. Una débil voz se escabulle en mi interior con el mensaje de ayudarlos y por un instante creo que es lo correcto. La confusión me atrapa desprevenida al darme cuenta de la dirección que toman mis pensamientos. No sé si es el encantamiento el que me está jalando nuevamente o si soy yo que no estoy de acuerdo con tanto abuso. Respiro para retornar a mi equilibrio, el cual perdí la noche del ritual. De lo que sí estoy segura y a lo que me aferro, es que nada puede justificar la muerte y las tinieblas en nuestro mundo, no es la forma. El gruñido de

Taviana me rescata de mi abstracción, concentrándome en su molestia.

—¡No la toques! —grito a un pequeño que intenta agarrar su cola. Mis acompañantes me observan expectantes—. Ella no debe ser tocada y ojalá ni siquiera mirada.

Centro mi atención en Celsius para aclararle que hablo en serio. Él responde en afirmación, por lo que todos se alejan un paso de ella y apartan a los pequeños que juegan a su alrededor. Taviana se acerca hasta posicionarse a mi lado, dejando siempre la distancia requerida para que no se produzca el contacto.

El ruido apabullante se cierne detrás de la gran puerta de roble que nos separa del salón. Celsius da su consentimiento y los guerreros la abren dejándonos ver la festividad que se lleva a cabo en el reino. El número de personas que había visualizado en un principio se ha acrecentado tanto en hombres como en mujeres. El espacio ya no se contempla lúgubre, más bien resalta el gran banquete que desborda en las mesas, acompañada de cubiertos en materiales brillantes que podría decir que es oro. Desde un rincón me llega el sonido de tambores con una melodía diferente a la utilizada en el ritual, esta vez su ritmo es festivo recordándome al territorio de Aquilón. Observo con más detenimiento a los hombres que tocan los instrumentos y podría jurar que son los habitantes del Reino de Las Águilas. Sigo contemplando el espacio percatándome de todos los elementos que dan vida a este festejo, entre los cuales puedo reconocer los candelabros de bronce que decoraban las mesas y que pertenecían a mi casa, La de Los Ciervos. La mayoría de los reinos, junto a sus costumbres y sus habitantes están fundidos en el salón. Las personas por haber sido vinculadas y los objetos por haber sido saqueados de los reinos que han sido conquistados. Si fueran otras las circunstancias, sería hermoso ver a todo Badru reunido.

Celsius me obliga a avanzar y a medida que nos internamos en la celebración, las voces se van acallando. Mis pasos son decididos y se afianzan al ver los rostros de entusiasmo y por sobre todo de fascinación de los presentes. Sintiendo por primera vez en mi vida el reconocimiento de mi linaje y de mi soberanía.

Los gruñidos de aprobación de los lobos también se escuchan ante la presencia de Taviana. A su paso, los animales bajan levemente su cabeza al mismo tiempo que sus cuerpos se agitan con expectación. Las palabras de Sondra cobran sentido en relación a la sangre que nos vinculó. La del Alfa. Únicamente frente a Voltor, el lobo de Priust he presenciado el sometimiento

de los animales. En el caso de Tavana percibo que no es de su interés conducir a una manada y menos aparearse con alguno de ellos. Para ella no son su familia, para ella cada uno de los animales y personas en este reino son los enemigos que la privaron de libertad.

En la mesa que nos espera al final de la sala, una acechante mirada capta mi curiosidad al sentir la indagación sobre mí. Mis ojos se encuentran con el rojizo agudo y vacío de Priust, que no disimula la examinación de apreciación que me da. Sus ojos deambulan por mi rostro y cuerpo sin recato. La frialdad se mantiene uniéndose a otra expresión que esta vez hiela mi sangre. Interés. El cual nunca había obtenido, anteriormente siempre me había observado con desprecio. Me obligo a mantener el contacto visual, cumpliendo a cabalidad mi nueva naturaleza y no porque su presencia me intimide, más bien me crea repulsión su nueva disposición, ya que transmite atracción al igual que el resto de los hombres del reino.

—Princesa de Luna Nueva. —menciona cada una de las palabras con solidez, impregnando en el tono, apropiación. Lo que me termina de asombrar es la leve reverencia que me entrega para luego acercarse y extenderme su mano.

—Priust. —Respondo la cortesía con credulidad tomando su brazo. Al contacto, el calor que traspasa su cuerpo se adhiere al mío. El fluido de su sangre vibra a través de mis dedos despertando un llamado profundo y oscuro que reconoce su procedencia, que admite su origen. Lucho en silencio contra el vínculo que se aviva ante el encuentro de su ascendencia afanándose en abrir una veta para avanzar.

Sigo caminando manteniendo mi rostro impassible, batallando por no dejarme persuadir por las sombras que claman por ser liberadas. Su poder es tan imponente que mi instinto se tienta a abrazarlas para que puedan entrar y mostrarme toda su fuerza, la que necesito para llevar a cabo mi misión.

—Al parecer Alen no será el único que reclamará a Eleonor esta noche. —Priust menciona a su hermano indicándole a los hombres que se congregan en el salón y que siguen cada uno de mis movimientos. Me obligo a volver mi concentración al salón, para que no puedan ver el desconcierto que me recorre y que podría jurar que Priust es capaz de detectar al tener su sangre recorriendo mi sistema.

—Es decisión de ella con quién pasa sus noches. —responde Celsius y esta vez dirige su interés a mí—. Tu única tarea es procrear un sucesor con Alen y luego ser nuestros reyes, pero eso no quiere decir que debas estar con

él por siempre. Tú serás libre de elegir a un compañero que sea digno de ti.

Mi desconcierto se aclara casi al instante al darme cuenta de lo que están sugiriendo. Sonrío de forma relajada hacia ellos, y no porque realmente me agrade hacia dónde se dirigen sus pretensiones, sino más bien ante el sarcasmo de nuevamente comprobar el despojo de sus sentimientos. La lealtad o fidelidad es algo que no reconocen y que por supuesto no es parte de ellos, al querer traicionar a su propio hijo y al que se convertirá en su rey.

Debería comentárselo a Alen, para que compruebe de qué está hecha su nueva familia, lamentablemente eso es algo que no cambiaría su visión. Él debe pensar igual que ellos. La pregunta que de inmediato surge es si ¿Él estaría dispuesto a compartirme con otra persona? O al igual que sus líderes ¿Soy sólo una tarea que debe completar para luego pasar sus noches en la cama de quién le plazca? O en el peor de los casos como mencionó su ahora rey, ¿me dejará para luego elegir a una mujer que sea digna para acompañarlo como lo hizo Priust con Calesia?

Ante estas interrogantes mi sangre inevitablemente se calienta ante siquiera la idea de pensar en Alen en los brazos de otra mujer. Si antes me enfurecía, ahora percibo cómo si el volcán de mis sentidos explotara con la intención de arrasarlo con todo a su paso. La violencia de mis impulsos se dirige a la silueta que se presenta ante mí. Al levantar mi rostro me encuentro con los ojos envueltos en llamas de Calesia. Sigo su mirada, la que se posa en el brazo de Priust, que aún no me ha soltado. Mi primer impulso como siempre es arremeter hacia ella, sin embargo, me obligo a contener las brasas que se incineran ante su presencia, obligándome a sonreír de forma inocente. Mi venganza ha comenzado y lo primero que haré será devolverle algo de la tortura que me ha obsequiado. Me acerco más al macho alfa hasta susurrarle en el oído.

—Gracias por haber compartido tu sangre conmigo, es el mejor presente que pude obtener de ti y de tu pueblo. —Al separarme nuestras miradas se encuentran. En sus ojos de inmediato contemplo el deleite que le producen mis palabras. Por mi parte, me mantengo sonriéndole de forma insinuante percibiendo cómo Calesia se contrae ante mi cercanía del que es su hombre. La frialdad de mi acto me sorprende, pero lo que impera es la gratificación que me produce.

Sin perder su mirada, Priust me lleva hasta el asiento que me corresponde junto a Celsius. Unos segundos más tarde ingresa al salón Candra con un grupo de mujeres que la siguen, todas en sus más llamativos

vestidos. Nuevamente presencio con satisfacción cómo Calesia debe dar un paso atrás para dejar que la esposa del macho alfa se ubique en el lugar que le corresponde, a su lado. Sin siquiera meditarlo, vuelvo a sonreír hacia ella sorbiendo el inicio de mi revancha.

—Este banquete ha sido preparado para tu bienvenida y por la ceremonia de reclamación que se llevará a cabo. —Menciona Celsius, mientras rellena mi copa con vino.

—Agradezco vuestra consideración. —respondo de manera cortés y calculada, de la misma manera que ellos actúan. Doy un largo trago al vino saboreando mi nueva posición.

Mi seguridad tambalea en el instante que observo ingresar a mi familia, la que camina decidida y con naturalidad por el centro del salón. Mi padre y la Madre Antigua llegan hasta la mesa para luego ofrecer una reverencia. Siento las miradas que los líderes me dan mientras observo a mis seres queridos, envueltos en las sombras.

Sin dudar levanto mi copa y la aprieto con fuerza al percibir cómo la ira se enrosca en mi vientre clamando por salir.

—Rey Leonidas. —Celsius alza su voz, con el triunfo vertido en las próximas palabras que pronuncia—. Bienvenido a nuestras filas.

—Para mí es un honor pertenecer a vuestra causa. —Mi padre sonrío bajo la oscuridad.

—Eleonor estás hermosa. —La Madre Antigua es la que ahora habla y es la primera vez que siento cómo mi corazón se fractura después del ritual al escuchar su voz desprendida de bondad.

—Gracias. —Sonrío mientras mi alma se contrae.

—Eleonor. —Priust es el que llama mi atención—. Creo que estarás de acuerdo conmigo en que después de que tu padre fue uno de los que nos repudió por tanto tiempo, no es merecedor de pisar nuestro mismo suelo.

Lo miro confundida y analizando lo que está insinuando.

—Me refiero a que vincularlo y someterlo a la vergüenza y humillación de doblegarlo fue nuestra primera venganza.

Observo a mi padre que se mantiene estoico, el miedo fue drenado de su esencia, la confusión es la que se posa en sus ojos, al igual que en los míos.

—Jamás compartiría mi mesa, ni menos respiraría el mismo aire con el hombre que fue uno de los causantes de nuestra miseria. —La voz de Priust sube el volumen captando la atención de los presentes. Los tambores dejan de tocar y las personas dejan de hablar.

—Estarás de acuerdo conmigo en que se debe dictar una sentencia para sus infames actos hacia nuestro pueblo. —Sus palabras no son una pregunta más bien una afirmación que no cabe a discusión.

—Estoy de acuerdo. —Las palabras son mencionadas sin emoción, sin culpa, sin arrepentimiento.

—Rey Leonidas. —Celsius se incorpora para dar el veredicto que sellará el destino de mi padre, el cual pensé que estaría a salvo al haber entregado su alma—. Tu condena no será la muerte. Al acabar con tu vida te estaríamos dando un regalo. Tu condena será la tortura, confinado a una celda, privado de alimento y de cobijo. Serás exhibido en el patio central para que todos puedan observar cómo tu aliento lentamente se extingue y para que no quede duda de que todos nuestros enemigos pagarán con sangre o como será en tu caso, con la muerte en vida.

Los ojos de mi padre, de la confusión pasan a furia, la misma que siento yo ante la crueldad de estos hombres, sin embargo, alzo mi copa en aprobación dejando salir las palabras que el vínculo me obliga a decir: Que así sea.

No sigo los pasos de mi padre, el que es arrastrado fuera del salón por los guerreros, mientras él lucha por soltar su agarre, la Madre Antigua contempla a su hijo desaparecer con tanta indiferencia que mi primer impulso es terminar con este embuste para interceder por su vida, pero al contrario de lo que siento, la frialdad de mis sentidos me obliga a permanecer en mi lugar, sonriendo.

Capítulo 18

El salón retorna a su celebración sin ningún tipo de objeción ante la sentencia recién dictada. Todos vuelven a su animada conversación y a disfrutar de los platos atiborrados de comida. Desde mi posición los imito manteniendo contenida la ira que sigue creciendo y la cual estoy casi segura que nunca se detendrá, cuestionándome cuánto odio puede soportar la razón. La frustración e impotencia también las trago al darme cuenta que no puedo hacer nada por mi padre. Su destino se forjó en base a las malas decisiones que tomó y que repercutieron en todo nuestro mundo. Aunque no estoy de acuerdo con su condena por primera vez veo mi camino de manera clara. No puedo salvarlos a todos y nunca podré. La lección la aprendí a través del dolor. El peso de la salvación sigue sobre mis hombros y únicamente de mí dependerá que esta se lleve a cabo. Ya no hay lágrimas, ya no hay lamentos. Sólo cuento con mi fortaleza, la que me tiene sentada aquí en medio de mis adversarios; sonriéndoles y jactándome junto ellos de sus actos despreciables. Aún no tengo la certeza de cómo llevaré a cabo su destrucción, sin embargo, ya es una batalla ganada ser reconocida como una de ellos. El tiempo sigue corriendo en mi contra y mi única certeza es que salvaré a tantos como pueda y por supuesto no me dejaré atrapar.

Mi atención vuelve a mi abuela, la que se dirige hacia una de las mesas laterales uniéndose a su nuevo pueblo, al menos ella aún se encuentra a salvo y liberarla dependerá de que se rompa el encantamiento.

Por mi parte continúo comiendo tratando de saciar el vacío, sin embargo, la explosión de sabores en mi paladar no es suficiente para menguar el apetito que no será satisfecho con alimento. Recorro el salón buscando la causa del hambre que siento en la base de mi estómago y que ruge a través de cada palpitar.

—¿Dónde está Alen? —pregunto a Celsius ansiosa por nuestro inevitable y necesitado encuentro.

—Nuestro heredero se presentará para la ceremonia de reclamación. —Confirma de manera despreocupada—. Me pregunto quién será capaz de enfrentarlo para demandar vuestra compañía.

—Algunos de los guerreros deberá sacrificarse. —Candra se une a la conversación—. Por lo que veo la mayoría no quita los ojos de nuestra princesa.

—¿A qué te refieres con sacrificarse? —pregunto curiosa ante esta nueva ceremonia que no estaba bajo mi conocimiento y que conociéndolos, debe ser más que cortar el cabello como lo hacíamos en mi reino.

—Me refiero a que todos saben que eres la elegida para concebir al próximo descendiente, aunque hay muchos interesados, a nadie le corresponde más que a Alen pasar por tu cama en tu próxima fertilidad, pero la ceremonia requiere a un vencedor, por lo que uno de los hombres se deberá sacrificar a manos de tu prometido.

—¿Te refieres a que lo debe matar? —pregunto sorprendida ante esta nueva revelación, pero como siempre, el vínculo me hace sonar desinteresada al respecto.

—Sólo si tú aceptas que mate a su contrincante. —Celsius sonrío al parecer ansioso de presenciar la sangrienta ceremonia.

—Me parece interesante. —Asiento manteniendo la compostura, para no pararme de una vez y gritarles a todos por seguir presenciando su falta de juicio.

—Por fin podremos ver de qué está hecho mi hijo. —Priust es el que ahora comenta y sus palabras van cargadas de desafío—. Sería una vergüenza que no fuera un digno merecedor para aparearse con tan exquisito ejemplar.

Su indagación sin tapujos va dirigida hacia mí. Esta vez ya no me sorprende al ratificar que se insinúa de manera abierta y no a cualquier mujer sino a la prometida de su hijo. Me abstengo de decir que Alen es mucho más hombre que él en todos los sentidos. Taviana gruñe en mi espalda al notar que continuamente la furia rasguña las paredes de mi control por aparecer. Fingir no ha sido difícil, lo complicado ha sido mantener el dominio de mi temperamento que a cada segundo se sustenta con un fiero agarre en mi cuerpo, percibiendo las sombras que inundan y avanzan sin dar paso a la vacilación que es la misma que reconozco en mis adversarios. Bebo un nuevo trago de vino para aplacar los desconocidos sentimientos que me carcomen aceptando que son los que me mantiene de pie, pero sin querer aceptar que me están sometiendo a la misma tiranía que exhalan mis enemigos.

Después de terminada la comida nos invitan al exterior en donde al parecer se llevará a cabo la tan esperada ceremonia de reclamación. Situación que me tiene sin cuidado, lo único que aguardo es encontrarme con Alen para finalmente alejarnos de este maldito reino.

—Al parecer Priust ya puso los ojos sobre ti. —Candra se acerca para caminar a mi paso—. Desde Calesia ninguna mujer ha despertado su interés.

Trato de mantener mi expresión alejada del desconcierto ante sus palabras carentes de preocupación hacia su marido y también porque efectivamente Priust no ha dejado de mirarme.

—No te preocupes por mí. Ya sabes que mi interés no está en él, ni con quién se encame. —dice tomándome del brazo amigablemente—. De la que sí te debes cuidar es de Calesia. Todas las mujeres que han tenido las agallas para insinuarse a nuestro más poderoso guerrero han muerto de forma misteriosa.

—Lo tendré en consideración, pero debo decir que el único que ahora demanda mi atención es Alen. —Menciono ciñéndome a su mismo tono y a la respuesta más prudente para no dejar en evidencia mi verdadero sentir.

—Deberías pensarlo, ser su compañera te colocaría en un lugar privilegiado en nuestro reino.

—¿Más privilegiado que ser la esposa del próximo rey? —cuestiono de forma inocente ante su insinuación, incitándola a que me entregue más información con el fin de saber en qué terreno me muevo y lo que esperan de mí.

—Aunque a Alen por derecho le pertenezca la corona ahora que Magnus no está, su injerencia en el reino nunca será mayor a la de Priust. Para ganarse el respeto de nuestra gente deberá probar con hechos su fidelidad. Su primera prueba será llevar a cabo la sentencia de Boreas. —Contesta sin ningún cambio en su expresión ante la mención de su hijo y de su inminente muerte.

—¿Cuándo se llevará a cabo la sentencia? —sigo caminando a su lado hablando con desinterés. Pero, constatar la frialdad de sus palabras ante la muerte de su primogénito hace que mi odio hacia ella y el encantamiento, siga creciendo.

—El día de vuestra boda. —Su expresión cambia al guiar su mirada al macho alfa que camina a unos metros adelante de nosotras—. De todas formas, si quieres mi consejo, no luches contra Priust, ya que si te elije como su compañera ten por seguro que no dudará en pasar por encima de quién sea necesario. Y créeme, no dejará opción para que te niegues. Aunque claro está que primero deberá esperar a que nazca tu hijo, eso no está en discusión. La concepción de tu heredero es nuestra primera obligación para lograr la victoria.

—Por supuesto, mi hijo es el futuro para ganar esta guerra y eso es lo más importante en este momento. —Dejo que el vínculo hable por mí antes de responder que jamás me entregaría a Priust.

Nos acercamos al centro del patio en donde la luz de la luna creciente nos ilumina con su recorrido. Las antorchas encendidas muestran la gran cantidad de guerreros que esta noche acompañan el reino. Los torreones han doblado su vigilancia y rápidamente ubico la torre norte, en donde Calesia guarda sus oscuros secretos. Llegar hasta allá será una misión casi imposible sin ser vista, menos con toda la atención que se encuentra sobre mí, sin mencionar que a mi espalda dos guerreros siguen de cerca mis pasos.

Celsius me guía hacia los sitiales en donde podremos observar en primera fila lo que sucederá esta noche. La brisa gélida de la noche toca mis muslos y brazos desnudos, pero el frío ya no es reconocido, ahora hay calor, el cual recorre no sólo mi piel, sino también mi interior.

La mayoría de los habitantes se ubican alrededor de lo que parece una arena de entrenamiento. Hombres, mujeres, niños y lobos se mezclan esperando con entusiasmo la ceremonia. Varias doncellas se acercan ofreciéndonos bebida. Acepto el vino con la intención de menguar la ansiedad que me crea mantener mi papel, sin embargo, como ha ocurrido en toda la velada, lo único que logro es que el líquido conserve despierto mis instintos más primitivos.

Cuatro guerreros toman el protagonismo al acercarse con su torso descubierto. El cabello lo llevan amarrado en un tomado alto. Sus rostros van pintados, a diferencia de las veces que los he visto luchando, el tono negro va situado únicamente en sus ojos. En sus manos cargan un hacha y en sus cinturones diferentes tipos de dagas y espadas. Al unísono plantan una rodilla en el suelo y bajan su cabeza.

No me concentro en las palabras que dice Celsius, situado junto a mí, mi atención se dirige a un rostro que veo entre la multitud. Los ojos del guerrero se encuentran con los míos, reconociendo de inmediato la figura que fue utilizada por Liana para camuflarse. Alivio es lo primero que aparece al saber que los hechiceros no han sido descubiertos y siguen con vida. Lo segundo es la necesidad de dirigirme hacia ellos para planificar el rescate de nuestros amigos, no obstante, me obligo a alejar la mirada considerando que la mayoría de los presentes mantienen su atención en mí, junto a otro par de ojos que me acechan desde cerca. Calesia sigue mis movimientos y esta vez a su mirada de recelo se le une algo más que podría jurar que es furia. No necesito meditar a qué se debe su nuevo estado, estoy segura que tiene que ver con Priust. No me detengo más de lo necesario en ella, dejo que su ser se retuerza ante los celos que deben carcomer su malvado corazón.

La voz de uno de los guerreros capta mi atención al preguntar quién se debatirá a duelo por la joven que se encuentra frente a él. Después de unos segundos y de entre los asistentes aparece un oponente, quien firmemente da un paso al frente. Al situarse en el centro del lugar se quita su camisa y amarra diferentes armas en su cinturón, siendo siempre la protagonista una gran hacha, que estoy segura que no sería capaz de cargar. El choque de los aceros no tarda en retumbar al iniciar la primera batalla. Los asistentes vitorean al ritmo de los tambores animando a los competidores, mientras yo recorro de manera disimulada el lugar buscando a Liana que ha desaparecido otra vez.

Trato de entablar la comunicación a través de mis pensamientos con ella, pero el brazalete de dientes de lobo sujeto a mi muñeca, junto con la oscuridad que recorre mi cuerpo es algo que obstruye cualquier intento de conexión.

Me muevo inquieta en mi sitio buscando la forma de poder reunirnos sin despertar sospechas, pero la sangrienta batalla que se cierne en el centro del reino es lo que capta mi interés. Los guerreros luchan mostrando la gran destreza que poseen. Sus movimientos al igual que sus miradas, son agresivos y letales. Con cada nuevo golpe y cada corte del cual emana sangre, los asistentes estallan en ovaciones de reconocimiento.

La pelea no tarda mucho más, uno de los hombres cae estrepitosamente al suelo cuando el hacha de su contrincante abre la carne de su muslo. El vencedor se acerca a la joven que espera, arrodillándose frente a ella y le extiende una daga que saca de su cinturón.

—Con la sangre derramada en mis manos te reclamo para que seas mi compañera. —Las palabras del guerrero son solemnes y el reino se silencia ante su declaración—. Si aceptas ser mi mujer, contarás con mi protección para toda la eternidad. Mi atención estará destinada a ti y a nuestros descendientes y mi fidelidad se mantendrá mientras nuestra unión permanezca.

La joven acepta la cuchilla y con ella realiza un corte en su palma, la sangre de inmediato fluye. Luego el guerrero extiende su mano y ella también realiza un corte en su piel. Sus manos se entrelazan, al parecer sellando el pacto. Posteriormente los dos se ubican frente al hombre herido que se incorpora con notoria dificultad. En sus ojos no hay miedo, porque en este reino no existe, más bien hay desafío.

—¿Sentencia? —pregunta Celsius y sus palabras van dirigidas a la

mujer.

—Vida. —responde la joven al momento que todo el lugar estalla en un vitoreo, el cual se divide en aprobación y disconformidad.

El hombre es retirado del suelo, mientras la pareja desaparece hacia el interior del castillo.

—Van a consumir su unión. —Candra comenta a modo de explicación —. Si en la intimidad hay una innegable unión, se planeará el matrimonio.

La ceremonia continúa al igual que la batalla por la reclamación de las mujeres del reino. Mi conversación con Candra la he terminado fingiendo interés en los enfrentamientos que se llevan a cabo en el centro de la fortificación. Es imposible seguir escuchándola sin querer estrangularla a ella y a todos los presentes.

En el siguiente combate no debo fingir mi atención al divisar a Sondra que se sienta en el centro del patio esperando a los guerreros. Su mirada es altiva y hasta podría decir que su expresión denota satisfacción. Sus ojos se encuentran vacíos y aunque los habitantes del reino están seguros de que es porque su alma les pertenece, yo sé que el desierto de su mirada es porque una parte de ella está rendida a su suerte. Me gustaría poder ayudarla y sacarla de la posición vulnerable en la que se encuentra. Ni ella ni nadie debería ser forzada a aceptar una unión sin consentimiento, pero como siempre priman las inapelables costumbres, las cuales también me llevaron a acatar un matrimonio sin amor. Trago la amarga impotencia de no poder hacer nada y ver en primera fila cómo una nueva persona es despojada de su dignidad. Espero que Sondra mantenga la fortaleza que ha poseído todos estos años sólo una noche más.

La disputa comienza y es igual de encarnizada que las anteriores. Cuando el vencedor la reclama, Sondra sonrío de forma apropiada como lo haría una verdadera hija de los lobos. Su mirada se endurece cuando Celsius pregunta el veredicto para el perdedor. Su respuesta llega sin balbuceo y queda revoloteando entre el vitoreo y el crepitar del fuego: muerte.

Mis ojos se abren ante su respuesta y de inmediato busco su mirada que no desprende ningún indicio de arrepentimiento. El odio es algo que también se ha criado en ella y estoy segura que su veredicto es parte de la venganza que también necesita ante tanto despojo que ha vivido y por supuesto, ante la inminente pérdida de uno de sus seres queridos, Boreas.

Una vez que la sangre del guerrero se derrama en la piedra a manos del vencedor, Sondra desaparece entre las sombras con el hombre que esta noche

compartirá su cama. Los habitantes vitorean por esta nueva unión, mientras yo pienso en una forma de liberarla de su obligación, y aunque tengo la posibilidad de requerirla como mi doncella, que lo realice en este momento estaría fuera de lugar. Sin mencionar que mi presencia es requerida en este momento para esperar el próximo enfrentamiento. Me fuerzo otra vez a mantener el control, aceptando que el sacrificio que ella lleva a cabo es por un bien mayor y pese a que no encuentro remordimiento ante este hecho, mi alma a cada segundo se agrieta más.

Capítulo 19

El silencio junto a la expectación se hace presente a mi alrededor y no necesito preguntar qué es lo que sucede. Una llama en mi interior comienza a vibrar al notar la silueta que camina hacia la arena de entrenamiento. Mi entorno desaparece y mi completa atención se vuelca al hombre que se acerca encontrando un fugaz alivio ante su presencia, el que rápidamente se transforma en ansia. La oscuridad se azota en mi pecho ante su inminente cercanía, despertando mi instinto depredador que lo reconoce, provocando que algo caliente y salvaje se aloje en mi cuerpo.

Mis ojos se deslizan por su imponente y dura figura, absorbiendo cada espacio de él. Si bien mis pensamientos deberían estar enfocados en la forma de regresarlo para luego marcharnos, no puedo evitar que su presencia tire de las tinieblas con el deseo de sumergirme en su oscuridad.

Bajo la mirada para apagar las ansias que son más fuertes que mi control, pero el latir se hace más intenso, más profundo, recordándome de manera severa que el encantamiento es el que me llama y que el animal que fue despertado en mí es el que clama por satisfacción.

Sin poder detener mis instintos, mis ojos lo vuelven a buscar contemplando su torso desnudo que resplandece ante la antorcha que carga en la mano mostrando cada lugar de su consistente piel. Me remuevo en mi sitial digiriendo el irrefrenable anhelo que me insta a acercarme, a tocarlo. El gruñido de incomodidad de Taviana me despierta de mi ensoñación, obligándome a reaccionar. Enderezo mi espalda para ojalá sacudir y alejar a la loba que quiere albergar su morada en mi razón, no obstante, la reacción es contraria al afianzarse cuando el heredero se detiene frente a mí y nuestros rostros se encuentran.

Es inevitable no perderme en el tinte azul que se funde cálidamente con el rojizo de sus ojos, despertando un impulso que me obliga a sumergirme en él. La primera vez que vi a Alen después de mi vinculación, mis sentidos se habían estimulado, reconociéndolo, pero ahora que he dejado que el enlace pruebe un poco de mi raciocinio, la oscuridad se retuerce y se levanta para mostrarme mi único e innegable objetivo, que además de poseerlo, es que engendre al hijo que me solicita la causa. El incesante odio se diluye transformándose en deseo, el mismo que también puedo apreciar en su mirada caliente y agónica; y el cual comprendo al estar de cierta forma enlazada.

—Eleonor. —Alen menciona mi nombre a modo de saludo. El control en su voz es la confirmación que él domina a la perfección el encantamiento, mientras yo sigo jadeante como un animal en celo sorbiendo con suplicio la maldición y soportando la vibración que contrae mis poros. Una de sus cejas se levanta con insinuación siendo este gesto una promesa de lo que me deparará una vez que terminemos con la bendita ceremonia.

Lo poco que queda de mi sensatez se desvanece al darme cuenta que estoy a un paso de perderme en la oscuridad al sentir el ansia con tanta desesperación y me fuerzo a encontrar el control, alejando a las tinieblas.

—Si Alen no tuviera que darnos un sucesor, sería uno de los guerreros que me gustaría probar. —Candra es la que me abstrae de mi lucha interna, mientras ella se agita en su silla y sus ojos centellean con descaro ante la figura del heredero al trono.

—Si no quieres que tengamos problemas, mantendrás tu atención y tus manos fuera de mi prometido. —Sin pensarlo, un rugido emana de mi boca en advertencia, mostrándome el sentido de apropiación más primitivo de la oscuridad. Ignoro su mirada de confusión porque no me interesa que en su pueblo el compartir a sus hombres sea algo habitual.

Alen se aleja para tomar su lugar en el centro de la arena a la espera del guerrero que lo desafiará. Entierra la antorcha en el suelo y de su espalda saca una de sus espadas. Me obligo a mantener la compostura, inmovilizando los movimientos de mi cuerpo y vuelvo a tomar una fingida frialdad a pesar de que mi sangre se calcina, enseñándome una nueva cara del encantamiento, sin embargo, no he llegado tan lejos para dejar que mis instintos más básicos me hagan perder la oportunidad de salvar a mi pueblo. Me concentro en mi tarea y repaso el rostro de todas las personas que han perecido. Vislumbro la sangre y las cadenas y me centro en el dolor para no sucumbir a la necesidad. Si bien la oscuridad se aferra a mi cuerpo, la razón gana esta batalla.

Me levanto cuando me doy cuenta que esperan a que tome posición para el enfrentamiento. Al pasar por el lado de Alen no lo miro. Aunque debo ocupar una gran fuerza de voluntad para no hacerlo, soy lo suficientemente testaruda para no dejarme vencer. Lamentablemente mi cuerpo es el que aún sigue reaccionando a él, azotándome con lujuria al percibir su cercanía. No me detengo y fijo mi atención en los hombres que me recorren con aprobación, pero al encontrar las miradas de las mujeres que devoran al hijo de Priust, el rugir se precipita en mi garganta. Empujo un poco más a las tinieblas y me enfoco en el enojo, al darme cuenta que mi control está en la

punta de los dedos del vínculo.

Los tambores resuenan junto a los murmullos de los presentes, y antes de llegar al sitio donde debo ubicarme, recobro mis sentidos, los cuales se agudizan al escuchar las risas presumidas de algunas doncellas.

—Yo estuve anoche en su cama y una vez que deseché a la princesa volveré a deleitarme con la ferocidad de su cuerpo.

El control que creí haber obtenido se desvanece al comprender las palabras de la mujer, haciendo que la furia, el deseo y por sobre todo la necesidad de marcar lo que es mío aparezcan. Taviana de inmediato se une a mi propio gruñido acercándose con la intención de atacar a quien le indique. Mis pasos se dirigen en busca de la voz, percatándome de que mientras yo me encontraba en una celda sucumbiendo al encantamiento, Alen saciaba sus instintos en la cama de otra. La racionalidad queda anulada y la risa engreída de la doncella me dirige a su encuentro, al verla el reconocimiento llega. Es la misma que noches atrás se sentó en su regazo. La mujer al verme me contempla de manera provocativa y en sus ojos percibo el deleite que le crea mi ofuscación.

—Repite lo que acabas de decir —La increpo ubicándome tan cerca de ella que puedo palpar su aliento. Mi entorno desaparece al igual que mi dominio. El vínculo nuevamente habla por mí.

—Tranquila princesa. —Ríe con diversión—. Tu prometido tiene vigor para todas.

El rojo me enceguece al igual que la oscuridad. Mi mano se cierra y llevo mi puño a su cara. Ignoro el dolor de mis huesos porque la satisfacción me llega al escuchar el crujir de su nariz. Mi ira se desata sin poder calmar a la bestia que despierta en mí. Los siguientes movimientos son casi reflejos y antes de poder darme cuenta ya cargo en mi mano una pequeña daga que tomé de uno de los cinturones de los guerreros que me custodian. Me lanzo sobre la mujer que ahora se encuentra en el suelo agarrando su rostro y en un acto rápido y ágil dirijo el filo a su garganta. Taviana se mantiene a mi lado rugiendo hacia cualquiera que interceda por la vida de la mujer.

—Te advertí que mantuvieras alejadas las manos de mi prometido. —Vuelco todo mi descontrol en contra de la doncella. El pensamiento que me enceguece es el de hacerla pagar por su descaro y con su muerte instruir a las demás a que no pueden tocar lo que me pertenece.

—Hazlo. —La mujer desde el suelo me reta y sin siquiera cuestionarlo comienzo a enterrar la daga en su cuello, extrañamente disfrutando la

sensación de la carne al desgarrarse.

—¡Suficiente! —Desde lejos escucho la orden de Priust, la cual rechazo. Taviana por su parte se interpone ante el alfa para que no llegue a mi lado.

En los ojos de la mujer desaparece el desafío dando paso al asombro, para luego transformar su expresión en dolor al continuar cortando su garganta.

Antes de llegar a la vena que contiene su esencia vital la mano de Alen se cierra con fuerza en mi muñeca obligándome a soltar su cuello. De reojo percibo cómo los animales rodean a mi loba para apartarla y el rugido de ella es el mensaje para que no me detenga. Lucho contra el agarre porque no puedo dejar de mirar con placer la sangre que recorre el cuerpo de la mujer, sin embargo, la presión se intensifica hasta sentir el dolor de la sujeción. El fuerte zarandeo de mi cuerpo junto al llamado de mi nombre me exige a regresar, pero las tinieblas no ceden, luchando por terminar lo que empecé.

—Dije suficiente. —La voz de Priust se escucha más cerca, sin embargo, lo único que puedo vislumbrar es el acantilado que me susurra que salte.

—¡Eleonor! —Alen grita mi nombre mientras sigue sujetándome, no obstante, no dejo de observar mi objetivo. Mi visión es nublada por su imagen y luego por la calidez de su lengua que se abre paso con determinación en mi boca. El reconocimiento de su sabor es el que lentamente me hace reaccionar. El saqueo de sus labios repliega mi ansia asesina convirtiéndola en deseo. Respiro de manera honda buscando la comprensión.

—¿Qué crees que haces? —pregunta una vez que deshace nuestro enlace, para nada preocupado, más bien interesado.

Me recobro rompiendo su agarre y levantando ahora la daga ensangrentada hacia él.

—Última vez que te encamas con otra mujer. —La ira sigue recorriendo mi sistema y estoy segura que si no encuentro mi control, lo despellejaré por su nuevo desliz.

—¿O qué? ¿me matarás? —Levanta una de sus cejas con diversión, pero también con calor.

—No te mataré, te torturaré hasta que supliques por perdón. —Me acerco aún con la cuchilla empuñada hasta posicionarme a su lado. No sé si esta vez habla el vínculo o yo, pero de lo único que estoy segura es que nunca me volveré a humillar ante él, ni ante nadie.

—Hazlo, tortúrame. —Abre sus brazos haciendo el amague de entregarse, mientras que su tono es bajo y casi gutural, el que me incita a atormentarlo y no únicamente de manera física, sino que también de manera emocional.

—Así que realmente eres toda una loba salvaje. —Priust llega a nuestro lado y sus palabras ya no van cargadas de advertencia, ahora su tono se acerca más bien al deleite.

Lo miro de soslayo, tratando de encontrar mi respiración y también el juicio que acabo de perder al percatarme del rumbo que tomaron mis pensamientos y mis acciones. Realizo un movimiento casi animal para que se alejen de Taviana, a lo cual ceden dejándola avanzar hasta mi lado.

—Sé que eres nueva en nuestro pueblo y aún no te has instruido de nuestras costumbres, pero debo advertirte que las mujeres no tienen permitido las disputas, menos por un hombre, nosotros estamos dispuestos a compartir. —Priust me recorre con la mirada—. Mientras ustedes no se emparejen, Alen sigue siendo libre y tú también. Si fueses cualquier otra mujer, te castigaríamos por lo que acabas de hacer.

—Castígame, no me importa, es más, no me arrepiento de nada, y créeme que lo volvería a hacer. —Esta vez elevo mi voz para que todos me escuchen; porque no daré un paso atrás, las tinieblas me siguen sosteniendo y me afirmo de ellas para definir mi postura frente a ellos—. Alen será mi compañero y cualquier mujer que ose acercarse a él correrá la misma suerte que ella—. Dirijo mi atención a la mujer que todavía se encuentra en el suelo con la mano sujeta a la herida de su garganta—. La diferencia estará en que la próxima vez no fallaré, la mataré.

Las palabras son pronunciadas con tanta convicción que me sorprende la veracidad puesta en ellas, sin poder creer que estoy dispuesta a matar sin ningún tipo de arrepentimiento. Quiero luchar contra estas nefastas emociones, no obstante, el enlace me sigue aguardando, me sigue acechando con la intención de envolverme en su manto. No dejo que vean mi desconcierto y mantengo con firmeza mi postura desafiante.

—Si eres tan fiera en proteger lo que es tuyo, no me puedo imaginar cómo reclamarás a tu hombre en la intimidad. —La mirada de Priust se vuelve casi jadeante y salvaje sobre mí.

—Eso es algo que yo comprobaré. —De inmediato Alen da un paso adelante, siendo él ahora el que marca su territorio. Su tono de diversión cambia transformándose en confrontación hacia su padre.

—Entonces, veremos si eres digno de montar a esta hembra. —Priust camina al centro del círculo para luego decir—. Yo seré tu contrincante.

“¿Qué?” mi cabeza exhala al mismo tiempo que una ráfaga de frío se cuele en mi cuerpo menguando la llama de furia y calor que hasta hace poco me poseía. Recorro el lugar al percatarme que la atención se ha desplazado a los dos hombres de pie en el centro de la arena. Los tambores ya no suenan y tampoco el constante murmullo. Únicamente se puede escuchar el ruido de las antorchas que crepitan con la misma expectación de los presentes.

Trato de contener las innumerables emociones que me arrastran y lo único que logro percibir es la sensación de la sangre en mi mano que se torna real. Contemplo a la doncella que es llevada al interior del castillo y busco la culpa, la cual no aparece. Solo vislumbro la sensación de poder que se cuele en mis huesos. La nueva advertencia cae con rudeza. Estoy parada en el borde del precipicio otra vez, al igual que lo hice durante el ritual, pero si esta vez me lanzo, perderé la débil llama de mi consciencia que parpadea por mantener la cordura.

Mis ojos recaen sobre la silueta de Alen, quien ha perdido su postura arrogante. Ahora cada línea de su cuerpo se encuentra rígida. Priust por su lado, se quita decidido la camisa y toma su hacha manteniendo el desafío. Miles de interrogantes surgen ante este nuevo suceso, una de ellas es si es posible llevar a cabo este enfrentamiento. Por un lado, es bastante claro que con mi nueva naturaleza habría despertado el interés del macho alfa a posiblemente reclamarme según las palabras de Candra, pero nunca imaginé que lo realizaría y menos en este momento. La otra interrogante que me llena de recelo es; en el caso de que venza a Alen, ¿Me deberé entregar a él esta noche? Al estar supuestamente bajo el encantamiento y después de lo escuchado en reiteradas ocasiones, quizás deba aceptar sin objeción su compañía. Mis pulsaciones se aceleran ante este nuevo escenario, y no por temor, más bien por el asco de imaginarme a Priust siquiera cerca de mí.

—¿Qué creen que hacen? —Celsius pregunta desde su sillón, no en tono preocupado, más bien aburrido. Esta es la primera vez que concuerdo con él, al cuestionarme lo mismo ¿Qué están haciendo? —No puedo permitir que dos de nuestros líderes se lastimen, hay una batalla que liderar.

—Calma hermano. —Priust contesta, pero sin perder la atención en Alen—. Ya es hora de conocer las destrezas de mi hijo. Si es tan hábil como he escuchado, no debería salir lastimado. Además, debe probar ser merecedor de aparearse con nuestra nueva princesa.

—Sea o no merecedor, no interesa. Él es el elegido para llevar a cabo la concepción de nuestro sucesor. No es momento de jugar. —La voz de Celsius se vuelve dura y con un indudable aviso, el cual estoy segura no tiene relación con el hecho de que se hagan daño, sino más bien va dirigida a perder la tan ansiada guerra para la que se han preparado.

Segunda vez que secundo las palabras del Rey de Los Lobos y sobre todo, después de ver las sangrientas disputas anteriores, me pregunto hasta qué punto estará dispuesto a llegar Priust.

—¿Vas a hablar o vas a pelear? —La voz de Alen se alza con osadía y en su expresión puedo leer la competitividad que es parte de su ser.

La risa dura y engreída de Priust se extiende por todo el lugar. Los tambores inician su áspero sonido el cual ahora es acompañado por los habitantes que golpean sus pies contra el suelo en una evidente incitación al combate.

Capítulo 20

Los aullidos de los lobos retumban al igual que los golpes de los habitantes que inducen a la pelea. Entre sus caras puedo presenciar el asombro junto a la excitación que les produce ver a uno de sus líderes pronto a luchar. Las miradas de las mujeres se desplazan con atrevimiento por la figura de Alen y también por la de Priust, que debo reconocer que para ser un hombre mayor, su cuerpo se encuentra tonificado y no pasa por alto que es mucho más grueso y grande que el de su hijo.

—¿Será tuya? —Priust pregunta de manera intimidante a Alen para luego mirarme como si fuera el postre que no fue servido durante la cena.

—Te garantizo que tuya no será. —Responde, y antes de que pueda parpadear arremete contra su padre. Al acercarse esconde la espada en su muñeca conectando de manera certera el puño en su mandíbula.

La multitud estalla en un vitoreo salvaje, mientras Priust limpia con su brazo el hilo de sangre que corre por su labio. Su sonrisa no desaparece, al contrario, se ensancha. Mueve su cuello de un lado a otro y desde mi posición escucho el tronar de sus huesos, con una expresión de satisfacción.

Alen se desplaza por la arena haciendo girar la espada en su mano con ligereza. Sus músculos se tensionan para nuevamente atacar. Esta vez Priust atrapa con su hacha el golpe de la espada y ocupa la fuerza del embiste para levantar el codo contra la cabeza de su hijo. Priust aprovecha la ventaja para alzar el mango dirigiéndolo con fuerza al pecho y en otro movimiento rápido desengancha la cuchilla que araña el torso de Alen.

Al observar la sangre, mi primer impulso es levantarme y gritar que se detengan, sin embargo, un instinto primitivo me domina al observar cómo Alen se recompone y ataca otra vez. Sin haberme dado cuenta, me encuentro igual de extasiada que el resto de los presentes. La sangre que emerge desde su piel, es la misma que percibo aún en mi mano. Su color y textura me llama en un bajo murmullo induciéndome a querer más. Entre los susurros que se escabullen hay un oscuro mensaje que no puedo descifrar y al pujar otra vez mi pulso se calienta. Busco mi respiración para no dejarme caer y con gran esfuerzo aplaco la ira, la lujuria y la venganza que luchan por emerger, siendo a cada instante más difícil sostener las incontenibles emociones que me embisten. El desconcierto me doblega con más fuerza al darme cuenta que a

cada momento pierdo más el control y sin quererlo, me acerco más al sentir de ellos. Busco a Tavana para que me entregue la pasividad y el confort que encontré en ella en el momento de entregarme durante el enlace. En su mirada encuentro el mismo desconcierto que en la mía y también puedo percibir cómo las sombras la reclaman. Dejo de cuestionarme y me aferro a mi voluntad, como ya lo dije, no me detendré ni ahora ni nunca. El golpe de los aceros es el que me atrae a la realidad y a pesar de que mi cuerpo quiere alentar a la encarnizada pelea, lucho por no escuchar a las tinieblas.

Mi mirada se vuelve a centrar en Alen como si una fuerza inexplicable me guiara hacia él. Sé que es la persona que se encuentra unida a mi destino y que haría todo por estar con él, sin embargo, la atracción que vibra en mi cuerpo hacia su presencia está lejos de la comprensión.

Su espada se eleva en la noche para luego deslizarla hacia la cabeza de su oponente a modo de engaño. Aprovecha el impulso para atrapar su arma y lo pateo con fuerza en el estómago. Priust no se deja amedrentar, se recompone del golpe, se acerca, lo sujeta y antes de que pueda exhalar, le propina un cabezazo sobre la cara. El cuerpo de Alen se tambalea solo un instante, en su mano libre ya sostiene una cuchilla que entierra en la mano de su oponente haciéndolo soltar su hacha. Priust ni se inmuta por el acero enterrado en su carne, al contrario, responde sujetando a su hijo del brazo y hombro para luego alzarlo sobre su espalda y lanzarlo al suelo. Alen golpea su cuerpo de forma seca contra la piedra y antes de que su padre lo alcance rueda sobre su espalda, incorporándose.

Mi boca se abre de asombro y expectación al observar cómo el macho alfa retira sin ninguna oscilación de malestar, la daga de su mano.

—Creo que fue suficiente. —La voz de Celsius capta mi atención contemplando en su expresión diversión.

Priust lo ignora acercándose a su camisa de la cual rasga un pedazo de tela y cubre la herida en su mano.

—Al parecer los años no pasan en vano. —Alen sonrío de manera engreída, mientras la sangre escurre desde un corte que ahora posee en su ceja.

—Los años no sólo me han regalado experiencia en el campo de batalla. —Priust le devuelve la sonrisa con la misma arrogancia, para luego dirigir su atención a mí—. También los años me han otorgado experiencia en la cama. —Me guiña un ojo lamiendo la sangre que se ha arremolinado en su labio.

Puedo oír los jadeos de las mujeres a mi espalda, sin embargo, mi

mirada se mantiene en Alen, es lo único que puedo vislumbrar. Ante las palabras de su padre, sus ojos se han ensombrecido y la agitación de su respiración se percibe en el movimiento de su pecho. Entierra su espada en el suelo y quita la otra de su espalda. Se acerca a paso decidido a un guerrero y le quita el hacha de sus manos. Los gruñidos de los lobos se unen a sus pasos, los que se posicionan nuevamente en el centro de la arena. Esta vez su expresión ya no exhala arrogancia, más bien rudeza. Levanta su arma dirigiéndola hacia su padre y luego la dirige hacia mí. De sus labios brota con innegable certeza:

—Tú, serás mía.

Mi razón niega en disconformidad ante su declaración posesiva. Obviamente me indigna ser disputada como un objeto, pero mis propias tinieblas son las que responden haciendo que un dolor palpitante se aloje alrededor de mis muslos. Me es inevitable escapar a su mirada y cuando nuestros ojos se encuentran, mi alrededor se desvanece. La atracción es innata y burbujea entre el espacio que nos separa. Sus ojos centellean en rojo apoderándose de su instinto animal, el cual me estremece, aceptando sin dudar que, él es el único macho en la faz de la tierra con el que me quiero aparear. Sus labios se levantan como si comprendiera lo que mi acalorada mirada le profesa. Nuestra conexión es interrumpida cuando Priust se interpone entre nosotros.

—¿Estás listo o sólo la montarás con la mirada?

El malicioso comentario de Priust hace que escape de mi boca algo parecido a un gruñido, el que es acompañado por Taviana a mi lado. Ella al igual que yo lo aborrece, pero no es necesario que piense en alguna forma de lastimarlo, Alen se encarga de ello, al arremeter otra vez hacia él.

Las cuchillas de sus armas relucen con la luz de las antorchas y al impactarse, el sonido retumba como un gran bramido en la penumbra. Alen es el primero en deshacer el agarre y levantando el hacha con sus dos manos la gira en el último instante para golpear con la culata el rostro de su padre. La expresión de Priust cambia de diversión a determinación. Su mirada se oscurece aún más, si acaso eso puede ser posible. La preocupación no me alcanza, al contrario, me estimula pensar que Alen pueda desgarrar de a poco cada pedazo de su piel.

Los dos hombres se miden con sus imponentes espaldas y sus expresiones se transforman en un claro desafío que estoy segura que mi reclamación ha pasado a segundo lugar. Ahora la lucha es más territorial, en

donde al parecer, establecerán quién es el más idóneo para liderar la manada. Increíblemente, el sentimiento que despierta en mí ante la disputa es orgullo. Sobre todo al observar el atrevimiento de Alen, que con cada nuevo golpe me inunda de necesidad, una que nunca antes reconocí y que me hace desearlo de una forma oscura y confusa.

A medida que continúa el enfrentamiento, no tan sólo los presentes aclaman a los competidores. Desde los extremos, Voltor y Liska también gruñen hacia sus amos apropiándose de lo implacable de sus movimientos. Mi cuerpo se torna rígido en el momento que el hacha de Alen es quebrada por la mitad. La fatiga es palpable en sus inhalaciones al igual que la cantidad de sangre que cubre su cara y torso, no obstante, su convicción no se ha hundido.

—¿Te rindes? —Priust pregunta jadeando. Su apariencia es igual de deteriorada que la de su hijo.

Alen suelta lo que queda de su arma para luego tronar sus nudillos. Levanta sus hombros en círculos hacia atrás componiendo lo cansado de sus músculos.

—Jamás. —Responde haciendo el amague para que se acerque con la intención de continuar la pelea con sus puños.

Un resoplido sofocado en conjunto de las mujeres inunda el lugar haciendo que quiera gruñir al notar cómo deslizan miradas lascivas hacia Alen. Aunque me gustaría comenzar a azotarlas contra el piso, no puedo negar que en este momento su actitud exhala pura y salvaje masculinidad, de la cual me embelesaré en el caso que de una vez terminen con esta disputa de egos.

Priust desecha el hacha y levanta sus puños. Mi mirada se dirige a Celsius con el propósito de comprobar que está dispuesto a terminar con esto, sin embargo, él al igual que la audiencia se mantiene expectante y regocijándose del enfrentamiento, el que además de hacer que se muelan a golpes, no ha puesto en riesgo vital a ninguno de los contrincantes.

Priust es el primero en colocar un certero golpe en el ojo de su oponente, el corte que ya poseía ahora se extiende hasta su mejilla. Alen al desestabilizarse por el impacto y por la gran cantidad de sangre que emerge de su ojo, no logra ver la daga que Priust saca de la parte de atrás de su cinturón. Arremete con todo derribándolo y luego se sube sobre él.

—Al parecer seré yo quien monte a tu hembra. —Priust ríe en una fuerte y dura carcajada que retuerce la base de mi estómago al percibir la hoja de

acero que reluce en el cuello de Alen. El silencio gobierna el reino y la oscuridad me jala poniéndome de pie con la intención de defender a mi compañero.

—¿Con qué exactamente llevarás a cabo esa tarea? —Alen responde sosteniendo en el mismo instante un cuchillo que extrae de su bota y ejerce presión contra la hombría de su padre.

—¡Fue suficiente! —Mi voz aparece antes de pensarlo. Mi molestia en conjunto con mi necesidad ya vio suficiente. Además, no estoy dispuesta a correr el riesgo de que Priust sea el vencedor, bajo ninguna circunstancia me entregaría a él.

—¡No te metas! —Alen gruñe hacia mi dirección—. Tú no tienes voz en esto.

Su regaño junto al tono displicente convierte el deseo de inmediato en furia. Me acerco a ellos frustrada y encolerizada. He tenido que soportar desde que nací la imposición de un hombre en mi vida. Hace semanas que huyo y me someto a diferentes tipos de ultrajes para nuevamente tener que tolerar acostarme con quién ellos me indiquen. No puede ser que siendo la próxima Reina de Badru tenga que seguir soportando tal vejación. Sobre todo, que ahora soy la princesa del poderoso Valle Oscuro. Si piensan que pueden seguir dirigiendo mi vida se equivocan. Sus costumbres y ceremonias son una total idiotez, las cuales no pienso acatar, menos mientras ellos luchan por quién es el más varonil, macho recio que puede reclamar a una mujer sin su consentimiento. No sé si es mi naturaleza que se me legó en mi nacimiento o si es el encantamiento el que empuja, pero ellos sabrán que no soy un objeto para su entretención.

—Tú, no me hables de esa forma. —Alzo mi voz con firmeza, cansada no sólo de esta guerra, sino también de luchar con el desconocido y férreo poder que se enrosca y cruje en mi piel, el cual, esta vez lo tomaré en mi beneficio, pero sin olvidar que debo mantener mi papel, pues adquiero el sarcasmo en esta oportunidad para poder mezclarme con ellos. —Si continúan golpeándose, ninguno de los dos podrá mostrar en mi cama la hombría de la que tanto se jactan. Como princesa y próxima reina, no estoy dispuesta a intimar con alguien que no esté a mi altura.

Los tambores dejan de sonar y los murmullos desaparecen. Las miradas se dirigen hacia mí, pero no retrocedo, al contrario, levanto mi rostro de manera desafiante. Alen y Priust se levantan y por sus expresiones puedo vislumbrar que mis palabras no les causaron gracia. No sé cuánto tiempo

transcurre sin que nadie se mueva. Finalmente, el silencio es roto por la carcajada de Celsius.

—Creo que nuestra princesa tiene razón. —Celsius se levanta y se acerca—. No puedo permitir que mis más importantes guerreros no se encuentren en las condiciones adecuadas que se requieren para liderar al ejército que en unos días más partirá para terminar de conquistar Badru.

Alen y Priust tratan de rebatir las palabras de su rey, pero este levanta su mano para acallarlos.

—Es mi decisión terminar este enfrentamiento y declarar un empate.

—Pero esas no son las reglas. —Candra objeta y el tono de sus palabras es parecido a un berrinche infantil.

—Por esta vez dejaremos de lado nuestras reglas. Nuestra causa es más importante. —Responde en un tono seco y de amonestación hacia la esposa de Priust.

El silencio prosigue junto a la expectación. Nadie es capaz de moverse porque al parecer, todo lo que ha ocurrido en estos últimos momentos es inusual para ellos. Por mi parte debería sentirme agradecida de que Celsius haya apoyado mi postura, pero no puedo olvidar que únicamente lo hace para su beneficio.

—Al no existir un legítimo vencedor como lo demanda la ceremonia. Nuestra princesa elegirá con quién desea pasar la noche, obviamente si es que considera que alguno de nuestros guerreros es digno de compartir su lecho. —Esta vez la mirada de Celsius es inquisitiva como si tratara de leer mis pensamientos—. O quizás, al ser un empate, quieras compartir la ferocidad de nuestros dos líderes.

El reino ríe en conjunto, soltando la tensión que se había mantenido. Celsius también sonrío, pero su mirada continúa especulativa. No me dejo amedrentar ante su escrutinio y prosigo con mi postura.

—Me parece que ninguno de los contrincantes ha estado al nivel de virilidad que requiero, sin embargo, la concepción de mi hijo es la prioridad para obtener nuestra victoria. —Mantengo mi voz inescrutable y fría captando la atención de Alen. Su mirada se ha vuelto siniestra y totalmente encolerizada o es lo que puedo apreciar debajo de toda la sangre y la gran hinchazón de gran parte de su cara. El calor sigue reptando por mi cuerpo con la necesidad y el hambre de fundirme en él, pero también se conserva intacta la sed de venganza y no sólo hacia el Valle Oscuro, sino también hacia sus incontables humillaciones—. Mi elección es en base al beneficio de nuestro

pueblo. Y teniendo en consideración que la práctica en la intimidad será a favor de nuestra causa, escojo a Alen.

Celsius da un gesto de aprobación ante mi esperada y adecuada respuesta y el pueblo vitorea en aceptación. Me quedo en mi lugar esperando a que Alen se acerque para consolidar la ceremonia con el corte de nuestras manos, pero no se mueve de su lugar. Priust es el que se coloca en movimiento hacia el interior del castillo seguramente a curar sus heridas, pero al pasar por mi lado murmura:

—Ya tendremos nuestra oportunidad. —Ni siquiera atiendo a su nueva insinuación, mi interés se desliza a la silueta que ha llegado a su lado y de la cual me había olvidado. La mirada de Calesia es tan penetrante que estoy segura que si tuviera el don de herirme con su expresión ya estaría muerta. No me doblego ante su intimidación, al contrario, disfruto otra vez de su calvario.

—¿No le entregarás tu daga? —Celsius dirige su pregunta a Alen.

—Considerando que no seguiremos las reglas, no es necesario que declare mi fidelidad, ni mi compromiso. —Su respuesta llega como el filo de una guillotina y su mirada de rechazo termina de cortar la sangre que recorre mis venas. —Nuestra unión se realizará en luna llena. Y como mencionó la princesa, nuestro único propósito es engendrar al próximo sucesor. En mi caso, no necesito la práctica. Si me disculpan, buscaré a alguien que pueda atender mis heridas.

Lo veo realizar una reverencia a su rey y una vez que pasa por mi lado susurra:

—También buscaré a alguien que pueda recomponer mi hombría.

Me quedo inmóvil mientras se aleja, controlando el impulso de seguirlo y patearlo. Celsius toma de mi brazo para guiarme, pero no puedo escuchar sus palabras, la oscuridad ruge en mi interior haciendo que la salvación de mi pueblo se relegue. Mi único propósito ahora es buscar a Alen para castigarlo.

Capítulo 21

La mayoría de los habitantes desaparecen en el interior de la fortaleza, mientras que el resto se queda bebiendo junto a las fogatas. Diviso a Candra que coquetea de manera descarada con un guerrero y los lobos se desplazan hacia las laderas del reino en dirección al bosque. El rey me dirige a los sitios ofreciéndome una copa. No titubeo en beber el vino buscando ahogar la rabia que palpita en mis sienes.

—Mi querida. —La voz de Celsius suena baja y casi amable—. Deja ese recelo hacia tu prometido. Es un joven impetuoso, y los celos son una demostración de que él desea que seas su compañera. Lamentablemente tu desafío no ayudó para su orgullo. Es innegable que es la viva imagen de su padre.

—¿A qué te refieres? —Respiro para tranquilizarme y poder continuar con la conversación y así no comenzar a tirar de mis pelos y aullar hacia la luna.

—Priust también fue un hombre territorial, al menos lo fue con la madre de Alen. Iris. Después del rechazo que sufrió por parte de la esposa del fallecido Rey Yokar, Iris fue su consuelo. Con el tiempo su relación se transformó volviéndolos inseparables. Desde que puso los ojos en ella, no dejó que ningún otro hombre se acercara. Después que Iris lo traicionara, fingiendo su vinculación y haciendo desaparecer a su hijo, nunca volvió a confiar en otra mujer, únicamente en la hechicera.

—Calesia me dijo que ellos se habían enamorado antes del enlace. —Menciono de forma despreocupada.

—La hechicera siempre ha sido el medio para un fin. Te aseguro que mi hermano, ni antes ni ahora ha sentido algo por ella. —Celsius rellena mi copa queriendo entablar una conversación, esta vez la acepto en beneficio de buscar el control y por supuesto información—. Para Priust nuestro pueblo siempre ha sido lo más importante, de la misma forma que lo fue Iris en su momento. Y por lo que percibo en Alen, estoy seguro que el engaño lo vengaría de la misma manera en cómo acabó su madre. —Las últimas palabras las menciona de forma casual, pero puedo percibir la amenaza en ellas.

—Por supuesto, la muerte es el castigo que se merece cualquier persona que traicione a nuestro pueblo. —Levanto mi copa a modo de brindis y bebo con la intención de apagar la ofuscación, sin embargo, el vino aviva la ira

ante las constantes advertencias y amenazas. Sin querer continuar bajo el escrutinio del Rey del Valle Oscuro, me levanto para ir en busca de Alen, es lo único que necesito hacer. —Si me disculpas, me gustaría retirarme.

—No te vayas aún. —Toma de mi brazo para que vuelva a mi asiento—. Alen no estará disponible aún, Calesia debe estar componiendo la mayoría de sus heridas.

—¿Calesia? —Ante el nombre de la maldita hechicera mis alertas se despiertan.

—Sé que la curación no es uno de sus destacados dones, pero al menos, restaurará la mayor parte de sus lesiones. —Explica para luego sonreír de manera insinuante—. Lo menciono porque aún puedo percibir que tu instinto de apareamiento se encuentra despierto y aunque lo quieras negar, ya has elegido a tu pareja.

—Al parecer, en nuestro pueblo eso es algo que no tiene importancia. — Me paraliza ante mi inesperada y sincera respuesta.

—Eres nueva bajo el encantamiento y es posible que aún no tengas control sobre tus emociones. Mi consejo es que no luches contra el vínculo, al contrario, déjalo que explore tus más oscuros deseos. Ya te debes haber dado cuenta que no existe el arrepentimiento. —Me contempla en silencio, al parecer analizando mi reacción—. No debes fingir conmigo, recuerda que yo también abracé la oscuridad. Al principio el descontrol también se filtró en mí, sin embargo, con los días me apoderé de mis instintos y finalmente fui libre.

Evito que mi expresión cambie ante lo expresado por Celsius. Sin duda, mi descontrol es algo que todos pudieron presenciar y aunque pensé que mi representación fue creíble, sus palabras me confirman que no fue así, es más, al parecer los actos de exaltación que llevé a cabo eran esperados, por eso quizás han sido tan indulgentes conmigo.

—Tú eres la más bella creación que el encantamiento nos ha entregado. —Sus palabras ahora van cargadas de admiración—. La sangre que corre por tus venas, al igual que en las mías es la del origen. Tú aún no te das cuenta, pero eres el más exquisito y venerado espécimen que ha formado el vínculo. Te has convertido en la hembra alfa de nuestra manada y a medida que aceptes tu naturaleza, te transformarás en la más fuerte de las mujeres, así como también en la más codiciada.

Su revelación cobra sentido al recordar las palabras de Sondra, ella tenía razón, sin quererlo me he convertido en La Alfa. Por eso las significativas

miradas de todos los hombres del reino. No sé si esto pueda ser una ventaja o una maldición. No estoy segura de cómo funcionan los lobos y cuál sería mi rol entre ellos. Quizás por eso la oscuridad me clama con tanta fuerza a aceptar la condición que me obligan a llevar.

—Por eso mi hermano se siente atraído por ti y también por eso Alen se ha mostrado tan dominante ante tu presencia. Para ellos no sólo se trata de quién te acompañará en la cama, para ellos se ha transformado en un enfrentamiento personal, el cual definirá al nuevo líder de nuestro ejército. No me sorprende que Alen haya adquirido el desafío, es más, al ser hijo de Priust creo que por herencia le corresponde continuar su legado.

La explicación de Celsius confirma lo que había pensado, sin embargo, sus palabras no me entregan tranquilidad.

—Sin duda todo lo que te he comentado es difícil de procesar. Necesitarás unos días para que todas las piezas encajen, pero créeme que una vez que lo hagas, serás una de nuestras más importantes líderes y juntos, llevaremos a nuestro pueblo al triunfo. —Levanta su copa a modo de brindis sorbiendo por completo su contenido. —Así que ahora levántate y déjate seducir por el inmenso poder que llevas en tu interior. Personalmente no me importa que cortes la garganta de algunas doncellas, es más, me complacería ver cómo te haces respetar y marcas con sangre tu jerarquía.

Bebo el resto de mi copa para no matarlo de una vez. Sus ideales son tan retorcidos que me hacen querer vomitar. Sin mencionar el hecho de que me está induciendo a asesinar, quizás esa sea la forma para que la vinculación al fin se complete. No caeré en su juego, al menos es lo que he tratado de hacer desde que desperté sumida en las sombras, no obstante, a cada segundo soy más consciente del peligro. Mis impulsos son más difíciles de manejar y si permanezco más tiempo en este lugar dejándome dominar por mis deseos más oscuros; como mencionó, corro el riesgo de perder por completo el poco juicio que me queda, cediendo finalmente a ellos.

Sigo la mirada del rey, quien le indica a dos guerreros que me acompañen. Mantengo mi expresión impasible al reconocer a mis escoltas. Liana y Lael en el cuerpo de los habitantes del reino son los que me guían a través del frontis del castillo.

Camino junto a Taviana sin poner interés en los Antiguos Ancianos, ya que mi desplazamiento llama la atención de la mayoría de las personas que rondan el lugar. Una vez que llegamos a la segunda planta y tomamos un corredor vacío, una mano me jala con fuerza introduciéndome en una de las

alcobas. Me dejo arrastrar porque necesito con urgencia hablar con ellos. Tavana gruñe hacia los guerreros ante el inesperado asalto, pero de inmediato le advierto que no ataque.

Una antorcha se enciende de manera imprevista en el interior de la habitación y al cerrar la puerta un haz de luz me enceguece por unos segundos. Al retornar mi visión, encuentro a los hechiceros en su real apariencia. Sin siquiera pensarlo, me lanzo a los brazos de Liana, tal vez buscando la contención para el torrente de emociones que está por estallar. Encuentro recelo al principio en su contacto, pero ante mi fuerte sujeción me devuelve el abrazo.

Al deshacer el contacto me percató de que mantiene una daga en su mano.

—¿Acaso me vas a matar? —Pregunto no temerosa más bien desconcertada.

—La oscuridad está en ti. —Dice en un tono áspero que nunca antes había escuchado en ella.

—Lo sé. —Exhalo con decepción—. Creí que sería más firme, pero el encantamiento es más fuerte de lo que pensé.

—Huiste de nosotros. —Lael menciona en un tono reprobatorio y al ver mi cara de confusión agrega—. Estuvimos en tu enlace. Nos unimos con mis hermanos para buscarte y guiarte, pero te alejaste de nosotros y de la luz.

La comprensión me llega al recordar el encantamiento y la visualización de los animales del reino que me llamaban.

—Lo lamento, no sabía que sucedía, lo único que vislumbraba era la calidez del animal. —Digo al momento que observo a Tavana.

—¿De verdad lo lamentas o es lo que debes decir? —Liana pregunta sin soltar el arma en su mano.

—Es lo que debo decir. —Reconozco sincerándome—. Ya no siento la culpa, muchas de mis emociones han desaparecido y aún no tengo claridad de cuales permanecen.

—¿Qué harás ahora? —Lael pregunta con frialdad también sosteniendo una daga.

—Claramente matarlos no. —Digo indicando las cuchillas que cargan—. No he perdido mi objetivo, al menos es lo que aún se mantiene, pero no sé por cuánto tiempo.

—Entonces ¿Vendrás con nosotros? —Liana me observa aún con precaución.

—Lo haré, pero no esta noche, necesito ir por Alen y despertarlo.

—No creo que eso sea posible, debemos alejarte de él y de este lugar. Mientras más tiempo permanezcas bajo este reino, la oscuridad seguirá avanzando.

—¿Crees que no lo sé? —Mi voz se alza con molestia, la cual no va dirigida a ellos sino a mí, por ser débil y vulnerable y por no poder controlar lo que me sucede.

—Eleonor, debiste escucharnos y haber huido cuando Asila te lo propuso la primera vez. —Liana mantiene su postura severa y lejos de la empatía—. Ahora la hemos perdido a ella y también estamos por perderte a ti.

—¿Realmente crees que el encantamiento me poseerá por completo? — Pregunto ignorando la insinuación en relación a que es culpa mía que Asila esté apresada.

—No lo sé, el enlace es terrero desconocido para nosotros y cualquier información que podríamos obtener, fue robada por Calesia.

—Según Boreas ella guarda todos sus secretos en el torreón norte en el que habita.

—Lamentablemente no nos podemos acercar a ese lugar ni a Calesia. Ya estamos corriendo demasiado peligro al haberte buscado, estamos seguros que ella nos puede percibir.

—Entonces iré yo.

—No puedes hacer eso. —Interviene Lael—. No puedes seguir exponiéndote a que te descubran. La muerte es la sentencia para los que fingen la vinculación.

—En mi caso, eso no lo podrán hacer. Me necesitan o más bien necesitan que procee al sucesor.

—Sabes que no podemos dejar que eso suceda. —Lael se acerca de forma intimidante y Taviana ante la amenaza se ubica delante de mí.

—Sé que no confían en mí, pero bajo ninguna circunstancia les daría un hijo, prefiero morir que ver la destrucción de Badru.

—Si quieres que confiemos en ti, vendrás con nosotros y nos marcharemos ahora. —Lael continúa con su tono de advertencia, el cual antes quizás habría considerado.

—No me moveré de aquí hasta haber visto a Alen y no me marcharé sin llevar conmigo a Boreas y a Asila. —Camino con seguridad hacia la puerta, con la convicción de que al fin podré tomar el mando de mis decisiones—. Si

ustedes se quieren marchar porque piensan que vuestras vidas están en peligro, háganlo. Por mi parte no bajaré los brazos. Y no volveré a dejar a una de las personas que me importan atrás. Ahora si me disculpan necesito encontrar a mi prometido.

—No te irás. —Lael en un movimiento casi imperceptible se mueve ubicándose frente a la puerta.

—¿Me vas a obligar o me vas a matar?

—Eleonor por favor, ya hemos sufrido demasiado. —Liana exclama en un tono casi agónico—. No podemos perderte también. Eres la esperanza para todo un pueblo.

—Eso lo sé y la única forma de que ganemos esta guerra, es rompiendo el maldito encantamiento y para eso necesito a Alen.

—¿Qué pasa si no lo puedes regresar?

—Necesito esta noche, si no puedo hacer que regrese, entonces lo dejaré y me iré con ustedes. —Digo de manera firme y convincente, pensando que es lo que necesitan escuchar y es lo que necesito yo, ganar tiempo. Entiendo la desconfianza de los hechiceros y la importancia de apartarme de este lugar. Lo que no puedo aceptar es alejarme sin buscar a Alen. El ansia y la venganza han subido al primer lugar de mi escala de prioridades y existe sólo una persona que puede saciar mi apetito de revancha y de lujuria. Me debería impresionar dejar la salvación de mi pueblo y la propia relegada, pero el llamado es tan voraz que requiero con urgencia encontrar sosiego, sino, estoy segura que me calcinaré. —Nos debemos marchar, pronto notarán mi ausencia.

Liana le da un asentimiento no tan convencido a su hermano y los dos retornan a su apariencia de guerreros. Antes de salir Lael se asoma al pasillo y una vez que comprueba que está desierto salimos de la alcoba. Me guían a la habitación que me fue asignada, pero no es el lugar a donde quiero ir.

—Necesito que me lleven a la habitación de Alen. —Solicito sin titubear.

Los hechiceros se observan y luego sin objeción me dirigen por el corredor. Al acercarnos a la puerta del final pasillo, inesperadamente Liana me detiene.

—Calesia está con Alen. —Le comenta a su hermano con preocupación—. Espera aquí, buscaré a otros guardias para que te escolten.

Antes de que pueda responder, Liana desaparece del lugar.

—Mañana nos marcharemos, así tenga que arrastrarte. —Lael señala y

su tono sigue cargado de recelo y advertencia. Tavana responde con un gruñido al percibirlo.

—Entonces, localiza a Boreas y a Asila, ellos vendrán con nosotros. — Respondo con la misma acidez.

—No sé si eso será posible, no somos capaces de ocultar a tantas personas utilizando nuestros dones sin ser notados.

—Tendrás que resolverlo. —Menciono sin ningún tipo de vacilación en mi expresión ni en mi tono. —No me dejaré arrastrar sin ellos.

La réplica por parte del hechicero no alcanza a llegar al escuchar pasos que se acercan. Sé que estoy siendo dura con los Antiguos Ancianos, pero no me están dejando muchas opciones. Así como también, sé que ellos son los únicos que me pueden ayudar, sin embargo, en parte ellos son responsables de lo que está sucediendo. La avalancha de emociones continúa con un objetivo, el de hacer pagar a cualquiera que haya obrado injustamente.

La figura de Liana en el cuerpo del guerrero aparece en el corredor acompañada por dos nuevos hombres.

—Como les dije. —Menciona hacia los guardias—. La princesa necesita escolta y nosotros terminamos nuestro turno. —De inmediato se retira ella y Lael.

—¿De qué tipo de escolta estamos hablando? —Pregunta de manera sugerente uno de los nuevos hombres que llegó.

—Hablo del tipo de escolta de que, si me vuelves hablar de esa forma, se lo comunicaré a Alen o mejor a Priust. —Respondo con crudeza.

—Lo siento princesa, no pensé en lo que dije. —El hombre se disculpa haciendo una reverencia, pero sin perder la intensidad de su mirada, confirmándome una vez más mi nueva naturaleza.

No le respondo, me dirijo a la puerta y golpeo. No debo esperar mucho, casi al instante una mujer la abre y mi irritación crece de forma automática. Entro quitándola de mi camino con las alarmas vertidas en el último comentario de Alen “Buscaré a alguien que componga mi hombría”.

Capítulo 22

Antes de arrasar con todo a mi paso me percató de que en el interior hay más mujeres y que esta vez se mantienen vestidas. Todas trabajan disponiendo comida y preparando un baño. Recorro con la mirada buscando a Alen y lo encuentro sobre su cama, cubierto sólo con las prendas que ocultan su sexualidad. Sus ojos se encuentran cerrados y la respiración es rítmica como si estuviera en un apacible sueño. A su lado se encuentra Calesia con las manos sobre su abdomen. De sus dedos danzan pequeños hilos de nubosidad que recorren su cuerpo. Como dijo Celsius, lo está sanando y quizás descansará un tiempo antes de despertar o al menos es lo que ocurrió conmigo cuando también fui curada por esta maldita mujer. Al que no observo es a Liska, probablemente debe haber ido a cazar con la manada que se dirigió al bosque y agradezco este hecho, sobre todo por la tranquilidad de Tavana. Al menos una de las dos podrá permanecer en quietud.

La hechicera al sentir mi presencia se incorpora poniendo fin a su trabajo. Me mira de soslayo ya que su atención se encuentra examinando a los guerreros que me acompañan.

—¿Algún problema? —pregunto con sarcasmo al darme cuenta que al parecer los hechiceros tenían razón. Calesia puede sentir la presencia de ellos.

—Sí. Tú. —Se acerca con paso seguro y sin vacilar—. No eres tan indispensable como piensas o como Celsius cree. Hemos llegado lejos sin tu ayuda y créeme que lo seguiremos haciendo. Así que mantén las manos fuera de Priust, en caso contrario, te mataré.

—Entonces deberías controlar mejor a tu macho y a tus amenazas, porque esta vez quizás te mate yo primero. —No necesito esfuerzo para volcar la ira que de inmediato me recorre hacia ella. Antes de que pueda parpadear, Tavana se une a mi encolerizado jadeo. Las doncellas dirigen la atención a nosotras, no alarmadas, más bien, expectantes ante nuestra discusión.

—A mí no me engañas. Percibo la oscuridad en ti, pero algo me dice que no estás de nuestro lado. —Sus ojos se tornan rojos y puedo ver la aniquilación que los recorre. Se acerca para agarrar mi mano y doy un rápido paso atrás—. No sé qué intentas hacer, pero cualquier idea que tengas en tu tonta cabecita, ten por seguro que la descubriré, siempre lo he hecho. —Termina regalándome una maquiavélica sonrisa.

—¿Por quién te harás pasar ahora? —pregunto con la misma amenaza y

el mismo desprecio que ella me brinda —. ¿Quizás Priust? Me gustaría que vieras lo que estoy dispuesta a hacer con él. —Las últimas palabras las menciono con todo el veneno que puedo utilizar, quiero lastimarla, y al contemplar cómo su rostro se desencaja es una confirmación de que cumplí mi objetivo.

Lo siguiente que ocurre era lo que esperaba o mi nueva naturaleza imploraba. Levanta su mano de forma veloz para golpearme y es mi momento para hierla tanto como pueda. El golpe no llega porque la ampliación de mis sentidos responde de manera certera agarrando su muñeca antes de que llegue a mi rostro. Taviana emite un feroz bramido al tiempo que salta hacia ella. Su hocico se abre mostrando lo largo de sus colmillos y antes de que pueda morderla, Calesia desaparece. Maldigo al recordar que sus dones son más poderosos que los de un mortal.

—Para matarme, primero debes atraparme. —Su figura emerge al lado de la puerta sonriendo de forma engreída, sin embargo, sus ojos siguen mostrando ira.

—Una vez que tome el trono, tu cabeza será la primera que pida en bandeja. —Ahora soy yo la que sonrío con desdén, incitándola a que lo intente otra vez.

—Priust me necesita y el reino también. Soy la única que puede realizar el enlace, por lo tanto, no te equivoques en lo que vas a solicitar. —Su intento de confianza se desvanece ante la manera de cómo aprieta sus manos en puños.

—Una vez que conciba a mi hijo ganaremos la guerra. Y si acepto a Priust como mi compañero tal vez él cambie de opinión. El rey me comentó que tú eras sólo una herramienta, así que no te equivoques, al contrario de mí, eres desechable y a nadie le importas.

El cabello de Calesia se levanta como si una ventolera lo golpeará. Sus ojos se transforman en dos cuencas bañadas de blanco y avanza con decisión hacia a mí. Logro mi propósito, pero con lo irascible de mis emociones no preví hacerme de alguna arma para encararla. Taviana al sentir la amenaza es la primera en reaccionar. Su pelaje se eleva y su bramido se extiende por toda la habitación, esta vez no salta hacia ella, la espera, sin duda aprendió de su malogrado embiste anterior.

Mis instintos también se agudizan y en un rápido movimiento agarro el candelabro que localizo sobre el mostrador. La silueta de Calesia antes de llegar a mi encuentro desaparece, pero al igual que mi loba, ambas podemos

palpar su esencia que danza invisible por el lugar.

Me concentro en mis sentidos, los cuales no son suficientes para vencerla. Su figura emerge sin aviso a mi lado y antes de reaccionar el dorso de su mano golpea en mi quijada haciéndola crujir. El dolor estalla en todo mi rostro siendo imposible rebatir su arremetida. La fuerza del impacto me levanta del suelo lanzándome contra la pared. Mi hombro y cadera chocan con violencia contra el muro. Los rugidos de Taviana se mezclan con los murmullos de las doncellas que se mueven hacia la puerta.

Me mantengo agachada, no porque me haya vencido, sino porque a través de mi apariencia desvalida puedo hacer que baje la guardia. De reojo la busco, al igual que Taviana brama hacia todos lados. Una pequeña brisa helada se cierne a mi lado y ni siquiera lo pienso. Levanto el candelabro que aún mantengo en mi mano y con fuerza lo dirijo en aquella dirección. Al principio solo palpo vacío, pero en el último instante el hierro encuentra solidez. El cuerpo de Calesia absorbe el impacto y la sorpresa hace que se materialice. Ni yo ni Taviana dudamos, la loba ya se encuentra encima de ella rasguñando su pecho y enterrando los colmillos en uno de sus hombros. Su ataque no perdura lo suficiente, un gruñido de dolor sale de su hocico cuando la hechicera entierra los dedos en sus costillas. Su lamento no sólo lo escucho, también lo percibo en mi propia carne. Me incorporo de prisa para ayudarla, pero no alcanzo a llegar. Su cuerpo es lanzado a un costado derribando la mesa dispuesta con comida. Ignoro el ataque a Taviana porque puedo percibir que no está herida. Me aferro a la gratificación de observar el hombro de la hechicera sangrando y arremeto contra ella. Esta vez mantiene su forma, quizás por el dolor de la piel desgarrada o por la ira que la consume. Agarro con ambas manos el candelabro y lo entierro en su abdomen. El golpe la hace exhalar todo el aire de sus pulmones, sin embargo, ella tampoco se detiene. Extiende su brazo alcanzando mi garganta y con un atrape férreo comienza a estrangularme. Lucho por soltar su sujeción, pero la presión no cede, al contrario, ubica su otra mano en mi cuello. Mis cuerdas vocales se asfixian ante su fuerza y mi respiración lentamente comienza a desaparecer. A pesar de que las lágrimas cubren mi visión puedo seguir viendo su expresión envuelta en furia. Lucho contra su agarre arañado sus brazos, mientras el rugido de Taviana me obliga a no desfallecer.

—¡Suéltala! —El brillo de un acero aparece cerniéndose sobre el cuello de la hechicera, pero no soy capaz de reconocer la procedencia de la voz. Lo único que soy capaz de visualizar es el aire que necesito con desesperación.

—¡Dije que la soltaras! —La orden vuelve a aparecer junto con un pequeño forcejeo y luego un bramido animal.

La sujeción cede y caigo sobre mis rodillas. Inhalo de forma inmediata y apresurada, pero la gran cantidad de aire que ingresa quema lo lastimado de mi garganta haciéndome toser. Por el rabillo del ojo contemplo a Taviana que entierra los colmillos en uno de los muslos de la hechicera, pero una nueva bestia aparece quitándola de encima de su presa. Los rugidos crecen junto al ruido de objetos cayendo por todo el lugar.

—¡Liska suficiente! —Esta vez la voz toma forma y me obligo a reaccionar al percibir la ofuscación de mi loba.

Varias manos me ayudan a levantarme. Las doncellas me llevan hasta una silla, en la cual caigo. Mi respiración aún no se ha regularizado y continúo carraspeando por el malestar en mi garganta. Limpio las lágrimas que continúan obstruyendo mi visión y a la primera que busco es a Taviana.

Liska, que al parecer regresó en medio de la pelea, la amenaza en un rincón cortándole el paso hacia su verdadero objetivo. La maldita hechicera. Ella es la que menos me preocupa. De no utilizar un arma fabricada con madera de su árbol sagrado, es imposible matarla. Aunque sí espero que las heridas provocadas sean sumamente dolorosas y la torturen al menos hasta que pueda sanarse.

—No me interesa quien seas. —Alen habla en un tono crudo—. Si vuelves a lastimarla te azotaré hasta que tu carne se rasgue.

Sigo el sonido de su voz y lo encuentro en frente de Calesia. Continúa desnudo cubriendo sólo su sexualidad. Al parecer, en medio de nuestra pelea despertó y esta vez debo agradecer que haya sido en el momento oportuno. No me agrada reconocer que la disputa la había perdido, sin embargo, poder al fin liberar a la bestia que ronda en mí, hace que me sienta viva y con ansias de más.

—Ella no es tan inocente como crees. —Los guerreros se acercan para ayudarla. Por supuesto Calesia los rechaza, poniéndose de pie de una manera inestable. Su vestido se encuentra desgarrado en varios sectores de los cuales también emana sangre. No puedo evitar sonreír hacia Taviana y mentalmente le transmito mi gratificación, pidiéndole que también baje su guardia. Al principio me ignora porque su molestia al igual que la mía no ha disminuido, pero le transmito que todavía no es nuestro momento.

—No me provoques. —Alen da un paso decidido hacia la hechicera—. No sabes de lo que soy capaz. —El tono que utiliza es tan frío e inquietante

que es como si escuchara a una persona diferente.

La hechicera mantiene su mirada sin pestañar, mostrando desafío, sin embargo, ella sabe que su posición no es más importante que la del heredero al Valle Oscuro o al menos estoy segura que Priust o Celsius se lo han hecho saber, ya que a regañadientes realiza una rígida reverencia y luego camina con dificultad hacia la salida no sin antes brindarme una espeluznante mirada.

—¿A dónde crees que vas? —Alen se gira dejándome ver su rostro. La mayoría de sus lesiones han sanado, quedando visible solo un corte profundo en una de sus cejas—. Debes curarla antes de marcharte.

Calesia se detiene, pero no voltea, el mandato la toma tan desprevenida como a mí. En mi caso, el dolor en mi garganta es agudo, pero no lo suficiente como para dejar que ponga sus manos nuevamente sobre mí. Sin mencionar el hecho de que si me toca otra vez pueda leer mis verdaderas intenciones y descubrir que sus sospechas son ciertas, que el vínculo no se ha forjado por completo.

La hechicera se gira lentamente tal vez por el malestar o quizás porque piensa igual que yo y pretende que permanezca adolorida. Lamentablemente no se puede negar a lo requerido. Al enfrentar mi mirada su expresión denota el odio que la recorre. Las doncellas y los guerreros se mantienen en el interior, expectantes, pero también confundidos por nuestra encolerizada pelea, no obstante, nadie se mueve de su lugar ni emiten palabra.

Calesia se obliga a dar un paso en mi dirección atragantándose con su orgullo. Me levanto decidida a terminar con esto.

—No es necesario. —Mi voz emerge difusa por lo lastimada de mi garganta y de inmediato carraspeo para que se aclare—. Prefiero llevar mis heridas antes de que ella me vuelva a tocar.

—Déjate de estupideces. —Alen me reprende—. No puedes ir por ahí con esas lesiones en tu cuello, no es la imagen de fortaleza que nuestro pueblo necesita.

—¿Disculpa? —Fuerzo a mi voz a alzarse ante sus palabras—. Tú eres el menos indicado para decirme lo que debo hacer, no eres mi dueño y no te has unido a mí, además en tu cara llevas los rastros de una pelea que al parecer muestras con orgullo.

La mirada de Alen que ya se encontraba molesta ahora se transforma en hielo.

—¡Todos fuera! —Grita no dejando espacio para dudar de su mandato.

No me muevo y tampoco parpadeo, resistiendo el embiste de su

implacable mirada. De cierta manera logré mi objetivo, que la hechicera no me tocara, sin embargo, ahora me enfrento al enfurecimiento del heredero que otra vez alimenté.

Escucho cuando la puerta se cierra, dejándonos sólo acompañados por nuestros animales. Taviana se repliega a una esquina y desde la otra Liska no le quita los ojos de encima.

—¿Qué crees que haces? —El descontento de Alen no desaparece, al contrario crece al estar solos.

—¿A qué exactamente te refieres? —Respondo de manera inocente, no porque le tema, sino porque aún sigo sorbiendo el deleite que me entregó lastimar a la hechicera.

—Me refiero a tu pelea con Calesia y a cómo me hablaste enfrente de todos y no únicamente aquí sino delante de todo el reino.

—Ella me atacó, al parecer no le gustó que Priust quisiera mi compañía. —Menciono en un tono casi aburrido, dirigiéndome a la mesa que aún continúa en pie. Me sirvo con tranquilidad un vaso de agua para apaciguar el malestar de mi garganta y también las ganas de tomar el candelabro y ahora golpearlo a él. Mi furia no ha desaparecido, sigue vibrando y escarbando bajo mis huesos.

—Y a ti ¿te gustó? —Siento el calor de su presencia en mi espalda envuelta en irritación.

—Eso no es de tu incumbencia, al menos no después de que no quisieras sellar el pacto de mi reclamación. —Me giro para encontrar su rostro consciente de que debería dejar de instigarlo, sin embargo, no puedo dejar de hacerlo mis instintos siguen rogando por castigo.

—¿Eso querías, que te reclamara? —El tono de su voz baja a una forma casi íntima, acercando su mano a mi cuello y acariciando las marcas que dejaron mi encuentro con la hechicera. De un golpe la retiro al sentir que el roce de sus dedos quema en mi piel.

—Yo no rogaré por tu compañía, al contrario, tú deberías mostrar tus facultades ante mí. Tú debes convencerme de que eres merecedor de emparejarte conmigo, bueno, y hasta el momento no me siento persuadida por tu sobre valorado encanto. —Respondo tratando de herir su tan magnificado ego. La necesidad de hacerlo pagar sigue pujando por aparecer.

Alen cruza los brazos sobre su torso afirmándose de la mesa. Sus labios se curvan en una media sonrisa y sus ojos recorren mi cuerpo deteniéndose en las partes expuestas. Mantengo mi postura altiva tratando de contener lo que

me ocasiona su descarada indagación.

—¿Entonces estás en mi habitación porque viniste a darle su merecido a Calesia o a mí? —Una de sus cejas se levanta de manera sugerente.

—A los dos. —La respuesta brota inesperada al momento que las sombras se levantan advirtiéndome de la inminente pérdida de mi control.

—A Calesia ya la enfrentaste, ¿eso quiere decir que es mi turno? — Debajo de la sangre que aún tiñe su piel por el enfrentamiento con Priust su sonrisa se torna depredadora y su cuerpo se mueve sutilmente absorbiendo toda mi atención.

—Es tu turno. —Declaro ante la respuesta innata de mi cuerpo, el cual se deja seducir por las tinieblas que danzan en deseo.

—Estoy ansioso por ver de lo que eres capaz. —Se acerca sigiloso y las líneas de su cuerpo se reflejan ante la luz que proyecta el fuego del centro de la alcoba. Quiero resistirme a entregarme tan fácilmente, pero como ha ocurrido desde la ceremonia de reclamación, no tengo dominio de mi sensatez, menos ante él y aunque quiero alejarme, una mano invisible me jala para esperarlo. —Ya no debes reprimirte. Siempre Calesia me podrá componer si despedazas mi piel.

Su tono insinuante hace que mis pensamientos se ensombrezcan y las voces ocultas en mi inconsciente se hagan audibles, incitándome a que me entregue al vacío azul de su mirada.

En un movimiento inesperado, me toma con fuerza de mis caderas arrastrándome hacia la cama. Quiero apartarlo, pero el toque de su piel me entrega de inmediato el consuelo que ansío.

—¿Ya te rendiste? —Entierra sus dedos en mi carne con apropiación mientras me sigue arrastrando. Quiero responder que jamás, pero al inhalar su esencia un espasmo de dolor retuerce mi vientre con la necesidad de sumergirme aún más.

Caigo de espaldas en la cama y con autoridad me toma posicionándome a su altura. No me alcanzo a componer del asalto cuando ya su boca encuentra la mía y su lengua se aloja embistiendo con impaciencia. Lucho contra el sabor de sus labios porque aún rujo por revancha. Mi cuerpo es que el reacciona devolviendo el beso ante la necesidad que trepa por lo lastimada de mi garganta y me hace gemir de malestar y lujuria. Lo tomo con firmeza de sus caderas y me restriego contra él con rabia y deseo. El impulso de lastimarlo todavía es innato y lo hago enterrando mis uñas en su piel. De sus labios brota un ronco sonido de satisfacción haciendo que el latido de mi

corazón se acelere acaparando por completo mi pecho, estando segura que en cualquier momento se abrirá para dejar salir al animal que ahora habita en mí.

—Me gustas salvaje e indomable. —Su áspero susurro se escabulle en mis sentidos, avivando a las tinieblas a que entierren sus garras en lo que queda de mi cordura. Sus ojos me encuentran y la impaciencia junto al ardor en ellos me calcinan, sin embargo, el gélido deseo en ellos es el que alerta a mi lucidez—. Sabía que vendrías. Las mujeres con las que estuve no significaron nada, solo fueron entretenimiento mientras esperaba por ti.

Ante su declaración, mi dignidad se abre paso al palpar la fibra del odio contenido. Levanto mis rodillas traspasando mi ira a la fuerza que ejerzo para empujarlo. Al tomarlo desprevenido cae de la cama tropezando con las mantas. Los lobos que se mantenían en quietud en el interior de la alcoba, levantan sus cabezas, al instante que Alen maldice. Ágilmente me incorporo, me levanto y tomo una daga de su ropa para luego lanzarme sobre él. No encuentro resistencia por su parte, al contrario, me asegura contra sus caderas mostrándome la solidez de su virilidad y la excitación que clama su mirada.

La revelación que cae sobre mí, es cruda. Puedo gritar, puedo luchar y me puedo revelar, pero la oscuridad siempre me obligará a emanciparme a su voluntad. Mi sangre se contrae dejando que las sombras me engullan para que él se lleve lo que queda de mi razón.

Mi instinto traspasa la delgada línea que quise contener y se unen al del animal que gruñe en mi pecho y que es empujado al vacío. Un vacío que me invita a la liberación.

Capítulo 23

Escucho los aullidos de los lobos. No logro distinguir si se encuentran en la habitación o en mi interior y con cada nuevo sonido me arrojan a un oscuro designio.

Alen sostienen mi muñeca incitándome a que entierre el acero en su cuerpo. Sin dudarlo deslizo el filo en su torso realizando un corte en la piel. Un gemido escapa de mi boca ante la excitación, y el color de la sangre es la que me hace experimentar un inclemente poder. Me entrego a este dominio porque mi apetito de deseo es demasiado junto a la necesidad de probar la penumbra de sus sentimientos.

En un inesperado movimiento Alen se levanta obligándome a quedar recostada en el suelo. Se cierne sobre mí y en respuesta abro mis piernas para recibirlo, de inmediato lo acuno meciéndome contra él buscando sosiego para la incontable satisfacción.

—Sé que deseas castigarme tanto como deseas que esté dentro de ti. — Muerde el borde de mis labios mientras entierra sus caderas entre mis muslos. La presión me lleva a restregarme de forma más profunda y más severa. Suelto la daga para tomar su cuello deslizando mi lengua por su quijada probando la sal de su sudor unido el hierro de la sangre.

Su mirada se enciende y ahora es él quien toma la daga dirigiéndola a mi cuello. El frío acero se desliza por mi garganta calentando aún más mi piel mientras nuestras respiraciones se unen al igual que nuestros impulsos. Atrapo sus muslos provocándolo para que de una vez apague la llamada de mi necesidad. La cuchilla presiona mi clavícula y luego la arrastra hasta mi pecho. Sin advertencia rasga el corpiño liberando mis senos, los que se tensan ante la caricia del hierro sobre las pequeñas protuberancias. El hambre me golpea al necesitar que estos sean cubiertos por su boca, sin embargo, mi agonía recién comienza al contemplar la sonrisa lobuna que me regala. Mis entrañas se contraen cuando la cuchilla serpentea por mi abdomen y baja hasta el borde de mi falda, la que también es rasgada junto a la vestimenta que cubre mi sexualidad. Mi gemido se une al de Alen cuando mi completa desnudez se muestra bajo su cuerpo.

El brillo del acero me encandila cuando nuevamente sube a mi cuello y es presionado de manera firme en mi garganta. Mi aliento desaparece al observar como su mirada se transforma de depredadora a despiadada. Mi entorno desaparece solo permaneciendo el deseo de fundirme por completo

en su oscuridad.

—¿Esto es lo que quieres? —Su tono gélido es acompañado por el toque de su otra mano que asciende con firmeza por la parte interna de mi muslo hasta posicionarse en mi hendidura. La respuesta es entregada cuando la humedad escapa de mi vientre y es acariciada por el dedo que restriega en el inicio de mi sexo. Me quiero mover para que calme mi tortura, pero la cuchilla se cierne con más fuerza a mi garganta. —Dilo, di que me deseas.

—¿Si no lo hago me matarás? —Lo desafío tratando de levantarme. La sujeción de su mano afloja, pero no mi determinación. Enfrento su mirada mientras la daga se entierra en mi garganta. Un punzante dolor me advierte del corte en mi piel y se confirma al percibir el calor de la sangre que se desliza por mi cuello. Ya no existe debilidad ni arrepentimiento, sólo se encuentra la sed y el ansia que exige ser satisfecha. Alen se mantiene arrodillado frente a mí, expectante. Mientras yo sonrío con la misma frialdad que él, momento en que llevo mi mano a su imponente rigidez, tomando con descaro lo que quiero. La sujeción de la daga no cede, pero tampoco lo hago yo. Deslizo la delgada tela que cubre su sexualidad dejando libre su virilidad. La tomo embelesándome y acariciando con propiedad su longitud. Ante mi caricia cierra los ojos emitiendo un bajo y sensual gemido. Mi necesidad de someterlo crece y lo hago golpeando con el dorso de mi mano su garganta. Antes de que pueda reaccionar lo empujo quedando ahora él sobre su espalda y me arrojó encima de él. Acata mi mandato, no obstante, tampoco desiste. La cuchilla vuelve a estar en mi garganta y con su otra mano jala mi cabello desde la base de mi nuca. La sensación recorre mi columna como un escalofrío que se aferra en mi interior y mis gemidos exhalan irritación ante la negación de satisfacción. Vuelvo a tomar su rigidez, la que de inmediato palpita en mi mano logrando que suelte la daga y libere su contención. Tira con más fuerza mi cabello hasta posicionar mis muslos sobre su miembro. El exterior de mi hendidura lo acaricia y me meso sobre él encontrando algo de calma para la llamarada que incinera mi control. Me arqueo sobre su torso exponiendo mis senos a la invitación de su boca. Invitación que al instante es aceptada y estos son lamidos y succionados con fervor. Mis pensamientos se fugan quedando un único objetivo, el de reclamar cada parte de su cuerpo y marcar con sangre y sudor mi soberanía sobre él.

Un nuevo lamento escapa de mi boca al sentir el borde de sus dientes en la turgencia de uno de mis senos, que ante su contacto se eleva y endurece arrastrándome al borde de la hoguera. Mi hendidura se dilata rogando por

atención. Me afirmo de sus hombros teñidos de rojo y me inclino para de una vez apaciguar el ardor. Alen percibe mi intención y sin titubeo toma su masculinidad dirigiéndola a mi entrada. El borde de su rigidez acaricia el inicio de mi sexo y ya no requiero de su delicadeza, ni de su cuidado. Lo único que ansío es poseerlo de todas las formas que sean posibles. Sin sutileza me sumerjo en su rigidez colmando de una vez y de un solo movimiento mi interior. Cada espacio de mi vientre es cubierto haciendo que jadee de placer. Entierro mis uñas en su pecho hasta traspasar su piel y mi cuerpo se mueve en una ferviente oscilación que es acompañada por la vibración de la oscuridad que se retuerce y exige más. Alen entierra sus manos en mi carne acoplando sus caderas a las mías en una perfecta sintonía que nos eleva llevándome lejos de la comprensión. Mis movimientos se intensifican implorando por redención al momento que Alen introduce una de sus manos palpando el manojito de nervios expuestos que comienzan a temblar ante su toque. Mi sexo se calcina junto al despiadado palpitar que arrasa mi vientre y cada uno de mis sentidos. Los jadeos se convierten en gemidos y estos en un ronco rugido que se forma en la base de mi garganta y que finalmente explota en mi boca en conjunto con el estallido de cada fragmento de mi piel. Alen acapara mi boca tragando cada una de mis exhalaciones y también mi razón, al percatarme que estoy lejos de cualquier tipo de saciedad.

Al descender mis lamentos y el ritmo de mis movimientos Alen deshace el contacto de mi boca. Su mirada aún es candente y también implacable.

—¿Eso es todo? —Su voz es ronca y cargada de desafío—. Porque yo aún no termino.

En respuesta, formo una fría sonrisa aceptando su reto, porque mis instintos están lejos de apaciguar el deseo brutal que siento por él.

Se incorpora con agilidad sujetándome de mis muslos y sin perder nuestra conexión se cocola de pie. Cruzo mis piernas a sus caderas y me afirmo de sus resbaladizos hombros, los que llevan el rastro de su sangre y de la mía, que vuelvo a lamer con la intención de sorber por completo su esencia. No me doy cuenta cuando mi espalda choca contra la pared y me encuentro aprisionada contra ella. Mi boca toma la suya porque el hambre reaparece y persiste en cada nueva embestida, en cada nueva contracción de mi carne y en cada nuevo movimiento descarnado que me obliga a someterme a su posesión. Su rigidez se mantiene constante al igual que sus embistes, los cuales recibo y acuno con desesperación suplicando que no sólo rasgue mi alma sino también mi piel. El ritmo de sus caderas se acopla al mío

y mi sangre se diluye ante su inminente liberación que se blande violenta y salvaje sobre mí. Mis entrañas se estremecen devorando el palpitar de su erección, la que se riega en mi interior.

Su respiración entrecortada la percibo en el borde de mi oreja y una vez que se vuelve regular se desprende de mi cuerpo, el que de inmediato se lamenta por el vacío que deja. Sus manos también se liberan de mis caderas haciendo que baje mis piernas y coloque mis inestables pies sobre el suelo.

—¿Eso es todo? —Ahora soy yo la que pregunto y desafío. Mi sangre continúa hirviendo advirtiéndome que el abismo de mi lujuria no tiene fondo, ni fin.

Su expresión de candente pasa a depredadora elevando la comisura de sus labios que ahora se encuentran encendidos y abultados. Recorro sus ojos que han perdido por completo el azul quedando únicamente el rojo de la oscuridad. Esto no me detiene, al contrario, seduce a lo primitivo de mis sentidos que tomen el mando. Nuevamente me acerco, porque la certeza exhala en cada respiración que él es mi compañero y me pertenecerá por siempre.

—¿Lo sientes? —Se acerca otra vez llevando su mano a mi entrepierna, que ante su caricia, la sensibilidad se convierte en vibración. Antes de que pueda reaccionar, introduce uno de sus dedos en mi interior avivando el deseo que se mantiene latente. Con su otra mano atrapa la base de mi cuello para acercarme a su rostro. —Nuestro vínculo ya se había establecido la primera vez que dominé tu virtud.

Su dedo tortura las paredes de mi cavidad logrando que gima en el borde de sus labios.

—Nuestro destino estaba trazado y no únicamente por los escritos. —Introduce un nuevo dedo y con su palma frota lo irritado de mi sexo llevándome nuevamente al borde de la excitación—. Tú siempre serás mía y yo, siempre te perteneceré.

En un movimiento repentino me gira tirándome hacia una de las mesas del costado. Sus dedos se entierran en mi interior y gimo para que termine con el suplicio. Me empuja para que mi cuerpo se incline sobre la madera, la que al contacto con mis quemantes senos me entrega una nueva sensación de redención. Su mano no pierde el férreo agarre al momento que se recuesta sobre mí. Su pecho arde en mi espalda y su longitud se presiona en la parte baja de mi cuerpo haciendo que implore para que otra vez colme mi interior. Su aliento danza por el borde de mi oreja quemando mis sentidos, los cuales

únicamente lo perciben a él.

—Ningún hombre en lo que me queda de vida te volverá a tocar. —Sus dedos se retuercen y saquean la carne de mis entrañas dirigiéndome a un severo ardor—. Porque lo que sientes por mí jamás nadie te lo podrá entregar.

Sus dientes se adhieren a la base de mi cuello y sus dedos son cambiados por la imponente rigidez que de una sola embestida inunda por completo no solo mi cuerpo sino también mis pensamientos, formando un espiral de frenesí que me calcina y me consume entregándome por completo a su control.

Extiendo mis brazos dirigiendo mis manos al borde de la mesa para contener la salvaje oscilación de sus caderas. Sus dientes se clavan a mi cuello aprisionándome, pero también enardeciendo los músculos que tiemblan ante su dominio. Entierro mis uñas a la madera hasta sentir la sangre que se desprende de ellas y el dolor se torna en un descarnado placer. Cada nueva arremetida me eleva a una nueva ola de placer advirtiéndome de la veracidad de sus palabras.

Él es el único capaz de hacer que deje correr libre a la bestia que han formado en mí. Percibiéndolo en lo palpitante de mi corazón, que se une al de él y que cantan una nueva sinfonía que es acompañada por las tinieblas que danzan y se estremecen en las agrietadas murallas de mi alma. Las dejo invadir y doblegarme porque ya no soy la presa, ahora también soy el cazador. La nueva revelación la acuno y la asimilo. Ya nadie puede ayudarme. Las cuerdas han sido desatadas. Él es la luna que rompe mi noche y por él tengo que aullar.

Capítulo 24

Me muevo despacio sintiendo punzadas de dolor en la mayoría de mi cuerpo. Abro mis ojos de forma pausada asimilando el lugar en dónde me encuentro. El único sonido que escucho es el crepitar del fuego que continúa prendido en el interior de la alcoba. La comprensión me alcanza haciendo que me incorpore de golpe. Lo primero en contemplar es el espacio vacío a mi lado junto a la sangre que tiñe las sábanas y también gran parte de mi cuerpo. Llevo mi mano hasta el corte de mi garganta y ante el contacto, todas las imágenes me arrastran al recuerdo de lo ocurrido. Un movimiento a un costado me alerta y descubro a Taviana que me vigila desde una esquina. Se encuentra jadeante y puedo sentir que muy ofuscada. Por ahora no me detengo en ella sino más bien mi preocupación recae en saber dónde se encuentra Alen. Me bajo apresuradamente de la cama con la intención de ir a buscarlo y desde la ventana la oscuridad me confirma que aún no amanece.

Encuentro mi ropa destrozada en el suelo entre copas y muebles que fueron derribados no solo por mi pelea con Calesia, sino también por el enfrentamiento que tuve con él. Gruño de frustración y de inmediato recorro la habitación buscando algo con qué vestirme. Mis sentidos se agudizan al escuchar ligeros pasos en el corredor del exterior.

La puerta no tarda en abrirse y sé que no es Alen. Su esencia la llevo impregnada en mi piel. La figura que emerge es delgada y menuda. No puedo reconocerla de inmediato porque se encuentra cubierta bajo una capa negra.

Me mantengo en el centro de la alcoba, alerta. Al igual que Taviana, quien se incorpora al sentir mi desconfianza. De reojo busco algún arma para defenderme. La confusión que antes había percibido, ahora se ha incrementado, siendo consciente de que me encuentro en terreno enemigo y que no puedo confiar en nadie. “Solo en Alen” un susurro se desliza en mi cabeza con certeza y podría jurar que mis instintos responden de manera afirmativa. La puerta se cierra y doy un paso atrás para tomar el jarro de hierro que localizo a mi derecha. La silueta frente a mí descubre su rostro y me sorprende al encontrar a Sondra.

—No tenemos mucho tiempo. —Es lo primero que dice en un tono de urgencia.

—¿De qué hablas? —Pregunto bajando mi guardia, pero aún desconfiada. Mis pensamientos son una gran nebulosa que lo único que son

capaces de vislumbrar es un rostro.

—¿Te encuentras bien? —Ahora es ella la que toma una posición precavida recorriéndome con la mirada—. ¿Alen te hizo eso? —Me indica la sangre que recorre mi cuerpo y el corte de mi garganta.

—No. —Me apresuro a decir con la necesidad de defenderlo—. ¿Sabes dónde está? —Es lo que logro gesticular al darme cuenta que lo único que requiero es encontrarlo y dirigirme a su lado.

—Están reunidos en el sector sur del castillo. —Responde y logro captar cómo su palpitar se comienza a elevar—. Es la oportunidad para que puedas acceder a la torre norte. —Esta vez sus palabras son pronunciadas con un leve titubeo.

—Necesito ropa. —Exijo sin siquiera analizar sus palabras. Lo único que soy capaz de distinguir es una irracional ansia.

—Eleonor ¿Estás segura que estás bien? —Esta vez da un paso hacia mí examinando con detenimiento mis ojos.

—Lo estoy, necesito encontrar a... —no termino la frase al darme cuenta que la única persona que envuelve mis pensamientos es Alen. Exhalo de manera profunda con la intención de dispersar la bruma que me cubre sin dar paso a ninguna idea coherente. Contemplo a Sondra consciente de que su solicitud es importante, sin embargo, mis impulsos me incitan a ignorarla porque un llamado oculto me guía de manera severa en otra dirección—. ¿Puedes traerme ropa? —Esta vez suavizo mi mandato rechazando el inevitable desprecio que lucha por salir.

Sondra sigue con su inspección, al parecer, tan contrariada como me encuentro yo.

—¡Ahora! —Exijo esta vez no preocupándome de lo ácido de mi voz. Ante lo imperativo de la orden Sondra no la cuestiona y obedece.

Una vez que sale de la habitación vuelvo a respirar profundamente y me acerco a Taviana. Ella de inmediato gruñe ante mi cercanía haciendo que me detenga. Al igual que mis sentidos, los de ella se encuentran turbados, advirtiéndome de las sombras que la envuelven y que también me cubren.

Mis siguientes movimientos son involuntarios. En base a la necesidad primaria de limpiarme, me sumerjo en la tina que aún se encuentra en un rincón. El frío del agua, de cierta forma despabila mi mente, no obstante, la niebla se aferra por permanecer. Lo que sí se despierta es el palpitante dolor que se riega por mi piel. Sin perder tiempo tomo el paño que encuentro en el borde para limpiar los rastros de sangre y palpo las nuevas heridas que se

encuentran en mi cuerpo. Con cuidado limpio el corte de mi garganta y recorro cada vestigio que fue hecho por Alen. Al contacto de cada marca siento el malestar, pero también el calor del recuerdo de su severa apropiación, logrando que mis entrañas se vuelvan a encender junto a la necesidad de nuevamente poseerlo.

Mis uñas resquebrajadas y varios sectores de mi cuerpo amoratados, son una muestra del legado que él dejó en mí y que yo también dejé en él. De inmediato sonrío ante la satisfacción que me entrega el rastro que marqué. Ya no sólo su cabello exhala mi dominio, sino también su cuerpo. Mi instinto animal es el que se levanta y se regocija al haber conquistado al salvaje e indomable Príncipe de Las Tinieblas. El mensaje es claro, sin dejar en duda nuestro destino. Nos vinculamos y la luz o la oscuridad ya no tienen ningún significado. Lo único que importa es encontrarlo y permanecer a su lado porque todo me sugiere que sólo junto a él podré otra vez respirar.

Seco mi cuerpo y trenzo mi cabello con la urgencia de salir de esta habitación. En el momento que estoy por llegar a la puerta sin preocuparme por mi desnudez, Sondra ingresa. Antes de que pueda hablar arrebato las prendas de sus manos y me comienzo a vestir. No cuestiono la elección de pantalones y blusa, al contrario, agradezco poder tener mayor facilidad de movimiento.

—Eleonor, encontré la ubicación de la hechicera. —Menciona a mi espalda, pero la sigo ignorando. Ninguna otra idea tiene cabida en mi mente —. Encontré a Asila.

Al escuchar ese nombre me detengo y me giro para observarla.

—¿Qué dijiste? —pregunto. Porque la bruma tiembla tratando de abrirse.

—Qué sé dónde tienen a Asila y también a Boreas. —Esta vez su voz se eleva al darse cuenta que captó mi atención.

“Asila” mi cabeza repite, recordando a la Antigua Anciana que se encuentra capturada y agonizando. Las imágenes están difusas, pero las veo, a ella y a todo lo que ha ocurrido, no obstante, la emoción no la alcanzo. Solo encuentro el apremio de buscar a mi compañero. El gruñido de mi loba me retorna a la realidad y a la mano de Sondra que se encuentra posada sobre mi hombro.

—Es el encantamiento. —Menciona de manera afable como si comprendiera lo que me ocurre—. No dejes que te domine.

De cierta forma entiendo lo que dice, pero no logro salir del abismo en

el que me encuentro. O quizás no quiero, ya que es muy tarde para olvidar cómo me sentí. Abracé a Alen en la oscuridad y ya no me puedo desprender de él, porque mi intuición me indica que, si lo hago, mi corazón dejará de latir. Ante esta evidencia no debo meditar demasiado mis próximas acciones. Después de todo lo que ha ocurrido, Badru tendrá mi convicción, pero él tiene mi razón y nunca me detendré. Ya reclamé lo que por derecho y azar me pertenece.

—Estoy bien. —asevero. Mi pueblo aún tiene la esperanza, en cambio, la mía desapareció al momento que me sumergí en las tinieblas y dejé florecer las mías—. Vamos.

Paso la capa oscura sobre mis hombros dirigiéndome a la puerta sin dejar la posibilidad de que Sondra vuelva a hablar. Me concentro en la única cosa que puedo realizar en este momento para ayudar a mi pueblo. Liberar a Asila, Boreas y por supuesto recuperar el libro de Calesia. Mi liberación es prácticamente un sueño, al percibir las nuevas cadenas invisibles que ahora yo forjé y que llevan tatuadas un único nombre.

Lo primero que llama mi atención al salir es el desierto en el pasillo, al no encontrar guerreros escoltando la habitación.

—Ya no tienes vigilancia, al parecer lo que ocurrió anoche con Alen lo convenció de tu lealtad. —Sondra menciona sin dejar de examinarme con aprensión.

—¿A dónde entonces? —Doy un paso al costado para dejarla pasar y así me indique el camino, no queriendo reconocer la fuerza de voluntad que estoy requiriendo para seguir sus pasos y no caminar hacia donde mis instintos logran percibir la energía de Alen que vibra y me jala a su encuentro.

Taviana sigue mis pasos sin la necesidad de ordenárselo. La unión que habíamos compartido se fortalece palpando las sensaciones que la embargan y que dan paso a su completa sumisión a mis deseos.

Antes de llegar al salón Sondra gira por un sombrío corredor lateral en dirección al norte. Esta parte del castillo no la había recorrido y se muestra más lúgubre que el resto de la fortaleza.

—¿Dónde están todos? —murmuro al no observar a nadie ni oír ningún sonido que me alerte de la presencia de los habitantes del Valle Oscuro.

—Durmiendo, celebrando o apareándose. —Responde en voz baja guiándome hasta una estrecha escalera. Antes de descender, toma una antorcha de la pared para alumbrar los escalones que se encuentran en

completa oscuridad.

—Espera. —La detengo al recordar que ella esta noche también fue reclamada—. ¿Estás bien? —La pregunta nace espontánea, pero me crea malestar el nacimiento de la preocupación, como si una cuchilla se enterrara en mi pecho.

—Me sé cuidar. —Responde quitándole importancia a lo sucedido, mientras comienza el descenso de forma apresurada—. Sigo siendo virgen.

—¿Cómo lo lograste? —En el instante que pregunto, escucho pasos que provienen desde el corredor que nos espera al terminar la escalera. Me detengo al mismo tiempo que lo hace Taviana, pero no alcanzo a frenar a Sondra.

—¿Qué haces aquí? —La gruesa voz de un guerrero retumba en las agrietadas murallas del castillo.

—Voy a la cocina. —Sondra responde sin titubear, mientras me mantengo apoyada a la pared oculta en la oscuridad.

—¿Dónde está mi hermano? —El guerrero pregunta y esta vez percibo la desconfianza en su voz.

—Está durmiendo. —Me inclino un poco para ver bajo la penumbra de las antorchas el rostro de Sondra, el que ya no se encuentra tan resuelto.

—Llévame con él. —Su demanda se une a su desplazamiento dejándome expuesta a su campo de visión.

—¿Qué hace ella aquí? —pregunta elevando el tono de su voz y también su sospecha.

—No deberías dirigirte a mí de esa forma. —Me muevo levantado mi frente hasta posicionarme delante de él—. Soy tu próxima reina.

—No está permitido que las mujeres deambulen en la noche por el castillo, seas o no la próxima reina. —Da un paso atrás y baja levemente su cabeza, pero como son conocidos los hombres de este reino, no aminora su mirada acusatoria ni su postura.

—No tengo por qué darle explicaciones de mis actos a un simple soldado. —Mantengo mi voz y mirada fría, mientras Taviana silenciosamente se posiciona a mi lado.

—Tendré que informarle a Priust. —Cuadra sus hombros y se gira.

Ni si quiera lo medito y con agilidad me acerco tomando el hacha del costado de su cinturón. Al voltearse lo golpeo con el mango en su sien desestabilizándolo. Antes de que pueda reaccionar, Taviana se lanza sobre él incrustando de manera certera los colmillos en su garganta, actuando de

forma instintiva ante mi obligación de detenerlo. La lucha del hombre dura pocos segundos. Es desgarrada gran parte de su piel por mi loba y la sangre comienza a salir a borbotones.

El alarido de Sondra lo escucho a mi lado y al mirarla veo cómo sus manos son llevadas a su boca en una clara señal de horror.

—¡Lo mataste! —gime con expresión pálida y contraída.

—¿Preferirías que nos delatara? —Me debería sorprender mi poca empatía ante la agonía del guerrero, pero no siento nada, al contrario, me acerco para quitar su cinturón y armarme con sus espadas. —¿A qué se refería con lo de su hermano?

—Es el hombre que me reclamó. —Contesta en un tono resignado.

—¿Qué sucedió con él? —Me incorporo al momento que Tavana se repliega a mi lado otra vez.

—Coloqué unas hierbas en su bebida y quedó inconsciente. — Responde, pero sin quitar la mirada del hombre que ahora yace muerto—. Estamos perdidas.

—Escúchame. No hay tiempo de lamentaciones. Vamos a ir por ese libro así deba derribar a todo el que se interponga. —Lo digo porque la determinación es la que recorre mi sistema y también el ansia de terminar con esto de una vez.

—No lo podemos dejar aquí, nos descubrirán. —Sondra se gira en todas direcciones, preocupada.

—¡No tenemos tiempo, llévame ahora! —La agarro con fuerza de uno de sus brazos y la arrastro por el corredor. La impulsividad me enceguece, así como también la decisión de que nadie me detendrá.

—Me haces daño. —Se queja y suelto el férreo agarre de su brazo, mientras una invisible oscilación se mece en mis venas mostrándome la brutalidad de la que puedo ser capaz, la que no me atemoriza, al contrario, me envuelve de un seductor poder. —Debes alejarte de este lugar lo antes posible.

—No creo que pueda marcharme. —La voz que me acecha en cada paso que doy es la misma que confirma mis palabras, al percibir la constante reclamación a un rumbo diferente.

—Si te quedas un día más ya no serás tú. —Afirma mientras seguimos avanzando. De cierta forma entiendo su argumento, no obstante, ya estoy condenada.

Al doblar por el próximo corredor escucho el ruido del agua que se

desliza por debajo de nuestros pies y la poca iluminación nos muestra al final del pasillo una gran reja oxidada.

—¿Qué hay en el interior? —Indico los gruesos barrotes y el candado que cuelga de una sólida cadena.

—Ahí viven las mujeres que aún no se vinculan. —La tomo del brazo deteniéndola y ante el miedo que cruza por su rostro, la suelto.

—¿Te refieres a niñas? ¿Las tienen encerradas? —La niebla se agita dejando una grieta por la cual se logra filtrar un atisbo de sentimiento.

—Las mantienen cautivas para que no escapen. —Se coloca nuevamente en movimiento evitando volver a mirar el gigante calabozo—. Yo viví en ese lugar desde los siete años. Ahí fue que comprendí cual sería mi destino.

—¿Por cuánto tiempo estuviste ahí? —Sigo inmóvil mirando hacia el corredor tratando de observar más allá de la oscuridad.

—Hasta que mi sangrado bajó a los once años y Calesia realizó la ceremonia de enlace. —Explica, pero ya no la escucho, estoy caminando hacia la celda. —¿Qué haces?

Sondra se apresura para alcanzarme, sin embargo, no me detengo hasta llegar a las rejas. Tomo el candado y lo jalo con la intención de desprenderlo. Acción que es imposible. Golpeo con las cadenas los barrotes acrecentando el sentimiento que lentamente comienza a tomar forma.

—Debemos irnos, no tardarán en encontrar el cuerpo y buscarán al responsable. No tendremos otra oportunidad. Mañana los guerreros pretenden retomar la batalla.

Las últimas palabras de Sondra me colocan en aviso al pensar en la continuación de la matanza, no obstante, el tenue movimiento desde la oscuridad me mantiene sujeta a los barrotes. De entre las sombras una diminuta figura se hace visible. Lo primero en observar son unos grandes ojos somnolientos bajo una gran cabellera rubia que cae hasta sus rodillas. En su mano carga un pedazo de manta desaseada. La niña que por su contextura puedo dilucidar que tiene alrededor de seis años me contempla con curiosidad y no duda en acercarse un poco más.

—¿Tú eres la Princesa de Luna Llena? —susurra mostrado en su tono algo parecido a la esperanza.

No soy capaz de responder porque ya no estoy segura de cuál es mi fase. Lo único que gritan las sombras es que mi luna y mi casa es Alen. Ante la mención de su nombre, la vibración en mi cuerpo de inmediato regresa tratando de encegucarme y quitarme mi voluntad. Asiento aferrándome a los

barrotes y al destello de razón que quiere regresar.

—Mi hermana dijo que tú nos salvarías. —Da un nuevo paso hasta que su cálida y pequeña mano toca mis nudillos blanquecinos por el fuerte agarre a la reja. Su tacto me estremece y al mismo tiempo me aflige—. ¿Lo harás? ¿Nos salvarás?

Los colmillos de las tinieblas me rasguñan obligándome, a través del dolor, a no hallar el camino, a no encontrar mi compasión.

—Eleonor, debemos irnos. —Sondra me llama desde mi espalda con imperiosa ansiedad, que es la misma que siento yo al constatar que estoy extraviada por completo. La congoja vuelve a aparecer cuando otras diminutas siluetas comienzan a aparecer entre las sombras. Más niñas de diferentes edades, todas con miradas anhelantes por amparo.

—Alguien viene. —Sondra se acerca y jala de mi capa.

—¿Por qué tienes un lobo? —Otra niña pregunta dirigiendo su mirada a Taviana. —¿Tú eres uno de ellos?

Las niñas cambian su expresión de ilusión, por una de temor. Con cautela comienzan a alejarse y lentamente se vuelven a sumergir en la oscuridad, una que si no es detenida, tarde o temprano también las consumirá.

—¡Eleonor! —Sondra esta vez me jala con fuerza de mi hombro haciéndome reaccionar. Las pisadas las escucho más cerca y Taviana ya toma una postura desafiante.

Me obligo a soltar los barrotes, ratificando que esto aún no ha terminado. Sin cuestionarlo, me pongo en marcha siguiendo a Sondra que desecha la antorcha para introducirse en un nuevo pasadizo el que se encuentra en completa oscuridad, la misma que asola este reino y mi interior.

Capítulo 25

Nos adentramos en la oscuridad y a medida que avanzamos mi visión se afina pudiendo captar siluetas a mi alrededor. Escucho las quejas de Sondra unos pasos más adelante y me acerco para dirigirla. Tavana también se anticipa porque, al parecer, la percepción de formas es una cualidad de su raza. La neblina gris sigue envolviendo mis ideas tratando de alejar la imagen de las pequeñas, pero lucho para no ceder, necesito mantener sus figuras para no olvidar qué es lo que me sigue moviendo. Sin atender al imponente requerimiento que me dirige hacia él.

—Solo unos metros más y accederemos al extremo del castillo junto a la torre norte. —Menciona no tan convencida como antes, sino más bien, su tono denota nerviosismo.

Apuro el paso teniendo en consideración al guerrero que dejamos muerto en el pasillo y por sobre todo al instintivo llamado que estoy segura que Alen también siente y que posiblemente lo lleve a buscarme de la misma forma que lo requiero yo.

Al girar en el último corredor la brisa gélida de la noche me golpea confirmándome que estamos por llegar al exterior, no obstante, el alivio que pude sentir es cambiado de inmediato por el olor a putrefacción que inunda mis fosas nasales. Es necesario para continuar tapar mi nariz con el extremo de mi capa. A unos pasos contemplo la luz de la luna que nos advierte del exterior, sin embargo, me detengo cuando mis botas se hunden en algo espeso que al mismo tiempo cruje.

—¡Por los Antiguos Ancestros! —Sondra chilla a mi espalda cuando la tenue luz de la noche ilumina el siniestro escenario.

—No te detengas. —La tomo de su brazo y la arrastro al darme cuenta que se encuentra inmóvil observando los cuerpos de hombres, mujeres y niños en diferentes estados de descomposición.

Obligo a la bruma que me mantenía cegada a replegarse, contrarrestando con un suplicio que se asienta en la base de mi estómago. Sigo avanzando soportando la tortura, no sólo de mi interior, sino también la de tener que abrirme paso pisando torsos desfigurados y rostros contraídos con expresiones de horror. Tavana es la primera en salir al exterior gruñendo en un desgarrador lamento que trasmite y sacude el centro de mi pecho. Al escapar de la tétrica fosa suelto a Sondra que cae de rodillas sollozando.

—No lo sabía. —Logro escuchar entre sus entrecortadas exhalaciones

—. Boreas me habló de este pasadizo por si necesitaba escapar, pero...

La conmoción se abre paso entre la neblina al igual que el odio que retorna a mí. El dolor no desaparece, al contrario, me golpea con más rudeza al recobrar parte de mis emociones. No me detengo a analizar lo visto, ya no hay tiempo de lamentaciones, lo único que me queda por hacer es actuar. Recorro el lugar reconociendo la ladera del bosque a un extremo, que divide el término de la fortaleza y unos metros más adelante, la torre norte.

—Espérame aquí. —Ordeno a Sondra y le hago una señal a Tavana, la que también siente el suplicio al revelarnos ante el encantamiento, sin embargo, al igual que yo, no deja que la abata.

—No me dejes. —Sondra implora todavía atribulada por lo presenciado.

Sin tiempo de discutir dejo que me siga hasta el torreón. Saco una de las espadas, que ahora en mi mano se siente tan ligera como una fusta. Me asomo con cautela ubicando a los centinelas que vigilan desde el frontis y costado de la fortaleza. También contemplo el patio central en donde varias figuras deambulan, reconociendo a guerreros y animales, notando que será imposible ingresar por el frente sin ser vista.

Examino la parte posterior de la torre y a un par de metros localizo una ventana, la cual me indica que podría ser mi única alternativa para ingresar.

—No puedes venir conmigo, tendrás que esperar. —Exijo, esta vez sin dejar espacio para una oposición—. Tavana se quedará contigo, ante cualquier peligro huyes.

No corroboro si escuchó mi mandato, ya estoy enfundando la espada y buscando una piedra sobresaliente para escalar.

—Deberíamos regresar. —Solicita acercándose aún afectada.

—Ya no hay vuelta atrás. —Es todo lo que respondo mientras envío mi orden a Tavana, la que se ubica frente a la doncella cortándole el paso y mostrándole sus dientes.

Coloco mi pie en el primer espacio que observo y trepo por la afilada piedra. Me inclino para acceder al siguiente hueco y los músculos de mis brazos se quejan ante el esfuerzo. Ignoro el ardor exterior e interior y vuelvo a ejercer fuerza para llegar hasta el próximo escalón que se forma en la roca. Para mi sorpresa, escalar la muralla no ha sido un gran impedimento, pudiendo corroborar la agilidad y energía que me ha entregado el enlace. Sin embargo, persiste el dolor como miles de agujas que se entierran en mi carne, como si las tinieblas tuvieran conciencia de lo que estoy haciendo y quisieran detenerme. Lo que ellas no saben, es que el dolor ya es parte de mí y nunca

me volverá a derrotar.

Al llegar a la altura de la ventana me doy cuenta que me separa un considerable espacio al no tener de donde afirmarme. Levanto la mirada dejando que la brisa del inminente amanecer golpee mi rostro y sin cavilar el peligro, despego mis botas de la roca quedando completamente suspendida. Me afirmo sólo por mis manos, las que se arañan contra la puntiaguda estructura para luego balancearme enterrando mis dedos en las piedrecillas que se desprenden y me impulso lanzándome hacia el ventanal. Logro alcanzar el alféizar golpeando mi cuerpo contra la muralla, pero el polvo hace resbalar una de mis manos. Escucho el alarido que emite Sondra al comprobar que estoy colgando en el aire, sostenida tan solo del borde de mis dedos. Resuelta a no caer, entierro las puntas de mis botas a la piedra y aunque mi cuerpo arde por el sacrificio, me impulso a retomar el equilibrio. Rasguño mi cara contra la piedra, pero no me detengo hasta agarrar con mis dos manos el extremo del vano. Retomo mi respiración realizando un último y extenuante esfuerzo. Trepo para finalmente alcanzar la ventana, que para mi fortuna se abre de un empujón.

En el interior me encuentro con el espiral de una angosta escalera que las pocas antorchas muestran. De inmediato asciendo consciente del peligro y del poco tiempo que tengo. Al terminar los escalones localizo una tenue luz que se filtra por el borde de la puerta entre abierta. Tomo una de las dagas del cinturón y con cautela me acerco recordando mi anterior disputa con Calesia y también que su poder es superior al mío.

Me mantengo en el exterior para determinar si ella o alguien más se encuentra en el interior. Al no percibir ni escuchar ningún movimiento, me aproximo ingresando al refugio de la maldita hechicera. No pierdo tiempo en analizar todo el odio que regresa y que siento por ella, priorizando encontrar lo que vine a buscar, sin embargo, me sorprendo al encontrar a primera vista una alcoba igual a cualquier otra.

Recorro rápidamente el lugar mirando debajo de la cama y detrás de los pocos muebles. Mi frustración comienza a crecer al contemplar que por una ventana lateral los primeros rayos del sol comienzan a aparecer.

—Esto no puede ser todo. —Susurro ofuscada y también incrédula. Doy un nuevo vistazo al lugar y me detengo al pasar por al lado de la chimenea.

Me acerco para inspeccionarla. Me parece extraño y fuera de lo común que la leña se encuentre intacta y no halla rastros de cenizas, como si nunca hubiese sido utilizada. Me inclino buscando algún tipo de abertura para

finalmente empujar la piedra del fondo la cual cede de inmediato.

Me agacho introduciéndome en el espacio, descubriendo la guarida de Calesia. Aunque no debería impresionarme nada que tenga que ver con ello, sí lo hace. En el interior se encuentra la hoguera que calienta e ilumina el entorno. En el centro una gran mesa dispuesta con candelabros y vasijas, que desde mi ubicación, percibo que contienen las cenizas de su árbol sagrado, las mismas que fueron ocupadas en el ritual. También observo grandes recipientes atiborrados de sangre. Sigo recorriendo el lugar hasta encontrar una tarima en la cual descansa un gran y viejo libro abierto por la mitad. Esta vez sí agradezco que Boreas estuviera en lo cierto, haciendo que la esperanza se prenda como una pequeña llama que de inmediato es aplacada con una ventolera de dolor. Resisto su embiste y camino hacia su dirección. Al levantar la cabeza me detengo cuando observo la muralla. Pintados en blanco hay diferentes símbolos y en sus costados las fases de la luna. Estoy segura que hay un mensaje oculto, pero que me es imposible descifrar. Sigo observando la pared y un halo de temor me recorre cuando encuentro la representación de los animales de las casas de Badru y no por estar mencionados, sino más bien, porque a cada dibujo lo acompañan los elementos que he observado y que distinguen a los Antiguos Ancianos. Clavados a la pared contemplo las astas de un ciervo, las alas de un halcón, los colmillos de un lobo, la cola de un zorro, las garras de un oso y la cabeza de un búho. A simple vista podría parecer una espeluznante exhibición de los símbolos de sus hermanos, pero de la forma en que están dispuestos podría jurar que no es un buen augurio.

Debería atenerme a mi primer plan. Tomar el libro e irme de este lugar antes de ser vista, pero observar la sangre, los símbolos y la madera de su árbol sagrado; todos elementos que continuarán utilizando para seguir vinculando a más personas y matando a otras, es imposible ignorarlo sin hacer algo al respecto.

Las tinieblas que siguen vivas en mi interior se retuercen haciendo que la bilis suba por mi garganta al percatarse de mi intención. Trago y lucho contra las arcadas mientras tomo el libro que ciño con fuerza a mi cinturón para luego dirigirme a la mesa. Tomo las vasijas y de a una las comienzo a lanzar al fuego. Pateo los recipientes con sangre haciendo que se derramen para luego tomar una antorcha y encenderla. Sin dudarle, la acerco a la blanca madera dispuesta en un rincón y una vez que la veo arder también comienzo a prender los barriles, la mesa y todos los elementos que están a mi

alcance.

El fuego se comienza a expandir al igual que mi deleite, así como también la laceración en mi interior por parte del enlace que me castiga por lo realizado. Atrapo el suplicio y lo convierto en una gran carcajada, burlándome de la oscuridad, consciente de que por primera vez la victoria es mía. Lamentablemente no es algo que pueda disfrutar por mucho tiempo, las llamas y el humo se esparcen a gran velocidad y pronto alertarán a todo el reino.

Cruzo el pequeño espacio hasta la habitación contigua y ya cargo en mi mano una espada al sentir una presencia.

Calesia en su máxima expresión está de pie en el centro de la alcoba. Su pelo blanco ondea con furia al igual que sus ojos.

—¡Qué has hecho! —Su grito me envuelve como si una gran ventolera arrasara el entorno.

Respondo sonriendo y levantando mi espada. Se abalanza sobre mí, pero antes de alcanzarme desaparece dejando una ráfaga de viento frío. Me giro alerta a su embestida, la cual no llega. Me volteo en todas direcciones buscándola y la brisa gélida me llega junto al humo que emerge desde el hueco de la chimenea. Me inclino y entre el fuego la encuentro levantando sus brazos que desprenden destellos blancos que se deslizan hacia las llamas con la intención de apagar el incendio. Me agacho para introducirme otra vez en su guarida, porque no la dejaré que recupere sus elementos de maldad. Antes de que logre dar un paso, un fuerte agarre me lanza hacia atrás.

Me incorporo lista para atacar a cualquiera que quiera detenerme y al voltearme me encuentro con un guerrero que al instante me hace reaccionar.

—Liana. —Exclamo al reconocer a la Antigua Anciana.

—¡Debemos irnos! —grita mientras toma de mi brazo para sacarme de la alcoba.

—¡No podemos dejarla! —Lucho con ella para que me suelte. No llegué tan lejos para que Calesia nuevamente se salga con la suya.

—¡Lo haremos! —No espera mi reacción y me arrastra doblegándome con su fuerza.

Mis intentos de lucha son en vano y los detengo cuando contemplo a Taviana que sube la escalera a gran velocidad y puedo percibir que va a atacar a Liana.

A regañadientes comienzo a descender los escalones y también al escuchar el alboroto que se comienza a gestar en el exterior. Al salir del

torreón por la entrada principal ya hay varios hombres que corren con baldes en mano hacia el incendio.

Liana los esquivo dirigiéndose hacia el borde de la fortaleza y la detengo antes de proseguir.

—Debemos ir por Sondra. —Menciono al no poder dejar a su suerte a la doncella. Antes de que pueda responder, una gran explosión hace retumbar el suelo y también una de las torres de los vigías.

—Ella está a salvo. —Sonríe y luego sigue corriendo.

No estoy segura de lo que ocurre, pero lo que sea, mantiene a todo el reino desorientado ante, al parecer, un inminente ataque y eso ayuda para que nadie fije su atención en mí.

Liana se detiene repentinamente frente a dos barriles que al ser removidos revelan una estrecha puerta.

—¿A dónde nos dirigimos? —pregunto cuando veo que desciende por una escalinata que se sumerge en la oscuridad.

—A los calabozos. —Responde sin detener su apresurada marcha.

En respuesta, acelero el paso comprendiendo su objetivo y el hecho de que están cumpliendo su palabra. Sacarme de este lugar junto a las personas que solicité que fueran liberadas. Lo que ella no sabe es que no estoy segura de poder alejarme de aquí sin saber si Alen después de nuestra vinculación fue capaz de sortear la oscuridad, o es lo que quiero creer al continuar percibiendo su incesante llamado. Al descender la escalera acomodó mi capa para cubrir mi rostro, ya que nos encontramos con varios guerreros que corren en dirección al exterior cargando sus armas. Los lobos que siguen a sus amos se detienen por un instante en Taviana y luego bajan su cabeza siguiendo su camino.

En el momento que llegamos a un cruce, la vibración en mi interior se aviva con la urgencia de tomar el corredor en dirección al sur, hacía donde se encuentra él. Me afirmo de mi tesón para doblar al oriente hacia donde se dirige Liana. El pasillo por el que avanzamos a cada paso se observa más desierto, escuchando únicamente el alboroto desde el exterior.

—¿Cómo crees que lograremos escapar con toda esta atención? —pregunto una vez que cruzamos la última puerta, la que nos muestra el ingreso a los calabozos.

—La destrucción de la torre de Calesia no fue un acto muy sutil de tu parte. Ahora ella sabe que no estás enlazada y vendrá por ti. —Se detiene, y con un solo destello se transforma a su forma original. Está claro que percibe

la energía fría que se cierne desde el corredor que acabamos de transitar. Al mismo tiempo, Taviana y yo nos ponemos en una posición defensiva esperando a la maldita hechicera.

La brisa gélida se sigue acercando al igual que una pequeña y tenue neblina. No espero la embestida de Calesia y arremeto contra la bruma. Un gran resplandor me enceguece al tiempo que me desorienta.

—Eleonor. —Una voz conocida es la que hace que baje la guardia. Una vez que recupero la visión, contemplo a Sondra al lado de Lael—. Pasamos a través de todo el pueblo sin ser vistos. —Comenta con evidente emoción.

Ni siquiera respondo. Todos nos ponemos en movimiento ingresando al sector de los calabozos. No alcanzamos a dar un par de pasos cuando nos encontramos de frente con dos guardias que custodian el lugar. No es necesario que me enfrente a ellos. Liana y Lael se mueven con ligereza alcanzándolos antes de que puedan reaccionar. Al tocar sus frentes de inmediato caen inconscientes. Sondra agarra las llaves del cinturón de uno de los hombres y toma la delantera guiándonos por el corredor.

Nos acercamos a la primera puerta de hierro que no deja ver su interior. Sondra la abre de prisa y Lael es el que se introduce en el espacio. Al asomarme me encuentro con Asila acostada en el suelo. Su hermano la levanta tomándola en brazos. No alcanzo a escuchar lo que dice, pero le susurra palabras en su oído, a lo que ella responde abriendo con dificultad sus ojos. Un nuevo sentimiento me atropella, pero esta vez soy yo quien lo alejo. No es momento para desmoronarme, menos cuando veo su piel cubierta por las marcas rojas que devoran su vida.

—¡Ya era hora! —Una ronca y débil voz se escabulle desde el calabozo contiguo. Al acercarme, Sondra ya se encuentra en su interior abriendo las cadenas de Boreas.

Contemplo al joven príncipe que a pesar de su visible deterioro no pierde la determinación en su mirada. Una vez que se deshace de sus grilletes abraza con fuerza a Sondra y no es necesario que digan nada, con sus miradas demuestran todo lo que en secreto se profesan.

—Te vincularon. —Afirma cuando levanta su cabeza observando mis ojos y luego su mirada recae en Taviana que como siempre se mantiene a mi lado.

—No me ofrecí de manera voluntaria. —Respondo con el sarcasmo característico de Boreas.

—Debemos movernos. —Liana se acerca a nosotros y desde una

pequeña alforja que cuelga del cinturón de su vestido extrae varios objetos que nos extiende.

Tomo el brazalete construido por plumas de águila y sin cuestionarlo lo coloco en mi muñeca.

—Esto no los hará invisibles, pero bloqueará que Calesia los pueda percibir. —Explica y luego se voltea hacia su hermano. Acaricia con cariño la cabeza de Asila y posteriormente le da un leve asentimiento a Lael, quien se sumerge en una espesa niebla desapareciendo junto a Asila. Siento cómo una leve brisa fría pasa por mi lado y se mueve hasta que ya no siento su presencia.

—¿Ahora qué? —Sondra pregunta y el alivio que pudo haber sentido al encontrar a su amigo se fuga retornando su nerviosismo.

—Nos iremos. —Confirma Liana—. Lamentablemente no puedo ocultarlos a todos, así que deberemos llegar a las catacumbas, es la única vía de escape. —Dirige su mirada a Boreas.

—Sé cómo llegar hasta ahí sin ser vistos, pero primero. —Se ubica al medio del corredor y grita—. ¡Nube!

Además de escuchar el barullo de afuera, no soy capaz de escuchar alguna respuesta por parte de su animal, pero eso no es impedimento para que el joven príncipe le quite las llaves a Sondra y corra desapareciendo por un pasillo a unos metros. Nos colocamos en movimiento en su dirección hasta que lo encontramos en el interior de una celda quitándole el bozal a Nube, quien al ser liberado de inmediato lame la cara de su amo.

Un nuevo sentimiento se escurre dentro de mí y esta vez lo dejo avanzar a pesar del dolor que me infringe sentir el atisbo de felicidad.

—Tenemos compañía. —Liana nos advierte cogiendo una de las cadenas que se encuentra en el suelo y la enreda en su muñeca. Boreas también se incorpora de manera ágil y toma una de las espadas de mi cinturón al igual que yo.

Desde el pasillo, que es nuestra única salida aparece un grupo de guerreros acompañados por sus animales. Boreas esconde detrás de su espalda a Sondra, mientras nuestros lobos toman una posición de combate.

Ni siquiera medito la desventaja de número al contar a seis hombres. Lo único que puedo vislumbrar es la imperativa necesidad de salir de este lugar al coste que sea.

Liana es la primera en reaccionar corriendo al encuentro y como lo he presenciado con anterioridad, se desvanece antes de alcanzarlos. Su

materialización se realiza a sus espaldas golpeando con la cadena en la cabeza a uno de ellos para luego con un solo toque de su mano adormecerlo. Aprovechamos el desconcierto de los guerreros para avanzar y atacarlos.

—¡Capturen a la princesa y al resto mátenlos! —El guerrero que lidera al grupo da la orden que para mí es una ventaja, al saber que no me lastimarán, no al menos de muerte.

Taviana gruñe lanzándose sobre uno de los hombres que reacciona luchando por hundir el acero en su cuerpo. De inmediato me aproximo y entierro mi espada en su brazo clavándolo al suelo, permitiendo que mi loba ataque su garganta. Para mi sorpresa, el animal perteneciente al hombre gruñe en un espeluznante bramido, pero no ataca. Se mantiene a una corta distancia contemplando a Taviana. No tengo tiempo de analizar su reacción, menos al sentir el agarre de mi cabello, el que me lanza contra el suelo. En un acto reflejo me volteo y golpeo en su masculinidad al guerrero que me quiere aprisionar para luego tomar la espada del hombre, ahora muerto a mi lado, e incrustarla en su pie. Me levanto de un salto y pateo su cara. Levanto la mirada para ver cómo Liana ya se ha deshecho de tres soldados, y a un costado, Boreas remata al último hombre en el suelo. Nube es el que se encuentra en desventaja, tres animales lo rodean y acechan con sus largos colmillos.

“Ayúdalo” ordeno a través de mis pensamientos a Taviana que de inmediato emprende su carrera hacia los animales. Se lanza sobre uno mientras yo también corro para defenderla. Me detengo cuando veo la confusión de los lobos ante la presencia de ella. No la atacan, únicamente gruñen como si hubiera algo que los detuviera a hacerlo.

Al comprobar que el animal que se encuentra en el suelo repele el ataque, pero no se defiende, grito

—¡Suficiente! —Taviana no acata mi orden de inmediato, pero al advertírselo nuevamente suelta al lobo.

—¿Qué fue eso? —Boreas jadea a mi lado afectado por la pelea. Claramente su estado físico después de los días de encarcelamiento lo mantienen débil.

—Es la alfa. —Declara Liana y todo toma sentido. Ya me lo habían mencionado, pero jamás cavilé lo que pudiera significar eso, no al menos para los animales. —Debemos irnos ahora, pronto vendrán más guerreros.

Ni siquiera lo cuestionamos, todos nos ponemos en movimiento saliendo a toda prisa de los calabozos. Boreas nos dirige esta vez tomando un camino

diferente por el cual habíamos ingresado. Abruptamente Liana se detiene y sus pupilas se tornan blancas, al segundo, una nueva explosión hace temblar las paredes a nuestro alrededor. La vuelvo a observar y podría jurar que observo una leve sonrisa. No tengo tiempo de preguntar a qué se debe, porque mi interior se vuelve inestable. Como si un rayo rozara mi piel, el estremecimiento se esparce por mi cuerpo envolviéndome de calor y necesidad. Ya no es un llamado, ahora es una exigencia que me detiene al sentir la cercanía de una presencia. Cierro mis ojos y percibo su palpitar, el que de inmediato se alinea al mío. Me giro y lo veo.

—Alen. —Exhalo en un necesitado gemido.

Capítulo 26

La figura del príncipe de las tinieblas se muestra tenue a través de las antorchas del lúgubre corredor, sin embargo, nada es sutil ante su aparición. Sin poder rehuir ni detenerlo, nuevamente me sumerjo en un abismo ardiente y crudo. Su invisible llamado se transforma en una obligación que me es imposible denegar.

—¿Qué haces? —pregunta contemplándome como si nada más existiera. Da un paso hacia mí observándome con curiosidad. Su imponente figura también me enceguece, estremeciendo mis sentidos, los que perciben su mirada como una quemante caricia haciendo vibrar la marca de sus dientes en la base de mi cuello.

—¡Eleonor! —Liana toma de mi brazo al tiempo que las pisadas inundan nuestro alrededor. Escucho maldecir a Boreas al comprobar que los guerreros nos rodean desde el frente y retaguardia junto a sus lobos, encerrándonos en el corredor.

Esto no me detiene para que mi cuerpo reaccione con impaciencia también dando un paso hacia él. Mi objetivo está en el hombre que desde el inicio ha consumido mi mundo y ha volado una y otra vez todos mis cimientos. Me deshago del firme agarre de Liana y doy mi orden a Taviana. La loba gruñe a mi espalda amenazando a cualquiera que me quiera detener ya sea aliado o enemigo.

—Es hora de que nos marchemos. —Proclamo percibiendo también la agitación de su pecho ante mi voz.

—¿Por qué haríamos eso? —Da un nuevo paso y aunque suena seguro, el latido de su corazón se alborota ante mi cercanía.

—Esta guerra debe terminar. —Digo con convicción. Al dar un nuevo paso, sus ojos enrojecidos y el gruñido de Liska a su lado me confirman que él no regresó.

—Esta guerra nunca acabará mientras no tengamos todo lo que queremos. —Sus palabras son un tormento, no obstante, el sonido de su voz me hipnotiza—. Tú eres mía y jamás me podrás abandonar. Lo sabes.

“Lo sé”, mi cabeza exhala porque mi instinto me señala que; si lo abandono, una parte de mí morirá, ya sea por el brutal encantamiento, por la veracidad de nuestra vinculación o por mi infinito amor.

—Me quedaré, pero a ellos déjalos marchar. —Menciono con la intención de buscar una salida o ganar tiempo. La negación de Liana es

inmediata junto al desafío de Taviana que la retiene interponiéndose en su camino para que no me alcance.

Doy un nuevo paso porque nuestra vinculación nos arrastra a tocarnos. Levanto mi mano hacia su cuerpo, no porque la oscuridad lo demande, sino porque ansío tanto su contacto como el fluir de mi sangre. Deslizo mi palma por la abertura de su camisa que expone su torso y con las yemas de mis dedos recorro la marca que realicé. Mi piel se eriza ante el roce y en respuesta él gime. Escucho el llamado con urgencia de mi nombre, pero no me alcanza. Agarro su camisa y lo acerco con pertenencia tomando su boca y de inmediato su lengua envuelve la mía.

—Ven conmigo. —Ruego en el borde de sus labios exponiéndome a que su respuesta será mi condena o mi salvación.

Acaricia mi mejilla con delicadeza para luego llevar su mano al borde de mi nuca y tomar con severidad mi cabello.

—Tú nunca te marcharás de mi lado. —Sonríe y deposita otro beso en mi boca.

Advierto el movimiento de los guerreros que levantan sus armas de manera intimidante hacia mis aliados. Lo vuelvo a besar cerrando mi mano en el mango de la espada que aún cargo. Lamo una última vez sus labios, finalmente aceptando en lo que me he convertido. Esta vez acepto el obsequio del encantamiento y asimilo su ideal. Al igual que ellos, jamás cederé. Nunca me detendré. La decisión está tomada. Y aunque deba luchar contra él, mi pueblo tendrá su oportunidad. La oscuridad no ganará. A pesar del quiebre de una parte de mi naturaleza deshago el contacto, consciente de que no existe el retorno para ninguno de los dos.

—¡Déjanos marchar! —Doy un paso atrás levantando la espada que dirijo a su corazón, momento en que Taviana cambia el rumbo de su amenaza hacia el heredero del Valle Oscuro.

—¿Lucharás contra mí? —Alen suelta una gran carcajada que es acompañada por dos guerreros que levantan sus arcos. De inmediato mi alerta despierta al visualizar las flechas blancuecinas y conocer su significado—. ¿Estás dispuesta a morir por ellos?

No es necesario que verbalice mi respuesta, retrocedo hasta ubicarme al lado de Boreas y Liana.

—Por un momento me hiciste dudar. —Susurra el pequeño príncipe. Mi respuesta no alcanza a llegar. Alen mueve levemente su cabeza y las flechas son disparadas hacia Liana.

Me lanzo de forma instintiva para cubrirla y al instante ella se desvanece esquivando al menos una de las flechas, la otra se entierra en mi hombro izquierdo traspasando la carne y atravesándome con inclemente dolor. Antes de caer, Boreas reacciona y me atrapa en sus brazos. El grito de irritación de Alen hace que levante mi cabeza. De manera ágil desenvaina una de sus espadas y de un solo movimiento cercena la cabeza de uno de los guerreros que disparó.

—¡Todo aquel que la lastime morirá! —brama con la intención de acercarse a mí, pero Liana se vuelve a materializar tapando su paso al igual que Taviana, ambas lo enfrentan.

Me incorporo con dificultad ignorando la punzante tortura de los músculos desgarrados y nuevamente lo encaro.

—Para matarlos a ellos tendrás que matarme a mí primero. —Desafío no sólo sintiendo la aflicción de mi cuerpo, sino también aceptando mi completa revelación a él y al enlace.

—Entonces veremos cuánto eres capaz de soportar. —Me reta haciendo un gesto a sus hombres, confirmándome que él tampoco se detendrá.

Del final del pasillo y entre las sombras aparecen nuevos guerreros arrastrando una persona. Una vez que es posicionada al lado del heredero, éste la toma de su cabello elevando su cabeza y revelando su identidad.

—Brisa. —Exclamo confundida al recordar que ella había sido enlazada, sin embargo, el real terror en sus ojos, es un indicio de que no fue así.

Cavilo mis escasas posibilidades y saco de la parte posterior de mi cinturón el libro que quizás sea el único objeto que nos pueda entregar alguna respuesta y esperanza. Me giro entregándoselo a Boreas, quien lo recibe con desconfianza. Miro a Sondra que se ha mantenido escondida tras su espalda y lamento que no todos podamos ser salvados.

—Liana márchate, tú puedes desaparecer, llévate a Boreas. —Murmuro no como sugerencia sino como una orden.

La negación del pequeño príncipe es inmediata al igual que la de la hechicera.

—Te quedarás aquí o verás morir a cada una de las personas que tanto ansías salvar. —La aseveración de Alen acapara mi atención y me vuelvo para mirarlo.

Levanto la espada y la dirijo en su dirección, evitando los temblores que me producen el palpitante dolor en mi hombro. El odio de la oscuridad se agita, pero esta vez va dirigido hacia él. Constato que sus palabras no son una

simple amenaza al dirigir una cuchilla al cuello de Brisa.

Nos enfrentamos con las miradas mientras nuestros instintos se retuercen salvajemente por definir quién será el alfa de nuestra unión. La vibración de su energía me advierte de su próxima acción haciendo que mis sentidos de reacción se aviven. Sin pensarlo, me muevo de prisa hacia su dirección. Sus ojos encuentran los míos y distingo la sorpresa en ellos, mientras clavo mi espada en su muslo, con la intención de detenerlo. Lamentablemente su mano es más ágil que mis movimientos y debo observar cómo la garganta de Brisa es abierta por la daga y por su mano. La crueldad de su acto desata mi ira, haciendo que retuerza el acero en su pierna con el propósito de infringirle el mismo dolor que me abate y que mata parte de mis emociones hacia él.

—Eleonor. —Exclama con sorpresa y con voz agitada por el malestar, pero también por la aflicción que le produce mi inesperado ataque.

Jadeante me separo, porque mi pecho arde al igual que el de él. Liana me sostiene cuando mis piernas flaquean ante la maldita resolución que nace y que al volver a mirarnos se enardece, exhalando en un demoledor silencio en lo que nos hemos convertido. Enemigos.

Alen quita la espada de su pierna y observa con una espeluznante certeza a sus hombres.

—¡Mátenlos! —Ordena y fija su atención nuevamente en mí—. Ella es mía.

Liana se aferra a mi cuerpo y siento cómo una gélida bruma me comienza a envolver. Trato de luchar contra esto al captar su verdadera intención, que es la de llevarme con ella. Antes de desaparecer, esta intención es detenida por un fuerte temblor que hace que estalle la piedra que nos sostiene.

El terreno cede haciéndonos caer entre rocas y polvo. El aire gélido me sigue conteniendo como si levitara a un lento ritmo. El golpe de la caída nunca llega. Liana continúa sujetándome para luego con delicadeza depositarme en la superficie. Mi confusión se comienza a disipar junto a la bruma, haciendo audibles los gritos y aullidos. Mi primera percepción es la conexión con Taviana que aparece entre las rocas corriendo hacia mi dirección.

Entre el caos y la polvareda los guerreros se comienzan a levantar junto a sus animales. Liana es la primera en reaccionar derribando a un soldado y haciéndose de su espada. Me volteo para encontrar a Boreas que saca a

Sondra de entre las piedras sin percibir al guerrero que lo va a atacar. Rebusco en mi cinturón sin encontrar ninguna espada.

—¡Boreas! —Grito para alertarlo, al tiempo que el esfuerzo me envía un espasmo de dolor como si la flecha se incrustara otra vez en mi hombro. Me voy a mover en su dirección consciente de que no alcanzaré a llegar y el temor aparece.

El príncipe se gira cuando el guerrero va a enterrar el filo en su espalda. El grito queda suspendido en mi boca al cruzar un haz de luz que intercepta el ataque lanzando al guerrero lejos. La imagen se materializa y el asombro es el que nace al contemplar a Barón. La comprensión se hace presente al saber quién es el responsable de las explosiones y de la sonrisa de Liana. Voltea para mirarme con expresión indescifrable para luego volver a desaparecer, dejando una suave brisa que se mueve en nuestro entorno a medida que los guerreros que se mantienen en pie siguen cayendo. Me gustaría agradecerle al Antiguo Anciano por venir en mi auxilio, pero esto aún no termina.

Recorro el lugar apreciando la cueva que es alumbrada por los destellos de las luces que envuelven a los hechiceros. Claramente nos encontramos debajo de la fortaleza siendo tal vez la única vía de escape del Valle Oscuro. La nueva alarma que aparece y que me es imposible ignorar, es no visualizar a Alen, sin embargo, percibo sus pausadas pulsaciones. Miro a Taviana la que recibe mi requerimiento y se desliza entre los escombros para buscarlo. A los pocos segundos me confirma su descubrimiento, el cual también es captado por Boreas. Los dos nos dirigimos hacia el extremo en donde el cuerpo de Alen se encuentra enterrado bajo una piedra que aprisiona una de sus piernas.

Mi desplazamiento es más lento de lo que quisiera, al seguir soportando la tortura en mi hombro y también por la desesperación de saber su condición.

—¡No! —grito al observar que Boreas levanta su espada y la dirige hacia el cuerpo inerte de su hermano, siendo Liska quien aparece entre las sombras con la intención de defender a su amo.

—No lo podemos dejar vivo, vendrá por nosotros, nos cazarán. —Objeta el pequeño príncipe con determinación, idea que de inmediato rechazo.

—Él es el único capaz de romper esta maldición. —Apelo por su vida. A pesar que el resentimiento es una gran roca que ahora cargo en mis hombros, es imposible siquiera imaginar su fallecimiento.

—Ese es tu problema... —Boreas da un nuevo paso hacia Alen aún con la espada levantada—. Tu compasión.

—La misma que no te abandonó a tu suerte. —Le recuerdo junto a mi próximo mandato. Taviana se mueve acechante a su dirección uniéndose a Liska. Nube se une a su amo, sin embargo, sé que no atacará a mi loba.

Sondra se mueve con cautela hasta posicionarse al lado del joven príncipe y toma de su brazo bajando su arma. Nuestros ojos se encuentran mostrándome que comprende mi decisión. Ella también estuvo dispuesta a todo por mantener con vida a la persona que ama.

—Esta decisión será tu responsabilidad. —Boreas me advierte, alejándose.

Avanzo con dificultad entre los restos de piedra y caigo de rodillas al lado del heredero de este reino. Confirmando su leve respiración, sintiendo un completo alivio. Acercando mi mano a su rostro quitando los rastros de polvo consciente de que debo despedirme, pero cómo hacerlo si él es mi inicio y también siempre será mi final. Mi interior se agita ante la inminente pérdida y el innegable aviso de que nunca podré hallar paz mientras su alma se mantenga errante en las sombras y lejos de mí. Me afirmo a su cuerpo porque la valentía se quiebra ante el término de nuestra historia, que como dijo Boreas: solo será el inicio de una cacería que nos volverá a encontrar y esta vez, para enfrentarnos.

—Ya es hora. —Una brisa fría se manifiesta a mi lado junto a la figura imponente de Barón que sin preguntar me toma entre sus brazos, levantándome. No necesito hablar, ni mirarlo, es evidente que no me hubiera podido alejar por voluntad propia. Él lo sabe, y en el cobijo de su abrazo me transmite la total comprensión ante mi contradicción y agonía.

Cierro los ojos cuando un sin fin de emociones regresan y se abren paso despedazando mis instintos, los que aúllan por regresar a su lado. Me aferro con fuerza al Antiguo Anciano aguantando el ensordecedor flagelo del inevitable adiós.

Capítulo 27

Los movimientos de Barón se tornan más rápidos al notar que por la abertura que dejó la explosión se filtran las voces de nuevos guerreros. Inesperadamente la luz del amanecer se vierte sobre mis párpados confirmándome que hemos salido de la cueva, sin embargo, aún no escapamos del peligro. Abro mis ojos reconociendo el bosque que rodea la ladera de la fortificación y también al escuchar las pisadas de los animales que vienen por nosotros.

Barón me baja para reunirse con Liana y caminar hasta una muralla de grandes árboles. De su alforja extrae un polvo rojizo que esparce en el borde de los troncos, instante en que un crujir de ramas me alerta desde mi espalda.

Me muevo con dificultad, no solo sorteando la aflicción de mi cuerpo sino también la parte de mí que sigue expuesta y permanece en el interior de la cueva.

Al girarme, veo cómo de entre los arbustos una veintena de hombres se incorporan con sus arcos en manos. Debo parpadear un par de veces para salir de mi confusión y asombro al notar sus ropajes.

—¡Eleonor! —La voz de mi hermano retumba en la base de mi pecho y mi rostro se agita en busca de su sonido.

—Al parecer, sí podremos salir de este lugar. —Boreas comenta, sin embargo, lo ignoro. Mis piernas ya están en movimiento para reunirme con Emery.

Mi hermano corre hacia mi dirección, pero antes de alcanzarme una fuerte ventolera me azota congelando e inmovilizando mi cuerpo. La gélida niebla me atrapa envolviéndome y de inmediato reconozco su procedencia. Calesia.

—¿Pensaste que te librarías de mí? —El brazalete de plumas de águila que llevaba en mi muñeca es arrancado y siento el glacial aliento de la hechicera en mi oído. Me agarra firmemente y antes de que pueda reaccionar, estoy cubierta por su poder, el que me envuelve haciéndome invisible junto con ella. Mi intento por deshacerme de su sujeción es en vano, sin poder evitar que me arrastre hacia el interior de la cueva.

Contemplo a mi hermano que confundido y desesperado mira hacia todos lados buscándome.

—¡Calesia! —Escucho el grito de Barón y lo logro divisar corriendo en todas direcciones junto a Liana alertados de la presencia de su hermana.

—Debí acabar contigo desde un principio. —La hechicera me sigue arrastrando hacia la oscuridad, siendo inútil alejarme de ella, su fuerza es mayor que la mía. —Pero eso es algo que todavía puedo cambiar.

Escucho el gruñido de Taviana que se acerca y que a pesar de encontrarme invisible, ella es capaz de sentirme. El filo de una daga se presiona en mi pecho y no estoy segura de contar con el tiempo suficiente para esperar a ser rescatada, situación que ya no me preocupa, más bien observo la fortuna de poder llevar a cabo mi juramento hacia la maldita hechicera. Sin dudarlo, lanzo mi cabeza hacia atrás golpeando su cara, lo que evidentemente no hace que me suelte, al contrario, corta la piel de mi torso. Ignoro el dolor concentrándome en la movilidad que necesito para tomar el collar que le entrega la mayoría de sus poderes. Cierro mi mano alrededor de los colmillos de lobo que cuelgan de su cuello y lo jalo desprendiéndolo de su cuerpo.

La brisa gélida desaparece al igual que algunos de sus dones. Levanto mi brazo observando que ya no se encuentra translúcido, retornando cierto alivio al estar otra vez visible. El gemido de ira de Calesia a mi lado es el que me alerta de su nueva arremetida y sólo alcanzo a levantar mi brazo para cubrirme. Gimo al sentir el filo de la cuchilla que desgarrar parte de la piel haciéndome trastabillar. Logro estabilizarme al escuchar las pisadas de Taviana que se acercan a gran velocidad, pero no lo suficiente para la próxima embestida. La hechicera a pesar de no contar con todos sus dones, mantiene la ventaja al encontrarme desprovista de algún arma, sin embargo, tampoco dejo que esto me detenga, por lo que desplazo el dolor y absorbo mi furia para recibir el corte y abertura de su daga en mi mejilla. Cuando va a atacar nuevamente, la energía a mi alrededor cambia y no necesito observar la apariencia que se acerca para saber de quién se trata. El latido de su corazón junto al hormigueo de mis poros es la confirmación de su presencia. La cuchilla de Calesia queda suspendida en el aire momento en que su expresión es cambiada por una mueca de dolor. Detrás de ella aparecen los ojos enrojecidos que se encuentran tatuados a fuego en mi carne.

—Te dije que, si la volvías a lastimar, te despellejaría viva. —Alen susurra en el oído de la hechicera mientras la espada atraviesa su cuerpo manchando el ropaje de su torso de un rojo intenso.

Nuestras miradas se encuentran un instante con un sin fin de palabras que no son pronunciadas, sin embargo, la comprensión se desliza primitiva y natural.

Contemplo a Calesia que lucha por soltarse, pero esta vez no dejaré que se salve. Soportando mi propio dolor, agarro la flecha enterrada en mi cuerpo quebrándola de un solo impulso.

—Esto es por Asila. —Exhalo entregándole una gélida sonrisa para luego hundir las astillas de la madera del árbol sagrado en su mejilla.

Sus ojos se tornan blancos, pero esta vez, los acompaña el horror al darse cuenta que su destino ha sido trazado.

Alen saca la espada de su cuerpo y lanza a la hechicera hacia un costado entre los gemidos de consternación y el presagio de su destrucción.

No arremeto contra ella otra vez porque mi satisfacción está en haberle entregado el augurio de una muerte lenta y consciente.

—Eso no era necesario. —Alen jadea mientras me indica el trozo de flecha que aún mantengo en mi mano—, pero me enorgullece tu determinación, eres una digna heredera de Los Lobos.

Doy un paso atrás, jadeando por mi propio esfuerzo al continuar luchando por mantenerme de pie. Contemplo su estado que es tan deteriorado como el mío, pero al igual que yo, su voluntad se mantiene intacta.

Los destellos de luces comienzan a aparecer a nuestro alrededor. Desde su espalda antorchas cargadas por nuevos guerreros y desde la mía los hechiceros que vienen por mí.

Alen se mueve ágil hacia mi dirección con la intención de atraparme, pero cae de rodillas al ceder la pierna herida por mi mano. Percibo su dolor, pero lo que prevalece es la irritación y frustración en el pequeño gruñido que suelta. Entierra la espada en la roca y levanta su rostro haciendo algo que jamás podría pensar que sería posible. Alza su mano.

—Quédate conmigo. —Solicita con ira y desesperación. Entre tanto, el sonido de las flechas cortando el aire se comienzan a cernir a nuestro alrededor estableciendo una vez más a qué bando pertenecemos.

Me alejo un paso más sintiendo la presencia de Taviana a mi costado, quien aúlla al palpar mi propio lamento al rechazarlo. La bruma de mi interior se disipa haciendo que encuentre mi propia voz y el propósito para el que nací y fui criada. La obligación de liderar a Badru. Ese objetivo está por encima de mis primitivos deseos, de la oscuridad y de él.

No es necesario que mi decreto sea pronunciado. A través de nuestra vinculación, el heredero al trono de la Casa de Los Lobos, lo recibe bajando su brazo que es acompañado por la decepción en sus ojos.

—Sabes que iré por ti. —Ahora es él quien determina, mientras lucha

por mantener su estabilidad—. Aunque deba recorrer cada espacio de este mundo te encontraré y te traeré de vuelta al lugar que te pertenece.

—Mi lugar es con Badru. —Respondo siendo plenamente consciente de todo lo que va contenido en mis palabras.

—¡Tu lugar es conmigo y con el Valle Oscuro! —grita intentando otra vez alcanzarme. —Nunca te desharás de mí, llevas mi marca.

Sus palabras se agitan en mi interior porque es la cruda verdad. Ya no necesito un dibujo impregnado en mi piel para que me indique mi verdadero origen. La huella que él dejó es mucho más profunda y real.

Nuestras miradas siguen sujetas hasta que un movimiento las destraba. Calesia se coloca de pie con una daga en su mano, y antes de que pueda dar la orden a Taviana, Liska es el que salta sobre ella, derribándola.

Mi mirada regresa a Alen que me devuelve una sonrisa arrogante momento en que intenta otra vez alcanzarme. Esta vez no necesito alejarme. Una brisa fría me absorbe por completo junto a un destello de luz. Liana me carga hacia el exterior mientras mis ojos continúan sujetos a los del descendiente de las tinieblas y en mis oídos retumba el llamado desgarrador de mi nombre en sus labios.

Los estallidos y explosiones comienzan junto al aullido de los lobos. Por mi parte quiero seguir luchando, pero el incesante dolor en mi interior y exterior me hace finalmente ceder descansando mi cuerpo sobre la hechicera.

—Resiste. —Escucho las palabras de Liana que me animan—. Pronto te curaremos.

Asiento hacia ella sabiendo que los hechiceros sanarán mi cuerpo, sin embargo, hay algo que nunca jamás podrá ser regenerado. Las sombras que llevan sus garras clavadas en mi esencia y que nunca me dejarán.

De forma repentina el frío es cambiado por el calor. Al levantar mi rostro veo la cortina de fuego que queda a nuestra espalda deteniendo a nuestros enemigos.

—¿Está bien? —Escucho la voz de mi hermano que se acerca al igual que la presencia de nuestros aliados.

—Lo estará. —Responde Liana que sigue cargándome.

Hago el intento por bajarme, pero es denegada por la hechicera. El instinto de Taviana es el que me llega informándome que los lobos continúan viniendo en todas direcciones.

Unos metros más adelante es Barón el que me toma y su energía me absorbe por completo encegueciéndome con su blancura, la que también me

entrega cierto sosiego para las heridas en mi piel. No estoy segura de cuánto tiempo transcurre hasta que la neblina se desvanece.

Despierto encontrándome en el interior de una barcaza. A pesar del malestar en mi cuerpo me incorporo para reconocer mi entorno.

Lo primero en observar son varios soldados aliados que corren por la cubierta ubicándose en la base de los remos. La figura de Lael se mueve en varias direcciones levantando su bastón en el aire, desviando las flechas que vienen desde el bosque que nos acecha.

Busco a mi hermano, a Liana, a Boreas y a todos los que me acompañaban en la cueva. Cierro mis ojos hasta que recibo la señal de Taviana que se encuentra cerca y dirijo mi vista hacia donde la percibo. Por la ladera del bosque, descendiendo, contemplo los destellos de luz característicos de los hechiceros, percatándome de que Barón me trajo con su don antes que a ellos, quizás con la intención de ponerme a salvo. Situación que no me complace porque no estaré segura hasta que todos lo estén.

Me muevo hacia la popa resuelta a no dejar que mi malogrado estado físico me lo impida. Y el alivio de cierta forma llega al vislumbrar las siluetas que comienzan a aparecer entre los follajes, corriendo por la diminuta playa.

Las velas se alzan junto al viento que inicia un ululante ascender a mi alrededor. Me volteo y observo a Lael que a través de su báculo desprende una gran cantidad de brisa que lentamente se convierte en viento agitando las velas. Los hombres comienzan a remar, mientras Taviana, Boreas, Sondra, Emery, Nube y los soldados se suben a un bote que se encuentra esperando en la costa. Mi atención cambia hacia los aullidos que se vierten desde el seno del bosque y que cada vez se escuchan más cerca. Cuando el bote nos alcanza, me muevo hacia la escalera para recibir a los últimos tripulantes. Al encontrarme con mi hermano nos fundimos en un abrazo.

—¿Pensaste que te dejaría a tu suerte? —menciona acariciando con cariño mi cabello.

No respondo, solo me mantengo ceñida en sus brazos buscando la calidez de su amparo, el cual no logra llegar a mi interior.

El movimiento de los remos intensifica su velocidad mientras Liana se une a su hermano creando una fuerte ventolera dirigida a las velas que se vuelven a extender y a empujar con más potencia el barco.

A la playa llegan los lobos acompañando a sus guerreros, los que disparan en nuestra dirección flechas envueltas en fuego. El aullido

espeluznante que proviene desde el borde del acantilado, el que ahora se hace visible, nos muestra a los hombres de este reino montados en sus caballos. No me es difícil reconocer a uno en particular. Priust. Desde esta distancia no puedo ver con claridad su rostro, pero estoy segura que su expresión de odio y revancha ha crecido y se incrementará al conocer el desenlace de su compañera.

El barco aumenta su velocidad a medida que nos adentramos al mar. Y aunque debiera sentir alivio por alejarnos a salvo del Valle Oscuro, me mantengo sujeta al borde de la embarcación percibiendo en la brisa que alborota mi cabello, un firme y ensombrecido llamado correspondiente al encantamiento y perteneciente a él.

Capítulo 28

Abro mis ojos con los últimos recuerdos un tanto difusos. Una vez que zarpamos y nos alejamos lo suficiente del Reino del Valle Oscuro, de inmediato fui atendida por los Antiguos Ancianos, los cuales se ocuparon de la mayoría de mis lesiones. Obligándome muchas veces a dormir a través del manto de sanación que ellos poseen. Mientras lo hacían aliviaban y regeneraban al menos el dolor físico.

Entre los intervalos de conciencia, contemplé la desazón en los ojos de los hechiceros ante la inminente pérdida de una de sus hermanas. La imagen de Asila la divisé desde lejos y entre bruma, percibí la dedicación que cada uno le entregaba y también observé a mi hermano arrodillado a su lado la mayor parte del trayecto.

Cuando el atardecer cayó, alcancé a vislumbrar las elevaciones de las montañas del Reino de Aquilón antes de volver a caer en una intranquila inconsciencia.

—Al fin despiertas. —La voz masculina a un costado de la habitación es la que me trae al presente.

Me incorporo observando el entorno blanco, hecho que confirma el retorno a la Casa de los Antiguos Ancianos y también lo hace la ligereza de mi cuerpo al notar que fue curado.

Dirijo mi atención a la persona que se encuentra en el interior de la alcoba y encuentro al pequeño príncipe sentado en un sillón. Su apariencia se encuentra limpia y sin cicatrices visibles de heridas o grilletes. Su delgadez es aún notoria, sin embargo, su expresión muestra la recuperación.

—¿Cómo te sientes? —pregunta en un tono de voz que denota que sus palabras son una cortesía.

Ni siquiera me molesto en responder, salgo de la cama dirigiéndome a la silla en donde localizo ropa.

—¿Cuánto tiempo ha pasado? —pregunto con la inquietud de saber si el desenlace ya ocurrió.

—Llegamos anoche. —Boreas se levanta en el instante que me desprendo del camisón—. ¿Necesitas que salga?

—¿Por qué estás aquí? —Ignoro su sugerencia, mientras me comienzo a vestir con un ceñido vestido que de inmediato detesto y rechazo, considerando que la princesa que vestía para presentarse en una corte ya no existe.

—Necesitaba hablar contigo. —Responde y de reojo observo que se gira para darme la espalda.

—Tal vez puedas aguardar, necesito encontrar a mi hermano. —Amarro los lazos a mi pecho para luego encaminarme hacia la salida.

—¡Espera! —Boreas se mueve hacia la puerta interceptando mi camino.

—No tuve la oportunidad de decírtelo antes, pero agradezco que no me hayas dejado ni a mí, ni a Sondra. —Pronuncia las palabras mirando directamente a mis ojos.

—No debes agradecer nada. —Respondo esta vez en un tono más suave—. No sólo lo hice por ti.

—Lo sé. —Se ubica tapando la puerta—. Sé que lo hiciste por mi hermano y sé lo que sientes. La maldición que llevamos en nuestra sangre es suficientemente poderosa para hacer dudar a cualquiera.

Nos miramos un instante y de cierta forma encuentro entendimiento, al saber que él también siente el acecho de las sombras que se encuentran latentes y vivas en algún lugar de nuestro interior.

—Sólo quería que supieras que tienes mi completo respeto, lealtad y espada. —Expone de manera casi solemne—. Y de ser necesario, la ayuda para no sucumbir a las tinieblas.

No verbalizo mi respuesta, lo único que hago es asentir, siendo suficiente para sellar un compromiso que tal vez sólo él y yo seamos capaces de comprender.

Me devuelve la afirmación moviéndose hacia un costado.

Al salir al pasillo, camino hacia la silueta que desde que abrí mis ojos percibí. Taviana ante mi cercanía gruñe haciendo que me detenga, sin embargo, no es necesario que la toque para transmitirle mi gratitud y recibir por parte de ella la calma de verme nuevamente en pie.

—¿Dónde se encuentran todos? —Observo a Boreas preguntando con impaciencia.

—En el jardín.

Sin más preámbulos me dirijo al exterior con la intención de conocer el estado de mi hermano y por supuesto el de Asila. Recorro los corredores con rapidez y como estaba dispuesto en la primera visita a este reino, el silencio es el que envuelve sus recovecos. La gran diferencia esta vez, es que la hechicera no susurra en mis pensamientos dirigiendo mis pasos y entregándome quietud.

Al enfrentarme a las puertas que anuncian la salida al jardín, me detengo

al contemplar una silueta que al parecer espera por mí. Ciertamente alivio me recorre al ver al Príncipe de Las Altas Montañas de Aquilón y no sólo porque esté presente sino porque su apariencia es muy diferente a la que observé la última vez, cuando nos encontrábamos apresados en su reino. Su vestimenta es negra y su rostro va despejado al tener tomado el cabello en un firme moño. La incipiente barba acompaña su conjunto dándole un aspecto de seguridad y madurez.

—Princesa. —Gamar realiza una dramática reverencia regalándome una leve sonrisa—. Me complace verla nuevamente y a salvo.

—Estamos lejos de estar a salvo. —Aclaro de una forma más cortante de lo que quisiera.

—Eso no está en duda, más bien mi saludo fue por gentileza, no me reprendas por querer sacar al caballero que secretamente habita en mí. —Da un paso en mi dirección recorriéndome con la mirada, pero no de forma sugerente, más bien con curiosidad—. Me agrada el color de tus ojos, lo que realmente hay que mejorar es el vestido, no te asienta.

—Al fin en algo estamos de acuerdo. —Respondo apaciguando la severidad de mis palabras y de mi voz.

—Ella espera por ti. —Menciona cambiando su expresión a una más seria, lo que me obliga a emprender la marcha dirigiéndome al exterior. Siento la presencia de Boreas y Taviana que alcanzan mis pasos y juntos salimos.

Ni siquiera reparo en la majestuosidad del jardín de los hechiceros. Mis pensamientos mantienen un único objetivo y más ahora que sé que Asila continúa con vida. Me sorprende al observar caballos esperándonos en uno de los senderos, pero no lo cuestiono, menos al observar que Boreas y Gamar se suben decididos en ellos.

A los segundos ya nos encontramos galopando internándonos en la profundidad del bosque y no aminoramos la marcha hasta que por el rabillo del ojo percibo a Nube que se une junto a Taviana a nuestro recorrido. No necesito preguntar a dónde nos dirigimos, la respuesta se encuentra al frente de mis ojos. Un gran árbol blanco emerge desde el regazo del bosque.

Descendemos de nuestros caballos y me acerco para encontrar en sus laderas a los Antiguos Ancianos vestidos en el mismo tono. Reconozco a Barón, Lael, Liana, Fennes y la otra hechicera que nuevamente olvidé su nombre, y que para mi asombro, ahora no es susurrado en mi cabeza, confirmándome que mis pensamientos ya no se encuentran a su disposición.

En un rápido vistazo observo algunos sirvientes y también soldados que se mantienen a una respetuosa distancia. Al encontrar los ojos de Sondra me da un leve gesto de cabeza, mientras sigo caminando hasta posicionarme al lado de mi hermano. Recordando que ya habíamos realizado una ceremonia para despedir a una persona que se había vinculado con él. Se gira hacia mí, pero su mirada no es cabizbaja como esperaba, más bien es determinante.

—Te está esperando. —Me afirma de los brazos transmitiendo en su contacto la contradicción de sus emociones. La tranquilidad y quizás alegría de tenerme a su lado, así como también la amargura de esta pérdida.

Una vez que me suelta, camino hasta donde se encuentra depositado el cuerpo de Asila. Su último lecho ha sido construido a los pies del árbol sagrado. En un colchón de hierba y flores blancas que se mezclan con su vestido volviéndolo uno.

Los hechiceros dan un paso atrás para que acceda a su encuentro y al llegar a su lado me arrodillo junto a ella. Respiro para contener la ira, al observar su piel infestada por las marcas enrojecidas de la muerte. No es necesario que hable para informarle de mi presencia, el leve movimiento de sus párpados cerrados me informa que ya lo sabe.

Percibo el movimiento de sus dedos que afirman su báculo y me apresuro a tomarlo. Rozo su piel que yace fría y sin ningún atisbo de energía como antes. Sus hermanos se acercan colocando sus manos en ella y también en mí. De inmediato un apacible calor recorre mi cuerpo y una pequeña oscilación se agita como si me conectara con ella. Lucho por escuchar su voz, pensando que tal vez me quiere entregar un último mensaje, pero me es imposible alejar a las sombras que se mantienen aferradas a mí. Cierro mis ojos asumiendo la aflicción que me crea no poder tener su comunicación una última vez. La frustración me aplasta, pero la agitación del calor no me abandona, al contrario, crece encausándose hacia un objeto. El bastón en mi mano se agita irradiando tenues destellos de luz y esta vez no necesito sus palabras, el anuncio es claro. Tomo el báculo que expende un indicio de energía que me transmite que parte de ella sigue ahí y que nunca me abandonará tal cual lo prometió. La unión de los hechiceros se deshace cuando de los labios de Asila escapa su último aliento.

Me incorporo con entereza a pesar de que mi interior se contrae, mismo sentimiento que embarga a todos los presentes a mi alrededor.

Liana cubre con una delgada tela el cuerpo inerte de la hechicera, para luego dejar que Lael, su hermano y regente de la misma casa, La de Los

Ciervos, se acerque cargando una antorcha en su mano.

Retrocedo aferrada al bastón que continúa inexplicablemente percutiendo una casi imperceptible vibra, mientras los troncos empiezan a arder.

Los Antiguos Ancianos cierran al mismo tiempo sus ojos. Estoy segura que realizan una plegaría que únicamente ellos pueden escuchar. Barón es el primero en salir de su abstracción para con paso firme y seguro tomar una nueva antorcha, la que ahora es dirigida a la base del árbol sagrado.

La confusión es lo que primero aparece al percatarme que el robusto tronco se comienza a prender. No obstante, la comprensión llega al entender cuál es el propósito de esta acción, que no es otra que destruir el único objeto de nuestro mundo que es capaz de destruirlos y también, es quien le entrega mayor poder al encantamiento.

No termino de contemplar la desoladora ceremonia y me alejo, porque también tengo un solo objetivo. Me encamino hacia los caballos y al pasar por el lado de Gamar le quito una daga de su cinturón.

Cabalgo hacia el castillo, consciente de que Tavana sigue mis pasos al igual que el príncipe de Aquilón. Me detengo en el jardín llevando conmigo el báculo y la cuchilla. Camino por los senderos pintados de pétalos blancos hasta que llego a la pileta central.

Exhalo dejando apoyado el bastón en un costado. Sostengo la cuchilla con fuerza en mi mano y cierro los ojos un instante para recuperar las imágenes que fueron creadas hace unos días atrás en este mismo lugar. En esa oportunidad, me acompañó un hombre que fue mi devoción, junto a un compromiso con una sólida proclamación. Aquella vez también corté una cabellera con la ilusión de que aquel acto sellaría el pacto de un utópico amor, ingenuamente pensando que sería suficiente.

Hoy retorno a este lugar con un nuevo y último juramento. El de nunca volver a someterme a ninguna tiranía, adversario u oscuro llamado. En este momento convocaré a mi ejército y a todo aquel que quiera unirse en la batalla por la recuperación de Badru. Nada, ni nadie me detendrá hasta lograr mi objetivo, así tenga que pasar por encima de él o de mí. Decreto el final de mi dominación y doy paso al inicio de mi independencia. Refuerzo este pensamiento agarrando el costado de mi trenza a la altura de mi nuca, dirijo la cuchilla hacia ella y la corto.

No me desprendo solo de mi cabello, sino también de las hebras de mi esclavitud a un trono.

Desde este momento mi apariencia indicará que soy una mujer con una única misión. Luchar.

Suelto el cabello que cae a mis pies, confirmando mi mandato, el que es afianzado por la agitación de las sombras y su sed de revancha y sangre.

—No sabía que además de ser un pésimo caballero, también eres un fisgón. —Me giro para enfrentar a Gamar que me ha estado acompañado desde que bajé del caballo.

—Solo quería verificar que no fueras a la batalla sin mí. —Responde mientras observa la cuchilla en mi mano y luego asciende sus ojos hasta mi cabello.

—Jamás dejaría afuera de mis planes al Rey de Aquilón. Tu reino será el primero que recuperaremos. —Me acerco devolviéndole su daga—. Vamos, necesito ropa, una espada y un ejército.

Gamar cuadra sus hombros, y junto a Taviana, siguen mis pasos hacia el interior del castillo. Así como también lo hace el imperceptible, pero firme llamado de él.

Continuará...

Table of Contents

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)